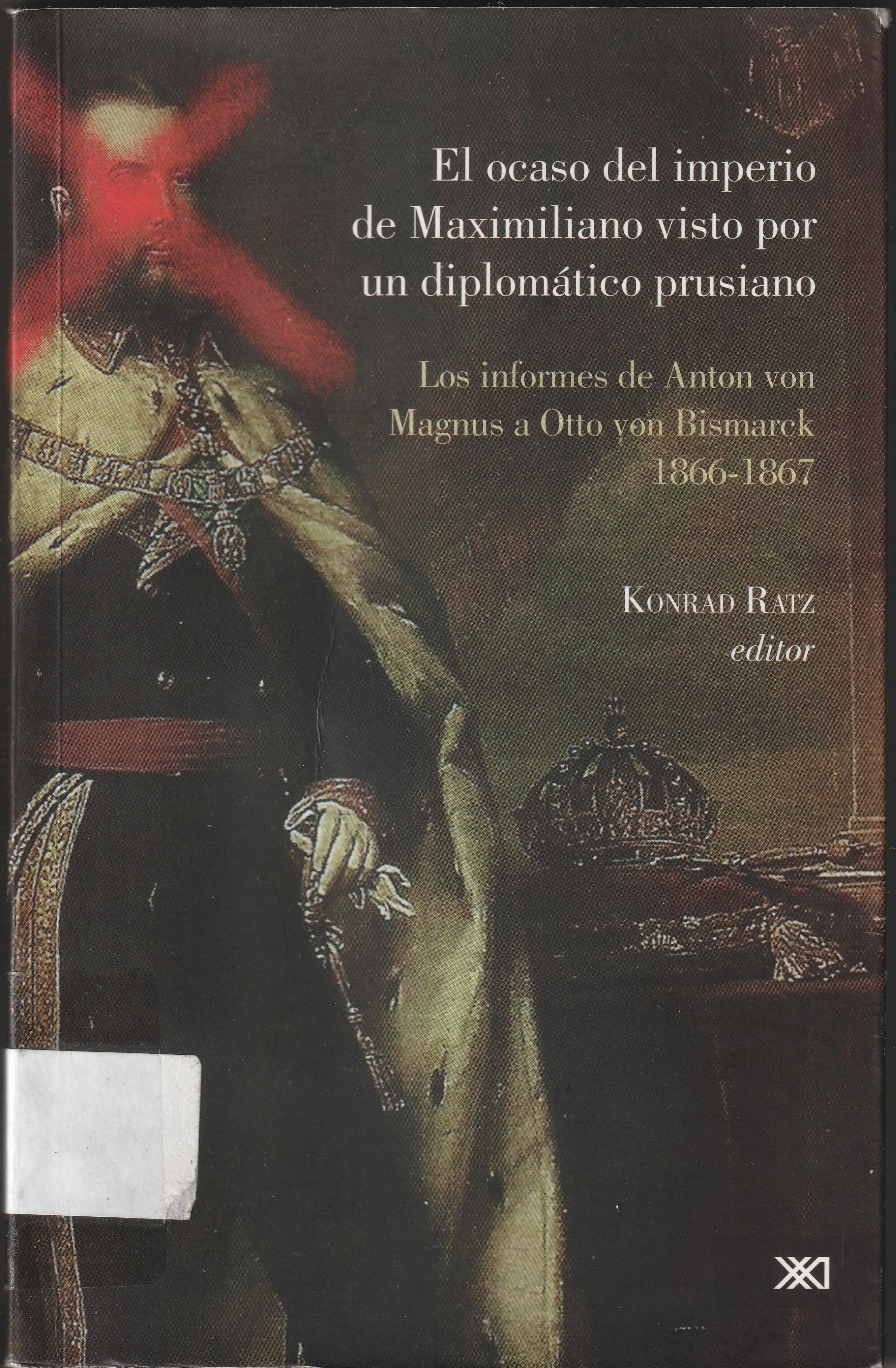


El ocaso del imperio de Maximiliano visto por un diplomático prusiano

Los informes de Anton von Magnus a Otto von Bismarck 1866-1867

KONRAD RATZ
editor

XXI

traducción de
WOLFGANG RATZ

EL OCASO DEL IMPERIO DE MAXIMILIANO VISTO POR UN DIPLOMÁTICO PRUSIANO

Los informes de Anton von Magnus a Otto von Bismarck 1866-1867

editor
KONRAD RATZ

siglo veintiuno editores

MÉXICO
ARGENTINA

grupo editorial
siglo veintiuno

siglo xxi editores, méxico
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS,
04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina
GUATEMALA 4824, C 1425 BUP
BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página
ALMAGRO 38, 28010
MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva
ALMAGRO 38, 28010
MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

anthropos
DIPUTACIÓN 266, BAJOS,
08007 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

F1233
O3318
2011 *El ocaso del imperio de Maximiliano visto por un diplomático prusiano: Los informes de Anton von Magnus a Otto von Bismarck 1866-1867* / editor, Konrad Ratz ; traducción de Wolfgang Ratz. — México : Siglo XXI, 2011
312 p. — (Historia)

ISBN-13: 978-607-03-0329-6

Maximiliano – Emperador de México – 1832-1867
2. México – Historia – Intervención francesa , 1861-1867.
I. Ratz, Konrad, editor. II. Ratz, Wolfgang, traductor. III. Ser.

primera edición, 2011
primera reimpresión, 2013

isbn 978-607-03-0329-6

impreso en mújica impresor, s.a. de c.v.
camelia núm. 4
col. el manto, iztapalapa

PRÓLOGO

Aun cuando el segundo imperio mexicano fue de muy corta duración, puesto que Maximiliano de Habsburgo llegó a México en 1864 y fue fusilado en 1867, esos escasos cuatro años han despertado un permanente interés tanto en México como en Europa y Estados Unidos. Prueba fehaciente de ello son las múltiples investigaciones que al paso de ya casi un siglo y medio se han realizado al respecto, y principalmente la gran cantidad de libros, ensayos, artículos y novelas que se han publicado sobre este trágico episodio. El cine, el teatro y las telenovelas tampoco han sido ajenos a esa perenne fascinación. Lo anterior se debe a diversos y variados factores, que van desde las inclinaciones emotivas y sentimentales de algunos hacia esta saga típica del romanticismo decimonónico, hasta el genuino y más profundo interés de otros en ubicar los acontecimientos, con mayor rigor analítico, en el debido contexto de la atribulada historia de México y en el de los avatares y complejidades de la política mundial.

Sin embargo, la realidad es que esos dos extremos —y todos los matices intermedios posibles— a fin de cuentas inevitablemente se tocan y se complementan, puesto que para que ocurriera lo que ocurrió tuvieron que conjugarse, en un determinado y preciso momento histórico, los sueños imperiales de Maximiliano y Carlota; su aburrimiento en su soleado palacio de Miramar; las intrigas de las cortes europeas; los proyectos expansionistas de Napoleón III, que aspiraba a convertirse en el líder de la "latinidad"; la intención de Europa de recobrar el papel protagónico que una vez había desempeñado en el continente americano; el estallido de la lucha fratricida entre el norte y el sur que imposibilitó a Estados Unidos hacer efectiva la doctrina Monroe; la derrota militar de los conservadores mexicanos por sus enemigos liberales; la decisión del triunfante presidente Benito Juárez de decretar la suspensión del pago de la deuda externa; el efectivo cabildeo que realizaron en el Viejo Mundo los desterrados conservadores mexicanos; la cercanía de éstos con la esposa de Napoleón III, la española María Eugenia de Montijo; la necesidad de la Francia

napoleónica de plata y de mercados para su creciente desarrollo industrial y financiero, etc., etc. En suma, y como frecuentemente ha sucedido en los grandes momentos de la historia, se combinó una serie de factores, objetivos y subjetivos, públicos y privados, sensatos e insensatos, realistas e idealistas, justos e injustos, deliberados y fortuitos, que propiciaron que en México se estableciera un segundo imperio, el cual, aunque fue fugaz y tuvo un final sumamente trágico, marcó un hito en la historia de México y en el de la política mundial que todavía seguimos estudiando y comentando. Por ello, no es de extrañar que continúen apareciendo publicaciones[1] sobre este tema que, desde distintos ángulos y perspectivas, nos proporcionan nuevas revelaciones que nos ayudan a comprender mejor la justa dimensión y las múltiples aristas de este fascinante y controvertido episodio.

Éste es precisamente el caso del presente libro, intitulado *El ocaso del imperio de Maximiliano visto por un diplomático prusiano. Los informes de Anton von Magnus a Otto von Bismarck 1866-1867,* editado por Konrad Ratz, que nos permite examinar el segundo imperio mexicano a través de los informes políticos que un avezado y minucioso diplomático prusiano, como parte de su desempeño profesional en México, rindió a sus superiores en Berlín. Sin lugar a dudas esta nueva publicación tiene grandes méritos, puesto que aporta el punto de vista de un privilegiado testigo presencial que no sólo observó y palpó directamente los enormes problemas que confrontó el gobierno de Maximiliano, sino que además se convirtió en un importante protagonista en los acontecimientos finales que condujeron al archiduque austriaco al paredón.

Anton von Magnus llegó a México en 1866, y con gran oficio diplomático de inmediato comenzó a describir, a través de los sistemáticos informes que remitió a su canciller, el todopoderoso e influyente artífice de la unificación de Alemania, Otto von Bismarck, la situación que prevalecía en el nuevo imperio mexicano que acababa de ser reconocido por su rey, Guillermo I de Prusia. A su avezado ojo crítico difícilmente se le escapó algo: como lo señaló a Bismarck en uno de sus informes iniciales, para entender cabalmente lo que acontecía en México era necesario escribir un libro y, de hecho, lo que hizo sin darse cuenta fue escribir todo un

[1] Barón Henrik Eggers, *Memorias de México,* editado por Walter Astié-Burgos, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005.

libro sobre el particular. En efecto, sus informes detallados, bien estructurados, minuciosos a la vez que sintéticos, narran en forma elocuente e hilada la descomunal problemática que encaraba Maximiliano, que, inevitablemente, hizo que su pretendida "misión regeneradora de la nación mexicana" simple y sencillamente fuera más que imposible.

Por ser un aristócrata (tenía el título de barón) que representaba a una importante monarquía destinada a convertirse en la más poderosa y amenazante de Europa, obviamente Magnus no oculta sus simpatías por el régimen imperial y por la persona que lo encabezaba, pero no por ello dejó de criticar abierta y objetivamente las enormes fallas de dicho régimen y del propio emperador, ni de reconocer que en el grueso de la población privaba la tendencia republicana y el apoyo al presidente Benito Juárez. Tampoco oculta —como buen alemán de la época— su gran antipatía hacia los franceses, en especial hacia su comandante en jefe, el mariscal Aquiles Bazaine, a quienes responsabiliza de la devastación y del derramamiento de sangre que ha ocasionado la insensata aventura de Napoleón III, la cual, lejos de lograr la pretendida pacificación y estabilidad del país, trajo consigo un caos mayor.

Los diplomáticos de carrera invariablemente tendemos a enviar los informes políticos reglamentarios a las más altas autoridades de nuestras respectivas cancillerías con la esperanza de que los lean, pero la realidad es que la mayoría de las veces acaban siendo revisados por algún funcionario menor... eso si tenemos la gran suerte de que por lo menos sean leídos. De acuerdo con esa práctica profesional, no es de extrañar que Magnus enviara los suyos directamente a Bismark, pero en este caso podemos deducir que no se trató de un mero formalismo burocrático, puesto que había razones de gran peso para que el Canciller de Hierro se interesara en ellos. En efecto, como una de las grandes prioridades de Guillermo I y de Bismark era la de unificar en una sola nación a todos los disgregados Estados alemanes bajo el liderazgo de Prusia, bien sabían que para lograrlo tendría que haber de por medio una guerra contra Austria y contra Francia, cuyas políticas, durante siglos, habían sido las de impedir dicha unificación. Consecuentemente, para ellos era de gran importancia estar debida y puntualmente informados sobre la evolución del proyecto napoleónico, sobre el comportamiento del archiduque austriaco, y principalmente sobre el desempeño del

ejército francés. Magnus sin duda estaba plenamente consciente de lo anterior, y por eso realizó un gran esfuerzo en redactar sus informes para que fueran claros, atinados y útiles. Por esas razones encontramos en sus escritos un gran número de referencias a las tropas de ocupación, a los problemas que sus comandantes tenían con la pareja imperial y con sus aliados mexicanos, al malestar que privaba entre muchos de sus oficiales, a los conflictos con los cuerpos de voluntarios austriacos y belgas, a los actos de corrupción en que incurrieron, etc. En particular, Magnus aporta muchos datos sobre el mariscal Bazaine, a través de los cuales describe su carácter, formas de proceder, ambiciones, debilidades, inclinaciones por el dinero y por el poder, su conducta ambigua, su impredecible y poco leal doble juego político, etcétera.

Sin duda toda esa información ha de haber sido de gran utilidad para los interlocutores de Magnus en Berlín, puesto que, por azares del destino, fue precisamente Bazaine quien habría de recibir de Napoleón III el mando de las tropas francesas en la desastrosa guerra franco-prusiana de 1870, quien, como capituló en Metz frente a los prusianos, a pesar de que contaba con una fuerza de 173 000 hombres, fue degradado y sentenciado a muerte por un consejo de guerra, pena que posteriormente le fue conmutada por 20 años de prisión.[2] En el desenlace final del último imperio galo nuevamente podemos encontrar los inevitables vínculos que existieron entre la aventura mexicana y la política mundial, pues el comportamiento en México —o mejor dicho el muy mal comportamiento— del que se enorgullecía de ser "el mejor ejército del mundo" fue un importante elemento que los prusianos tuvieron muy en cuenta para provocar una guerra contra la Francia de Napoleón III.

Como Magnus llegó a México sólo un año antes del fusilamiento de Maximiliano, lo que en realidad presenció fue el fin de su régimen, por lo cual el título que lleva el libro, de *El ocaso del imperio*, no puede ser más acertado y elocuente. El diplomático prusiano narra detalladamente las graves carencias financieras que se enfrentaron, puesto que ya ni siquiera había dinero para seguir pagando a los soldados;

[2] Mientras cumplía esa sentencia en la isla Margarita, Bazaine logró escapar en 1874 con la ayuda de su esposa mexicana Josefa Peña, y vivió en Madrid hasta que falleció en 1888. Su viuda regresó a México, y quien una vez hubiera sido la esposa de la figura política y militar más importante del segundo imperio, murió en la miseria en una casa de salud de Tlalpan, en la ciudad de México.

la fatal decisión de París de retirar anticipadamente sus tropas, que fue el golpe de gracia para Maximiliano, el fallido viaje de Carlota a Europa para tratar de hacer cambiar de opinión a Napoleón III; las presiones de Washington para que se pusiera punto final al proyecto napoleónico, las deserciones y la corrupción que plagaron los rangos imperiales, las propias vacilaciones del emperador, su indecisión sobre abdicar o no, la poco certera decisión que tomó de trasladarse a Querétaro, la resistencia final y la traición de muchos que, como los tristemente célebres Leonardo Márquez y su "compadre" Miguel López, remataron el cuadro de un ilusorio proyecto monárquico que desde un principio estuvo condenado al fracaso.

Asimismo, y al igual que otras obras aparecidas recientemente,[3] la presente aporta un excelente retrato de lo que era la sociedad mexicana —en particular su clase dirigente—, que nos permite establecer un estrecho vínculo entre el pasado y el presente, puesto que nos podemos percatar de que, a pesar del tiempo transcurrido, muchas cosas no han cambiado del todo y seguimos confrontando los mismos problemas de siempre que han impedido que seamos capaces de construir un país más equitativo, democrático y justo. A fin de cuentas la narración de la historia del segundo imperio, tal como nos la presenta esta nueva publicación, es básicamente el recuento de la eterna lucha entre las élites del poder en beneficio de sus propios intereses, y no de los intereses de las mayorías o de la nación en su conjunto.

Dentro de todo el contexto general de la descripción de los últimos momentos de la atribulada aventura imperial destaca la actuación de Magnus en los días finales de Maximiliano, puesto que sus informes aportan valiosos datos que contribuyen a desechar algunas de las muchas e infundadas especulaciones que frecuentemente han circulado, como la de que en realidad el archiduque austriaco no fue fusilado, ya que el prusiano fue el único diplomático extranjero autorizado para presenciar el trágico desenlace. Lo anterior se debió al hecho de que el propio Maximiliano, ya encontrándose preso, envió a Magnus un telegrama solicitándole que se trasladara a Querétaro para que acompañara a quienes lo defenderían en el juicio que se abriría en su contra. A partir de ese momento el diplomático prusiano se vio forzado por las circunstancias a desempeñar un papel

[3] Barón Henrik Eggers, *op. cit.*

clave en los acontecimientos finales; desde la celebración de dicho juicio hasta las solicitudes de clemencia ante las autoridades republicanas, los intentos de fuga del monarca prisionero, su fusilamiento y la tardía devolución a Europa del cadáver imperial. Aunque en los informes de Magnus no se proporciona mayor información sobre las razones por las cuales Maximiliano lo mandó llamar, puesto que en realidad no habían tenido antes un contacto muy estrecho, sí se deja ver que ello se debió al hecho de que Prusia no estuvo directamente involucrada con la creación del imperio, como fue el caso de Francia, Austria, Bélgica o Inglaterra, pero también podemos suponer o deducir que el prusiano gozaba de gran prestigio y respetabilidad como para que tanto sus colegas diplomáticos como las autoridades republicanas y las imperiales lo consideraran un interlocutor confiable, capaz de actuar eficiente y hábilmente en esos dramáticos momentos.

Con gran profesionalismo, pero principalmente guiado por un profundo sentimiento humanitario, Magnus aceptó ese gran reto, e incluso valiente o temerariamente se atrevió a desempeñar un papel para el cual no estaba debidamente autorizado por su gobierno, corriendo con ello un serio riesgo profesional. Lo anterior, los diversos y apresurados viajes que tuvo que realizar bajo las apremiantes circunstancias del momento, las difíciles gestiones y negociaciones que emprendió, y las trabas que enfrentó por parte de los imperiales y de los republicanos, inevitablemente llegaron a afectar su salud. Aunque él mismo reconoce en los informes enviados a Bismark que la mayoría de sus esfuerzos fracasaron, en particular en lo tocante a tratar de convencer con hábiles argumentos a Juárez y a Lerdo de Tejada de que perdonasen a Maximiliano, a fin de cuentas le quedó la enorme satisfacción de haber cumplido, hasta donde le fue posible, con la responsabilidad que le impuso el destino en la misión más difícil que tuvo durante su carrera diplomática. Afortunadamente para él, ello fue reconocido tanto por el gobierno republicano de México como por las monarquías de Austria y de Prusia.

En síntesis, la presente obra es una magnífica contribución para la mejor comprensión de este importante episodio de la historia mexicana, y debemos felicitar a Konrad Ratz, tanto por el trabajo de investigación que ha llevado a cabo por largos años sobre el tema del segundo imperio, como ahora por darnos a conocer los revela-

dores informes de Magnus que eran poco conocidos, especialmente en México. En esta nueva publicación, que mucho me complace prologar, se observa la gran dedicación y esfuerzo de Konrad Ratz para sacar a la luz y traducir al español los informes de Magnus que se encuentran en el Archivo Secreto del Estado en Berlín, que final y afortunadamente hoy llegan al público mexicano.

WALTER ASTIÉ-BURGOS

AGRADECIMIENTOS

Para editar estos informes de Anton von Magnus agradezco la ayuda y la colaboración de varias personas, a muchas de las que me une no sólo una relación profesional sino también una amistad de largos años. Fue la doctora Patricia Galeana, importante historiadora y autora mexicana, quien me puso en contacto con el embajador Walter Astié-Burgos, importante diplomático mexicano quien me hizo el favor de escribir un sentido prólogo a los informes de su colega prusiano de aquella época pasada, poniéndolos en su contexto histórico, el ocaso del segundo imperio mexicano. Asimismo quiero expresar mis gracias a la simpatía y el entendimiento del doctor Jaime Labastida, director general de la editorial Siglo XXI, quien, percatándose inmediatamente de la relevancia histórica de los informes de Magnus, desconocidos en México, me abrió el camino a una publicación en su importante editorial. Debo mis más sinceras gracias a mi querida esposa Herta por su continuo apoyo moral de esta obra y a mi hijo y amigo Wolfgang por su gran trabajo de una perfecta traducción al español de todo el texto y de la selección de muchas imágenes en la Biblioteca Nacional de Viena. Agradezco su paciencia a la licenciada María Oscos y a los amables colaboradores de Siglo XXI, con los que tuve el placer de entrar en contacto.

KONRAD RATZ

PREFACIO

KONRAD RATZ

ANTECEDENTES DE LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE MÉXICO Y PRUSIA

Los contactos entre México y Alemania se remontan a la época del virreinato de la Nueva España, especialmente a partir del viaje que en 1803 y 1804 realizó al país el viajero e investigador universal prusiano Alejandro von Humboldt, quien llevó a Estados Unidos, a Europa y en especial a su natal Prusia las primeras noticias sobre la presunta inmensa riqueza de México.[1] Al concluir las guerras napoleónicas y celebrarse en 1815 el Congreso de Viena, una treintena de estados alemanes, monarquías, ducados, principados y ciudades libres conformaron la Confederación Germana, que sobrevivió hasta la guerra entre Prusia y Austria, en 1866. Aunque dicha confederación, en principio, podía haber tomado iniciativas diplomáticas propias según lo establecía el acta que la creó, nunca lo hizo. Por consiguiente, fueron sus propios estados o ciudades miembros los que establecieron relaciones diplomáticas con otros países. Los pioneros en acercarse a México fueron los buques de la ciudad hanseática de Hamburgo.

Cuando en 1825 el último baluarte de España en México, el fuerte de San Juan de Ulúa, en Veracruz, capituló ante las tropas del primer presidente mexicano, Guadalupe Victoria, el periódico hamburgués *Columbus* se refirió a ese acontecimiento como un triunfo de los derechos y de las libertades humanas "sobre la noche del fanatismo y del oscurantismo de los monjes".[2] En 1825 las ciudades

[1] En la Nueva España del virrey Iturrigaray los investigadores prusianos Humboldt y Bonpland colaboraron con la Escuela de Minería, donde obtuvieron datos de las minas de la Nueva España. Igualmente visitaron la famosa mina de plata en Taxco, las explotaciones mineras de Pachuca, Real del Monte, La Regla y la Vizcaína, el distrito minero de Guanajuato y la mina de mercurio de Nuestra Señora de los Dolores, en la falda del cerro del Gigante. En Zinapécuaro recogieron muestras de obsidiana. En su subsiguiente visita a Estados Unidos, cuando Thomas Jefferson era presidente, cándidamente le mostraron al secretario del Tesoro Gallatin sus mapas, cartas y diversos datos. *Humboldt, ciudadano universal*, Jaime Labastida, México, Siglo XXI, 1999, p. 381 y ss.

[2] Becker, 1984.

hanseáticas libres —y liberales— de Hamburgo, Lübeck y Bremen, a invitación del representante mexicano en la corte de Bruselas, Manuel Eduardo de Gorostiza, nombraron al comerciante hamburgués Hermann Nolte como agente comercial en México, pero sin atribuciones diplomáticas.[3] La reticencia a establecer relaciones diplomáticas formales con México se debió en gran medida tanto al incumplimiento en el pago de la deuda externa mexicana en 1827 como a las presiones que España ejerció sobre la Santa Alianza, creada a raíz de la celebración del Congreso de Viena, para que se reconociera la independencia de sus ex colonias. Como lo señala Michael P. Costeloe,[4] "por más de un siglo, México fue relegado a la posición de una nación de menor relevancia en la opinión oficial británica". A pesar de que por esas razones los diversos estados alemanes no reconocieron formalmente la independencia mexicana, como estaban muy interesados en las nuevas oportunidades comerciales que el país ofrecía, en 1827 Hanover suscribió un Tratado de Amistad, Navegación y Comercio con México; Prusia y Sajonia firmaron otros semejantes en 1831, y las ciudades hanseáticas de Lübeck, Bremen y Hamburgo siguieron en 1832. Consecuentemente, en 1825 se envió a México a Louis Sulzer como agente comercial de Prusia; en 1829 se elevó el nivel de la representación con la designación de Koppe como cónsul general, y no fue sino hasta 1854 cuando el cónsul general Ferdinand Seiffert ya comenzó a desempeñar algunas funciones semidiplomáticas, y en 1851 Emil Karl von Richthofen fue formalmente acreditado como el primer ministro prusiano en México.

Posteriormente, y durante tres años, el ministro francés en México, Levasseur, se encargó de representar a Prusia, hasta que en 1859 llegó al país como ministro prusiano el barón Johann Emil von Wagner, quien presentó sus cartas credenciales al general presidente Miguel Miramón. Como debido a la grave inestabilidad política que afectaba a la nación mexicana muchos gobiernos europeos solamente reconocían al gobierno que detentara el poder en la capital, al caer Miramón, Wagner se acreditó ante al gobierno republicano en febrero de 1862. Tras recibir sus cartas credenciales, Juárez, quien todavía se encontraba en la capital y que posteriormente la abandonó

[3] *Ibid.*
[4] M.P. Costeloe, introducción a Cañedo Gamboa, 2006.

al iniciarse la intervención francesa para dirigirse a San Luis Potosí, fijó las directrices de la política que su gobierno seguiría en las futuras relaciones con las potencias extranjeras: "El gobierno legítimo de la República dirigirá sus esfuerzos a satisfacer con equidad y justicia las reclamaciones extranjeras fundadas en Derecho, sin establecer preferencias entre los súbditos de las naciones amigas" (Galeana, 1990: 122).

En el verano de 1862 Wagner informó a su gobierno que la población de la capital había recibido con vítores las noticias sobre el inicio de la intervención francesa. Sin embargo, cuando los franceses ya habían entrado a la ciudad, Ignacio Manuel Altamirano publicó un artículo en *El Monitor* del 11 de agosto de 1862 refutando esa afirmación, por lo que

> en represalia, el señor Wagner mandó golpear al escritor mexicano en su propio domicilio. Como éste se defendió de la agresión, el barón presentó una protesta ante la Secretaría de Relaciones Exteriores [de la Regencia], que la rechazó por su falta de respeto por los mexicanos. Posteriormente Altamirano denunció a Wagner por dar refugio en su casa a los traidores de México.[5]

A finales de 1863 Wagner salió del país.

Una vez establecido en México el imperio de Maximiliano de Habsburgo,[6] que teóricamente se inició con la aceptación del trono por parte de Maximiliano el 10 de abril de 1864,[7] y que coexistió política, militar y territorialmente con el gobierno republicano de Benito Juárez hasta que se derrumbó en 1867, Prusia demoró en extender su reconocimiento a la nueva monarquía mexicana, puesto que consideraba que el porvenir de ambos regímenes en mucho dependería del desenlace de la guerra de secesión que se libraba en Estados Unidos. El propio Maximiliano estaba plenamente consciente (Lubienski, 1988: 36) de que un arreglo positivo con el gobierno de Washington era una condición de gran importancia para la supervivencia de su reinado. Cuando finalmente la Unión venció a los confederados

[5] Galeana, 1990, p. 163 y ss. Véase también J. Ramírez Cabaños, 1932.
[6] Para la historia del imperio se recomiendan los estudios de Corti, 2005, Fuentes Mares, 1984; Galeana, 1990 y 1991; Ratz, 2003, 2005, 2008.
[7] La regencia, establecida el 25 de junio de 1863, dejó de funcionar como órgano administrativo el 21 de mayo de 1864; Lubienski, 1988, p. 45.

en abril/mayo de 1865, se abrió un compás de espera, pero Estados Unidos, lejos de suspender su velado apoyo al gobierno republicano de Juárez, incrementó la presión diplomática para que Francia retirara sus tropas de México y para que Austria no enviara más voluntarios.[8] Además de lo anterior, en Prusia se sabía que muchos alemanes residentes en México preferían el régimen republicano. Por todas esas consideraciones, Berlín no designó a un diplomático ante el gobierno de Maximiliano sino hasta finales de 1865.

LA CARRERA DIPLOMÁTICA PREVIA DE ANTON VON MAGNUS, QUE LLEGÓ A MÉXICO EN ENERO DE 1866

Como la demora prusiana para reconocer al imperio fue considerada por Maximiliano como una grave ofensa, el emperador se empeñó en hacer patente su malestar mortificando al nuevo enviado cuando éste llegó a México. Ello se refleja claramente en los informes que Magnus comenzó a enviar a Bismarck, pues en los mismos no sólo le da muchas vueltas a este tema sino que también, en vano, trató de convencerlo de que modificara su rango de ministro residente por el de ministro extraordinario y plenipotenciario, puesto que un motivo adicional para el malestar de Maximiliano fue que hubiera sido enviado con ese bajo rango.

Cuando a principios de 1866 Magnus llegó finalmente a Veracruz, Maximiliano ya ocupaba el trono desde hacía un año y medio. Durante ese tiempo se había esforzado por conocer su nuevo país mediante un extenso programa de viajes, y había tratado de legitimar su reinado promulgando un Estatuto Provisional y una serie de leyes que favorecieran a los indígenas. También había intentado ganarse la simpatía de los liberales confirmando las leyes de Juárez sobre los bienes de la Iglesia y, a diferencia de su esposa Carlota, creía que era posible lograr la reconciliación entre los partidos liberal y conservador que se habían venido enfrentado violentamente desde que el país obtuvo la independencia de España, en 1821. En una carta

[8] El reclutamiento, transporte y sueldos de los voluntarios no fueron pagados por Austria, pues estuvieron a cargo de los créditos franceses.

fechada el 5 de mayo de 1865 la emperatriz le hizo la siguiente advertencia a su esposo:*

> Fascinarás a los republicanos más apasionados con tu personalidad, pero no cuentes demasiado con ello, los principios opuestos no se avienen, y Juárez y compañía serán siempre más demócratas que tú y, además, nacieron aquí (Ratz, 2003: 187).

Una vez que Anton von Magnus se estableció en la ciudad de México, de inmediato fue lo bastante realista como para reconocer las enormes dificultades y problemas que amenazaban al imperio: insalvable caos financiero, crisis del gobierno, y el inevitable inicio del derrumbe militar ante la futura retirada de las tropas francesas. Sus agudas y realistas observaciones así se reflejan en sus informes que, en este libro, se publican por primera vez en forma completa en la traducción al castellano de Wolfgang Ratz.

Anton von Magnus era nieto de un comerciante judío llamado Immanuel Mayer Magnus, convertido al catolicismo en 1807, que en 1808 fundó una casa bancaria en Berlín-Friedrichstal, la cual posteriormente fue dirigida por su hijo bajo la razón social de F(riedrich) Mart(in) Magnus. Este banco fue la matriz de lo que más tarde sería el poderoso Deutsche Bank. El hermano de Anton, Viktor Magnus, cónsul general de Prusia en Londres, también fue socio del banco, de cuya dirección se encargó en 1869. Cuando Anton llegó a México ya era viudo, pues su esposa, Helene von Brunnow, con la que se había casado en 1856, falleció trágicamente en Bruselas al dar a luz a su Lily, a la que Magnus, antes de partir para México, confió al cuidado de su padre, Friedrich Martin, que vivía en Berlín.

Su carrera diplomática fue variada. El 27 de septiembre de 1848 fue nombrado agregado de la legación prusiana en Washington, donde conoció al que en 1865 sería el secretario de Estado de Abraham Lincoln, William Henry Seward. A principios de 1853 se desempeñó como agregado, después como secretario de la legación en Stuttgart (capital del reino de Wurtemberg), y a partir de noviembre de 1856

* La correspondencia privada entre Maximiliano y Carlota se cita según la obra de K. Ratz, *Vor Sehnsucht nach dir vergehend. Der private Briefwechsel zwischen Maximilian von Mexiko und seiner Frau Carlota (La correspondencia privada mutua entre Maximiliano y Carlota)*, Viena, 2000. Versión española, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

ocupó el mismo cargo en Bruselas. A finales de 1859 fue consejero de la legación prusiana en Bruselas, y a partir de mayo de 1862 en la de La Haya, sede del gobierno de los Países Bajos. En junio de 1864 fue destinado a San Petersburgo como primer secretario, y en marzo de 1865 sucedió en el cargo al ministro residente y cónsul general de Prusia en México, barón Emil von Wagner, quien por deseo propio regresó a Berlín, ocupando el mismo bajo rango de ministro residente que su predecesor. Sin embargo, por causas desconocidas tardó casi nueve meses en llegar a México, puesto que sólo lo hizo a principios de 1866.

En la capital mexicana tuvo sus oficinas, en esos momentos a cargo de Eduardo Scholler, que era el jefe de oficina (*Kanzler*), en el palacio de Iturbide, ubicado en la entonces calle de Plateros, que en aquella época era un hotel de cuyo patio entraban y salían ruidosas diligencias. En el mismo edificio, que tenía un buen restaurante, también se encontraba la legación de Austria encabezada por el ministro conde Guido de Thun, y tras el regreso de éste a Viena, por el encargado de negocios barón Eduard von Lago, que era asistido por su secretario, el caballero (Ritter) Ernst Schmit von Tavera. Aunque Magnus necesariamente se relacionó con von Lago, nunca se entendió bien con él debido al latente conflicto entre Austria y Prusia, que culminó con la guerra prusiano-austriaca de 1866. En cambio sostuvo relaciones amistosas con otros diplomáticos alemanes, especialmente con el cónsul prusiano Étienne Benecke y con Conrad Paschen, cónsul general de Mecklenburgo,[9] así como con el padre Agustín Fischer, nacido en Alemania, que a la postre se convertiría en el hombre de mayor confianza del emperador Maximiliano. También se relacionó con Juan M. Bahnsen, industrial, banquero y vicecónsul de Hamburgo en San Luis Potosí, quien en el futuro le sería de gran ayuda en las tenaces pero fracasadas gestiones que condujo ante el gobierno republicano para tratar de salvarle la vida a Maximiliano. En esta última ciudad Magnus, después de su valiente pero infructuoso enfrentamiento con Lerdo de Tejada —cuya posición respecto a la suerte de Maximiliano, tomada de antemano, no pudo cambiar—, permaneció como el único diplomático extranjero en el cerro de las Campanas durante el fusilamiento de Maximiliano. Más tarde cayó

[9] Según las memorias de Paschen, 1995, el marido de la autora ayudó a Fischer a llevar documentos y objetos de valor de México a Alemania y Austria.



Colección Ratz

Anton von Magnus con su hija

gravemente enfermo y fue atendido y cuidado por las tres hermanas de Bahnsen, quien se encargó de reenviar a Berlín, con muchísimo retraso, algunos informes de Magnus.

Tras haber regresado a Berlín se trasladó a Viena para participar, el 18 de enero de 1868, en los funerales del archiduque Maximiliano Fernando. Los restos mortales de quien en Austria piadosamente llamaban "Maximilian von Mexiko" fueron sepultados en el panteón de los Habsburgo en la cripta de la iglesia de los capuchinos de la capital austriaca. En una audiencia especial el hermano de Maximiliano y emperador de Austria, Francisco José, le otorgó a Anton von Magnus la estrella de plata de la Gran Cruz de la Corona de Hierro, la clase más alta de dicha insignia. En septiembre de 1869 fue nombrado enviado prusiano en Hamburgo, en 1872 en Stuttgart, y en 1878 en Copenhague. Anton von Magnus, ex representante de Prusia ante el segundo imperio mexicano, falleció en 1882 en Görlitz (Silesia oriental).

RELEVANCIA HISTÓRICA DE LOS INFORMES DE MAGNUS

Se puede afirmar que la relevancia histórica de los informes de Magnus se debe a que fue el único diplomático que se involucró, directa y personalmente, en todos los acontecimientos de las últimas semanas de vida de Maximiliano. Junto con sus defensores, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre,[10] intervino ante Sebastián Lerdo de Tejada y el presidente Benito Juárez para tratar de evitar su fusilamiento, revelando las conversaciones entre estos personajes, los argumentos que esgrimió el gobierno liberal en contra de un acto de clemencia, y los de la opinión europea en favor del ex emperador. La intervención de Magnus y de sus dos defensores sólo consiguió que la ejecución fuera aplazada tres días, y que el prusiano, a solicitud expresa de Maximiliano, pudiera ser testigo presencial de la ejecución, respecto a la cual rindió un informe detallado y aterrador.

El destinatario de los informes de Magnus fue "Su Excelencia, el presidente del Consejo Real de ministros, el señor conde (Otto) de Bismarck" (1815-1898), destacado estadista conservador prusiano

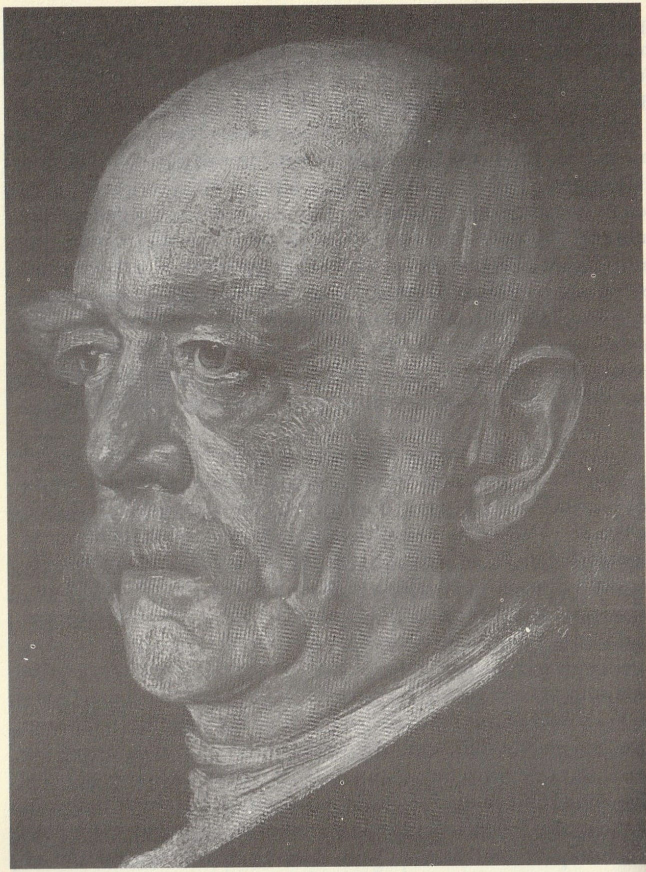
[10] Los defensores Riva Palacio y Martínez de la Torre confirman esta intervención en su *Memorándum sobre el proceso del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria*, México, 1867.

que desempeñó un papel clave en la futura unificación de Alemania. Ocupó ese cargo desde septiembre de 1862, y después de la fundación del imperio alemán en 1870 se convirtió en el Canciller de Hierro del mismo, otorgándosele el titulo de príncipe.

En las cartas de Magnus se describen detalladamente los últimos meses agónicos del imperio y se incluye información sobre el aprisionamiento y la ejecución de Maximiliano. Magnus, como todos los diplomáticos acreditados ante el imperio, enviaba regularmente informes sobre los temas que, en su opinión, podrían ser de mayor interés para su gobierno: los cambios en los ministerios, la eventual partida de las tropas francesas, la situación política y económica del país, etc. Para 1866 la cuestión más candente era: ¿Maximiliano va a abdicar o a quedarse?, y para 1867: ¿qué le va a pasar al soberano cuando los republicanos lo tomen preso? Temas dramáticos, pues, que van surgiendo, poco a poco, en los informes del diplomático prusiano.

Aunque sus informes se singularizan por el buen criterio con el que analiza la crítica situación del segundo imperio mexicano, ésa no fue la principal razón para publicarlos. Su principal interés histórico radica en el hecho de que el destino hizo que este diplomático se viera involucrado, no sólo como testigo presencial, sino también como actor directo, en el cautiverio, juicio y ejecución de Maximiliano. Su mérito fue haber respondido inmediatamente y de *motu proprio* al llamado de Maximiliano, prisionero político del más elevado rango, puesto que por la lejanía de su país no le fue posible obtener la necesaria autorización de su gobierno para las iniciativas que tomó. Cuando intercedió a favor del ex emperador ante el gobierno republicano instalado en San Luis, sostuvo un tirante diálogo con el inteligente pero astuto y evasivo Sebastián Lerdo de Tejada, pero supo conducirse con el tino de un diplomático consumado, que prudentemente empleó todos los recursos que le proporcionó su amplia visión política. Aunque no estaba acreditado ante el gobierno republicano, el presidente Juárez y su ministro de Relaciones Exteriores, Lerdo, lo trataron con sumo respeto, no sólo porque era una persona respetable que sabía imponerse por sus distinguidas cualidades humanas, sino porque, de hecho, sabían que hablaba en nombre de Prusia, de una futura potencia hegemónica en Europa central y, nótese bien, enemiga de la Francia que había invadido a México.

Los textos originales de estos informes se encuentran en el Gehei-



Colección Ratz

Otto von Bismarck

mes Staatsarchiv (Archivo Secreto del Estado) de Berlín.[11] Algunos extractos de los mismos ya fueron publicados —en alemán— en 1965 por el diplomático e historiador Joachim Kühn.[12] Sin embargo, en las obras de la historiografía mexicana sobre el segundo imperio que yo conozco, no encontré ni una sola referencia a dicho trabajo, ni tampoco a los documentos que contiene. Posiblemente la barrera del idioma, y la dificultad adicional de que los documentos originales en alemán están redactados en escritura gótica (*Kurrent*), han impedido el acceso a los mismos.

Hasta el 28 de octubre de 1866 los informes de Magnus llevaban números consecutivos, que en su mayoría se han perdido. Sin embargo, hemos tratado de reconstruir, en la medida de lo posible, la numeración original, para determinar si en la elaboración de la presente obra hemos tomado en cuenta la colección completa de todos los informes. Podemos afirmar que algunos informes correspondientes a febrero de 1866 (núms. 4, 5, 6, 7,) parecen faltar, o involuntariamente fueron omitidos. La numeración correlativa cesa a partir del 26 de noviembre de 1866, día en el que Magnus comenzó a informar sobre el viaje de Maximiliano a Orizaba y la junta que ahí se celebró, la cual culminó con el voto de escasa mayoría favorable a su permanencia en el país. Sin embargo, por la continuidad que se observa en el contenido de la correspondencia que dirigió a Berlín, se puede concluir que la misma prácticamente está completa, con la salvedad de que varios informes sobre la estancia de Magnus en Querétaro y en San Luis fueron redactados con mucha demora. Finalmente, debe señalarse que igualmente se han incluido en la presente obra sobre los informes diplomáticos de Magnus una carta personal que dirigió a su padre el 3 de mayo de 1867, y otra misiva del 28 de agosto de 1867 probablemente redactada por Scholler, que era el jefe de su oficina.

[11] Archivo Secreto del Estado, Berlín; documentos: ² Mag 7, Hauptabt. III, MdAI 7929, 2930, 7931².

[12] J. Kühn, *Das Ende des Maximilianischen Kaiserreichs in Mexiko, Berichte des königlich preußischen Ministerresidenten Anton von Magnus an Bismarck 1866-1867*, Musterschmidtverlag, Gotinga, 1965. La importante colección de obras históricas de este diplomático e historiador alemán fue adquirida después de su muerte por el Museo Napoleón instalado en el castillo de Arenenberg, que en ese entonces era propiedad de la reina Hortense de Beauharnais, madre de Napoleón III.

LOS INFORMES DE ANTON VON MAGNUS EN SU CONTEXTO HISTÓRICO (28 DE ENERO DE 1866 A 14 DE DICIEMBRE DE 1867)

Los informes de Anton von Magnus sobre la situación política en México se iniciaron el 28 de enero de 1866, poco después de que desembarcó en Veracruz. En su primera carta describió un incidente ocurrido en Bagdad, puerto fluvial mexicano en el río Bravo, situado en la frontera entre México y Estados Unidos. El 5 y 6 de enero, supuestamente sin contar con una orden oficial, tropas norteamericanas ocuparon y saquearon dicha ciudad. El gobierno imperial temía que ello pudiera ser el primer paso de una intervención de Estados Unidos en México.

Veracruz, 28 de enero de 1866 (informe 1)

Probablemente S. E. ya habrá sido informado acerca de la ocupación de la ciudad de Bagdad por tropas de Estados Unidos.[1] Cuando llegó la noticia de aquel suceso, el cañonero francés *Tartar*, fondeado en el puerto de Veracruz, fue enviado al río Bravo del Norte para obtener informaciones más detalladas acerca de los acontecimientos de Bagdad.

Al desembarcar, fui informado por fuentes fidedignas sobre las observaciones realizadas por el comandante del *Tartar*, quien había regresado hacía pocos días. Por lo tanto, me permito relatarle a S. E. lo siguiente sobre el trasfondo de aquel asunto.

Bagdad se encuentra ubicada en la desembocadura del río Bravo, como se sabe, en la frontera entre México y Texas. La ciudad surgió poco después de que se inició la guerra en Estados Unidos, debido a las considerables exportaciones de algodón de los estados sureños a Europa a través de México. Bagdad se compone de casas de ma-

[1] Según E. Pittner, 1993: 105-107, unos 600 soldados negros norteamericanos fueron contratados por 15 dólares para expulsar de Bagdad a los 180 efectivos de la guarnición imperial, y al día siguiente la ciudad fue ocupada por las tropas liberales mexicanas. Posteriormente Estados Unidos negó que se tratara de una acción de guerra de su país. En esa época Ernst Pittner se encontraba en Matamoros con una pequeña parte del cuerpo de voluntarios austriacos.

dera, y a pesar de que esta ciudad no está muy poblada, tiene un intercambio comercial bastante importante. La orilla tejana del río está ocupada por tropas estadunidenses bajo el mando del general Weitzel. Un destacamento de su cuerpo, compuesto de negros y bajo el mando del general Clark, resguarda Brazos, frente a Bagdad. En la noche del 5 al 6 de enero una pandilla de soldados negros del general Clark cruzó el río y atacó Bagdad, que únicamente estaba defendida por una débil guarnición y que no tenía protección alguna hacia el lado tejano, dispersó a los soldados imperiales mexicanos y saqueó la ciudad, robando y asesinando. Al día siguiente llegaron liberales mexicanos, es decir los enemigos del régimen imperial en Bagdad, cuyo comandante Mejía —quien no debe ser confundido con el general imperial Tomás Mejía, comandante en Matamoros— asumió el control de la ciudad. Acto seguido, los soldados negros del general Clark abandonaron la ciudad y cruzando el río regresaron a Brazos. Sin embargo, los liberales de Mejía siguieron saqueando Bagdad. Después de algunos días algunos republicanos residentes en Bagdad le solicitaron al general Clark tomar medidas para proteger sus propiedades. Clark accedió inmediatamente a su solicitud y envió parte de sus tropas negras a cruzar el río y ocupar la ciudad. Es decir que los mismos negros que poco antes habían asaltado y saqueado la ciudad, volvieron a Bagdad como protectores de la propiedad, y la siguen protegiendo hasta el día de hoy.

Cuando el comandante del *Tartar* llegó a Brazos encontró al general Clark en compañía del comandante guerrillero Mejía, quien había hecho su entrada a Bagdad siguiendo a los negros de Clark. Clark le explicó al oficial de marina francés que no tenía la culpa de este desgraciado acontecimiento. Debido al salvajismo y a la falta de disciplina de sus soldados negros, no había podido evitar la incursión. Cuando a raíz de este suceso ciudadanos norteamericanos le solicitaron proteger sus propiedades, él accedió a su deseo, teniendo que ocupar la ciudad abandonada por las tropas mexicanas imperiales.

Lo más que probable es que el grito de socorro de los ciudadanos norteamericanos no haya sido más que una mera confabulación.

El comandante del *Tartar* duda que el asalto a Bagdad se haya llevado a cabo con la complicidad y el consentimiento del gobierno norteamericano. Según su propia versión, Clark y algunos generales jóvenes consideran que su cuerpo —y por ende ellos mismos—

próximamente será desmovilizado, y por ello tratan de crear nuevas complicaciones bélicas, o por lo menos lanzarse a una aventura.

Después de mi llegada a la capital procuraré obtener más informaciones verídicas sobre lo acontecido en Bagdad, y no dejaré de mantener a S. E. al tanto de la marcha de los eventos.

Al iniciarse 1866 se hizo cada vez más evidente que las fuerzas francesas eran insuficientes para lograr la "pacificación" del país. El 31 de enero Napoleón III sugirió a Bazaine poner a disposición de Maximiliano a la legión extranjera durante algunos años, si es que deseaba quedarse en México. En cambio, si el emperador abdicara, el mariscal debería convocar a una junta para que eligiera a un presidente de México. Este cambio de opinión de Napoleón III, que desesperadamente deseaba poder terminar con éxito la conquista que había iniciado, se hizo cada vez más patente ante los gestos amenazantes de Estados Unidos. En este trance, Bazaine proyectó realizar la retirada de las tropas francesas en tres etapas: en noviembre de 1866, en marzo y en diciembre de 1867. Mientras tanto, el gobierno imperial, presidido por el liberal Fernando Ramírez, ya se encontraba en plena disolución, y finalmente fue despedido el 3 de marzo de 1866.

En su siguiente informe, Magnus relata, en primer lugar, su frustrado intento de entregar a Maximiliano sus cartas credenciales y, en segundo, reseña el caos financiero del imperio, que ni siquiera podía ser remediado por el experto financiero francés Jacques Langlais. Ante la imposibilidad de su misión, éste sufrió una apoplejía y fue sustituido por Maintenant, intendente del ejército francés, que tampoco tuvo éxito.

México, 9 de febrero de 1866 (informe 2)

Me complace informar a S. E. que he llegado aquí el 1 del mes. Aunque la actual temporada es la más favorable, el viaje de Veracruz a la capital, que he recorrido sin interrupción, toma cuatro días y es muy fatigante. El 5 del mes el emperador abandonó su residencia campestre en Cuernavaca, donde residía con la emperatriz desde hace dos semanas, para pasar unos días en la ciudad.

Hasta ahora no he tenido el honor de poder presentar al emperador las credenciales de S. M. el rey, nuestro benignísimo soberano.

Según parece, el emperador regresará el 11 del mes con su S. M. la emperatriz a Cuernavaca [...]

La presencia del emperador en la capital se debería, ante todo, a los cambios en el gabinete que se han planeado desde algún tiempo. Fuentes bien informadas me aseguran, sin embargo, que la reorganización definitiva del gabinete ha sido nuevamente aplazada. Las dificultades en formar un nuevo gobierno residen, por lo visto, en el conflicto que existe entre los candidatos del emperador respecto a las medidas financieras a tomar.

Como ya sabemos, el gobierno imperial francés ya había enviado al señor Langlais en septiembre del año pasado con el propósito de que se hiciera cargo del Ministerio de Hacienda. Ocho días antes de la llegada de Monsieur Langlais, el emperador Maximiliano promulgó diversos y detallados decretos encaminados a regular los futuros presupuestos. De esta manera, fue imposible que el funcionario francés ingresara de inmediato al ministerio.

Mientras tanto, las calamidades financieras se tornan cada vez más apremiantes. De los dos empréstitos contraídos en Francia, sólo una suma relativamente modesta habría llegado a México, toda vez que el gobierno imperial francés habría retenido la mayor parte de ellos a título de indemnización por los costos de la expedición mexicana. [...]

Por otro lado, en un país infestado de bandas guerrilleras resulta sumamente difícil recaudar aunque sea alguna parte de los impuestos, y a pesar de todos los esfuerzos que se han hecho, hasta el momento no se ha logrado sacarle mayor provecho a los derechos de importación que son la fuente principal de ingresos del Estado. Debido al sinnúmero de abusos arraigados en la administración de aduanas después de cincuenta años de mal gobierno bajo presidentes corruptos, y al estado de revolución casi ininterrumpido, el gobierno imperial ni siquiera recibe, según personas entendidas en el tema, la cuarta parte de la suma que deberían proporcionarle los derechos de importación. En vista de tales circunstancias, no sorprende que las arcas del Estado estén vacías y que desde hace dos meses no se puedan realizar los pagos pendientes. Se afirma que, al final del año, el déficit se habrá elevado a 90 millones de pesos.

Langlais, quien desde su llegada se ha dedicado a reorganizar las finanzas mexicanas, presentó al emperador un proyecto que establecería el presupuesto anual en 32 millones de pesos. En cambio, una

comisión de finanzas instalada con esos mismos fines por el emperador e integrada por la Contaduría Superior, los actuales ministros y otras personas, elaboró un plan que fijaría el presupuesto nacional en 68 millones de pesos. Según dicen, Langlais no considera posible asumir la dirección del departamento de Hacienda si el presupuesto es más alto que el fijado en su proyecto, ya que hasta con un presupuesto nacional de tan sólo 32 millones el déficit anual sería de cuatro millones de pesos, según sus propios cálculos. El proyecto de Langlais recomienda, desde luego, observar máxima austeridad, reducir el número de funcionarios, etc. La oposición contra ese proyecto aumentará a medida que los intereses particulares se vean afectados por él.

En una segunda carta de Magnus de la misma fecha, se menciona al controvertido coronel francés Charles Louis Désir Dupin (1814-1868), ex jefe de la contraguerrilla. En 1864 Dupin fue degradado por los desmanes que cometió en China, pero fue rehabilitado por Napoleón III y en México organizó la contraguerrilla con elementos franceses y extranjeros que en la Huasteca combatió contra los grupos guerrilleros encabezados por Desiderio Pavón, Manuel Casados Juárez, Francisco Mascarenas y otros. Por su crueldad, el coronel francés se hizo odioso para Maximiliano, quien en 1865 ordenó su regreso. Sin embargo, después de la entrevista que sostuvo con Napoleón III, regresó a México contrariando el deseo expreso de Maximiliano.

México, 9 de febrero de 1866

Me complace informar a S. E. lo siguiente respecto a un incidente que me parece sintomático de las relaciones del emperador Maximiliano con las autoridades militares francesas.

El oficial francés Dupin, al tomar parte en la expedición francesa contra China, habría saqueado el palacio imperial durante la toma de Pekín, en una escala tan extraordinaria y en su propio beneficio que a su regreso a París, según dicen, fue suspendido de sus funciones. Más tarde logró ser reinstalado por el gobierno francés en México, no como oficial del ejército sino como teniente coronel de una tropa compuesta por soldados mexicanos y europeos que está bajo el mando del mariscal Bazaine, pero que está destinada a formar parte,

imperial mexicano, incluyendo a los cuerpos de voluntarios austriacos y belgas. De ello se derivó un caos total para la hacienda del imperio.

México, 27 de febrero de 1866 (informe 8)

Con el último vapor arribó el barón de Saillard, primer secretario de la embajada francesa en misión especial, quien había colaborado en la embajada francesa en Berlín en los tiempos del príncipe d'Auvergne. El barón Saillard trajo una carta de puño y letra del emperador Napoleón para el emperador Maximiliano, y parece que igualmente le fueron encomendadas algunas instrucciones orales de su emperador. Hasta ahora no se conocen esas instrucciones ni el contenido de la carta. Teniendo en cuenta el párrafo dedicado a México en el discurso con el que el emperador Napoleón inició las sesiones del cuerpo legislativo, se supone que la misión del barón Saillard está relacionada con la posibilidad de llegar a un acuerdo sobre el momento en el que el ejército de ocupación francés deberá abandonar México.

Cuando el barón Saillard llegó a la capital, el emperador se encontraba en Cuernavaca adonde S. M. había regresado el 11 del mes en curso. El barón Saillard le envió la carta del emperador Napoleón y le solicitó una audiencia para comunicarle su mensaje verbal. El emperador lo citó en Cuernavaca, pero el barón Saillard respondió que requería la presencia del embajador francés para que éste lo presentara al emperador, y que no estaba dispuesto a viajar a Cuernavaca sin la compañía del embajador. Entre tanto, el emperador inmediatamente envió, a través de Nueva York, un correo a París con su respuesta para el emperador Napoleón. Para evitar tener que recibir al barón Saillard, el emperador prolongó su permanencia en Cuernavaca argumentando tener un malestar, a pesar de que, junto con Saillard, había llegado a México en misión extraordinaria el general belga Foury[5] con su numeroso séquito para notificar la ascensión al trono de Leopoldo II, rey de los belgas. Finalmente, el 21 del mes en curso S. M. la emperatriz regresó de Cuernavaca y, en nombre y por

[5] Después de la muerte del rey Leopoldo I, su hijo y sucesor, Leopoldo II, envió a México una delegación para anunciar a Carlota su ascensión al trono. Sus componentes eran el general Foury, el ayudante de campo del mismo, barón d'Huart, y dos agregados de legación. El grupo llegó a México el 14 de febrero, y en su viaje de regreso a Europa, el 4 de marzo, fue atacado en Río Frío por guerrilleros; el barón d'Huart murió por un disparo en la cabeza (Gaulot, III: 13).



Colección particular

Maximiliano de Habsburgo

encargo del emperador, le concedió al general Foury la audiencia oficial solicitada. No obstante, al recibir la noticia de la muerte de Langlais, ocurrida el 23, el emperador se trasladó a la capital.

Hasta el momento S. M. no ha recibido al barón Saillard y, según dicen, no tiene ninguna intención de encontrarse con él. Personas bien enteradas me confirman que el emperador no ha informado a sus ministros del contenido de la carta del emperador Napoleón. Si el gobierno francés está realmente decidido a retirar en breve sus tropas de México, o si París y Washington ya han llegado a un acuerdo referente al asunto mexicano, son preguntas vitales para el joven imperio mexicano sobre las cuales seguramente V. E. ya habrá recibido informaciones desde tiempo atrás, pero aquí no tenemos certeza alguna.

En todo caso, las palabras del mariscal Bazaine parecen anunciar que se han tomado resoluciones decisivas por parte de su gobierno. El mariscal me dijo que estaba convencido de que el ejército de ocupación estaría en condiciones de pacificar al país y de consolidar al régimen imperial en unos dos años, pero siempre y cuando Estados Unidos observe una estricta neutralidad, mas de acuerdo con los informes recibidos desde París no hay buenas noticias de Washington. El marqués Montholon[6] estaría demasiado influido por su entorno, pues considerando la superioridad numérica de los norteamericanos, ha recomendado entenderse con ellos. Aunque el mariscal no comparte los temores del marqués, sí estima que, en el caso de un conflicto, el actual ejército de ocupación no tendría fuerza suficiente para evitar una invasión de las tropas estadunidenses en México. Es cierto que en los estados del sur recientemente vencidos prevalece un gran descontento contra el norte, pero haciendo a un lado el hecho de que él no confía en los norteamericanos sureños más que en los norteños, opina que una rebelión de los antaño negreros del sur solamente sería probable en caso de que desembarcara una gran fuerza francesa en el Misisipi.

Confidencialmente, el mariscal añadió que el emperador Napoleón le había escrito personalmente poco antes del fallecimiento [el 18 de octubre de 1865] de lord Palmerston, indicándole que el primer ministro le había asegurado que, en caso de que estallara una

[6] Charles-Francois, marqués de Montholon Sémonville, fue el enviado de Francia ante el imperio de Maximiliano; cuando fue transferido a Washington lo sustituyó Alphonse Dano.

guerra con Estados Unidos, Francia podría contar con el apoyo activo de Inglaterra. Sin embargo, el mariscal manifestó sus dudas de que después de la muerte de Palmerston el gobierno francés pudiera contar con el incondicional apoyo británico contra Estados Unidos. Además, me contó que últimamente muchos bandidos estadunidenses se habían incorporado a casi todos los grupos guerrilleros, y que había habido intentos norteamericanos de hacer llegar armamento y municiones a los disidentes. Recientemente se descubrió un depósito de material bélico en Veracruz.

Aunque oficialmente Washington toma distancia de esas actividades de bandidaje, es inevitable que estos hechos, a la larga, provocarán serias complicaciones con Estados Unidos. El mariscal está convencido de que los lamentables hechos ocurridos en Bagdad-Matamoros pudieron haber desatado el conflicto si no hubiese evitado el contacto entre las tropas francesas y las norteamericanas al ordenar que la protección de la frontera quedara a cargo exclusivamente de tropas mexicanas.

En vista de esta tensa situación, ha ganado credibilidad un rumor en los círculos gubernamentales respecto a la misión del barón Saillard: el emperador Napoleón, cuyo descontento con el gobierno del emperador Maximiliano es evidente ante la falta de progreso en la estabilización del nuevo trono, le habría mandado decir al emperador que el gobierno francés, después de haber hecho todo para instalar en México al imperio de forma permanente, y de haber visto fracasar sus bien intencionados esfuerzos por la propia culpa del emperador en lo futuro sólo guiará su política de acuerdo con los intereses de Francia, y considerará terminada su misión militar en México.

He tenido el honor de referir a S. E. en mi informe político núm. 2 del 9 del mes las negociaciones entabladas con el funcionario francés M. Langlais respecto a su nombramiento definitivo como ministro de Hacienda. Los planes de reorganización de Langlais, en principio, ya habían sido aprobados por el emperador, pero Langlais falleció súbitamente el 23 de este mes. Murió de un derrame cerebral cuando, después de un paseo, subió la escalera de su casa del brazo de su médico. Desde que llegó a México, en septiembre del año pasado, Langlais había estado enfermo. Según el parecer de los médicos, su muerte prematura se debió, ante todo, a un excesivo esfuerzo mental al elaborar sus proyectos para reformar las finanzas mexicanas.

En vista de los proyectos que el difunto dejó preparados, este nue-

vo golpe es algo menos doloroso para el gobierno imperial. Se cree que Monsieur de Maintenant, también francés e inspector general de finanzas, quien había colaborado con Langlais en la elaboración de sus planes de reforma, ahora le sucederá en la dirección del departamento de Hacienda a fin de poner en práctica los proyectos de Langlais. Aún no se puede precisar hasta qué punto el deceso de Langlais conllevará consecuencias para la reorganización en el Ministerio Imperial, que ya se había anunciado con anticipación. Según me aseguran personas bien informadas, el emperador tiene la intención de nombrar al conde del Valle de Orizaba,[7] gran chambelán de S. M. la emperatriz, presidente del Ministerio de Estado, una elección que es considerada como afortunada por los partidarios del imperio, no solamente por ser el conde un hombre respetado por todos, sino también porque este nombramiento presagia una renovada influencia de la emperatriz sobre las decisiones del emperador. Teniendo en cuenta el carácter firme y perseverante de la emperatriz, el partido conservador lamenta que, hasta el momento, el emperador no se haya mostrado más abierto a los consejos de su augusta esposa en materia política [...]

La situación política de México sigue presentando el triste panorama de un desgarramiento profundo. Solamente una pequeña proporción del país está bajo el dominio de la autoridad imperial. Provincias enteras aún se encuentran bajo el poder absoluto de los generales republicanos, y grupos de guerrilleros y salteadores infestan todas las regiones. El ejército de ocupación francés, incluyendo a la legión extranjera y al cuerpo austro-belga de voluntarios, muy diezmado por los combates y las enfermedades, no suma más de 30 000 combatientes, y las tropas regulares del imperio mexicano hasta el momento sólo reúnen una fuerza de aproximadamente 10 000 hombres. Quizás este efectivo podría ser suficiente para someter al país, pero en vista de las inmensas distancias resulta insuficiente para do-

[7] Suárez Peredo, conde del Valle, era un rico hacendado que formó parte de la comisión mexicana que ofreció a Maximiliano la corona de México en Miramar. Fue el único miembro de dicha comisión que no apareció en la famosa foto que, a instancias de Hidalgo, se tomó en Trieste, y no tuvo mayor influencia política. En su correspondencia la emperatriz Carlota le dio diversos consejos a Maximiliano, pero dejó la decisión última a su esposo. Los conservadores se equivocaron al suponer que Carlota se pronunciaría en su favor pues, al contrario, Maximiliano llegó a decir que su esposa era una "roja", como lo prueban los violentos altercados que tuvo con el nuncio Francesco Meglia.

minar a todas las regiones del imperio. Desde la primavera del año anterior, el mariscal Bazaine no ha llevado a cabo mayores expediciones contra las provincias resistentes. Continúa la guerra de guerrillas; hace pocos días el general imperial Méndez obtuvo una victoria considerable en Uruapan sobre un cuerpo del ejército republicano.

Pero este estado de guerra sin fin, en vez de consolidar al gobierno imperial, socava la lealtad política que, de todos modos, en este desdichado país casi no se conoce. Las tropas francesas o imperiales ocupan una ciudad, enarbolan la bandera imperial, instalan autoridades imperiales, y luego se marchan, puesto que el ejército no tiene la fuerza numérica necesaria para mantener guarniciones en todas las ciudades. Al poco tiempo, un destacamento republicano invade la ciudad indefensa, la saquea, y se lleva el botín y a los funcionarios imperiales. Al recibir la noticia del asalto regresan las tropas imperiales y le imponen a la ciudad, anteriormente saqueada, severas multas por haber colaborado con los disidentes o por no haberse resistido a ellos. En vista de tales circunstancias, es fácil comprender que el grueso de la población permanezca en una indiferencia absoluta. Es cierto que las clases acomodadas simpatizan con el imperio, ya que de él esperan orden y seguridad para sus propiedades, pero por su apatía innata no prestan apoyo alguno al nuevo régimen.

Entre los extranjeros residentes en México, la mayoría de los alemanes son adversos al imperio. La causa de este fenómeno no es muy elogiable, pero sí es comprensible en las actuales circunstancias. Casi todo el comercio exterior está en manos del numeroso elemento alemán. En el tiempo de la República la importación de mercancía prácticamente se reducía al comercio clandestino. Debido a la avaricia de los presidentes, y frente a un ejército de funcionarios corruptos, los importadores alemanes se vieron obligados a recurrir al sistema del contrabando, que funcionaba con la complicidad de los aduaneros, y llegaron a amasar grandes fortunas. El nuevo imperio está empeñado en suprimir todo comercio ilícito, pero los exorbitantes derechos de entrada por un lado, y las graves pérdidas sufridas por los comerciantes a consecuencia de la falta de seguridad en las carreteras por el otro, llevan a los alemanes a extrañar las anteriores condiciones republicanas donde ellos hallaron su prosperidad. Tan sólo en enero un transporte de mercancía muy valiosa que había partido de Tampico acompañado de una escolta francesa fue asaltado, saqueado y quemado por la guerrilla en una pequeña ciudad, mientras la escol-

ta había salido para hacer unas exploraciones. Desafortunadamente gran parte de la pérdida, valuada en 800 000 pesos, afecta a las casas comerciales alemanas establecidas en Tampico.[8]

En tanto que las masas populares, las clases acomodadas y los extranjeros influyentes permanecen indiferentes, e incluso adversos al imperio, los decididos enemigos del emperador desarrollan una actividad enérgica: miles de ambiciosos aventureros surgidos en los tiempos revolucionarios de antaño, gente que no tiene nada que perder, pero que espera ganar poder y dinero contribuyendo a la caída del imperio, entre tanto recurre al robo y al saqueo.

El partido conservador, que representa seriamente a la idea monárquica, es poco numeroso, y lamentablemente el comportamiento del emperador podrá enajenarle también a este partido que lo ha llamado al país. Al principio, los conservadores habían esperado del emperador la restitución de los bienes eclesiásticos confiscados por Juárez, y parece ser que el emperador mismo tuviera la intención de realizar, por lo menos, una restitución parcial. Sin embargo, como la inmensa mayoría de la población, a pesar de su fanatismo religioso, se muestra radicalmente adversa a una restitución de los bienes secularizados al clero, el emperador se vio obligado a reconocer las ventas de dichos bienes, medida que provocó la ruptura de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede.[9] Según la opinión de personas entendidas, se podría haber llegado a un acuerdo si ambas partes hubiesen obrado con moderación, pero en vista de las circunstancias, la restitución de los bienes eclesiásticos, como el clero y los conservadores lo esperaban por parte del emperador, fue imposible de realizar.

Por otra parte, el gobierno imperial alberga la esperanza de que

[8] Este suceso, que hizo patente la inseguridad en los territorios dominados por el gobierno imperial y los franceses, lo retoma Magnus en su relación del 8 de abril de 1866.

[9] El nuncio, sin haber logrado sus propósitos, regresó a Roma vía Guatemala. No obstante, las relaciones entre el imperio y el Vaticano no se rompieron del todo, pues Maximiliano envió a Roma una comisión especial compuesta de tres obispos y el secretario del Consejo de Estado, el liberal Joaquín Degollado. Su misión fue la de negociar un concordato, según el cual los bienes confiscados no serían restituidos y la financiación del clero en lo sucesivo correría a cargo del Estado, lo que en virtud de las catastróficas finanzas del imperio de todos modos hubiera sido imposible. La fuerza propulsora de las negociaciones fue el padre Agustín Fischer. Si no logró aprobarse el concordato fue porque el derrumbe del imperio impidió que continuaran las reuniones de una asamblea de obispos mexicanos que había sido aprobada por el papa Pío IX.

las negociaciones sobre el tema de los bienes eclesiásticos reiniciadas en Roma dentro de poco puedan resultar en un acuerdo. Sin embargo, al partido conservador le indigna, sobre todo, el hecho de que también en materia política el emperador se haya apartado completamente de él. Todos los conservadores han sido eliminados del círculo de influencia del emperador. El general Almonte, mariscal de la corte imperial y el hombre más influyente de este partido, me dijo personalmente que el emperador jamás habla con él de política. En cambio, Su Majestad se ha acercado al partido liberal; a fin de promover la reconciliación, muchos liberales que profesaron su adhesión al imperio recibieron altos cargos, pero generalmente se aprovechaban de estos cargos en contra del emperador, fomentando los intereses de los republicanos, con los que no tardaron en volver a hacer causa común. A pesar de estas tristes experiencias, el emperador sigue favoreciendo a los liberales, y trata con generosidad a los enemigos dentro de sus propias filas.

Este monarca, sin duda altamente dotado, no consiente ninguna contradicción. Si alguien de su entorno se atreve a poner en duda la conveniencia de gobernar según los principios liberales, o de oponerse a su excesiva clemencia para con sus adversarios más decididos, pierde su cargo. Ni siquiera Su Majestad la emperatriz tiene influencia política sobre su esposo, el emperador.

Con la excepción del señor Ramírez, los actuales ministros carecen de experiencia en asuntos de gobierno. Hace poco la emperatriz le preguntó a un señor de su entorno qué opinaba de los nuevos ministros, a lo que con franqueza respondió que, a su parecer, no tenían mucho entendimiento político y aún menos iniciativa. "C'est précisément pour cela que l'Empereur les a choisis",[10] exclamó la emperatriz.

Lamentablemente, y hasta el momento, las intenciones liberales del emperador no han sido suficientes para mejorar su reputación, ni para establecer un ejército nacional respetable, ni para remediar la crisis financiera cada vez más apremiante. Se han decretado excelentes leyes, mas no hay quien las observe.

El ejército de ocupación francés no es bien visto en el país. Los franceses cometen frecuentes abusos y se comportan como si estuvieran en un país conquistado. Como desde luego el emperador

[10] "Precisamente por eso los escogió el emperador."

protege a sus nuevos súbditos, ello provoca roces entre la corte y el ejército francés que son muy penosos para S. M., puesto que el mariscal Bazaine ostenta el verdadero poder. Había tenido el honor de referir a S. E. en mi informe político núm. 4 del 9 de febrero el asunto del coronel francés Dupin como ejemplo de las relaciones frecuentemente desagradables entre el emperador y el mariscal. En realidad Bazaine, quien pasa por ser un hombre perspicaz y prudente, se comporta de una manera que puede ser molesta para la corte. Cuando pasa revista a sus tropas siempre se presenta con un séquito numeroso y espléndido. Sus invitaciones son firmadas por su ayudante "par Ordre de S. E. le Maréchal de France",[11] etc. En medio de todas estas dificultades, el trono imperial solamente es defendido por las bayonetas francesas; si el ejército francés fuese retirado de México, la caída del trono recientemente erigido sería inevitable, y ello aun sin la intervención de Estados Unidos.

Solicito la indulgencia de S. E. por haber excedido con mucho, de acuerdo con la dimensión que se acostumbra para los informes políticos, la descripción de la desorganización interna de México.

Finalmente el 26 de febrero Magnus, tras una larga espera, pudo entregar a Maximiliano sus cartas credenciales. El emperador insistió en ridículos formalismos que supuestamente estaban destinados a expresar su disgusto porque Prusia había tardado en enviar a su representante diplomático, el cual, además, detentaba el rango inferior de ministro residente. El comportamiento del Habsburgo igualmente fue determinado por las latentes tensiones que, desde tiempo atrás, imperaban entre Austria y Prusia, así como por su rivalidad por ejercer la hegemonía dentro de la Confederación Germana. Todo ello ocasionó que, en junio de 1866, se desatara una guerra entre los dos estados que fue perdida por Austria, la cual dejó de formar parte de la nueva Confederación Germana del Norte.

La siguiente carta fue dirigida directamente al rey de Prusia, Guillermo I, que después de la guerra franco-prusiana de 1870, perdida por Francia, fue coronado emperador del imperio alemán. En ella Magnus volvió a insistir en que su audiencia con Maximiliano estuvo plagada de penosos incidentes. El emperador dejó ver a Magnus su resentimiento contra Prusia y los alemanes

[11] "Por orden de S. E. el mariscal de Francia."

residentes en México que, en su mayoría, eran partidarios de la república. Sólo más tarde el emperador se percató del carácter confiable, sincero y abnegado de Magnus.

El 3 de marzo de 1866 dimitió el gobierno presidido por Joaquín Velázquez de León, del que Fernando Ramírez formaba parte como ministro de Relaciones Exteriores.

(México) 3 de marzo, 1866

Serenísimo y poderosísimo rey,

Clementísimo rey y señor:

Tengo el honor de humildemente informar a S. R. M. que el 26 del mes finalmente el emperador me concedió una audiencia y recibió de mis manos la carta-credencial expedida por S. R. M.

Después de llegar a México el 1 de febrero, me presenté inmediatamente ante el ministro de Relaciones Exteriores, De [*sic*, Del] Castillo, solicitando su cooperación para obtener mi primera audiencia. En aquel momento el emperador se encontraba en su casa de campo en Cuernavaca, pero regresó a la capital el 5 del febrero.

El mismo día el emperador recibió en audiencia al embajador del imperio austriaco. Poco después, el señor Loosey, cónsul general de Austria en Nueva York, tuvo el honor de ser recibido por el emperador. Desembarcó conmigo en Veracruz y se presentó en México algunos días después de que yo lo hiciera. Además, el motivo de su viaje sólo era de negocios particulares, especialmente a fin de obtener una licencia para una línea de navegación a vapor entre Veracruz y Estados Unidos. Después de una estadía de ocho días, el emperador retornó a Cuernavaca sin haberme concedido la audiencia que yo había solicitado. Entre tanto, el general Foury, del reino belga, llegó dos semanas después que yo, con una misión extraordinaria para notificar a la corte imperial la ascensión al trono de Leopoldo II, rey de los belgas. El general Foury vino acompañado del barón Saillard, secretario de la embajada francesa, respecto a cuya misión ante el emperador Maximiliano yo ya había tenido el placer de mencionar al primer ministro de S. R. M. en mi informe núm. 8 del 27 de febrero.

El emperador, por una parte, deseaba evitar recibir al barón Saillard pero, por la otra, el general Foury solicitaba urgentemente poder cumplir con su encargo para regresar a sus obligaciones oficiales en Bélgica. Por lo tanto, el emperador, bajo el pretexto de encontrarse indispuesto, le dio poderes a la emperatriz para que en su lu-

gar recibiera al emisario belga. La emperatriz se trasladó a México y recibió al general Foury el 22 del mes en una audiencia oficial; al día siguiente tuvo el honor de ser invitado, junto con los funcionarios de su embajada, a la mesa imperial. Sin embargo, en la mañana de aquel día el emperador volvió a la ciudad tras recibir la noticia del fallecimiento del señor Langlais. El monarca no participó en el almuerzo de la emperatriz, pero después de haber condecorado al general Foury y a sus cuatro agregados, le concedió una audiencia privada a toda la delegación belga.

Finalmente, el 26 de febrero tuve el honor de entregarle mi carta credencial al emperador. Sin embargo, mientras que a los ministros extraordinarios acreditados en México se les concede una audiencia oficial, a la cual los conduce un chambelán imperial en un carruaje de la corte, yo solamente fui recibido en audiencia particular, a la que tuve que presentarme en traje civil. El emperador, igualmente en traje civil, portaba la Estrella de la Real Orden del Águila Negra. Con discreción se me informó que, para la presentación de mis credenciales, se observó la misma etiqueta que se acostumbra en la corte imperial de Francia para la recepción de ministros residentes. Con profundo respeto me permito transmitirle a S. R. M. la alocución que dirigí al emperador con motivo de entregarle la carta credencial. En virtud de que S. R. M. tuvo a bien escribirle al emperador en alemán, creí pertinente servirme de la misma lengua, aunque el ministro Del Castillo, en una entrevista anterior, me había informado en forma confidencial que el ministro mexicano en Berlín había recibido órdenes de dirigirse en asuntos oficiales a S. R. M. en lengua española, y que el emperador me respondería sin duda en español.

De hecho, el emperador leyó su respuesta en español de una hoja que le entregó el señor Del Castillo, quien estuvo presente en la audiencia, y a quien el emperador se la devolvió junto con mi carta credencial. Ya que aún no domino suficientemente el español, para mi gran pesar no entendí la respuesta del emperador a mi alocución. En esa virtud solicité por escrito al ministro Del Castillo que me hiciera llegar una copia de las palabras del emperador. El ministro no me contestó sino hasta el 1 del mes, diciendo que le había comunicado mi deseo al emperador, pero como había extraviado la hojita con la respuesta escrita, no había forma de encontrarla. Por ello no puedo informar a S. R. M. el contenido de la respuesta imperial. Con discreción, se me hizo saber que la razón de no haberme comunicado la

respuesta del emperador se debía a que el emperador opinaba que un ministro residente no tiene derecho a dirigir una alocución oficial al soberano en el momento de entregar su carta credencial, y menos a esperar una respuesta. Esta suposición hallaría su confirmación en el hecho de que el diario oficial, *El Diario del Imperio*, simplemente notificó la presentación de mis credenciales, mientras que en el caso de los ministros extraordinarios siempre se publican, textualmente, sus alocuciones y la respuesta del emperador.

En cualquier forma el emperador me recibió amablemente y preguntó con simpatía por S. R. M. y por S. M. la reina. No dejé de transmitirle al emperador, y cuando al día siguiente fui presentado a la emperatriz también a ella, los saludos que S. R. M. me había encargado. El emperador se mostró muy agradecido, y me comentó que había recibido muchas demostraciones del afecto de S. R. M., y que S. R. M. recientemente había recibido a su embajador, Barandiaran, de la manera más benevolente. Según sus informes, el señor Barandiaran se habría mostrado sumamente complacido con su recepción en la augusta corte de S. R. M.

El emperador además se refirió a la condecoración de la Orden Imperial Mexicana de San Carlos otorgada a S. R. M., a S. M. la reina y a S. A. la princesa real. El emperador me dijo que el día que la orden fue creada la emperatriz otorgó las insignias de la misma a S. M. la reina y a S. A. la princesa real, pero que no le llegó respuesta alguna, hecho sorprendente porque desde aquel día la emperatriz había recibido varias cartas de la princesa real en las que, sin embargo, la condecoración nunca fue mencionada. Recientemente el señor Barandiaran informó al emperador que su antecesor, el señor Murphy, nunca entregó las condecoraciones, por lo que la entrega finalmente fue realizada por el señor Barandiaran. El emperador me pidió poner a S. R. M. al tanto de estos hechos, porque deseaba que las razones fuesen conocidas en Berlín. Como el señor Murphy también cometió en Viena este tipo de negligencias, fue preciso retirarlo de sus funciones diplomáticas, a pesar de ser un buen hombre de grandes méritos.

El hecho de que el emperador no me hubiera recibido, a pesar de haber permanecido en la capital durante ocho días, llamó la atención, no solamente de los círculos sociales, sino también de la población alemana residente en la ciudad, tanto más que el emperador había interrumpido su prolongada estadía en Cuernavaca únicamente por la muerte del señor Langlais. En México, donde la nueva corte

imperial aún despierta un alto interés general, y donde, debido a la incomodidad de los viajes, llegan pocos extranjeros, este retraso resultó más notorio que en una corte europea, y por lo general fue interpretado como una demostración del emperador. De acuerdo con informaciones discretamente obtenidas de una fuente enterada, el emperador habría aplazado intencionalmente mi audiencia para hacer patente su descontento por el hecho de que el enviado de Prusia apenas hubiera llegado. Además, solamente desempeño el cargo de ministro residente, mientras que el emperador ha acreditado, por segunda vez, a un ministro extraordinario en Berlín. El emperador también se habría ofendido porque el general mexicano Miramón, durante una misión militar realizada en el año pasado en Berlín ante la excelentísima corte de S. R. M., no recibió un tratamiento amable, como afirman por aquí.[12]

Como me aseguran personas bien informadas, no debo temer que el emperador se haya disgustado con la decisión de S. R. M. de haberme escogido para esta función; por lo menos el emperador se ha pronunciado de manera benévola acerca de mi persona en una conversación con el embajador del imperio austrohúngaro, mi amigo el conde de Thun,[13] a quien yo había comunicado mi nombramiento desde San Petersburgo. Sin embargo, la tardanza en asumir mi cargo en este país cuando casi todos los otros estados europeos ya estaban representados por sus enviados, le habría dado la impresión de que S. R. M. le dedicaba poco interés al nuevo imperio mexicano.

Me atrevo a asegurar a S. R. M. que haré todo lo posible para no perjudicar la dignidad del cargo que S. R. M. ha tenido a bien dejar en mis manos; por otra parte, pondré gran empeño en aplacar, poco a poco, los indicios de descontento observados, aunque no se puede negar que la forma como se me ha recibido hace que mi posición sea bastante complicada.

La colonia alemana ha reaccionado con entusiasmo al hecho de que, finalmente, se haya nombrado un embajador de Prusia. Muchos alemanes, sin distinción de procedencia, han expresado su esperanza de que, a partir de este momento, los intereses alemanes tendrán una protección y defensa enérgicas, que han sido extrañadas por tanto tiempo. Como en todos los países de ultramar, también aquí los alemanes consideran al representante de S. R. M. como su protector natural. Creen que tal apoyo se torna más urgente porque la parte austriaca está interesada en conseguir ventajas en el campo de la política comercial en México. A los productores austriacos ya se les ha concedido, entre otras cosas, la importación libre de derechos de aduana de depósitos de muestra. Por las razones que he tenido el honor de explayar en mi obediente informe núm. 6 del 27 de este mes, casi todos los alemanes residentes en el país, con excepción de los pocos austriacos, tienen aversión hacia el imperio. La predisposición de la corte contra los alemanes, resultante de dicha actitud, fácilmente podría contagiar las relaciones con mi persona, sobre todo cuando, amén de esta situación poco favorable, deberé defender los reclamos de los alemanes contra el gobierno actual.

Bajo estas condiciones, y en vista de mi bajo rango diplomático, no albergo grandes esperanzas de poder tener suficiente influencia en el gabinete imperial para defender enérgicamente los intereses del comercio prusiano y alemán, y aún menos en el caso de que se estabilice el nuevo estado de cosas, y entonces tenga que enfrentarme a las anunciadas negociaciones en materia de política comercial y otros asuntos internacionales, aunque debo decir que, hoy día, tal estabilización parece ser sumamente improbable.

Puesto que para los alemanes la presencia de un representante de S. R. M. es de gran importancia, el tratamiento que se me ha deparado ha producido malestar entre la colonia alemana, bien trátese de prusianos o de no prusianos. Les ha molestado ver que solamente se me ha querido recibir tarde y después del enviado belga, y aun después de cierto cónsul general austriaco en otro país que se encuentra aquí sin misión oficial. Como además desconocen la jerarquía diplomática, mis compatriotas alemanes reprochan al emperador que al ministro residente de S. R. M., en vez de una audiencia oficial, solamente se le haya concedido una audiencia privada, y que el boletín oficial no contenga mi alocución ni la respuesta del emperador.

Con profunda reverencia

Su más humilde y obediente servidor

Magnus

[12] En las memorias de Concepción Lombardo, quien acompañó a su esposo a Berlín, no se indica que hubiera tenido contacto alguno con la corte de Prusia. Lo que realmente disgustó a Miramón fue que su misión para estudiar al ejército prusiano fue un mero pretexto para alejarlo de México.

[13] Las legaciones prusiana y austriaca se encontraban en el mismo edificio en el palacio de Iturbide, en la entonces calle de Plateros, hoy Madero.

En su siguiente informe a Bismarck, Magnus se refiere a la ruptura entre Maximiliano y su ministro en París, Manuel Hidalgo y Esnaurrízar, quien al principio había sido, junto con Gutiérrez de Estrada y Almonte, uno de los primeros promotores del imperio. Ya para finales de 1865 Hidalgo previó acertadamente que Napoleón se vería obligado a retirar a su cuerpo expedicionario. En noviembre de 1865 Hidalgo solicitó tomar vacaciones para regresar a México y hablar con Maximiliano sobre esa posibilidad. Sin embargo, y como a principios de diciembre las relaciones entre Maximiliano y Francia ya eran muy tensas, Hidalgo consideró que sería inútil intervenir como mediador, y prefirió ser relevado de su misión en París. A pesar de que Maximiliano invitó a Hidalgo a informarle personalmente sobre el desarrollo de los acontecimientos en Francia, la verdadera intención de Hidalgo parece haber sido la de ya regresar en definitiva a México. A finales de enero llegó a México, y en Cuernavaca informó a Maximiliano que, en París, los parlamentarios más críticos del cuerpo legislativo, influidos por el mismo Napoleón, pedían que se pusiera fin a la empresa mexicana. Finalmente, cuando el barón Saillard transmitió el anuncio oficial de la inminente retirada de las tropas francesas, la ira del emperador Maximiliano se descargó contra Hidalgo, ya que por haber sido el hombre de confianza de Napoleón lo consideró como "traidor", e Hidalgo renunció a su cargo. Para impedir que regresara a París, Maximiliano lo nombró consejero de Estado, pero Hidalgo rechazó rotundamente este honor y en cualquier forma retornó a Francia con un salvoconducto francés. Como ni siquiera se despidió del emperador, éste le quitó su pensión de diplomático.[14]

México, 3 de marzo de 1866 (informe 9)

He tenido el honor de referirle a S. E. en mi informe núm. 8 del 27 del mes la misión del secretario de la embajada francesa, el barón de Saillard. Después de resistirse tercamente, el emperador finalmente lo recibió, y una vez concluida su audiencia Saillard inmediatamente se trasladó a Veracruz para regresar a Francia con un vapor inglés que saldrá hoy o mañana.

La hipótesis expresada en mi informe núm. 8 acerca de la finalidad de la misión de Saillard parece confirmarse. He podido saber de personas bien informadas que el emperador Napoleón le habría escrito al emperador Maximiliano en los siguientes términos: el sacrificio

[14] Sofía Verea de Bernal (comp.), 1978, p. 85 y ss.

que supone la ocupación francesa en México, así como los peligros de prolongar la intervención, son de tal gravedad que el emperador-se ve obligado a tener en cuenta la creciente aversión de la opinión pública en Francia contra la continuación de la intervención. Por lo tanto, el emperador Maximiliano debería adoptar las medidas oportunas para poder prescindir del apoyo militar de Francia, a fin de que el ejército francés pueda retirarse de México. El barón Saillard también habría venido con el encargo de comunicarle al emperador, de forma verbal, la desaprobación de su gestión política.

Así como están las cosas, ninguna persona enterada de la situación que se vive aquí puede dudar de que el gobierno francés tenga la intención de retirar sus tropas de México dentro de poco. El mariscal ya ha insinuado que pronto realizará una concentración de las tropas francesas. El emperador parece ser el único que no reconoce el inevitable peligro de la retirada del ejército francés para el imperio mexicano. O más bien, el emperador cree impensable que Francia lo pueda privar de su protección militar. Esta optimista confianza llevó al emperador, haciendo caso omiso de los consejos franceses, a dar un paso que, en cierto sentido, puede ser interpretado como la respuesta a las comunicaciones entregadas por el barón Saillard, y que no dejará de producir un efecto negativo en París. El embajador mexicano en París, señor Hidalgo, fue llamado por el emperador hace dos meses. Su Majestad lo trató con suma condescendencia; había pasado dos semanas en Cuernavaca como invitado del emperador y estaba a punto de volver a su puesto en París cuando anteayer, sin previo aviso, fue informado de su despido.

Es cierto que Hidalgo, uno de los más leales seguidores del trono que había contribuido grandemente a lograr la intervención francesa y a establecer un régimen monárquico en México, se permitió criticar en Cuernavaca la política del emperador, sobre todo en presencia de S. M. la emperatriz . La emperatriz, aunque no comparte todos los conceptos políticos de su augusto esposo, durante la conversación se impacientó ante los comentarios reprobatorios de Hidalgo y le cortó la palabra diciendo: "L'Empereur fait ce qu'il veut."[15]

Es posible que a raíz de estos eventos Hidalgo haya perdido el favor imperial, pero las personas que conocen el modo de obrar del emperador ven como primer motivo de su despido el que Hidalgo,

[15] "El emperador hace lo que quiere."

según dicen, sea muy apreciado tanto por el emperador Napoleón como por la emperatriz Eugenia. Al retirar a su embajador de París el emperador desea subrayar su independencia y mostrar que, a pesar del creciente alejamiento, no precisa tener a un representante tan influyente en París. Parece que hasta el momento no se ha designado nuevo embajador ante la corte francesa.

Bajo cualquier circunstancia, el despido de Hidalgo, uno de los miembros más prominentes del partido imperial, habría provocado gran revuelo entre los seguidores del emperador. En estos momentos, ello también puede tener efectos negativos sobre la crisis ministerial que aún sigue sin resolverse.

Como es sabido, el emperador hace tiempo que se apartó completamente del partido conservador. El actual ministerio está bajo el dominio absoluto del partido liberal. Por lo visto, el emperador cree que las tendencias clericales y políticas de los conservadores no están arraigadas en el país y que, para darle estabilidad a su trono, su gobierno debe ser liberal y apoyarse en las masas del partido liberal. Parece ser que el emperador ya había llegado a México con este programa político. Pero el imperio que Su Majestad se imaginó en Miramar no tiene nada en común con el México real. Aquí no existe una clase media culta, acomodada e industriosa en la que un gobierno liberal podría encontrar apoyo. El comercio casi exclusivamente está en manos de extranjeros, y empresas e industrias todavía hay muy pocas. La gran masa de indígenas, una raza durante muchos siglos maltratada, es pasiva y extremamente desconfiada. Los mexicanos, en su mayoría, son incultos, y debido al enervante clima meridional son apáticos, y a lo largo de cincuenta años, además, se han acostumbrado a un cambio permanente de gobiernos, y solamente de nombre se han adherido a los partidos políticos, pero en ellos apenas ven un medio para satisfacer las ambiciones personales, o para realizar cambios en las relaciones de poder político. La ventaja de los conservadores, que generalmente pertenecen a las clases pudientes, es que, por lo menos, desean una situación de normalidad para proteger sus posesiones, y creen que esta meta requiere la instalación de la monarquía.

El emperador, no obstante, permanece fiel a sus ideas liberales, posiblemente fortaleciendo su opinión ante el letargo y la inmoralidad del clero, el cual también es inculto y ha mantenido al pueblo en el más completo abandono intelectual. El emperador profesa

abiertamente sus tendencias liberales y, sorprendentemente, una admiración sin reservas a Estados Unidos y a sus instituciones políticas. Todos los intentos de su política liberal no han hecho más que socavar la reputación del emperador en el país. Los liberales, viendo que el emperador gobierna según las tendencias juaristas, opinan que eso podría hacerse mejor bajo un sistema republicano, donde se evitarían los inmensos gastos de la casa imperial para las ya arruinadas finanzas públicas. Los conservadores, en cambio, han llegado a la conclusión de que, si de cualquier manera el imperio no es más que la continuación del gobierno republicano liberal, poco importa si el país es gobernado por un emperador o por un presidente.

Los hombres ilustrados de todos los partidos coinciden en que México requerirá, por muchos años, la mano dura de un monarca que gobierne con mayor severidad militar, a fin de que este pobre país se levante física y moralmente de la decadencia en que se ha sumido después de años y años de malos gobiernos.

Ya había tenido el honor de informar a V. E. que los liberales que han sido recompensados con cargos oficiales por haberse pasado del bando republicano al imperial frecuentemente abusan de sus puestos en detrimento de la causa imperial. Las autoridades militares francesas a menudo han lamentado este hecho: cuando el emperador regresó de Cuernavaca a la capital en la primera mitad del mes pasado, el mariscal Bazaine le presentó pruebas irrefutables de que la mayoría de los prefectos nombrados por los ministros liberales para las diferentes provincias obran en complicidad con los jefes republicanos. No solamente niegan apoyo a las tropas francesas para la persecución de las guerrillas, sino que se sospecha que, a menudo, informan al enemigo sobre disposiciones militares y asuntos similares. El emperador eludió los reclamos del mariscal autorizándolo a sustituir a los funcionarios de poca confianza por otros mejores. Sin embargo, y como el mariscal se da cuenta cabal de que cualquier intervención de su parte en la administración ofendería al emperador y provocaría una tormenta de quejas y protestas, se abstuvo de aprovechar la autorización que el emperador, seguramente, no había otorgado en serio. En el ínterin, los abusos en todos los ramos de la administración pública han llegado a tal grado que el propio emperador reconoció la necesidad de remediar la situación. Después de retornar a Cuernavaca, Su Majestad le escribió al general

Almonte para pedirle que propusiera a funcionarios capaces para que fueran colocados en los puestos administrativos de las provincias. El general, quien es el verdadero jefe del Partido Conservador e imperial pero que hace tiempo fue alejado por el emperador de toda influencia en los asuntos del gobierno, vaciló en cumplir la orden imperial, insinuando que el despido de algunos funcionarios aislados no servirá de nada mientras no se reforme al sistema en su totalidad.

Parece que el emperador finalmente ha reconocido esta necesidad. Como había informado, en un momento dado surgió la idea de encargarle la dirección del ministerio al gran chambelán, el conde del Valle de Orizaba.[16] En vista de que la súbita muerte de Langlais hizo necesario buscar nuevos candidatos para la administración de Hacienda, el 28 de febrero el emperador, de repente, mandó llamar al general Almonte y le encomendó hacer propuestas para formar un nuevo ministerio. Los enterados suponían que la administración ahora le sería conferida al general Almonte, pero al día siguiente el emperador, de nuevo, se mostró indeciso. Quizá las dudas del emperador se debieron a que el general Almonte, por su estricto conservadurismo, tiene muchísimos inveterados enemigos en el país, a pesar de que ni siquiera sus adversarios pueden dudar de su inmaculada honestidad, lo que es un hecho poco frecuente en México.

Para el momento en que el emperador se acercaba al partido verdaderamente leal al trono, dicho partido cuestionó, a raíz del despido de Hidalgo, la sinceridad del retorno del emperador a una política más conservadora. Seguramente en los próximos días veremos si habrá una restructuración en el Ministerio Imperial y cuál será su tendencia. Acabo de escuchar que también se están entablando negociaciones con el señor Lares, presidente de la Corte Suprema, sobre la formación de un nuevo gabinete.

Temo estar fatigando la indulgencia y la paciencia de S. E. con la extensión de mis informes, pero me estoy dando cuenta de que es muy cierto lo que afirma un diplomático aquí acreditado: es más fácil escribir libros enteros sobre la situación del país, que condensar la información en un telegrama.

[16] Apenas el 5 de abril de 1866 se formó el nuevo gobierno encabezado por José María Lacunza, que funcionó hasta el 26 de julio.

La misión belga que había anunciado a Maximiliano la entronización de su cuñado Leopoldo II, en su viaje de regreso a Veracruz el 4 de marzo, fue atacada en Río Frío por salteadores de caminos o guerrilleros; fue asesinado el barón d'Huart y resultaron heridos otros miembros de dicha misión. De inmediato Maximiliano se trasladó al lugar de los sucesos, pero ello no pudo impedir que en Europa se tuviera la innegable impresión de que las condiciones de seguridad en México no estaban garantizadas. Estos acontecimientos reavivaron el encono de Leopoldo II contra Maximiliano, que ya anteriormente había expresado en su diario personal.[17] *El mismo día del incidente Magnus se apresuró a informar sobre lo ocurrido.*

México, 4 de marzo 1866 (informe núm. 10 u 11)

El general belga Foury, enviado a México en una misión extraordinaria para notificar la ascensión al trono de Leopoldo II, rey de los belgas, había emprendido el día de hoy el regreso a Veracruz acompañado por el personal de la embajada belga. En la sierra de Río Frío, a una distancia de tres estaciones de la capital, el coche postal fue atacado por una cuadrilla de unos veinticinco salteadores que dispararon al interior del coche. El joven teniente barón d'Huart, un amable edecán del conde de Flandes, murió inmediatamente de un disparo en la cabeza. El general y sus acompañantes, todos armados, saltaron de los coches, hicieron fuego contra los malhechores y dispersaron a los asaltantes. El general recibió dos heridas y, según me informan, su ayudante, el teniente Marchal, quedó malherido, al igual que un mayor del cuerpo belga que acompañaba al general en su viaje de regreso a Europa. Dos agregados de la misión extraordinaria, el conde Alcántara y el señor Dorlodot, habían salido de México pocas horas antes que el general para dirigirse a caballo hasta Río Frío, una pequeña ciudad al pie de la sierra del mismo nombre.

[17] Leopoldo, duque de Brabante y sucesor al trono belga, resentía lo que llamó la "avaricia" de su futuro cuñado, porque debido al casamiento de su hermana Carlota con Maximiliano el patrimonio de ésta pasaría a Austria. El autor dispone de una copia mecanografiada de este diario editado por Víctor Cambron. Tras el regreso de Carlota a Bélgica, en 1867, su patrimonio le fue restituido y administrado por el barón Adrián Goffinet. Aunque Leopoldo II, que murió en 1906, no tuvo acceso directo al patrimonio de su hermana, dirigió las inversiones de ésta a través del administrador. Es de suponer que este capital se perdió en la aventura financiera del rey en el Congo Belga.

Según las noticias que hasta el momento tenemos, parece ser que no estuvieron presentes durante el asalto.

Al recibir la noticia de este infortunado evento que despertó la indignación general, el emperador envió algunas tropas al lugar del crimen y viajó personalmente hasta Río Frío para presentar su pésame al general Foury, quien había sido tratado con gran deferencia en la corte. El emperador tiene la intención de hacer traer a los lesionados a la capital, si ello es posible.

Este triste suceso demuestra, una vez más, el deprimente estado del país. Lamentablemente todo el mundo ya se ha acostumbrado a los atracos y asesinatos de esta índole, y sólo ha sido por el carácter relevante de las víctimas que este crimen se ha convertido en noticia pública. Con justa razón se le reprocha al mariscal Bazaine, quien ostenta todo el poder militar, que en cuatro años de ocupación no haya logrado limpiar de salteadores la principal carretera del país que comunica a la costa con la capital, al grado de que estas fechorías se cometen casi ante sus propios ojos, muy cerca de México.

Como al malherido general Foury yo le había entregado mi informe político núm. 9, probablemente su entrega sufrirá una tardanza. En vista de que la partida del mensajero es inminente, no tendré tiempo suficiente para redactar una copia que pueda enviar con el vapor norteamericano. Por lo tanto, me permitiré enviar a S. E. ese informe con el próximo buque.

Para el nuevo gobierno en formación, de orientación conservadora moderada, cuyo jefe, José María Lacunza, tardó en asumir su puesto hasta el 5 de abril, Maximiliano fijó un programa de austeridad, que además de incluir economías administrativas, el control de los precios para los alimentos básicos y el incremento de la productividad en las minas de plata, también contemplaba un nuevo convenio con Francia, el acercamiento a Estados Unidos, la firma de un concordato con Roma, la reconciliación entre los partidos políticos y la organización de un ejército nacional.[18]

México, 9 de marzo de 1866 (informe 12)

Finalmente se produjo la tan esperada reorganización del gabinete, sin embargo, no se cumplieron las expectativas respecto a una clara tendencia conservadora.

[18] Lubienski, 1988, p. 61.

El nuevo gabinete se compone de los siguientes ministros: Salazar Ilarregui, anteriormente comisario imperial en Yucatán, fue nombrado ministro de Gobernación,[19] y también fue encargado, a título provisional, de la dirección del Ministerio Interior del Estado. Martín del Castillo y Cos continúa siendo ministro de Asuntos Exteriores, y a la vez fue encargado, a título provisional, de la dirección del Ministerio de Hacienda.[20] El Ministerio de Obras Públicas recayó en don Francisco Somera, antes prefecto de la ciudad de México. El general [José María] García fue nombrado ministro de Guerra. El Ministerio de Justicia permanece bajo la dirección de don Pedro Escudero y Echanove, quien además fue encargado, interinamente, del Ministerio de Instrucción Pública y Cultos.

V. E. observará que de los anteriores ministros, solamente Del Castillo y Escudero han conservado sus funciones. Tanto ellos como los nuevos titulares carecen de influencia política.[21] Por ende, la reorganización del gabinete no tendrá mayor impacto en la política interior del gobierno imperial. Además, se deduce del contenido de un artículo semioficial del diario *La Nación* de esta ciudad que el cambio de personas no implica un cambio en la política gubernamental, porque el emperador es quien establece el rumbo de la política, y solamente escoge para su ejecución a los instrumentos que a Su Majestad le parecen más aptos.

Los decretos imperiales referentes al cambio de ministros, publicados el 5 de este mes en el boletín oficial, subrayan que la fusión del Ministerio de Estado[22] con el de Gobierno, así como del Ministerio de Instrucción Pública y Cultos con el de Justicia, obedece a razones de austeridad.

Es difícil que el monarca logre esos buenos propósitos, puesto que el personal de ambos ministerios será conservado y los ministros que serán sustituidos recibirán pensiones y otros puestos bien remunera-

[19] A partir del 3 de marzo de 1866.

[20] Del Castillo, a partir del 8 de marzo de 1866, también fue ministro de la Casa Imperial en ausencia de Almonte, así como encargado interino del Ministerio de Hacienda, cuyos asuntos fueran controlados por Lacunza a partir del 5 de abril de 1866.

[21] En su informe, Magnus omite referirse al Ministerio de Fomento, cuyo titular fue Francisco Somera.

[22] El Ministerio de Estado fue abolido el 5 de junio de 1866.

después de la retirada de las fuerzas francesas, del ejército imperial que está en vías de conformarse.

En México, el teniente coronel Dupin no tardó en distinguirse por sus hazañas marciales. Con gran habilidad organizó la contraguerrilla, una caballería en traje nacional y armamento parecido al de las hordas guerrilleras, que bajo su mando se ha convertido en el terror de la guerrilla. Sin embargo, la crueldad ejercida por Dupin ha dado lugar a un sin fin de protestas. Todos sus prisioneros fueron ahorcados, sin más, en cualquier árbol, o fusilados. A los ojos del generoso monarca, siempre dispuesto al perdón, ese procedimiento no era más que una crueldad a sangre fría, máxime que se sabe que, generalmente, los comandantes de la guerrilla tienen a sueldo a entre cincuenta y cien bandidos que secuestran a los indios indefensos y los obligan a ingresar a sus filas. Se ha acusado a Dupin de haberse enriquecido aquí también mediante saqueos, y de haber mandado asesinar a personas acaudaladas y completamente inocentes para adueñarse de sus propiedades. Finalmente, la indignación general llegó a tal extremo que en mayo del año pasado el mariscal Bazaine se vio obligado a enviar a Dupin, a instancias del emperador, de regreso a Francia. Pero para sorpresa de todos, al comienzo del mes pasado Dupin desembarcó de nuevo en Veracruz, con el cargo de coronel imperial de Francia.

El 15 de enero el emperador recibió en una audiencia oficial las condolencias del cuerpo diplomático, así como de las máximas autoridades civiles y militares, por el deceso del rey de los belgas. Aprovechando la ocasión, el emperador se acercó al embajador francés, M. Dano, y le dijo ante todos los presentes y en voz alta, que se había enterado con sumo malestar del regreso del coronel Dupin, hecho que desaprobaba rotundamente. Terminó con las siguientes palabras: "Sachez, Monsieur, que c'est la première fois depuis que je suis Empereur, qu'on me désobéit."[2]

A pesar de la fuerte reacción del emperador, a los pocos días Dupin apareció en la capital en uniforme de coronel francés y portando la cruz de comandante de la Legión de Honor que recientemente le había sido otorgada en París por sus méritos en México. A partir de ese momento Dupin se ha incorporado al ejército, y todo el mundo

[2] "Sepa, señor, que ésta es la primera vez desde que soy emperador que se me desobedece."

espera ver, con gran curiosidad, si la parte francesa corresponderá a los deseos explícitos del emperador.

A mediados de febrero de 1866 Maximiliano recibió en Cuernavaca, a través del enviado especial de Napoleón III, barón Saillard, la fatídica carta del 15 de enero de 1866 en la que anunciaba el pronto retiro de sus tropas de México. "La imposibilidad de obtener del cuerpo legislativo nuevos subsidios para el sostenimiento del ejército en México, y la declaración de Vuestra Majestad de no estar en condiciones de subvencionar por sí mismo ese sostenimiento, me obliga a fijar definitivamente un término a la ocupación francesa."[3] Para Maximiliano y Carlota ese anuncio tuvo un efecto aterrador, porque el segundo artículo secreto del Convenio de Miramar estipulaba que la retirada de los franceses no se efectuaría sino hasta finales de 1867.[4] Obviamente la pareja imperial no tuvo otro remedio más que resignarse a la decisión del emperador francés, que más tarde fue hecha pública el 6 de abril de 1866 en el Moniteur Universel.

El 18 de febrero el Habsburgo, profundamente herido, respondió en tono ofendido, planteando en forma provocadora que Napoleón retirara sus tropas de inmediato. Con ello esperaba ganarse la simpatía de la mayoría de los mexicanos al poner fin a la impopular intervención francesa. Aunque Magnus no conoció el contenido de la carta de Napoleón transmitida por Saillard, intuyó de qué se trataba, pero tampoco conoció la insultante respuesta de Maximiliano a Napoleón III.

Bajo esas circunstancias, Napoleón temió lo peor para el emperador al que su decisión desamparaba militarmente, y le preocupó sobremanera que la opinión pública mundial lo culpara por las fatídicas consecuencias de ello. Por consiguiente, diseñó un proyecto de salvación para Maximiliano, ambicioso pero irrealizable, que transmitió a Bazaine el 16 de febrero. Según Napoleón, Bazaine debería encargarse del poder hasta el reembarque de todas las tropas francesas, pero, naturalmente, el mariscal no hizo nada al respecto. Napoleón, que al principio de su compromiso mexicano había mostrado cierto realismo, ahora perdía la serenidad ante la catástrofe que se avecinaba.

A mediados de febrero el ministro de la Guerra francés, el mariscal Randon, en una carta prohibió a Bazaine otorgar más subsidios para el ejército

[3] Citado según Corti, 2003, p. 409.
[4] Convención de Miramar, segundo artículo secreto, en Payno, 1981, p. 776 .

dos, de manera que la medida, en lugar del pretendido ahorro para las arcas del Estado, a fin de cuentas bien podría conllevar un costo adicional.

Entre tanto, la dirección del Ministerio de Hacienda le fue confiada al ministro Del Castillo porque, según parece, la designación del señor De Maintenant a dicho cargo aún está siendo negociada con el gobierno imperial francés. Maintenant actualmente dirige el departamento francés de finanzas del ejército de ocupación. Ya que anteriormente fue asistente del difunto Langlais, sin duda figura como la persona idónea para llevar a cabo la proyectada reorganización de la hacienda pública mexicana. Sin embargo, su doble posición como funcionario francés y ministro de Hacienda mexicano no dejará de producir conflictos imposibles de resolver. Además, el emperador se muestra muy adverso a que un extranjero forme parte del consejo de ministros. Por lo tanto, se supone que la dirección del Ministerio de Hacienda será delegada de hecho a Maintenant, pero que de nombre será un ministro nacional quien ocupará el cargo.

Todo parece indicar que el cambio de ministros puede tener repercusiones sobre las relaciones del gobierno imperial con Francia. El ex ministro Ramírez es un decidido adversario de la intervención francesa, y particularmente de la influencia francesa en los asuntos internos del país. Por esta razón muchos interpretan su remoción como un intento de acercamiento a Francia. No obstante, el hecho de que el embajador Hidalgo hace poco fuera despedido de su puesto en París parece contradecir tal acercamiento a Francia.

Entre tanto, el general Almonte, mariscal de la Casa Imperial, fue designado sucesor de Hidalgo, y en el ínterin le fue confiada una misión extraordinaria ante el emperador Napoleón. Almonte tiene la intención de viajar a París en abril.

Ya que el general es un entusiasta partidario de la política francesa y el jefe del partido monárquico de este país, puede deducirse que su envío a París obedece al deseo del gobierno de establecer relaciones más íntimas con el gabinete de las Tullerías. No cabe duda de que Almonte obrará ante Napoleón en este sentido. Si estoy bien informado, se nombró al general como embajador en París correspondiendo a su propio deseo. Almonte lamenta el estado del país, y considera que la política seguida por el emperador no es propicia para consolidar al régimen monárquico. Como había sido alejado de cualquier influencia sobre los asuntos gubernamentales, hace tiempo

que deseaba regresar a Europa. En vista del fracaso de las recientes negociaciones, que parecían encaminadas a encomendar a Almonte la formación de un nuevo gabinete, el general aprovechó la inesperada revocación de Hidalgo para abandonar México. El emperador gustosamente accedió a corresponder al deseo del general, puesto que, desde luego, le incomoda su tácita desaprobación. A Hidalgo se le ofreció formar parte del consejo de Estado, pero declinó el ofrecimiento y solicitó ser retirado del servicio del Estado; su renuncia fue aceptada.

En otro informe de la misma fecha, Magnus relata más detalles del ataque a la misión belga.

México 9 de marzo de 1866 (informe 13)

Me permito referirme a mi informe núm. 11 del 4 del mes sobre el asalto a la misión belga extraordinaria, para hacerle saber a S. E. que las heridas del general Foury y las del mayor Althuis, del cuerpo belga-mexicano, afortunadamente son muy leves. En cambio, el teniente Marchal tiene una herida de bala en el brazo derecho. Como el hueso permaneció intacto, los médicos esperan poder restablecer al paciente dentro de pocas semanas. S. M. el emperador, quien se había dirigido a toda prisa a Río Frío al recibir la noticia del crimen, transportó al general Foury en su propio coche. El herido Marchal también fue traído a la ciudad, y el emperador les hizo preparar dos habitaciones en su palacio.

Por lo demás, los oficiales belgas mostraron gran valor y decisión. En los barrancos del Río Frío fueron atacados por más de veinte bandidos armados de fusiles. El teniente barón D'Huart murió al ser alcanzado por los primeros disparos. El general Foury, el mayor y el teniente Marchal vaciaron sus revólveres por las ventanillas de la diligencia contra los bandidos, pero los tres fueron heridos por las balas enemigas. No obstante, saltaron del coche, el mayor desenvainó su sable, el teniente Marchal, incapacitado por el disparo en su brazo derecho, entregó su espada al general, pero permaneció a su lado y agarró la vaina con la mano izquierda. Los tres se abalanzaron sobre los bandoleros, mientras que el mayor, quien domina el idioma español, gritó: "¡Escolta!"

Después de haber disparado desde las alturas contra la diligencia, sin dar en el blanco, los bandidos se retiraron por la sierra, probablemente temiendo la llegada de la inexistente escolta. Por lo general se supone que los asaltantes no eran bandoleros comunes, sino que se trató de un crimen político con la finalidad de producir una impresión adversa del gobierno imperial ante la opinión pública europea. Se ha detenido a algunos individuos como sospechosos del crimen. Quizás la instrucción iniciada contra ellos establecerá si se trató de bandoleros comunes o de un atentado político. La teoría del crimen político ha perdido credibilidad debido a que el mismo día, y en la misma carretera, fue atacada otra diligencia entre Puebla y Orizaba, a pesar de que contaba con una escolta austriaca. En estos hechos se perdió la suma de seis mil pesos que transportaba ese carruaje.

El cadáver del barón D'Huart fue transportado para celebrar sus exequias en la capilla del hospital militar, a las que asistieron sus majestades, el emperador y la emperatriz, el cuerpo diplomático y las máximas autoridades civiles y militares, con excepción del mariscal Bazaine. Posteriormente la pareja imperial visitó al general Foury en su habitación para darle el pésame. La emperatriz preguntó por el comportamiento del militar mexicano, oficial de ordenanza del emperador, que tenía órdenes de acompañar al general hasta Veracruz. El general Foury respondió que, debido a la confusión del combate, no se podía acordar de lo que había hecho el oficial mexicano. Sin embargo, el mayor belga Althuis tomó la palabra y dijo a la emperatriz: "Madame, il s'est caché sous le banc de la voiture. Je regrette vivement de voir Votre Majesté entourée de pareilles gens."[23]

Me permito enviar con este mensaje un peso mexicano (dólar) con el retrato del emperador Maximiliano. Apenas en estos días se han comenzado a acuñar monedas con la efigie del emperador, pero el troquel se rompió después de ser usado, lo que es un mal augurio. Por consiguiente, y de manera provisional, de nuevo se están acuñando las monedas con el viejo troquel de la república mexicana.

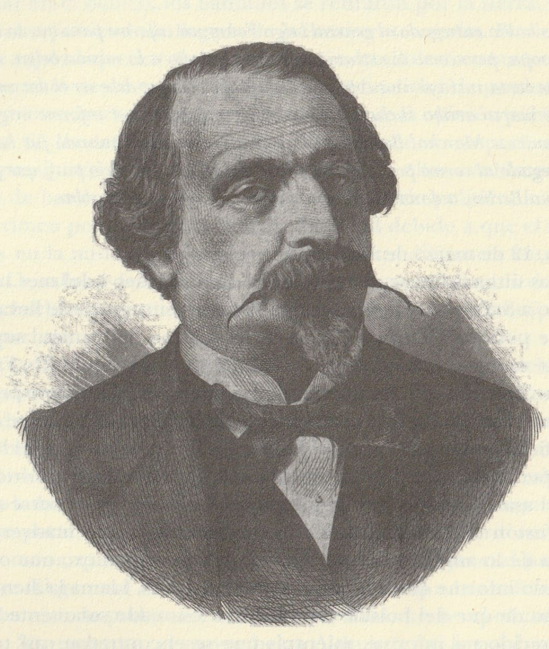
[23] "Señora: se escondió debajo del asiento de la diligencia. Siento profundamente ver a Su Majestad rodeada de semejante gente."

Magnus había entregado al general belga Foury un informe para que lo llevara a Europa, pero como se extravió durante el asalto a la misión belga, en su siguiente carta incluyó una copia de dicho informe, que debe ser el documento del 3 de marzo arriba incluido. Más tarde se supo que el informe original, que el teniente Marchal llevaba en la bolsa de su casaca cuando fue herido, fue entregado al correo por la dueña de la posada de Río Frío para que fuera enviado a Berlín, a donde llegó con vestigios de sangre en el sobre.

México, 12 de marzo de 1866 (informe 14)

En las últimas líneas de mi informe núm. 11 del 4 del mes había referido a S. E. que el general belga Foury se encargaba de llevar mi informe político a Europa. Después del regreso del general supuse que este mensaje había sido reenviado por correo desde Río Frío a Europa. Sin embargo, y según mis averiguaciones, el envío se perdió durante el asalto o, más probablemente en Río Frío. El teniente Marchal, oficial adjunto del general Foury, llevaba el mensaje en el bolsillo del pecho de su uniforme, pero a pesar de la herida que sufrió durante el asalto, en Río Frío pidió que fuera enviado por correo. En la confusión del momento esta orden habría pasado inadvertida. En vista de lo anterior, me permito enviarle como anexo una copia del citado informe que es el núm. 9 del 3 del mes. Llama la atención el hecho de que del bolsillo del teniente lesionado solamente haya desaparecido mi informe, mientras que se encontraron casi todos los demás objetos que estaban guardados allí. Sin embargo, algunas otras pertenencias del señor Marchal también están desaparecidas hasta el momento. En estos días el general Foury partirá de México para viajar en el próximo vapor a Europa pasando por Nueva York. Del personal de su embajada solamente permanece el teniente Marchal, que aún se está recuperando de su herida.

En una escala que Magnus realizó en La Habana cuando viajó hacia México, trató en vano de entrevistarse con el secretario de Estado de Estados Unidos, William H. Seward, quien también estaba de paso en la capital de Cuba y al que había conocido desde su estancia en Estados Unidos de 1848 a 1854. Seward evitó verlo pretextando encontrarse enfermo, pero en realidad fue por-



Napoleón III

que su gobierno no reconocía al imperio mexicano. Es muy probable se tratara del viaje que el secretario de Estado realizó, en enero de 1866, a la isla de Santo Tomás "por razones de salud", pero durante el cual se reunió con el ex dictador Santa Anna. Como el acto autocrático de Benito Juárez de prolongar su mandato presidencial provocó serias críticas en Estados Unidos, Seward quiso sondear personalmente a Santa Anna, que a la sazón ya tenía 72 años, sobre la posibilidad de que fuera el sucesor de Juárez.[24] *Sin embargo, durante el encuentro se percató de que el general ya no era más que una reliquia histórica.*

[24] *Diccionario Porrúa*, 1995, art. Santa Anna, p. 379.

México, 15 de marzo de 1866 (informe 15)

Con el último vapor francés recibimos la noticia de un diario parisino, según la cual el secretario de Estado norteamericano Seward habría coincidido conmigo en Santo Tomás durante el reciente viaje que realizó a las Antillas, pero que se rehusó a recibirme. Cuando viajé a México y desembarqué en Santo Tomás Seward ya había abandonado la isla hacía varios días, pero en cambio sí se encontraba en La Habana cuando llegué a esa ciudad. Conozco al señor Seward desde la época en que fui agregado de la embajada real en Washington, y cuando años después visitó Europa tuve la oportunidad de renovar nuestra relación en Bruselas. Aprovechando esa amistad, quise reunirme con el señor Seward en La Habana para conocer, si fuera posible, las intenciones de su viaje y la posición de Washington respecto a México.

Sin embargo, Seward no me recibió con el pretexto de encontrarse indispuesto y tener que embarcarse, en pocas horas, hacia Nueva York. Pero con toda discreción, y a través del cónsul norteamericano en La Habana, me hizo saber que lamentaba no poder reunirse conmigo, puesto que en vista de las tensiones existentes entre Estados Unidos y Francia, y entre México y Francia, ello podía dar lugar a falsas especulaciones y rumores. El cónsul añadió que dicho temor también se debía a que Seward se encontraba "bajo observación" de todo un ejército de corresponsales de prensa. Le pedí al cónsul asegurar al señor Seward que mi intención de hacerle una visita únicamente se debía a nuestra relación personal, y que tal visita no podría ser considerada, de ninguna manera, como oficial.

Como para mí el encuentro no tenía dimensiones políticas, y como a pesar de mis esfuerzos no logré reunir informaciones confiables acerca de la misión del señor Seward en Santo Tomás o en La Habana, no pensé que fuera necesario informar a S. E. de mi frustrado intento de reunirme con él. El embajador real en Washington, barón von Gerolt, quien seguramente habrá informado a S. E. acerca de las razones del viaje de Seward, me escribió en una carta personal del 21 de febrero del año en curso que apenas recibí recientemente: "El señor Seward me contó que lo había visto en La Habana, pero que no podía hacerle una visita porque usted está acreditado ante un gobierno no reconocido por este gobierno."

La gradual retirada del ejército francés repercutía negativamente en la situación militar del imperio. El 25 de marzo de 1866 las tropas imperiales tuvieron que desalojar Chihuahua, ciudad que había sido ocupada por ellos en varias ocasiones. Sin embargo, esto sólo sería el principio de otros repliegues.

A principios de abril Maximiliano envió a Almonte a París con un proyecto de convenio, elaborado en Cuernavaca, que debía sustituir al tratado de Miramar, incumplido por ambos lados. En su parte medular, el nuevo tratado disponía que las tropas francesas permanecieran en México tres años más, pero en caso de que Napoleón no lo aceptara, como efectivamente lo manifestó el 31 de mayo, se le exigiría el inmediato retiro de su ejército. En esos momentos Maximiliano confiaba que su hermano, el emperador Francisco José, le enviaría 10 000 voluntarios austriacos más, pero como Washington se opuso a ello el 6 de mayo, se canceló el embarque de los voluntarios ya reunidos en Laibach/Ljubljana. Se inició el retiro de los jefes de misión europeos (Bélgica, Italia, Austria) que fueron sustituidos por encargados de negocios o secretarios de legación.

México, 8 de abril de 1866 (informe 16)

El recientemente nombrado nuevo embajador mexicano en París, general Almonte, partió hace pocos días hacia Veracruz, donde se embarcará para Francia el 13 del mes. El general siempre me expresó sus simpatías para Prusia y su gran veneración hacia la persona de S. R. M., nuestro clementísimo señor y soberano. En varias ocasiones se refirió con agradecimiento al justo arbitraje de Su Majestad el rey Federico Guillermo III de feliz memoria, que en años pasados defendió a México de las exageradas pretensiones de Estados Unidos. Por ello, el general Almonte da gran importancia a la conservación de las relaciones amistosas con nuestro excelentísimo gobierno. Cuando S. M. el emperador estaba aplazando mi recepción, como lo informé anteriormente, el general duplicó sus atenciones sociales para conmigo y me insinuó, en tono de disculpa, que el emperador ignoraba la política benevolente hacia México que nuestra augusta corte había demostrado durante tantos años, y las obligaciones del gobierno mexicano respecto a Prusia. Almonte tiene la intención de visitar Berlín en el transcurso del verano, aunque no creo que se le haya encargado una misión oficial ante S. E.

En el último mes llegó el chambelán real de Dinamarca, el general Von Oxholm, en misión extraordinaria para otorgar a S. M. el emperador, en nombre del rey de Dinamarca, la Orden del Elefante. Después de cumplir con su encargo, el general regresó a Europa vía Nueva York.

En estos días el embajador del reino de Bélgica, Blondeel van Cuilenbroek, y el embajador italiano, el conde Latour, se han embarcado hacia Europa. Antes de partir fueron condecorados con la Gran Cruz de la Orden de Guadalupe. Por el momento esos embajadores vuelven a sus países de origen para disfrutar de sus vacaciones. El embajador del imperio austriaco, el conde Thun, igualmente aprovechará este mes para tomar vacaciones en Europa.

Los generales mexicanos Miramón y Márquez, que se encontraban en Europa en misiones extraordinarias, recibieron órdenes de regresar, según se me informó, porque el agotamiento del tesoro público no permite seguir cubriendo el gasto que representan estas misiones extraordinarias.

En referencia a mi informe político núm. 14 del 12 de marzo, me complace añadir que el mensaje confiado al general Foury, que había dado por perdido, finalmente fue encontrado y enviado a Berlín. La tabernera de Río Frío, a solicitud del teniente Marchal, que fue herido, se hizo cargo del mensaje, pero debido a la confusión del momento inicialmente se olvidó de él. Sin duda las huellas de sangre en el sobre son el mejor testimonio de la terrible gravedad de nuestra situación a la que se refieren mis informes.

México, 8 de abril de 1866 (informe 17)

En mi informe político núm. 8 del 27 de febrero del año en curso mencioné la aniquilación, por parte de los disidentes, de un convoy con mercancías que se dirigía con una escolta francesa de Tampico al interior. El comandante militar francés del Departamento de Tamaulipas, en nombre del mariscal Bazaine y del general Douay, que tiene el mando de la región, invitó a los comerciantes de Tampico a realizar ese transporte. Como hacía meses que Tampico estaba completamente aislado por numerosas guerrillas republicanas, los comerciantes no vacilaron en aprovechar la oportunidad de enviar, con protección militar, las mercancías que tenían almacenadas a los mercados de las ciudades del interior, máxime que el comandante francés prometió que en ningún momento la escolta abandonaría el transporte. Sin embargo, el comandante faltó a su palabra. Después

de dejar al convoy en Tantoyaquito bajo la protección de 80 trabajadores armados, partió con sus tropas para escoltar a un transporte militar. Además, el comandante francés ordenó que una escolta de 60 jinetes, pagada por los tampiqueños para proteger el convoy, lo acompañara.

El desamparado convoy fue asaltado, saqueado y completamente incendiado el 23 de enero por los insurgentes al mando de su jefe Pedro Méndez. Debido a lo anterior, una delegación de los comerciantes de Tampico vino para pedirle al gobierno imperial una indemnización por el inmenso daño sufrido. En la audiencia que el emperador concedió a este grupo, en su mayoría alemanes, Su Majestad dijo que lamentaba sus pérdidas, pero que no podían responsabilizar a su gobierno de las faltas cometidas por los franceses. En todas las provincias bajo el dominio de las tropas francesas reina el desorden y todo el tiempo se recibían quejas. "El emperador Napoleón —añadió Su Majestad textualmente— es mi amigo, pero está mal servido." Cuando el portavoz de la delegación, un prusiano, le presentó a los miembros del grupo, el emperador preguntó a uno de ellos su nacionalidad, y algo consternado escuchó su respuesta: "Sire, je suis français."[25] Tras un corto silencio, el emperador se dirigió al francés diciéndole: "Eh bien, je suis content de ce que vous avez entendu toute ma pensée."[26] Con estas palabras el emperador expresó, de forma inequívoca y semioficial, su descontento contra el ejército francés de ocupación, especialmente contra el mariscal Bazaine.

Hay que admitir que existen graves y justificados reproches contra el mariscal y su ejército. Ya he mencionado que con frecuencia los franceses se comportan en México como si se tratara de un país conquistado, y no de un país amigo que espera de las armas francesas ayuda para alcanzar la paz interior y recibir los beneficios de un gobierno monárquico estable. Al cometer severos excesos y recurrir a la violencia, los oficiales franceses a menudo impulsan a personas bien intencionadas y leales al nuevo régimen a la desesperación o a ingresar a las filas de los disidentes. Las frecuentes acusaciones de que los oficiales abusan de su posición para enriquecerse no siempre carecen de bases. Sin embargo, lo peor de todo es el escandaloso contrabando francés que es apoyado con toda naturalidad por el ejército.

[25] "Señor, soy francés."
[26] "Pues bien, me alegra que haya oído lo que pienso."

En tiempos de la República el sistema del contrabando era el cáncer que devoraba las finanzas del país. El ejército francés, que vino en nombre de la civilización para acabar con los abusos del gobierno en beneficio de la moral pública, debería haberse afanado en acabar completamente con el comercio clandestino. Pero en cambio, con los transportes para el ejército se importan cantidades astronómicas de mercancías francesas sin pago de derecho alguno, que luego se venden en las tiendas elegantes de la capital. La opinión pública ha señalado a militares de alto rango como responsables de este sucio negocio. Bajo estas condiciones, no es de sorprender que los franceses sean odiados y poco respetados.

Al mariscal Bazaine se le reprochan faltas aún más graves. En palacio se afirma que actúa decididamente en contra de la consolidación del imperio. En secreto aspiraría a hacerle el gobierno desagradable o imposible al emperador, para poder gobernar México en nombre de Francia después de su abdicación. Incluso se le atribuye la ambición de aspirar a la presidencia para establecer un régimen autocrático en México, tanto más que hace poco se casó con una mexicana de una de las mejores familias. Ciertamente el mariscal Bazaine surgió de las filas del ejército para alcanzar la máxima dignidad militar que actualmente tiene. Ni en Francia ni en otra parte podría haber aspirado a ocupar una posición tan brillante e influyente como la que aquí tiene. Por lo tanto, es muy comprensible que desee prolongar la ocupación francesa. En mi opinión, sin embargo, es demasiado prudente y sagaz como para dedicarse a proyectos tan fantásticos como los que se le atribuyen en palacio.

No obstante, personas que conocen bien al mariscal y el estado de cosas que prevalece están convencidas de que no promueve los intereses del emperador Maximiliano, sino sus propios y ambiciosos objetivos. Esto significaría que el mariscal, al perseguir sus audaces proyectos, ya comparte la opinión, casi generalizada, de que la política del emperador no logrará consolidar su trono.

Como he mencionado en otra ocasión, el emperador cree poder ganarse el apego de sus nuevos súbditos mediante un régimen liberal y su modestia republicana. Hace poco, y en mi presencia, el emperador criticó la pompa ceremonial de los antiguos virreyes españoles y la suntuosidad del famoso presidente Santa Anna, que siempre recorría las calles acompañado de una magnífica escolta. Sin embargo, todos se inclinaban con profundo respeto ante el temido Santa

Anna, que fue el único que supo traerle al país orden y paz, mientras que la generosidad del emperador no hace sino envalentonar a sus adversarios, y la sencillez de su apariencia, en lugar de ganarle simpatías, provoca la burla. Cuando el emperador y la emperatriz recorren la ciudad en un sencillo carruaje, los transeúntes permanecen totalmente indiferentes y nadie se descubre. Cuando en el campo el emperador, para mostrarse cercano al pueblo, se viste de charro y cabalga en una mula, o conduce una yunta de mulas con arneses de campanitas, el pueblo lo llama "pulquero", como a los vendedores de pulque, la bebida nacional, que también suelen tener campanitas en los arneses de sus mulas.

Su Majestad no sólo se ha equivocado en lo concerniente a las urgencias políticas, sino también en el carácter nacional. No es con indulgencia, liberalidad y rebajándose a las costumbres y formas de vestir del hombre común, sino con energía, férrea decisión y ostentando la magnificencia del esplendor imperial, como el soberano puede ganarse, primero el respeto, y luego la simpatía y el afecto de la gran mayoría del pueblo mexicano y hasta de las clases cultas.

Quienes presenciaron la llegada del emperador dan testimonio del sincero entusiasmo con el que fue recibido. Los mejores elementos de la nación habían recobrado su valor creyendo haber encontrado finalmente en el emperador a quien pondría fin a tantos años de desenfreno. Pero el entusiasmo ya hace tiempo que se perdió: dudando de la permanencia del imperio y con miras al futuro, nadie se compromete con palabras o hechos. Los que por su activa colaboración con el establecimiento del imperio están comprometidos para siempre ante los ojos de los republicanos, es decir todo el Partido Conservador, consideran que su ruina es inevitable si el imperio llega a derrumbarse. Por lo tanto, los conservadores esperan con temor e impaciencia las decisiones del gobierno francés, ya que todo el mundo está convencido de que el emperador sólo podrá salvar, y posiblemente consolidar su trono, si el ejército francés de ocupación se queda muchos años más. Desde luego, los comentarios del emperador en ocasión de la audiencia a la delegación de Tampico chocan y preocupan a sus partidarios, porque las hirientes palabras del soberano podrían agravar las ya tensas relaciones con Francia.

No me siento en condiciones de poder afirmar si el emperador seriamente considera que puede prescindir del apoyo militar en el corto plazo, o si Su Majestad está convencido de la permanencia de

las tropas francesas y solamente desea herir al mariscal Bazaine. Aquí se parte del supuesto de que el emperador Napoleón no podrá retirar sus tropas de México, puesto que sólo a través de su permanencia podrá recuperar los considerables gastos producidos por la expedición mexicana. Sin embargo, y en mi opinión, es más probable que el gobierno francés piense de la siguiente forma: a la luz de lo hasta ahora vivido, está demostrado que el emperador Maximiliano no ha logrado consolidar su trono, ni siquiera con el apoyo francés. Si se desea continuar la obra iniciada, será inevitable mantener la ocupación militar por varios años más. En vista de las opiniones divergentes existentes en torno a las medidas a tomar, se prevén graves y fastidiosas diferencias con el joven emperador, además de que Francia tendría que soportar la ineludible carga de suministrar nuevamente importantes fondos pecuniarios. Las arcas del Estado mexicano están agotadas, no se pueden pagar pensiones ni salarios; no se puede cumplir con las obligaciones más esenciales. Este gobierno ya se ha visto forzado a recurrir a medidas que vívidamente recuerdan el *modus operandi* de gobiernos anteriores. En los últimos quince días se ha querido remediar el apremio reconociendo a varios acreedores del Estado, a cambio de un sustancioso préstamo adicional en efectivo, el total de la vieja y la nueva deuda, y prometiendo el reembolso a plazos. Sirva de ilustración el caso de un comerciante de este país, acreedor de una deuda que sumaba 250 000 dólares entre capital e intereses por barcos proporcionados al Estado, quien adelantó 100 000 dólares adicionales para que se le reconociera una deuda total de 350 000 dólares con la promesa de reembolsos parciales de 1 000 dólares diarios.[27]

A pesar de estos intentos, la escasez monetaria es tan inmensa que el primero del mes el gobierno no estuvo en condiciones de pagar el sueldo de sus tropas. El cuerpo austriaco hoy recibió un pago parcial de 50 000 dólares de los 400 000 que se le deben. En cambio, hasta ahora las tropas mexicanas no han recibido absolutamente nada.

[27] Se refiere al sistema habitual de "refacción" practicado en México en aquella época, según el cual el Ministerio de Hacienda aceptaba cualquier reclamación pecuniaria si el acreedor pagaba nuevamente en efectivo la suma reclamada, y a cambio aceptaba bonos del tesoro por el doble del valor. Por ejemplo, un acreedor que tenía una reclamación contra el Ministerio de Hacienda por 10 000 pesos recibía bonos del tesoro por 20 000, con tal de que pagara 10 000 pesos en efectivo al presentar al Estado su reclamación (Gaulot, II: 174).

En vista de esta situación financiera tan desesperada, es dudoso que el gobierno francés se comprometa a hacer nuevos sacrificios monetarios en México. Respecto a Estados Unidos, los monstruosos acontecimientos ocurridos en Bagdad (cerca de Matamoros) enfriaron la propaganda bélica en contra de México y de Francia. Washington parece decidido a observar una estricta neutralidad respecto a México, ya que en caso de una guerra contra Francia se teme que pueda surgir una nueva sublevación de los estados del sur. ¿No será que Napoleón, siempre lleno de ardides y dispuesto a sorprender, se aprovechará de esta favorable situación para poner término a la expedición mexicana, tan poco popular en Francia, mediante un ingenioso arreglo con Estados Unidos, admitiendo la sensible pérdida material registrada, en vez de seguir aumentando la carga mediante nuevos empréstitos sin expectativas de restitución?

Sin duda alguna V. E. está perfectamente al tanto de las intenciones del gobierno francés respecto a México. No me permitiría estas reflexiones, quizás erróneas, si no tuvieran como base las insinuaciones que se han expresado en los círculos franceses, aunque de manera muy velada, que pueden resumirse en la convicción de que Francia, si decidiera mantener sus tropas en México a pesar de todas las dificultades y desilusiones sufridas, y a incurrir en nuevos gastos, seguramente no lo haría por el emperador Maximiliano, sino por sus propios intereses.

La actitud que el mariscal Bazaine asumió frente al emperador en los últimos días bien podría servir como indicio de un cambio de la política del gobierno francés. Hace ocho días, cuando no había con qué cubrir el sueldo de las tropas, el mariscal sorpresivamente dijo al emperador que el Departamento de Hacienda francés ya no podía anticipar fondos, como lo había venido haciendo en el pasado. Sin embargo, el mariscal se mostró dispuesto a pagar los sueldos de los cuerpos austriaco y belga, bajo la condición de reducir el sueldo de los austriacos al nivel de los franceses, introducir el control de intendencia del ejército francés en ambos cuerpos, y colocarlos bajo el mando de altos oficiales franceses. Es paradójico que el mariscal proponga integrar estos cuerpos al ejército francés justamente cuando el gobierno imperial, cumpliendo con el deseo de Francia, se está esforzando en conformar con ellos un ejército propio que permitiría renunciar a las tropas de ocupación. La reorganización de ambos cuerpos sugerida por el mariscal es demasiado radical como para que se la considere una medida transitoria. Pero sobre todo, la pretensión del mariscal parece indicar que Francia no desea seriamente que pronto se forme un ejército mexicano, y que tampoco tiene la intención de retirar sus tropas de ocupación en un futuro próximo.

Pronto se verá si las exigencias del mariscal respecto a dichos cuerpos son una respuesta a los despectivos comentarios del emperador ante la delegación de Tampico, o si inauguran una política encaminada a arreglar los asuntos públicos con el emperador o contra él, según el caso. Hasta el momento el emperador no ha aceptado las propuestas del mariscal en cuanto a los dos cuerpos.

S. M. ha fortalecido el poder del gabinete al nombrar a Lacunza, anterior presidente del consejo de Estado, como primer ministro y ministro de Hacienda.[28] El señor Lacunza es respetado por todos; ya había pertenecido al gabinete del presidente Herrera; tiene reputación de honestidad y experiencia. A pesar de ello, en vista del desastroso estado de las finanzas, es más que dudoso si Lacunza logrará reunir los fondos necesarios para el funcionamiento del Estado.

El 12 de abril Napoleón nuevamente fijó las fechas para la retirada de sus tropas: a finales de octubre de 1866, 9 000 hombres debían abandonar México; en la primavera de 1867 otros 9 000, y en octubre de 1867 11 300. Maximiliano envió a Eloin a París para tratar de que Napoleón cambiara de opinión, pero éste, impasible, invocó la fuerza de las circunstancias desfavorables.

El rey de Prusia, Guillermo I, le otorgó a Maximiliano la condecoración de la Orden del Águila Negra, a cambio de lo cual Maximiliano nombró a Magnus gran oficial de la Orden Imperial de Guadalupe.[29] Como resultado de este intercambio de condecoraciones, que se efectuó de acuerdo con el elaborado ceremonial del palacio imperial, los malentendidos originales entre el emperador y el ministro prusiano fueron superados.

[28] El gobierno de Lacunza funcionó desde el 5 de abril hasta el 26 de julio de 1866.

[29] Los rangos en orden descendiente de la Orden Imperial de Guadalupe eran: gran cruz, gran oficial, comendador, oficial, caballero (Anders, 1974: 30).

México, 28 de abril de 1866.

Alteza, Serenísimo y Poderosísimo rey,

Clementísimo Señor:

Tengo el honor de humildemente informar a S. R. M. que, en cumplimiento del decreto núm. 4 del primer ministro de Su Majestad del 17 de enero del año en curso, he tenido el honor de entregar hoy al emperador de México en nombre de S. R. M. el collar de la Orden del Águila Negra, así como el diploma correspondiente que Su Majestad expidió para el emperador. El collar apenas llegó de Veracruz hace pocos días por medio de un correo francés, ya que debido a la gran inseguridad de las carreteras no fue posible realizar antes el envío. Después de la entrega del collar de la orden, inmediatamente solicité una audiencia con el emperador, la cual me fue concedida hoy después de que el emperador regresó de una breve estancia en Cuernavaca.

La audiencia se caracterizó por una gran solemnidad. Me complace enviar a S. R. M., como anexo, el programa de la ceremonia observada en esta ocasión, que fue redactado en el despacho del maestro imperial de ceremonias, con una traducción al alemán.

En las amplias galerías, generalmente desiertas, y en la escalera del palacio imperial, se apostaron numerosos integrantes de la guardia palatina, cuyos uniformes rojos con guarniciones de plata y cascos plateados coronados con el águila mexicana recuerdan el uniforme de gala de los regimientos de la guardia de S. R. M.

Con toda humildad me atrevo a presentar a S. R. M. la alocución que tuve el honor de dirigir al emperador al entregarle el collar. En su respuesta en castellano, el emperador me dijo que veía esta condecoración como una nueva prueba de los sentimientos de S.R.M, que son de la mayor importancia para el emperador, y que esperaba que yo comunicara sus sentimientos de viva satisfacción y agradecimiento a S. R. M.

Después de leer su respuesta, el emperador se me acercó, me dio la mano y añadió en alemán que se alegraba mucho de haber sido condecorado con este collar, y que personalmente le daría las gracias a S. R. M., pero que entre tanto le expresara su agradecimiento más cálido y sus sentimientos amistosos. En seguida el emperador preguntó con simpatía y detenidamente cómo se encontraban S. R. M., S. M. la reina, así como SS. AA. RR. el príncipe heredero y la princesa heredera.

Un banquete de gala en la corte, previsto para hoy con motivo de la entrega del collar y para el cual yo había sido honrado con una invitación, tuvo que ser cancelado debido a la noticia del fallecimiento de la reina viuda Marie Amélie, recibida hoy desde Inglaterra. Su majestad la emperatriz se desplazará mañana a Cuernavaca para pasar el primer tiempo de duelo por el fallecimiento de su real abuela en el retraimiento de su residencia campestre.

Después de la audiencia, el ministro Del Castillo me comunicó, por orden del emperador, que hoy S. M. me había nombrado gran oficial de la Orden Imperial de Guadalupe. Al mismo tiempo el ministro me hizo llegar, de la manera más amable, la patente y las insignias de la orden.

La condecoración no dejó de sorprenderme, tanto más que el emperador no condecoró al embajador de España (Juan Jiménez de Sandoval, marqués de la Ribera)[30] cuando le entregó la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, ni al embajador de Italia que le había presentado el Collar de la Orden de la Anunciación. La excepción hecha a mi favor, y más aún, la evidente satisfacción del emperador al recibir el collar, así como sus repetidas expresiones de simpatía y gratitud con respecto a Su Real Majestad, demuestran, en mi opinión, que el emperador le atribuye la mayor importancia a la benevolencia de S. R. M., y que desea borrar la impresión que su actitud pudo haber provocado en S. R. M. a mi llegada, la que fue descrita en mi informe núm. 9 del 3 de marzo del año en curso.

Me atrevo a dirigirme humildemente a S. R. M. solicitando su permiso para poder aceptar y llevar la Orden de Guadalupe del Imperio Mexicano que me fue concedida.

Con profunda reverencia

Su más humilde y obediente servidor

Magnus

En una junta presidida por Maximiliano, en la que participaron sus ministros, Bazaine y Dano, el soberano informó sobre la desastrosa situación

[30] España demoró el reconocimiento del imperio hasta septiembre de 1864. Su ministro, Juan Jiménez de Sandoval, marqués de la Ribera, presentó sus cartas credenciales el 8 de marzo de 1865. A diferencia de otros ministros extranjeros que se retiraron a sus respectivos países cuando presintieron la caída del imperio, decidió quedarse en la capital para entrevistarse con el ministro de Relaciones republicano, Sebastián Lerdo de Tejada, a fin de ocuparse de los españoles en México y de los convenios financieros celebrados con España; Gutiérrez Hernández, 2007: 55 y ss.

financiera del imperio. El presidente del consejo y ministro de Hacienda, Lacunza, empleó con éxito el argumento de las arcas vacías para chantajear a Bazaine. El mariscal prometió subvencionar al ejército mexicano hasta finales de año con 500 000 pesos, lo que informó por telégrafo esa misma tarde a su ministro de Guerra, Randon. No obstante, esta forma de financiación no fue duradera.

México, 28 de mayo de 1866 (informe 18)

La decisión del gobierno francés de retirar todas sus tropas de México dentro de 18 meses, publicada en el *Moniteur Universel*, ha sido motivo de la mayor consternación y preocupación entre los partidarios del imperio y los franceses residentes en México. Aunque la noticia apenas nos llegó hace dos semanas en el último vapor francés, su impacto negativo ya se siente en la parálisis de todo el tráfico comercial; la poca esperanza existente de que el joven trono llegara a consolidarse ha sido profundamente impactada por la inminente retirada del ejército francés.

Después del regreso de las tropas, al emperador Maximiliano sólo le quedaría el regimiento de la legión extranjera francesa, que con el arribo de un batallón de reserva hace tres semanas, se compondría de 7 000 hombres. A esta cifra habría que añadir el cuerpo de voluntarios austriacos que se quiere aumentar de unos 5 500 a 10 000 combatientes, y el cuerpo belga, que cuenta con 2 000-3 000 soldados, y finalmente el ejército nacional mexicano, a cuya organización se ha dedicado con gran empeño en los últimos quince días una comisión instalada hace tiempo para este fin, que recientemente fue ampliada. Sin embargo, y aunque después de la retirada de los franceses el gobierno imperial se pueda apoyar en un ejército europeo de unos 20 000 hombres y en un cuerpo mexicano bien organizado del mismo número de efectivos, no cabe duda de que la caída del trono imperial será inevitable.

No son las tropas bajo el mando del mariscal Bazaine las que disuaden al partido republicano de lanzarse a una rebelión generalizada y a los norteamericanos de invadir México con sus hordas de filibusteros para subvertir el gobierno monárquico, sino la bandera francesa. Ya había informado a V. E. que la mayor parte del imperio, probablemente dos tercios, aún no están bajo el dominio de la autoridad imperial. Franjas importantes de las costas del golfo y del mar Pacífico se encuentran bajo el control irrestricto de los caudillos

republicanos. Todo el estado de Guerrero en el Pacífico obedece al temido general Álvarez, quien gobierna a sus extraños súbditos, los "pintos", con el poder absoluto y arbitrario de un sultán asiático, y que ha rechazado todas las expediciones militares de los franceses desde su impenetrable tierra. Como enemigo decidido del imperio y de la intervención francesa, también ha defendido su independencia contra los presidentes de la República, y actualmente apoya a todos los caudillos juaristas. A través de los puertos bajo su dominio éstos reciben material bélico, y si son derrotados en otras partes, Álvarez les brinda refugio para que vuelvan a la lucha con tropas reforzadas y nuevamente armadas.

En vista de esta situación, no cabe duda de que la retirada de las últimas tropas francesas será la señal para una enérgica acción conjunta de todas las bandas republicanas, que con el apoyo directo e indirecto de Estados Unidos, arrastrarían a los descontentos —que lamentablemente no son pocos—, avanzarían más y más, hasta finalmente provocar una revolución generalizada que las tropas europeas no podrían resistir por muy valientes que sean. Sin embargo, me atrevo a poner en duda que el gobierno francés sea capaz de retirar su cuerpo expedicionario en la fecha ya anunciada, es decir dentro de un año y medio. Siguiendo las huellas del ejército francés, varios miles de franceses han venido a México y prácticamente han establecido un monopolio del comercio al por menor en todas las ciudades importantes, y han contribuido considerablemente a las exportaciones de su país. Teniendo en cuenta el odio profundamente arraigado de los mexicanos hacia los franceses, que como ya lo había mencionado sobre todo se debe al tratamiento despectivo que los oficiales franceses les dan a los mexicanos, a su represión y su codicia, al retirarse el ejército francés todos los franceses residentes serían víctimas de la ira popular en los disturbios que no dejarían de producirse. Ya ha ocurrido que franceses indefensos son asesinados tan sólo por su nacionalidad. Bandidos que asaltan las sillas de posta obligan a cada pasajero a decir algo, y al que reconocen como francés lo ahorcan sin misericordia mientras que perdonan la vida a otros nacionales, si no oponen resistencia armada.

En los últimos días el gobierno francés ha tenido la prueba más estremecedora de que la inminente retirada de sus tropas no solamente pondría en peligro los bienes, sino la vida misma de todos los franceses residentes en el país. Una cuadrilla republicana invadió

Hermosillo, una ciudad en Sonora, venció a la guarnición poco numerosa, y cometió atrocidades que superan de lejos la devastación de la ciudad de Bagdad por soldados negros norteamericanos en enero de este año. Es cierto que en Hermosillo muchos mexicanos también fueron robados y asesinados por las hordas salvajes, pero los asaltantes seleccionaron a cada uno de los franceses que allí habitaban, a todos los degollaron de manera bestial, saquearon sus bienes y quemaron sus casas.

Dejando a un lado la impresión negativa que en Francia produciría el colapso del imperio mexicano —que el propio Napoleón impuso desatendiendo la opinión pública de sus compatriotas— provocado por la prematura retirada de las tropas, el gobierno francés tiene el deber de velar por la seguridad de miles de sus súbditos amenazados y de proteger los considerables intereses materiales de Francia en México.

La nueva actitud del gobierno de Washington frente al imperio mexicano, el reciente nombramiento de un embajador norteamericano ante el ex presidente Juárez, las amenazas hechas a Austria para evitar nuevos envíos de tropas a México, las deliberaciones en el Congreso de Washington para un empréstito de cincuenta millones de dólares a los republicanos mexicanos, las negociaciones que parecen mantener con Juárez sobre la cesión de una parte de Baja California a Estados Unidos como garantía por el empréstito, y finalmente las intenciones del gobierno de Washington de hacer valer de nuevo la doctrina Monroe, son todas circunstancias altamente preocupantes para la corte mexicana, que no dejarán de influir en la política mexicana del emperador Napoleón. Ayer escuché que la tercera parte de los ejércitos de ocupación franceses y austriacos, que debía volver a Europa en noviembre, ahora se quedará en el país hasta la primavera. Por lo menos los proveedores franceses de provisiones para el ejército recibieron instrucciones de encargarse, hasta la primavera de 1867, de los suministros para las tropas inicialmente destinadas a embarcarse en noviembre.

Desde Washington me informa una persona bien enterada que, frente a un gobierno estadunidense cada vez más desafiante y amenazante con respecto a México, el marqués de Montholon está empleando un lenguaje bastante tímido. El marqués, a quien conozco personalmente, que con pequeñas interrupciones ha vivido desde hace 25 años en Estados Unidos y cuya esposa es una norteamericana de origen francés, tiene una idea probablemente exagerada del poder militar de Estados Unidos, y por consiguiente se empeña en evitar que el asunto mexicano desemboque en un conflicto entre Francia y ese país.

Las heridas del ministro residente de Prusia causadas por las penosas circunstancias bajo las cuales presentó sus cartas credenciales se reabrieron por las noticias publicadas en la prensa europea. Maximiliano consideró necesario publicar en el Deutsche Zeitung *(diario para los residentes alemanes en México) una "rectificación", pero con ello tan sólo logró empeorar las cosas, puesto que su rectificación a la información publicada por la prensa dio la impresión de que al Habsburgo le importaba más el ceremonial de la corte que él mismo había elaborado que las buenas relaciones entre su imperio y Prusia. Aprovechando la coyuntura, Magnus inútilmente insistió ante Bismarck sobre la conveniencia de ser nombrado ministro extraordinario y plenipotenciario, lo que, según él, correspondería tanto a los deseos de Maximiliano, como a los de la influyente colonia alemana.*

México, 30 de mayo de 1866 (informe 19)

En algunos diarios alemanes que recibimos hace pocos días de Europa se comenta la forma como la corte imperial me recibió cuando llegué a México. Este hecho impulsó al diario semioficial *Deutsche Zeitung* (periódico en alemán) publicado en México, a publicar una rectificación. Como S. E. se percatará, el artículo se limita a explicar que para la presentación de mis credenciales había sido preciso observar una ceremonia distinta a la destinada a los embajadores, puesto que yo solamente tengo el rango de ministro residente. Sin embargo, el artículo oficioso del *Deutsche Zeitung* guarda total mutismo sobre el hecho de que mi primera audiencia fue concedida después de varias semanas de espera, circunstancia que los mencionados diarios europeos resaltaron en particular. En cambio, se menciona dos veces que yo, a diferencia de los demás diplomáticos aquí acreditados, no tengo el cargo de "embajador extraordinario y ministro plenipotenciario", sino el rango inferior de "ministro residente". Según he podido averiguar, precisamente ese carácter diplomático secundario habría molestado al emperador y fue el principal motivo para el aplazamiento de mi audiencia.

Las muchas preguntas que se me han hecho a mí, al igual que a amigos míos, respecto al verdadero significado del artículo, así como sobre la diferencia entre un "embajador" y un "ministro residente", que es totalmente desconocida por la mayoría de mis compatriotas, en todo caso demuestran que la colonia alemana observa con gran interés a la representación diplomática de S. R. M., nuestro clementísimo señor, en México. Por lo tanto es inevitable que la población alemana residente en el país, que ve en Prusia a la potencia protectora, se pregunte por qué solamente se ha nombrado a un ministro residente para defender los intereses comerciales de Alemania en México, mientras que todos los otros poderes presentes, entre ellos Italia, España y Bélgica, han designado a embajadores extraordinarios para salvaguardar sus intereses. Adicionalmente, la pregunta se impone en razón de que, de todos los extranjeros establecidos en México, los alemanes son el elemento más importante e influyente, puesto que todo el comercio transatlántico se halla bajo control de las casas alemanas. Hasta ahora la posición de los alemanes frente al gobierno imperial no ha sido la mejor.

Por lo general los alemanes observaron la intervención francesa con desconfianza, y también tardaron en apoyar el imperio puesto que, ante todo, temieron el regreso del poder y la influencia del fanático clero católico.

En otra ocasión tendré el honor de demostrarle a S. E. que la intervención francesa no ha sido propicia para los intereses del comercio alemán, sino todo lo contrario. Tanto el ejército francés como los círculos austriacos de la corte, y hasta el mismo emperador, se han formado el concepto totalmente injusto de que los alemanes son enemigos del imperio, porque éste les habría quitado la posibilidad de "chuparle la sangre" al país, como suele decirse. Apenas en fecha reciente el gabinete imperial ha comprendido —probablemente también debido a mis esfuerzos— que los alemanes no pueden ser considerados elementos sospechosos por haber conquistado el comercio internacional de México bajo los gobiernos republicanos, puesto que igualmente se han ganado el respeto de toda la nación mexicana.

Se ha podido comprobar que los alemanes sólo condujeron negocios irregulares con las autoridades republicanas —generalmente adelantos al gobierno sobre derechos de aduana por concepto de futuras importaciones— porque se veían *obligados* si no es que podrían ser despojados a la fuerza de los fondos exigidos por parte de los gobiernos arbitrarios, y que los alemanes tenían que estipular altas ganancias para compensar el latente peligro de la deshonestidad del gobierno contratante, o de la caída del gobierno después de haber realizado el negocio. En mi humilde opinión, la impresión negativa que el aplazamiento de mi recepción oficial pudiera haber causado a nuestro clementísimo monarca, pudo haber sido neutralizada con mi nombramiento de gran oficial de la Orden Imperial de Guadalupe en ocasión de la entrega del collar de la Orden del Águila Negra. Al menos estoy convencido de que el emperador me condecoró con esta intención. Cuando hace poco tuve el honor de almorzar en la corte y aproveché la ocasión para agradecerle esta distinción a S. M., el emperador me respondió que me había condecorado con sumo placer, y que deseaba que viera su gesto como signo de su aprecio personal, pero que ante todo deseaba demostrar de esta manera sus simpatías para el gobierno real. Desde entonces las relaciones amistosas con el gabinete imperial se han visto reflejadas en una gran complacencia de las autoridades en todos los trámites oficiales.

En vista de los cambios ocurridos, me atrevo a someter al juicio de S. E. considerar conveniente corresponder al deseo del emperador para que el representante de nuestro altísimo gobierno revista el rango de embajador como los demás jefes de las embajadas, insinuado indirecta pero inequívocamente en el artículo semioficial del *Deutsche Zeitung*.

México, 9 de julio de 1866.

Del 23 de junio al 16 de julio tuvo lugar la llamada "guerra alemana", es decir la breve pero violenta confrontación militar entre Prusia y Austria. La batalla decisiva la ganaron las tropas prusianas el 3 de julio en Sadowa, Bohemia. Vencieron gracias a la superioridad de fuego de su fusil de aguja y a la superioridad numérica de los prusianos: 250 000 hombres contra 160 000 austriacos. Las noticias sobre estos acontecimientos llegaron a México semanas más tarde, ya que el cable transatlántico no empezó a funcionar antes del 27 de julio de 1866. Magnus no mencionó la "guerra europea definitivamente terminada" hasta su informe del 28 de septiembre. Sin duda las tensiones ya existentes entre Austria y Prusia habían tenido cierta influencia en la animosidad de Maximiliano hacia Magnus. Por otra parte, después de

la derrota de Sadowa en Austria se registraron demostraciones de descontento contra el emperador Francisco José, pidiendo algunos un cambio de régimen con Maximiliano como sucesor en el trono.

El 29 de julio Dano presentó a Maximiliano una nota del gobierno francés rescindiendo oficialmente la Convención de Miramar, argumentando su incumplimiento por parte de México. Se propuso un nuevo convenio mediante el cual se cedería a Francia la mitad de los ingresos aduaneros, con lo que se pagarían las deudas pasadas y presentes.

Para prevenir la inevitable catástrofe, el 9 de julio la emperatriz Carlota, convencida de que únicamente el apoyo prolongado de Francia podía salvar al imperio, viajó a Francia, llevando una carta autógrafa de Maximiliano a Napoleón III. En la misiva el emperador se queja de que los dos préstamos franceses a México se habían gastado en fracasadas operaciones militares por parte de Bazaine, pero silencia los costos de su exagerada lista civil de un millón y medio de pesos al año —la décima parte del presupuesto nacional—, la creación de costosas dignidades, el pago parcial e innecesario de los bonos Jecker, y los continuos anticipos nunca restituidos a la caja de la guerra francesa. Maximiliano echó a Bazaine toda la culpa por las derrotas sufridas desde el final de la guerra de secesión norteamericana, y seguramente esta carta sirvió a Carlota para fundamentar los argumentos que utilizó en su frustrado encuentro con Napoleón III.

El ministro francés Dano presentó a Maximiliano un ultimátum de su gobierno el 8 de julio, amenazando con replegar las tropas francesas al centro del país en caso de que no accediera al nuevo arreglo propuesto por París, especialmente en lo tocante a la cesión de la mitad de los ingresos aduaneros. Maximiliano claudicó ante el chantaje y aceptó el dictado galo.[31] *El 30 de julio Maximiliano, obligado por las circunstancias, envió a su ministro de Relaciones Exteriores en funciones, Luis de Arroyo (el titular del ministerio, Martín del Castillo, acompañaba a Carlota en su viaje) a firmar el convenio exigido.*

México, 9 de julio de 1866 (informe 20)

Su Majestad la emperatriz partió ayer por la mañana hacia Veracruz para embarcarse rumbo a Europa. La decisión de viajar se tomó en forma tan apresurada que lamentablemente no me fue posible informar a S. E. a través del vapor norteamericano que zarpa hoy de Veracruz. En vista del gran sigilo con el que aquí se ha tratado el objetivo del viaje de la emperatriz, posiblemente el telegrama enviado a través del cónsul real en Veracruz habría sido retenido por la oficina imperial de telegrafía hasta después de la salida del vapor estadunidense. Como gracias a su código el encargado de negocios del reino de Italia logró telegrafiar la noticia al buque norteamericano en Veracruz, le pedí el favor de inmediatamente comunicarla al enviado real en Florencia, conde von Usedom. Espero que S. E. reciba desde Florencia la noticia de la llegada de la emperatriz algunos días antes de su arribo a San Nazaire.

[31] Convención Arroyo-Dano, 30 de julio de 1866, en Payno, 1981, p. 812.

En su edición vespertina del 7 del mes el órgano oficial *Diario del Imperio* contiene algunas informaciones sobre la intención del viaje de S. M. la emperatriz, que fueron tomadas de un artículo del diario francés *L'Ère Nouvelle* que le envío como anexo.

Fue acompañada por Del Castillo, ministro de Asuntos Exteriores, el conde del Valle de Orizaba, gran chambelán de S. M., el coronel conde Bombelles, quien goza de toda la confianza del emperador y de la emperatriz, así como por el chambelán [Felipe Neri] del Barrio con su bella esposa, dama de honor de S. M. la emperatriz. Antes de la partida se celebró en la cercana basílica de Guadalupe una misa solemne a las 4 de la mañana, a la que asistieron la pareja imperial y miembros de la corte.

El emperador acompañó a S. M. la emperatriz hasta Ayotla, a pocas estaciones de distancia de aquí, de donde regresó ayer por la tarde. La intención original fue que la emperatriz se embarcara en el *Thethis*, un buque de guerra francés, pero como parece que hay casos de fiebre amarilla en el *Thethis*, epidemia que suele azotar la costa en esta época del año, S. M. tendrá que viajar en el buque correo francés para llegar a St. Nazaire. También corre el rumor de que la emperatriz primero viajaría a Nueva York en el buque correo *Manhattan*, que tendría que haber zarpado hoy.

La decisión verdaderamente heroica de la magnánima monarca de defender los intereses del imperio asumiendo el riesgo de este viaje, peligroso por la fiebre amarilla, indudablemente se debe a los amagos cada vez más alarmantes de una crisis inminente, que ya se percibía en las últimas dos semanas. Desde que se hizo pública la decisión del gobierno francés de retirar al ejército de ocupación, pero sobre todo desde que el tristemente célebre Santa Anna desembarcó en Estados Unidos, las fuerzas republicanas han cobrado nuevo vigor. De todos los rincones del imperio se reciben noticias de las



Carlota

victorias de los disidentes sobre las tropas imperiales, o de nuevas sublevaciones en regiones dominadas hasta ahora por el imperio. El mariscal Bazaine, quien durante año y medio había permanecido en una injustificable pasividad militar, hace ocho días finalmente partió hacia las provincias norteñas, comenzando por San Luis Potosí, ya que las partes del imperio colindantes con Estados Unidos parecían ser las más amenazadas.

En Monterrey, donde estaban acuartelados los restos del cuerpo belga, se produjeron muchas deserciones de soldados belgas y de la legión extranjera francesa. El descontento de los belgas finalmente desembocó en un verdadero motín. Más de treinta oficiales exigieron ser llevados inmediatamente a Veracruz para ser embarcados hacia Europa, a fin de estar de nuevo en Bélgica cuando termine la licencia de dos años que se les había concedido. Al enterarse de estos sucesos el mariscal Bazaine, sin demora y con el beneplácito del emperador, disolvió al cuerpo belga. Se despidió a los oficiales recalcitrantes y la tropa será absorbida por los nuevos regimientos mexicanos en vías de organización.

En la sierra —sometida el año pasado por el cuerpo austriaco—que se extiende en dirección sur occidental entre Puebla y el golfo, recientemente han tenido lugar rebeliones, y algunas unidades austriacas fueron aniquiladas. Hace algunos días se recibió la noticia de que Matamoros, donde tenía el mando Mejía, el general más eficaz del imperio, cayó en manos de los disidentes. Sin embargo, hasta el momento no disponemos de informes exactos. Pocos días antes de perder la ciudad el general Mejía envió un convoy de mercancía a Monterrey con una escolta de unos trescientos soldados austriacos, y al mismo tiempo otro convoy escoltado partió de Monterrey en dirección a Matamoros. Este doble transporte fue asaltado y capturado, por lo menos en parte, por tropas republicanas. Aún no se tienen noticias más detalladas, pero parece que los trescientos soldados austriacos que escoltaban al convoy de Matamoros fueron aniquilados en el combate, o asesinados después de caer prisioneros. El hecho de que el general Mejía haya tenido que capitular y entregar la ciudad a los jefes disidentes Escobedo y Treviño no es sorprendente, ya que las tropas de Escobedo contaban con el apoyo de varios miles de filibusteros y soldados negros norteamericanos. Aún no se sabe nada sobre la suerte que corrieron los habitantes de Mata, pero probablemente el imperio ya perdió toda la franja costera. Parece que el cónsul francés logró escapar a Texas.

Tampico está bajo sitio, asediado por las hordas republicanas. En caso de que caiga Tampico, el imperio perdería probablemente toda la franja costera en el golfo, desde el río Bravo del Norte hasta Veracruz [*sic*].

En el Pacífico, Mazatlán hace tiempo está aislada por tierra por los disidentes.

Se oye decir que el general imperial Prieto, quien tiene el mando en Tehuantepec, repentinamente se habría pronunciado junto con sus tropas contra el imperio.

Oaxaca, un punto estratégicamente importante situado al sur de Puebla, hacia el océano Pacífico, había sido defendida exitosamente por tropas austriacas contra Porfirio Díaz. De ahora en adelante la defensa será encomendada a las tropas mexicanas, mientras que un fuerte destacamento bajo el mando del coronel austriaco Kodolitsch acaba de ser enviado contra Porfirio Díaz.

Esta deprimente situación que en breve amenaza con reducir al imperio sólo al dominio de la carretera entre la capital y Veracruz, es agravada por una insoportable escasez de fondos. Sin la ayuda financiera de Francia parece imposible organizar, aunque sea, una mínima defensa.

Bajo circunstancias tan desesperadas, S. M. la emperatriz ha decidido realizar su peligroso viaje a París, pues aún aspira a convencer al emperador francés de tomar medidas enérgicas para salvar al imperio. Sin duda S. M. insistirá en el retiro inmediato del mariscal Bazaine y su sustitución por un militar más enérgico. Pero el motivo principal del viaje consistiría en lograr un acuerdo para la solución de los problemas financieros del país. Al gobierno francés se le reprocha haber retenido la mayor parte de los dos préstamos contraídos y de sólo haber entregado no más de 40 millones de francos a México. Además, se afirma que existen convenios entre ambos emperadores según los cuales Napoleón se habría comprometido a conseguir los fondos necesarios para la consolidación del trono mexicano y a no retirar sus tropas de México antes de que el imperio fuese reconocido por Estados Unidos. Se dice que la emperatriz le recordará a Napoleón aquellas promesas.

Sin embargo, es más que incierto si tan delicadas negociaciones serán coronadas por el éxito, sobre todo en vista de los conflictos bélicos que actualmente amenazan a Europa. Es una lástima que se haya perdido tanto tiempo por inactividad; en vez de reunir sus fuerzas con miras a consolidar el imperio recientemente instalado, el emperador

y el mariscal han fragmentado sus energías en diferencias inútiles y peligrosas, pues a menudo mutuamente han hecho fracasar sus mejores intenciones y planes. Tendré el honor de informar a V. E. en detalle sobre la nueva situación, que convirtió un mal crónico en una aguda y alarmante crisis.

Maximiliano quiso comprometer más a Francia nombrando en los dos ministerios más importantes a franceses como sus titulares. El 27 de julio firmó los nombramientos de los generales Auguste Adolphe Osmont y Jean Nicolas Friant, ambos intendentes del ejército francés, aunque aún faltaba la aprobación de Bazaine, que se encontraba participando en la campaña del norte. El 4 de agosto el mariscal dio su aprobación "provisional", aunque sabía que el reglamento militar prohibía a los oficiales asumir cargos de ministro en el extranjero. Dos días después informó a su ministro de Guerra, Randon, que sospechaba que esos nombramientos estaban íntimamente relacionados con los objetivos del viaje de la emperatriz a Europa.

Maximiliano aprovechó la partida de Carlota para reducir su lista civil[32] *al mínimo, disolver la corte de Chapultepec y de su casa en Cuernavaca. Sus últimos viajes a esa "residencia imperial" los realizó el 31 de agosto por una semana,*[33] *y el 27 de septiembre por pocos días.*[34]

La campaña del norte culminó con la retirada de los franceses de Monterrey y Saltillo, y se esperaba que los republicanos tomaran el poder en esas ciudades. A mediados de julio el Congreso de Estados Unidos otorgó al gobierno de Juárez un crédito por 20 millones de pesos para financiar la guerra contra el imperio, dinero que serviría para ampliar las unidades republicanas y mejorar su armamento.

(México) 28 de julio de 1866 (informe 23) (por correo inglés)

En relación con el viaje de S. M. la emperatriz a Europa, el 18 del mes Luis de Arroyo, subsecretario y encargado del Ministerio de

[32] Según Payno, 1981: 622, Maximiliano recibió en México emolumentos por aproximadamente tres millones y medio de pesos. La lista civil que en 1864 se fijó en 1 400 000 pesos anuales fue sucesivamente reducida: en 1866 ya fue de 500 000 pesos anuales, y a partir de la última estancia de Maximiliano en Querétaro ya tan sólo fue de 10 000 pesos mensuales.

[33] *El Pájaro Verde*, 01-09-1866, vol. IV. núm. 209, p. 3.

[34] *El Pájaro Verde*, 27-09-1866, vol. IV, núm. 230, p. 3.

Relaciones Exteriores en ausencia de su titular, Del Castillo, dirigió una circular al cuerpo diplomático que le remito en el anexo con una traducción lo más literal posible. Además, incluyo el artículo del órgano oficial *El Diario del Imperio* que allí se menciona, así como una traducción francesa del mismo en un recorte de periódico. S. E. desprenderá del mensaje anexo al informe del 18 del mes que el emperador invoca el apoyo moral de las potencias europeas, y se empeña en presentar el mantenimiento de la monarquía en México como de interés genuinamente europeo.

Recibí la noticia de que la emperatriz también se desplazará a Roma para, personalmente, negociar con la Santa Sede una solución definitiva para las diferencias con el clero mexicano. Parece que Su Majestad también tendría la intención de conseguir un apoyo activo para el joven trono imperial por parte de los gobiernos de España y Gran Bretaña. Pero principalmente el destino de México se decidirá en París. Según mis informaciones, la emperatriz se propone transmitir al emperador Napoleón la realidad de los asuntos mexicanos, porque en la corte se cree que el emperador francés ha sido engañado en cuanto a México, o que por lo menos la información con la que cuenta es insuficiente y parcial. La emperatriz desea recordarle al gabinete de las Tullerías sus promesas que, como aquí se afirma, no ha cumplido, y convencerlo de seguir brindando apoyo financiero y militar al gobierno mexicano. En todo caso la emperatriz insistirá en la inmediata destitución del mariscal Bazaine, a quien el emperador Maximiliano atribuye gran parte de la responsabilidad en los fracasados intentos para consolidar el imperio. La emperatriz lleva a París documentos que, según ella, demostrarán las intenciones hostiles del mariscal para la consolidación del trono. Esos documentos, que supuestamente revisten gran relevancia, habrían llegado a manos de la emperatriz a través del oficial de la marina Détroyat, quien hasta fecha reciente se había desempeñado como jefe del gabinete militar, pero que fue llamado a Francia por orden del mariscal. En su calidad de jefe del gabinete imperial militar, este oficial habría sostenido correspondencia comprometedora con el mariscal, ya que anteriormente había sido empleado para fines nada favorables al emperador. El hecho es que el señor Détroyat[35] acompaña a la emperatriz a París

[35] Al regresar a Francia Détroyat fundó el diario *La Liberté*, y en 1892 fue director del Théâtre de la Renaissance de París, y escribió varios libretos de óperas.

cumpliendo el deseo expreso de Su Majestad. Si la emperatriz no logra su objetivo de convencer a Francia de hacer nuevos esfuerzos para consolidar el trono mexicano, es probable que el emperador Maximiliano, considerando el insostenible estado del imperio, lo abandone. Tengo informaciones confiables de que la emperatriz habría enviado a Europa todos sus objetos de valor, su correspondencia, y hasta recuerdos familiares y otros *souvenirs*.

Por otro lado, desde la salida de su augusta esposa el emperador ha reducido los gastos de su casa imperial hasta el mínimo indispensable. Carruajes, caballos, arneses y equipos de toda índole han sido vendidos con toda discreción. Si bien es cierto que no faltan indicios sobre una inminente y definitiva partida de México, el emperador, según fuentes bien informadas, de cualquier forma no tiene la menor intención de abandonar su imperio. El emperador confiaría en un pronto restablecimiento de la paz en Europa,[36] y que entonces Austria, finalmente, le facilitaría la ayuda convenida para completar el contingente del cuerpo austriaco de voluntarios, que ha sido bloqueada por las objeciones de Estados Unidos.[37] Además, en caso de que Francia le retirase el apoyo, el emperador haría un último intento viajando personalmente a Europa para pedir ayuda a los estados europeos, particularmente a Italia. Un indicio de esta última intención sería la carta que el emperador envió ayer al rey Víctor Manuel, rogándole que ordene al embajador italiano en Washington, actualmente de vacaciones en Europa, regresar a su puesto sin demora para defender los intereses del imperio mexicano ante el gobierno norteamericano.

He considerado necesario informar a V. E. sobre todas aquellas intenciones de la corte, reales o supuestas y por inverosímiles que algunas puedan parecer, porque generalmente en México no ocurre lo que la lógica hace suponer, sino a menudo lo más improbable.

[36] El 26 de julio de 1866 Austria, vencida en la batalla de Sadowa el 3 de julio de 1866, negoció con Prusia la paz preliminar de Nikolsburg, comprometiéndose a no intervenir más en la política de los diversos estados alemanes. Se disolvió la Confederación Germana en la cual Austria había ocupado la presidencia y ejercido la hegemonía. Fue sustituida por la Confederación Germana del Norte, en la que Prusia ejerció el poder hegemónico.

[37] Estados Unidos ejerció exitosamente presión sobre Austria para que no enviara a México 10 000 nuevos voluntarios que ya habían sido reclutados. En caso de haberlos mandado sus sueldos no hubieran corrido a cargo de Austria, sino de los créditos franceses concedidos a Maximiliano.

El viaje de la emperatriz a Veracruz fue muy fatigoso y arriesgado. En esta época del año las lluvias tropicales vuelven intransitables muchas carreteras. Su Majestad ha superado todos los obstáculos y agobios con el coraje y la perseverancia que la caracterizan. Cerca de Córdoba el carruaje imperial se atascó en el barro. La noche estaba profundamente oscura y la región es muy insegura por las cuadrillas de bandidos. A pesar de todo eso, S. M. insistía en seguir a toda costa a lomo de caballo, y se requirió toda la persuasión del oficial de la escolta militar para convencerla de permanecer en el carruaje hasta liberarlo del fango.

Todos los informes coinciden en que durante todo su recorrido la emperatriz fue saludada por la población con cariño y hasta con entusiasmo. En cambio, las autoridades mexicanas en la mayor parte de los pueblos se comportaron de manera casi hostil. En general no correspondieron, o sólo lo hicieron con gran demora, a los requerimientos de apoyar el viaje de la emperatriz enviando personal para levantar carruajes volcados o evitar nuevos accidentes.

Desde luego, aquí hay una gran diferencia de opiniones respecto al viaje. Los liberales se regocijan porque ven en la decisión de la monarca un último y desesperado intento para salvar el trono; otros interpretan el viaje como una huida enmascarada, y concluyen que el fin del imperio está próximo. Para los partidarios del trono, el peligro desde hace mucho tiempo vislumbrado ya se ha convertido en certeza. Pero todos, amigos y adversarios, comparten la admiración por una monarca tan noble como valiente.

Sin duda la llegada de la emperatriz a Europa a bordo de un buque correo ordinario creará una impresión negativa que puede afectar la causa imperial. El vapor de guerra austriaco *Dandolo* está fondeado en Veracruz y se encuentra a disposición del emperador. Sin embargo, su uso nunca fue tomado en consideración, bien sea por las diferencias existentes entre el emperador y Austria, a la que S. M. reprocha la indulgencia asumida frente a Estados Unidos en la cuestión de los voluntarios reclutados pero no embarcados a México, o porque debido a la guerra en Europa no se estimó conveniente que la emperatriz viajara en un buque de guerra austriaco.

México, 28 de julio de 1866 (informe 24)

Mientras S. M. la emperatriz se desplaza a Europa para defender los intereses mexicanos, la política de gobierno del emperador ha

sufrido un cambio radical. La gestión del ministro Lacunza no ha correspondido a las expectativas. Lacunza es abogado y nada experto en hacienda pública. Su única ambición como ministro de Hacienda consistía, como él mismo decía, en no gastar los fondos públicos, lo que simplemente hizo negándose a hacer los pagos más justificados, a veces incluso contrariando las instrucciones expresas del emperador. Queda en tela de juicio si el inaudito comportamiento del ministro obedece a su ignorancia o, como muchos afirman, a su intención de desacreditar el gobierno imperial. Esto, en todo caso, ha sido el único resultado de su corta administración de las finanzas. También ha logrado causarle situaciones embarazosas al emperador y hacerlo víctima de sospechas. La viuda del general Zaragoza, militar que derrotó al ejército francés el 5 de mayo 1862 en Puebla, se encontraba en condiciones de gran penuria. Después de aquella victoria, el presidente Juárez decretó que una calle de la capital recibiera el nombre "Cinco de mayo", y que una considerable pensión le fuera concedida a la familia del general. Atendiendo una propuesta de Lacunza, el emperador ordenó pagarle la pensión a la viuda de Zaragoza. Cuando este acto de la generosidad imperial fue objeto de debate en los diarios franceses editados en México, el boletín oficial publicó una justificación basándose en el citado decreto de Juárez. En vista de las diferencias entre el emperador y el ejército francés que a menudo he mencionado en mis informes, la pensión concedida a la viuda del vencedor de Puebla fue interpretada como una ofensa consciente de la corte a los franceses.

Aún más grave es el daño causado a la reputación del emperador por Somera, el ministro de Fomento. Una sociedad privada operaba la concesión del ferrocarril entre México y Chalco, en el pie de la montaña en el valle de México, y parte de la línea ya había funcionado durante varios meses. El día del cumpleaños de la emperatriz la nueva vía hasta San Ángel fue inaugurada en presencia de los monarcas. En aquella oportunidad el emperador alabó los logros de la sociedad, a pesar de que toda la vía tenía muchos defectos y que fue construida con material de poca calidad. Días después de la inauguración se produjo, en una vía que estaba funcionando desde hacía tiempo, un choque entre una locomotora y un tren de pasajeros, que lamentablemente ocasionó varios muertos y heridos. A consecuencia de este desgraciado evento, el gobierno no sólo le retiró la concesión a la sociedad, sino que declaró caduca a la sociedad misma, y desde

entonces el ferrocarril es operado por cuenta del Estado. Las razones aducidas por el ministro Somera para justificar la confiscación son muy contestables. El pleito aún está pendiente, puesto que los concesionarios demandaron al gobierno ante los tribunales. El comportamiento del gobierno ha suscitado gran irritación, y no dejará de afectar las tan necesarias inversiones del capital extranjero y del nacional en los ferrocarriles y en otros proyectos de gran escala. Además, el gobierno ha dado prueba de su mala administración, porque desde que el Estado está operando el ferrocarril sin haber mejorado las instalaciones está arrojando un déficit semanal, mientras que los concesionarios siempre habían obtenido considerables ganancias.

Cuando súbitamente la situación política adquirió un carácter amenazante por las sublevaciones en todas las regiones del imperio que fueron mencionadas en mi informe núm. 21 del 9 de este mes, Su Majestad el emperador reconoció que para el gobierno mexicano ya era imposible hacer frente a esos cada vez más preocupantes peligros. El gabinete imperial, y no su gobierno, logró obtener una correspondencia cruzada entre Santa Anna, González Ortega y otros enemigos del trono con varios personajes mexicanos. A raíz del descubrimiento y a los pocos días de la partida de la emperatriz, el emperador mandó detener a unas veinte personas comprometidas por aquellas cartas. Fueron deportadas a Yucatán donde permanecerán como prisioneros del Estado bajo estricta vigilancia. Detenciones y deportaciones similares han tenido lugar en otras ciudades, en particular en Puebla. Entre los detenidos en la capital se encuentra Juan Mateos, anterior secretario del consejo de la ciudad.[38] En una carta posteriormente publicada en el boletín oficial, un tal Guillermo Prieto[39] le propuso, por encargo del general Ortega, ser el agente de este último. Como es sabido, Ortega le disputa al ex presidente Juárez el derecho a la presidencia.[40]

[38] Juan Mateos (1831-1913), famoso escritor liberal mexicano de novelas históricas como *El cerro de las Campanas*. Se reconcilió con el imperio desempeñándose como regidor del Ayuntamiento de México, pero como se pronunció contra las cortes marciales imperiales y la colonización de Sonora, fue deportado a Yucatán.

[39] Parece ser que Magnus no sabía que "un tal" Guillermo Prieto (1818-1997) era un gran poeta y escritor costumbrista mexicano, político liberal, que tres veces fue ministro de Hacienda de la república.

[40] El presidente Benito Juárez, electo en 1861, ocupó el cargo el 16 de julio, cuando el mandato de su predecesor Ignacio Comonfort corría hasta el 30 de noviembre de 1861. González Ortega opinó que el año de la elección del presidente (1861) debía

Otro de los presos es un clérigo, miembro de la regencia, Manuel Ordóñez, antes capellán de Santa Anna y, según dicen, su hijo natural. Como prueba de su culpa el *Diario del Imperio* publicó [...] la carta que Santa Anna le escribió el 25 de mayo del año en curso. Esta carta tiene importancia adicional porque la persona mencionada como regente no es otra que el arzobispo de México, Labastida. Se me informa que el arzobispo le aseguró al emperador no haber accedido a las propuestas de Santa Anna. Al arzobispo también se le acusa de haber realizado, hace seis semanas, una gira por todo el valle de México, oficialmente dedicada a asuntos eclesiásticos, pero con el verdadero fin de organizar la rebelión contra el emperador desde el campo hasta la capital.

Es probable que la emperatriz insista en Roma que se destituya al arzobispo, pero no creo que el emperador tome alguna acción contra el prelado por sus intrigas, puesto que el gobierno está decidido a apoyarse, de ahora en adelante, en los latifundistas y en la Iglesia. En sus incitaciones a la sublevación el obispo ha contado con ilustre apoyo. En la pequeña ciudad de Tacubaya, ubicada cerca de Chapultepec, la residencia imperial de verano, vive el ayudante general del emperador, general Uraga,[41] quien ya había fungido como embajador mexicano ante nuestra augusta corte bajo el presidente

considerarse como el primero de su mandato de cuatro años, exigiendo por lo tanto que dicho año debía ser contado dentro del periodo de cuatro años prescrito por la constitución. Según este cálculo, el mandato de Juárez terminaría el 30 de noviembre de 1864. En cambio, el secretario de Relaciones, Sebastián Lerdo de Tejada, se opuso a la reducción del periodo constitucional de cuatro años. Ante dicha interpretación, González Ortega tuvo que claudicar, pero pidió a Juárez permitirle que "se fuera al interior de la república, ya sea por vía marítima o a través del extranjero". Esta petición fue admitida por Juárez. A principios de 1865, desde Nueva York, González Ortega le preguntó a Juárez si le permitía regresar a México con un cuerpo de voluntarios norteamericanos. Como el presidente no le contestó, González Ortega se trasladó a la frontera convencido de que, por falta de un congreso, Juárez dejaría el gobierno el 1 de diciembre. Sin embargo, el presidente previamente había promulgado dos decretos: por el primero cesó a Gonzáles Ortega como presidente del Tribunal Supremo, y creó una vacante en vez de un sucesor posible. Por el segundo decreto prolongó autoritariamente su mandato hasta la terminación de la guerra. Ortega permaneció en Estados Unidos y sólo regresó a Zacatecas a principios de 1867, donde fue hecho prisionero hasta 1868. (Véase José Fuentes Mares, 1984: 95 y ss.) Dicho sea de paso, este procedimiento, bastante clemente, fue utilizado como argumento de los defensores de Maximiliano, que abogaron por su indulto en el consejo de guerra de Querétaro.

[41] José López Uraga, general de división liberal, que se pasó al imperio en julio de 1864.

Juárez. El emperador colma al general con muestras de su favor y confianza, pero hace algunas semanas corrió el rumor de que en su casa, por las noches, han tenido lugar deliberaciones de alta traición. Bajo discreción, fui informado por una fuente oficial que hace seis semanas la casa del general Uraga albergó reuniones secretas con muchos jefes locales y otros venidos de distintas partes, todos adversos al trono, para preparar la sublevación en el valle de México. Además de Uraga, habrían participado en esas conspiraciones el anterior primer ministro Ramírez, la mayoría de los antiguos ministros, el general imperial Rosas Landa, que ostenta el mando en Toluca, el general O'Horan de Tlalpan y muchos otros. Lo cierto es que desde entonces, y sobre todo en las últimas semanas, el valle de México se ha llenado de bandidos. En varios lugares los soldados mexicanos se han pasado a las filas de los disidentes gritando "¡Viva la libertad!" Las autoridades francesas consideran que la seguridad de la capital requiere medidas militares adicionales fuera de las puertas de la ciudad. Una excursión del emperador a Cuernavaca, prevista para hace ocho días, no se llevó a cabo porque había fundadas sospechas de que el general Rosas Landa tenía la intención de atentar contra la vida del emperador durante ese viaje. El emperador se ha dado cuenta de que, ante esta total disgregación, no sólo se requieren algunas disposiciones severas, sino un régimen militar como última opción para salvar la situación.

El 26 de este mes el emperador despidió a su gabinete,[42] en el cual solamente quedará el señor Salazar Ilarregui, ministro del Interior, a quien provisionalmente se ha encomendado el Ministerio de Fomento. Fuera de él, el nuevo gabinete solamente se compondrá de

[42] El 26 de julio Maximiliano cesó a José María Lacunza, pero su sucesor, Teodosio Lares, sólo llegó a ser presidente del consejo de ministros el 6 de octubre. Lacunza siguió siendo presidente del consejo de Estado. Los ministerios de Fomento y de Gobernación se reunieron bajo la dirección del que había ya sido ministro, Salazar Ilarregui, hasta el 14 de septiembre, día en que Teófilo Marín lo remplazó. El 14 de septiembre de 1866 el Ministerio de Instrucción Pública y Cultos fue encomendado a Manuel García Aguirre. El Ministerio de Negocios Extranjeros le fue confiado provisionalmente al subsecretario Luis de Arroyo (el ministro Del Castillo acompañaba a la emperatriz a Europa); el 25 de septiembre se hizo cargo del mismo el subsecretario Juan N. Pereda, y el 16 de enero de 1867 lo ocupó Thomas Murphy. A Arroyo se lo nombró ministro de la Casa Imperial. El 15 de agosto Teodosio Lares se encargó del Ministerio de Justicia. El 26 de julio se entregaron el Ministerio de Guerra y el de Hacienda a los generales franceses Osmont y Friant, respectivamente (véanse los detalles exactos de esta formación de gobierno en Lubienski, 1988: 64 y ss).

dos personas: el general francés [Auguste Adolphe] Osmont, jefe del estado mayor del ejército francés en México como ministro de Guerra, y el general [Charles Nicolas] Friant, intendente francés, como ministro de Hacienda. Estos últimos solamente aceptaron los cargos después de que el emperador expresamente aceptó un programa redactado por el general Friant. Ambos también consideraron necesario solicitar el permiso del mariscal Bazaine para su nombramiento. Como el mariscal aún se encuentra en las provincias norteñas, el emperador no quiso aguardar su decisión, y aseguró a los nuevos ministros que el emperador Napoleón había puesto a todos los oficiales del cuerpo francés a disposición de Su Majestad.[43] Los otros ministerios serán administrados por los subsecretarios del ramo.

El programa del nuevo gabinete, tal como me lo comunicó personalmente el general Friant, es el siguiente:

1] El gobierno se apoyará en los latifundistas y en el clero. Por lo tanto, debe concederse un sueldo a los clérigos, o devolverse a la Iglesia las posesiones confiscadas que aún no se hayan vendido.

2] Se declara el estado de sitio en todo el imperio.[44]

3] Todos los conspiradores contra el imperio serán detenidos y deportados a Cayena.

4] La ley del 3 de octubre del año en curso, decretada para suprimir la resistencia armada, será aplicada en todo su rigor.

5] Se impondrá un estricto control en las finanzas del Estado.

6] Un proyecto que al mismo tiempo se presentó al emperador determina la futura administración de la Hacienda.

7] La integración de todos los diferentes cuerpos del ejército para conformar un ejército homogéneo.

El general Friant, a mi parecer el alma del nuevo gabinete, me hizo saber su firme deseo de introducir el nuevo régimen militar mediante un duro golpe contra las cabezas de la oposición. Sin embargo, se ha llegado al extremo de que, por miedo a las represalias, ningún consejo de guerra mexicano se atreve a pronunciar la pena

[43] Maximiliano debía de haber sabido que el reglamento militar francés prohibía a los oficiales aceptar puestos políticos en otros países.

[44] Bazaine desaconsejó esta medida, arguyendo que de todas maneras el país se encontraba ya en estado de guerra desde hacía 50 años, y que él no quería eximir a las autoridades civiles de su responsabilidad. El mariscal atinadamente reconoció que la entrega de posiciones responsables a los franceses iba a enfurecer a los mexicanos, tal como ya había ocurrido con los nombramientos de Osmont y Friant.

capital. Aún no ha terminado el proceso a los malhechores que cometieron el asalto en Río Frío contra la misión extraordinaria belga. Los nuevos ministros quieren que, sin más demora, se dicte un fallo para que los canallas, parcialmente confesos, sean ejecutados. Además, las personas convictas de conspirar contra el imperio serán detenidas en todas las ciudades y embarcadas a Cayena. La lista incluye a hombres como Ramírez, Uraga, O'Horan, Rosas Landa y otros. Yo, sin embargo, dudo que los ministros vayan a obtener la autorización del emperador para medidas tan drásticas. Con el próximo vapor tendré el honor de hacer llegar a S. E. un informe detallado de cada uno de los puntos del programa de los nuevos ministros.

El general Friant tiene la reputación de ser un administrador muy eficaz. Por consiguiente, es de esperar que logre poner orden a las finanzas del Estado y someterlas a un estricto control, ello si puede superar la peligrosa resistencia pasiva que hay en todo mexicano. Sin embargo, me parece dudoso que, sin la ayuda de Francia, pueda reunir los fondos imprescindibles para el futuro inmediato, tanto más que el general no debe conocer suficientemente las capacidades monetarias de un país con tantas anomalías como México. Para tratar de nuevo de consolidar al inestable trono se necesitarán soldados, pero ello también supone gastos y dar los primeros pasos hacia una pacificación que requiere una enérgica acción militar. Todo el mundo esperaba que el mariscal Bazaine aprovechara su presencia en las provincias norteñas para conquistarlas nuevamente para el imperio. Sin embargo, según las noticias recibidas ayer, no parece tener en mente empresas guerreras. Todo lo contrario, hizo que se retirara la guarnición francesa y belga de Monterrey, por lo que esa ciudad también pronto caerá en manos de los republicanos. La capitulación de Matamoros fue el resultado de que el gobierno dejara al general Mejía totalmente desprovisto de fondos. Los caudillos disidentes, Escobedo y Treviño, que han ocupado Matamoros, proceden con gran prudencia y moderación. Es cierto que cuando asaltaron un convoy mercantil entre Matamoros y Monterrey poco antes de la toma de la ciudad masacraron a la escolta de más de trescientos austriacos, pero devolvieron la mercancía a sus propietarios, los comerciantes de Monterrey, contra un nuevo pago de los derechos de aduana. Han unido sus tropas con otros cuerpos disidentes, mantienen sus posiciones, y según se oye ya estarían amenazando Saltillo

en el estado de Nuevo León con una fuerza de 4 000 hombres. Se supone que si esa ciudad también se rindiera, el imperio tampoco podría defender a San Luis Potosí. A pesar de ello, el mariscal continúa evacuando sus tropas de todas las provincias del norte, porque —probablemente a raíz de los conflictos bélicos en Europa— ha recibido órdenes de París de embarcar, ahora sí, durante noviembre, a una tercera parte de las fuerzas de ocupación en los puertos de Mazatlán y Veracruz. La actitud pasiva del mariscal frente a la capitulación de Matamoros, así como la inminente pérdida de todos los estados norteños por culpa de su táctica, revive las acusaciones, hasta en los círculos franceses, de que conscientemente está buscando la caída del emperador. Aún no he podido saber con certeza cómo reaccionará el mariscal respecto a la aceptación de los cargos ministeriales por parte de los generales Osmont y Friant, ello si es que ya conocía la intención del emperador de incorporarlos al consejo de Estado. La incorporación de los generales franceses al gabinete ha tenido un efecto favorable entre la población francesa, últimamente muy preocupada por sus intereses y seguridad, puesto que la interpretan como un indicio de que Francia seguirá apoyando al joven trono mexicano.

México, 28 de julio de 1866 (informe 23)

Me permito enviarle a S. E. un folleto publicado aquí bajo el título *Le Mexique et la Monarchie*, que presenta una visión clara y en general correcta sobre la situación del imperio. En este momento, cuando el emperador Maximiliano remplaza la anterior política de gobierno por una estrategia de fuerza y severidad militar, la publicación, que recomienda urgentemente un cambio de la política imperial en ese sentido, no pasará inadvertida. El autor, señor Passama Domeneck, es un joven francés que se halla en México desde hace varios meses, y me consta que su folleto no es el producto de alguna influencia gubernamental.

El 7 de agosto los liberales tomaron el puerto de Tampico. Los ingresos aduaneros de dicho puerto ahora llegaban a las arcas republicanas. Maximiliano escribió a Bazaine colmándolo de reproches, y éste respondió que la situación militar lo obligaba a evacuar también los puertos de Guaymas y Mazatlán, y a pensar en la retirada de sus tropas.

México, 9 de agosto de 1866 (informe 24)

He tenido el honor de informar a S. E. en mi informe núm. 23 del 28 del mes sobre el cambio ministerial y el programa de los nuevos ministros.

Todos esperaban medidas radicales del nuevo gabinete; la opinión pública creía fundada esa esperanza porque se suponía que dos generales franceses de alto rango no aceptarían colaborar en el gobierno mexicano bajo circunstancias tan críticas sin tener metas firmes y perspectivas para poder remediar la tan amenazante situación del imperio.

No obstante, hasta el momento los nuevos ministros no han cumplido con las expectativas. No se ha instalado la dictadura militar propuesta en el programa enviado a Su Excelencia. En la primera sesión del consejo de ministros se arguyó que la proclamación del estado de sitio para todo el territorio imperial produciría una impresión negativa en el exterior, particularmente en Estados Unidos, además de que las detenciones y deportaciones extrajudiciales de las últimas semanas se realizaron sin necesidad de estado de sitio. Por lo tanto, el gobierno se limitó a proclamar el estado de sitio solamente para las provincias más golpeadas por las bandas republicanas, Michoacán, Tancarito,[45] Tuxpan y Tulancingo, así como el distrito de Zacatlán, en el departamento de Tlaxcala. Los primeros dos departamentos se han colocado bajo el mando del general imperial Méndez, y los demás bajo el mando del conde Thun, comandante del cuerpo de voluntarios austriacos.

Durante los últimos meses el general Méndez,[46] al igual que la mayoría de los generales mexicanos del emperador, ha levantado sospechas de simpatizar en secreto con los adversarios del trono. Su nombramiento para este importante puesto contrasta con la intención de sólo colocar a los distritos en estado de sitio bajo el mando superior de oficiales europeos, tal como me había asegurado el ministro de Hacienda, general Friant. Además, la policía de seguridad del departamento del valle de México fue encomendada, con extensos poderes, bajo el mando del teniente coronel de la gendarmería

[45] *Sic*; debe ser la provincia de Tancítaro, en la parte oeste del actual estado de Michoacán.

[46] Ramón Méndez, aunque no salió de la Academia Militar, pues era aprendiz de sastre, fue uno de los mejores generales imperiales. Fue fusilado después de la toma de Querétaro; Ratz, 2005: 230-233.

imperial, barón Tindal, antes oficial superior del ejército real de los Países Bajos, a quien conozco desde mis años en La Haya. Sin embargo, como desde un principio el ministro de Guerra Osmont restringió que utilizara armas, Tindal solicitó ser exonerado del puesto. Solamente a instancias del emperador retiró su renuncia, después que S. M. le prometió poner a su disposición y sin restricciones todos los medios militares y monetarios para que pudiera llevar a cabo su difícil tarea. Aunque hasta el momento Tindal no ha podido prestar sus servicios como jefe de la policía de seguridad, por lo menos, y con toda franqueza, pudo describir al emperador la lamentable situación existente para el manejo del poder policial, incluso en la propia capital del imperio. Cuatrocientos agentes de policía dedicados día y noche a mantener la seguridad en la capital, no han recibido su salario en seis semanas. La miseria es tan extrema que muchos de ellos se ven forzados a hacerse de la vista gorda frente a los crímenes, sobre todo los robos, recibiendo un soborno de dos o tres reales. Las investigaciones del barón Tindal mostraron que el ayuntamiento, durante 18 meses, descontó de los sueldos de cuatrocientos funcionarios un total de 25 000 dólares por concepto de uniformes, pero esos 25 000 dólares desaparecieron sin dejar rastro. Y hay más: el barón Tindal encontró que en las cárceles de la policía de la capital se encuentran más de seiscientas personas de ambos sexos, entre ellos muchachas jóvenes de entre 12 y 15 años, en un ambiente de la peor degradación moral, que desde hace meses fueron privados de la libertad sin siquiera haber sido interrogados o condenados. El motivo de estas prolongadas y arbitrarias detenciones policiales sería, según las investigaciones de Tindal, la codicia más abyecta. La ciudad diariamente paga una suma no muy elevada para la manutención de cada detenido, pero a los presos políticos se les ha dado muy poco alimento para que los criminales funcionarios puedan quedarse con la mayor parte del dinero. La policía ha sido utilizada para este vergonzoso negocio, pues tenía la tarea de detener en las calles al mayor número posible de personas, que luego permanecían en la cárcel al arbitrio de los funcionarios que se embolsaban un alto porcentaje del dinero para la manutención de los prisioneros. Como Tindal liberó a los detenidos inocentes y dio órdenes de sólo encarcelar a quienes cometan verdaderos delitos, ahora sólo se arresta a un promedio de 25 personas, mientras que antes el promedio de detenidos era de 100. El nuevo gabinete, que prometió manejar el gobierno con energía y

severidad militar, hasta el momento no ha combatido seriamente los mencionados abusos y castigado a los culpables.

La principal y más delicada tarea del gobierno imperial es la de reunir fondos para las arcas totalmente agotadas del Estado. Desafortunadamente, las reservas expresadas en mi último informe respecto a las habilidades del general Friant para procurar nuevos fondos como ministro de Hacienda parecen confirmarse. El ministro Lacunza había tratado de remediar la falta de recursos mediante un impuesto sobre la renta de inmuebles rurales y urbanos. Con el decreto imperial del 30 de julio el nuevo ministerio abolió ese impuesto que apenas acaba de ser introducido, y en cambio incrementó el impuesto sobre la propiedad inmueble al ocho por mil para los inmuebles rurales, y a nueve por mil para los inmuebles urbanos. En opinión de las personas conocedoras de las circunstancias locales, esta medida no tendrá un resultado más productivo que el impuesto del ministro Lacunza. Debido a la distancia entre las haciendas y los centros de administración de las autoridades competentes, y a la situación revolucionaria en casi todas las regiones, para la mayoría de los latifundistas será fácil evitar el pago, tanto de un impuesto como del otro. La experiencia ha enseñado que tampoco vale la pena proceder a desahucios militares, ya que, en el mejor de los casos, los gastos de la ejecución equivalen al impuesto que se quiere cobrar.

El mismo decreto imperial duplica los impuestos a todo tipo de empresas comerciales o industriales, una medida justificada, según el criterio de los comerciantes nacionales, porque hasta ahora el comercio y la industria habían pagado impuestos muy modestos. De todos modos el aumento de los ingresos fiscales por esta medida no será suficiente para cubrir las necesidades del Estado. La introducción de un control más severo de las finanzas públicas, tal como fue anunciado en el programa de gobierno, se refleja en el nombramiento de los inspectores especiales de Hacienda que el general Friant ha escogido entre los miembros de la administración fiscal francesa en México. Finalmente, un decreto del Ministerio de Hacienda del 4 de agosto ordena revisar los títulos de los actuales propietarios de los bienes eclesiásticos confiscados.

Como es sabido, en la venta de los bienes de la Iglesia realizada bajo el gobierno del presidente Juárez se registraron grandes abusos. Intimidada por el clero, la mayoría de la gente no se atrevió a participar en la compra de los bienes eclesiásticos, por lo que los inmuebles

se vendieron por un mero pago nominal, se regalaron, o se desperdiciaron entre los favoritos de Juárez. En muchas regiones el clero se sirvió de testaferros para volver a adquirir sus bienes. Es innegable que el gobierno de Juárez no supo obtener mayores ingresos de la venta de los bienes eclesiásticos.

Si el nuevo gabinete tuviera la capacidad para llevar a cabo una revisión severa y enérgica de los negocios de compraventa de los bienes eclesiásticos sería posible, aun en estos momentos, obtener un ingreso considerable para las arcas del Estado. Sin embargo, es de temer que esta revisión sea menos favorable para el Estado que para la Iglesia, puesto que el ministro de Hacienda, Friant, es amigo personal del arzobispo de México y, según parece, se encuentra bajo su influencia. Prueba de ello es que el año pasado, en nombre del anciano general, el arzobispo pidió la mano de una de las señoritas más bellas y nobles del país, aunque fue en vano.

Hasta esta hora no se ha dado el golpe contundente contra los jefes de la oposición, que los nuevos ministros tenían previsto para iniciar su régimen militar. Hace tiempo que el barón Tindal había redactado meticulosamente las listas de los sospechosos de las intrigas subversivas, pero ninguno de ellos ha sido detenido o deportado. Ni siquiera se ha pronunciado el fallo contra las personas acusadas del asalto y asesinato cometidos contra la misión extraordinaria belga. Los ministros han perdido un tiempo valioso, y en vista de las medidas inconsecuentes de los nuevos consejeros de la corona, las esperanzas que su nombramiento había despertado se han visto frustradas.

Entre tanto, la situación del país se ha agravado aún más. El mariscal Bazaine, quien todavía permanece en las provincias norteñas, no muestra la más mínima iniciativa militar. Monterrey aún no está ocupada por los disidentes, pero su caída es inminente. En cambio Tampico, de cuya amenazada situación ya había tenido el honor de informar a S. E., ya cayó en manos de los disidentes, según un telegrama recibido aquí el 6 del presente mes. Cuando esta noticia llegó a Veracruz, de inmediato zarparon cuatro buques de guerra franceses, y se tiene la esperanza de que la ciudad pueda ser liberada de los invasores. Sin embargo, toda la franja costera en el golfo o bien ya está en manos de los republicanos, o se encuentra expuesta a los asaltos y saqueos de sus pandillas. Es más, estas bandas infestan hasta las inmediaciones de Veracruz, y los habitantes del puerto, que

apenas cuenta con una guarnición de 50 soldados egipcio-franceses, seriamente temen un asalto de los disidentes. Debido a los frecuentes vientos del norte que soplan por varios días, los buques franceses estacionados en Veracruz no pueden acercarse a la ciudad, por lo que sus habitantes estarían a merced de los disidentes en caso de un ataque sorpresivo, si no llega un rápido apoyo militar. Incluso se teme que las hordas republicanas lleguen a tomar la gran carretera entre Veracruz y Orizaba para cortar, por lo menos durante algún tiempo, la comunicación entre la capital y el mar, puesto que en la época de lluvias sería imposible que las tropas imperiales pudieran llegar a aquella región.

En pocos días se ha perdido la confianza en el gabinete que, particularmente la colonia francesa, aplaudió con mucho entusiasmo. Esto se refleja en el recorte adjunto del periódico local *L'Estafette* del 7 del mes, en el que después de un breve análisis sobre la situación del país y del agotado tesoro público, se exige a los ministros conseguir de inmediato los fondos necesarios o dimitir. En los últimos días han circulado rumores sobre un empréstito forzoso que supuestamente se está planeando. Sin embargo, y según el criterio de personas competentes, esta medida tampoco produciría los resultados necesarios e incrementaría el descontento contra el gobierno imperial. La principal fuente de ingresos del Estado son los derechos de importación de las ciudades portuarias, pero casi toda la costa occidental ya se encuentra en manos de los disidentes, además de que después de la caída de Matamoros y Tampico el tesoro público también perdió la mayor parte de los ingresos aduaneros de la costa del golfo.

Durante algún tiempo S. M. el emperador abrigó la esperanza de encontrar una solución para la penuria financiera a través de la mediación de un aventurero político, el general Zerman,[47] que es italiano de nacimiento, sirvió en Turquía, al presidente Juárez y a Estados Unidos, y actualmente reside aquí bajo el nombre de "general Onofrio". Éste afirmó ser capaz de obtener en Inglaterra y en Estados Unidos un empréstito para el gobierno imperial tan pronto como Estados Unidos haya reconocido al imperio. Para lograr dicho reconocimiento, el general se ofreció a convencer al ex presidente Juárez de someterse al emperador. En caso de que el intento fracasara, organizaría la captura de Juárez para propiciar que González Ortega, quien pretende ser el presidente legítimo en lugar de Juárez, reconozca al emperador Maximiliano. Zerman opina que Estados Unidos no negaría su reconocimiento al emperador cuando Juárez u Ortega se hubieran sometido al imperio.

[47] Juan Napoleón Zerman, aventurero francés naturalizado ciudadano de Estados Unidos, que apoyó con capital norteamericano la revolución de Ayutla. Véanse más detalles en *Diccionario Porrúa*, 1995.

Durante los últimos días he tenido indicios de que la corte no ha perdido del todo la esperanza en el éxito de los esfuerzos de Zerman. Lo cierto es que los viajes que este agente, que actualmente se encuentra en México, ha emprendido para tratar este asunto, ya le han costado considerables sumas al emperador. Tengo razones para creer que el autonombrado general Onofrio no tiene capacidad ni voluntad para llenar el tesoro público, sino que, como tantos otros aventureros que han venido de Europa y de Estados Unidos, tan sólo busca enriquecerse.

En mi opinión, la hacienda pública podría sanearse, poco a poco, acabando con los numerosos abusos y desfalcos, pero sobre todo mediante la pacificación del país y tomando medidas razonables para una restauración natural, mas ante todo esto requiere tiempo y una considerable inversión. Sin embargo, y teniendo en cuenta el agotamiento del tesoro público y el continuo avance de los disidentes, los fondos que se requieren serán imposibles de reunir sin el apoyo del gobierno francés. Si S. M. la emperatriz no logra convencer a Napoleón para que otorgue un decidido apoyo financiero, el imperio inevitablemente se derrumbará por la escasez de fondos. Francia tendría la obligación moral de prestar su ayuda, especialmente porque el gobierno mexicano, según fuentes fidedignas, solamente ha recibido cuarenta millones de francos franceses, o sea diez millones de pesos, de los dos empréstitos mexicanos contratados en París, puesto que el resto fue retenido para cubrir las reclamaciones de súbditos franceses al gobierno mexicano o destinado a atender las necesidades del cuerpo francés de ocupación. El objetivo central de los empréstitos mexicanos era darle una base sólida a la hacienda pública, totalmente arruinada bajo la república. No obstante, con los diez millones de pesos que se han recibido, no ha sido posible ordenar las finanzas de manera duradera, menos aún porque la guerra y los proyectos ferroviarios en gran medida han incrementado las cargas para el erario estatal. Como bajo estas circunstancias el gobierno mexicano no ha estado en condiciones de cumplir con las obligaciones contraídas con Francia mediante el Convenio de

Miramar, desde hace varios meses el emperador, para cancelar esas deudas, ha aceptado descuentos en los ingresos de las aduanas del golfo que aún le quedaban. En una reciente conversación de S. M. con un amigo mío, amargamente se lamentó de la actuación del gobierno francés, subrayando que lo culpaban de la deprimente situación de la hacienda, pero no le habían entregado las cantidades originalmente estipuladas. "Los funcionarios franceses —añadió el emperador— me tienen embargadas las aduanas y solamente me informan lo que les viene en gana sobre los ingresos [...] generalmente que no hay dinero."

El general Friant parece haber reconocido que la crisis financiera solamente puede ser remediada con el apoyo francés. El nuevo ministro de Hacienda ha solicitado al mariscal Bazaine que, entre tanto, apruebe un millón de pesos, pero hasta el momento no se ha recibido la respuesta del mariscal. Incluso se está pensando que posiblemente el mariscal ni siquiera aprobará el nombramiento del general Friant en el gabinete, y mucho menos que se empleen funcionarios del tesoro francés como inspectores imperiales de Hacienda. Ninguna de esas dos medidas contaba con el conocimiento previo del mariscal, pero en cambio el general Osmont sí tenía el permiso del mismo para ocupar, si fuera necesario, el Ministerio de Guerra.

Con el nombramiento de los dos generales franceses como ministros, S. M. el emperador habría perseguido la intención de apoyar la misión de la emperatriz en París, al enviar una visible señal de reconciliación con los representantes locales de Napoleón, y al mismo tiempo comprometer nuevamente al gobierno francés con el destino del imperio mexicano. No obstante, para ello sería necesario que los generales Osmont y Friant pudieran darle al gobierno mexicano un impulso que despierte en Napoleón una nueva fe en la viabilidad del gobierno nacional. Pero ante las actividades hasta el momento desarrolladas por los nuevos ministros, más bien deberían estar preparados para ser completamente desautorizados por París.

Hoy por la mañana el emperador se desplazó a Cuernavaca, donde pasará unos días. S. M. regresará el 15 del mes para celebrar el cumpleaños del emperador Napoleón con un banquete oficial en el castillo de Chapultepec. Al día siguiente tiene previsto viajar a San Luis Potosí, pues tal parece que trata de incitar a Bazaine a realizar nuevas campañas militares; contra toda su costumbre, el emperador vestirá uniforme militar durante el viaje. Viajará acompañado del cónsul general de México en Viena, Herzfeld,[48] quien ahora goza de toda la simpatía del emperador y pasa el día entero en su compañía. Hay quienes alaban su perspicaz inteligencia; en Austria, sin embargo, Herzfeld tiene una reputación algo manchada debido a sus dudosas transacciones monetarias que ni siquiera interrumpió siendo cónsul general de México. Una persona intachable cercana al emperador me comentó que la influencia de Herzfeld sobre S. M. era más que indeseable.

[48] Stephan Herzfeld, capitán de fragata austriaco, amigo de Maximiliano, defendió en la prensa de Viena la candidatura al trono de éste, y fue consejero de Estado en México. Como aconsejó a Maximiliano abdicar, el padre Fischer le impidió volver a tener contacto con el emperador.

[9 de agosto, confidencial] (informe 24)

En mis últimos informes políticos he tenido la oportunidad de exponer a V. E. la situación cada vez más crítica del imperio. La supervivencia del joven trono parece depender del éxito de la misión de S. M. la emperatriz en París. Si la emperatriz no logra convencer al gobierno francés de seguir prestando su apoyo financiero y militar, el emperador Maximiliano solamente podrá quedarse en México hasta que se retiren las últimas tropas francesas, y posteriormente tendrá que reconocer que, en vista de la situación política imperante, es imposible consolidar por su propio esfuerzo el nuevo imperio. Tan sólo la escasez de dinero es suficiente para hacer fracasar al gobierno. Si bien el emperador con frecuencia ha declarado estar firmemente decidido a perseverar y a continuar la obra que le fue encomendada, es posible que cuando S. M. tenga que admitir que la tarea asumida es irrealizable preferirá la abdicación antes que una vergonzosa decadencia sin esperanza de un desenlace feliz. Teniendo en cuenta esta posibilidad, me permito rogarle que me provea las reglas de conducta para el caso de que S. M. el emperador tome la decisión de deponer el gobierno y abandonar México.

Los alemanes residentes en el imperio, encomendados a la protección de la real embajada, gozan de la mejor reputación entre todos los partidos políticos de México. Las informaciones suministradas por los alemanes establecidos en diferentes regiones del país me permiten creer que, de todos los extranjeros, son los que correrían menos peligro, aunque al caer la monarquía retornara la anarquía que caracterizaba a la república. Naturalmente mis compatriotas también

sufrirían extorsiones, tanto más que después de la retirada de los franceses ninguno de los partidos nacionales temería una posible intervención europea. Sin embargo, no es de esperar que, tras la abdicación del emperador Maximiliano, el gobierno francés abandone completamente a México sin velar de alguna manera por la seguridad de los franceses residentes en México, puesto que, debido a la intervención, sobre ellos pende la peor amenaza.

La retirada de los franceses comenzó a realizarse por etapas: el 26 de julio el general Jeanningros abandonó Monterrey, y el 7 de agosto las fuerzas expedicionarias salieron de Tampico. El 23 de agosto el general Thun informó de su dimisión al cuerpo mexicano de voluntarios austriacos, y su primo, el enviado diplomático de Austria, conde Guido de Thun, solicitó ser relevado de sus funciones ante el previsible fin del imperio. Desde un principio el conde había irritado a Maximiliano, puesto que al momento de presentarle sus cartas credenciales le informó que ya tenía la autorización de Viena para, dentro de dos años, tomar sus vacaciones y regresar a su país. La legación austriaca, alojada en el Hotel de Iturbide de la amenazada capital, quedó en manos de diplomáticos de menor rango.

México, 28 de agosto de 1866 (informe 26)

El 15 de agosto se celebró el cumpleaños del emperador Napoleón con un tedeum en la catedral de la capital, al que, por invitación del embajador francés, asistió el cuerpo diplomático. Al mediodía S. M. el emperador, quien había regresado de Cuernavaca el día anterior, ofreció un banquete para festejar la ocasión, al que, además del personal de la embajada de Francia, fueron invitados los ministros mexicanos y los generales y oficiales superiores franceses. Al caer la noche se quemaron fuegos pirotécnicos frente a la plaza de toros —la diversión favorita de los mexicanos—, preparados por los talleres de la artillería francesa. En los años pasados el mariscal Bazaine había organizado un baile en su palacio para festejar el cumpleaños de Napoleón, pero en esta ocasión ello no fue posible porque para el 15 de agosto aún no había regresado de su viaje a las provincias del norte.

En mi informe núm. 24 del 9 de agosto había anunciado el viaje del emperador a San Luis Potosí, pero fue suspendido, aunque no

cancelado. Los éxitos de las bandas republicanas en las provincias del norte y la actitud más que pasiva del mariscal frente al avance de los disidentes, hicieron que la presencia del emperador ante una población gravemente amenazada por la retirada de las tropas francesas fuera poco recomendable. De hecho, la situación militar del país se ha agravado desde mi último informe. Según las noticias recibidas ayer, Monterrey y Saltillo han caído en manos de los disidentes. Una parte de las tropas francesas en las provincias norteñas se desplaza hacia Mazatlán y será embarcada a Europa probablemente en octubre, junto con la guarnición de este importante puerto. De esta manera está siendo abandonada toda la costa occidental, perdiéndose los últimos puertos del Pacífico y, por ende, los ingresos de sus aduanas.

En un informe había informado a V. E. sobre la caída de Tampico, en la costa del golfo, y también sobre la salida de cuatro buques de guerra franceses hacia Tampico, que no cumplieron con la expectativa de reconquistar la ciudad. Según los periódicos, la guarnición francesa de Tampico, que se había retirado a una fortaleza, se vio forzada a capitular antes de que llegaran dichos barcos de guerra, por lo que el comandante tuvo que limitarse a conducir a los franceses residentes y a sus tropas a Veracruz. Sin embargo, V. E. podrá leer en el informe del real cónsul en Tampico del 8 del mes que, al contrario, el comandante se negó firmemente a rendirse, pero los buques enviados desde Veracruz llegaron al puerto bajo bandera de parlamento y transmitieron a las tropas francesas la orden de capitular. —El informe del real cónsul es corroborado íntegramente por la noticia que el cónsul de Gran Bretaña en la ciudad de México recibió del cónsul británico en Tampico—. De fuente fidedigna he sabido que el mariscal Bazaine envió a los cuatros buques a Tampico con órdenes expresas de evacuar la guarnición y abandonar la ciudad. Al respecto se me proporcionó la siguiente justificación, que es bastante ingenua: el mariscal temió que sus tropas en Tampico pudieran enfermarse de fiebre amarilla durante la época de lluvias, y que en el otoño sería reconquistado con facilidad. De esta manera la infeliz ciudad ya ha sido conquistada y abandonada tres veces por los franceses. Al igual que ha ocurrido en otras regiones del imperio, estas estrategias francesas sólo logran arruinar el comercio y comprometer de la manera más cruel a la población. Según el informe [...] del real cónsul, desafortunadamente las garantías ofrecidas a los habitantes

por los disidentes no se cumplieron, y se ha recibido la noticia del asesinato del prefecto de Tampico, cuya energía y eficacia le habían valido gran reconocimiento.

Un respetado comerciante alemán que acaba de llegar de Matamoros describe la situación política de toda la zona fronteriza con Estados Unidos como muy desfavorable para los intereses del imperio. Asegura que las autoridades militares norteamericanas prestan todo tipo de ayuda a los republicanos mexicanos, quienes reciben armas y municiones desde Texas. Hace poco el comandante superior de Nueva Orleáns, general Sheridan, cuyas tropas se encuentran en el estado de Texas y, por consiguiente, en la frontera con México, estuvo en Matamoros para reunirse personalmente con los caudillos de los disidentes. Los oficiales estadunidenses estacionados en las orillas del río Bravo no disimulan que tienen órdenes de Washington de apoyar a los republicanos mexicanos.

El emperador está extremamente irritado por la inactividad del mariscal Bazaine. Por orden del emperador, el vapor *La Sonora* partió de Veracruz hacia Nueva Orleáns el 21 del mes para traer unos telegramas transatlánticos enviados desde París por S. M. la emperatriz. Una persona enterada me dice que *La Sonora* también llevaba un mensaje del emperador a Napoleón para que inmediatamente fuera telegrafiado desde Nueva Orleáns. En este telegrama se afirma que el general Friant podrá reunir los fondos para cubrir las necesidades del Estado, pero como la inactividad del mariscal está representando un grave peligro para el gobierno imperial, se solicita su inmediato regreso a Francia. Anteanoche el mariscal regresó de su viaje y anunció que saldrá del país a comienzos de octubre. No podría afirmar si el mariscal verdaderamente tiene la intención de abandonar México en el otoño o si está hablando de ello porque, a raíz de la solicitud formulada por el emperador, podría recibir la orden de París para regresar. Lo cierto es que una parte de las tropas francesas abandonará el país antes del invierno, y no solamente las unidades antes mencionadas que se embarcarán en Mazatlán, sino también otras estacionadas en las provincias atlánticas que se embarcarán en Veracruz. Hace pocos días salió de la capital el regimiento de infantería núm. 81 para marchar primero a Puebla, y de allí a Veracruz.

Continúa siendo un enigma para todo el mundo el verdadero motivo del viaje de Bazaine. Incluso sus propios oficiales a menudo lo acusan de estar entregando la mayor parte del imperio a los disidentes y de estar actuando en contra de las intenciones del gobierno francés. Sin embargo, las instrucciones que recibió con el último vapor francés procedente de París no dejan duda de que Napoleón insiste en que sus tropas regresen para el otoño del próximo año. He tenido la oportunidad de leer dos mensajes dirigidos por el ministro de Guerra francés al mariscal en los que urgentemente recomienda embarcar las tropas en las fechas convenidas. Además, y como esas cartas hacen mención de la escasez de fondos del Ministerio de Guerra, instruyen a Bazaine a proceder con la mayor economía y obtener el apoyo financiero del gobierno mexicano para asegurar que no vayan a faltar los fondos necesarios para embarcar las tropas. Teniendo en cuenta estos hechos, parecería que las disposiciones militares tomadas por el mariscal en las últimas semanas tienen el propósito de reenviar, en un breve plazo y de acuerdo con las instrucciones recibidas, a parte del cuerpo de ocupación. En cualquier forma estas disposiciones perjudican seriamente los intereses del trono.

El emperador nombró al señor Lares como ministro de Justicia de su gabinete. H. Lares, un mexicano, pertenece al partido ultraconservador y tiene fama de ser un excelente jurista.

Las personas conocedoras de la situación prevaleciente son escépticas sobre las perspectivas de éxito de las medidas tomadas por Friant para afrontar la crisis financiera. Aunque logre conseguir los fondos requeridos para el funcionamiento del Estado, será imposible que encuentre los medios para cubrir los intereses de la deuda pública, hacer frente al sinfín de reclamaciones y satisfacer las pretensiones del gobierno francés. No cabe duda de que el motivo principal del viaje de S. M. la emperatriz a París es de persuadir a Francia para que haga nuevos sacrificios pecuniarios a favor de México. Definitivamente la situación financiera es la cuestión esencial, la cuestión vital para el joven imperio. No obstante, todos saben que el éxito de la noble misión de la emperatriz guarda una estrecha relación con las perspectivas de que se pueda alcanzar, en el corto plazo, la paz en Europa. Por muy penoso que pueda ser para el orgullo francés el retiro sin gloria del cuerpo expedicionario que lucha contra las bandas republicanas, es muy probable que Napoleón dejará por completo a México cuando Francia abandone su neutralidad y, tal como parecen indicarlo las últimas noticias recibidas de Europa, le declare la guerra a nuestro gobierno.

México, 9 de septiembre de 1866 (confidencial) (informe 28)

En mi último mensaje núm. 26 del 28 de agosto informé a V. E. sobre el viaje del vapor *Sonora* a Nueva Orleáns. El buque regresó hace una semana a Veracruz con los telegramas que S. M. la emperatriz envió al emperador desde París, cuyo contenido se mantiene en estricto secreto. Creo que ni siquiera los ministros mexicanos conocen dichos mensajes. Por ello fue sumamente sorprendente que *L'Estafette*, diario francés que se publica en México, haya afirmado en los últimos días en forma categórica que el vapor *Sonora* trajo la noticia del fracaso de la noble misión de S. M. la emperatriz ante la corte francesa. Como se conocen las estrechas relaciones que existen entre este periódico y el mariscal Bazaine, se supone que las aseveraciones de *L'Estafette* provinieron directamente del cuartel general francés. Además, el propio mariscal aseguró a varias personas haber recibido un telegrama sobre el mal resultado de la misión de la emperatriz en París. Las especulaciones de *L'Estafette* han tenido un efecto muy deprimente sobre el numeroso grupo de franceses que residen en México, y sobre los partidarios del imperio. El carácter algo ambiguo de las afirmaciones que se hicieron en el boletín oficial para desmentir dicha información, en vez de atenuar esa mala impresión, no hizo más que agravarla.

La actitud del mariscal frente al gobierno se refleja en las palabras que pronunció a su regreso frente a un oficial de su plana mayor, pues afirmó que: "Je suis trés content de la nomination du Général Osmont et de M. Friant. L'Empereur Maximilien a toujours dit que je ne puis rien faire. Maintenant il a choisi lui-même ces deux messieurs qui feront beaucoup, mais beaucoup de bêtises."[49]

No cabe duda de que la política del mariscal Bazaine amenaza seriamente los intereses del emperador. Sin embargo, es muy probable que el mariscal no actúe por antipatía contra el emperador, sino por instrucciones recibidas de París. De acuerdo con una fuente bien enterada, el Ministerio de Hacienda francés hace tiempo que dio órdenes estrictas a la tesorería francesa en México de realizar pagos únicamente para las necesidades del ejército francés. Ya ha sucedido

[49] "Estoy muy contento con el nombramiento del general Osmont y del señor Friant. El emperador Maximiliano siempre ha dicho que yo no puedo hacer nada. Ahora él mismo ha escogido a estos dos caballeros que harán muchas, pero muchas estupideces."

que el *payeur-en-chef*[50] se niegue a pagar las cantidades que el mariscal ha solicitado para el gobierno mexicano, de manera que el mariscal ha tenido que recurrir a un *forcement de caisse*[51] decretando la ejecución forzosa contra su propia tesorería, después de lo cual el oficial tesorero entrega al oficial enviado, bajo protesta, el dinero solicitado. A la luz de estos acontecimientos, el mariscal incluso habría llegado al extremo de violar las instrucciones recibidas de París en beneficio del gobierno imperial.

En el cuartel general ya se realizan diversos preparativos que presagian el inminente regreso del mariscal a Europa. Incluso, en la corte imperial se afirma que con el vapor *Sonora* le llegó la orden de partir sin demora. Entre sus posibles sucesores[52] se menciona al general francés Desvaux quien, según dicen, llegaría a México en octubre. Fuentes fidedignas me aseguran que ya se han tomado las disposiciones necesarias para concentrar a las tropas francesas que no se embarcarán en la costa occidental, como las que se encuentran en las provincias cercanas a la capital en la carretera hacia Veracruz, con el propósito de proteger la retirada de las últimas unidades. Con este objetivo también se han construido fortificaciones cerca de Orizaba.

Cada día que pasa se cree menos en el éxito de la misión de S. M. la emperatriz en París. La gente supone que Francia ya se ha comprometido definitivamente con Estados Unidos a abandonar al joven imperio y a México. Pero me temo que ni el gobierno mexicano, ni el propio emperador, estén bien enterados sobre un eventual convenio entre París y Washington, ya que Maximiliano no ha tenido suerte en escoger a sus representantes políticos en Estados Unidos.

Pese a lo crítico de la situación, el ministro de Hacienda Friant habla con mucho optimismo. Promete que a partir del 1 de octubre estará en condiciones de cubrir todas las necesidades financieras, y que podrá prescindir del apoyo francés siempre y cuando Francia le venda 50 000 fusiles al gobierno mexicano y le dé permiso de reclutar en Francia soldados retirados. Según los planes del señor Friant, el gobierno mexicano podría transportar a los soldados reclutados en Francia en calidad de inmigrantes, a lo que, según su opinión,

[50] Oficial tesorero.

[51] Obligación forzosa de caja.

[52] Maximiliano, descontento con los resultados militares del mariscal, que tan sólo cumplía las órdenes de Napoleón III, deseaba que fuera sustituido por el general Brincourt, pero no lo consiguió.

Estados Unidos no podrá oponerse. El optimismo del ministro de Hacienda parece haber contagiado al emperador. Personas cercanas a S. M. aseguran que está dispuesto a perseverar aunque el viaje de la emperatriz no haya producido resultados, y que tiene la intención de anunciar su decisión en una proclama a la nación que hará el 16 del mes, con motivo de la fiesta de independencia. Personas competentes temen, sin embargo, que el enfoque puramente financiero del general Friant no llegará a abarcar toda la gravedad de la situación, y que las apremiantes necesidades del país, así como las noticias que no tardarán en llegar de Europa, ejercerán una influencia distinta sobre las decisiones del monarca.

En septiembre de 1866 Napoleón III envió a México a su ayudante de campo y hombre de confianza, general Francis Castelnau, con el encargo de asegurar el pronto regreso de las tropas francesas. Castelnau, aunque solamente era general de brigada, en su calidad de enviado personal de Napoleón debía ejercer una especie de control sobre Bazaine, lo que desde un principio produjo fuertes tensiones entre los dos. Sin embargo, y por razones de imagen frente a la opinión pública, Bazaine se presentó en publico en compañía de Castelnau y Dano.

El 20 de septiembre Porfirio Díaz logró escapar de su prisión de Puebla custodiada por una guarnición del cuerpo de voluntarios austriacos. El general mexicano, por cuya captura el gobierno imperial ofreció una recompensa de mil pesos, se dedicó activamente a las operaciones guerrilleras en el sur, y evadió la persecución del general imperial Oronoz, que tenía el mando en Oaxaca.

México, 9 de septiembre de 1866 (muy confidencial) (informe 30)

Con el último vapor llegó de Estados Unidos el padre Fischer, quien en Roma tomó parte en las negociaciones del gobierno mexicano con la Santa Sede sobre la celebración de un concordato. Arroyo, el segundo funcionario en importancia del ministro de Relaciones Exteriores, me dijo que el sacerdote había traído noticias positivas sobre el progreso de las negociaciones con Roma, pero que el concordato sólo podría ser firmado dentro de cinco o seis meses. En vista de que desde hace tiempo el gobierno mexicano albergaba la esperanza de ver terminadas sus negociaciones con Roma, debo suponer que han surgido nuevas dificultades de parte de la Santa Sede. Esta opinión se ve reforzada por el hecho de que la emperatriz Carlota, según se supo, se desplazó de París a Roma, y que el ministro de Relaciones Exteriores, don Martín del Castillo, fue nombrado embajador en Roma para llevar a feliz término las negociaciones sobre el concordato. Hasta el momento no he podido averiguar nada cierto sobre el verdadero objetivo del viaje del padre Fischer.[53]

Además del nombramiento del señor Del Castillo como embajador en Roma, el boletín oficial también anuncia que el general Uraga, ayudante general y jefe de la casa militar del emperador, será enviado para recoger a S. M. la emperatriz y acompañarla de regreso a México. Sin embargo, el viaje del general Uraga tiene motivos muy distintos. De hecho, S. M. la emperatriz está acompañada por su gran chambelán, el conde del Valle de Orizaba, así como por el conde Bombelles, otro chambelán y una dama de compañía, de modo que el envío de Uraga no es necesario para acompañarla en su viaje de regreso. Ya había tenido ocasión de informar a V. E. en mi carta del 28 de julio del año en curso sobre las intrigas en las que parece haber participado el general. Desde entonces los ministros han dispuesto una estricta vigilancia de Uraga, y como creen tener fuertes indicios de su conducta adversa hacia el imperio, solicitaron el permiso del emperador para arrestarlo. A fin de aplacar a los ministros, quienes ante la negativa del emperador amenazaron con dimitir, el monarca decidió alejar al general enviándolo a la supuesta misión, ya que lo tiene en muy alta estima a pesar de todas las acusaciones en su contra. Anoche partió rumbo a Veracruz para embarcarse el 13 del mes hacia Europa.

El gobierno mexicano cree saber que las ambiciones del general Uraga apuntan, ni más ni menos, en dirección de convertirse en pre-

[53] No cabe ninguna duda de que Fischer fue el propulsor más activo del concordato con Roma, que era tan importante para el imperio. Sin embargo, la comisión que Maximiliano envió a Roma (conformada por los obispos Ramírez y Munguía, y por el secretario del consejo de Estado, Degollado) se autobloqueaba por el conflicto entre su portavoz liberal, Joaquín Degollado, y los obispos, que durante mucho tiempo no se atrevieron a abandonar la línea de escepticismo fijada por el arzobispo Pelagio Labastida y Dávalos. Fischer superó ese *impasse* debido a su astucia diplomática y pocos escrúpulos. Si el imperio hubiera durado, es probable que la asamblea de obispos convocada por Maximiliano para el 10 de octubre de 1866 hubiese aceptado la última versión del concordato sometida a su consideración. Sin embargo, la perspectiva del fin del imperio, y el previsible retorno de la autoridad republicana, hicieron que el arzobispo Pelagio Labastida y Dávalos opinara, con razón, que el concordato causaría a la Iglesia más daño que beneficio.

sidente del país después de que caiga el trono. Antes de su partida el general transfirió parte de sus propiedades muebles e inmuebles a su esposa, y la otra parte la colocó en ventas simuladas, para evitar una eventual confiscación. No faltan quienes opinan que Uraga sólo se desplazará hasta La Habana, para de ahí regresar una vez que se declare en forma abierta en contra del imperio y, posiblemente, se ponga a la cabeza de los disidentes. Un día antes de su partida el general me dijo que su ausencia sería por unos tres meses. Viajará a París y a Miramar, adonde S. M. la emperatriz se dirigiría desde Roma para aguardar las instrucciones del emperador. En todo momento el general Uraga me reiteró su profunda devoción hacia S. R. M., nuestro señor y soberano. Al despedirse me dijo que tenía los más vivos deseos de aprovechar el viaje para expresar personalmente a S. R. M. su gran respeto y conversar acerca de los asuntos mexicanos. También me pidió mencionar ante S. E. que lamenta mucho sólo haber sido condecorado con la segunda clase de la Orden Real del Águila Roja cuando concluyó su misión como embajador en Berlín.

En forma muy confidencial se me ha ofrecido otra versión sobre el motivo del viaje del general Uraga. Según el informe [...] de un agente de la policía muy confiable, a quien se le había encomendado la vigilancia del general, parece que su misión estaría relacionada con la esperanza del emperador de ser llamado al trono austriaco en lugar de su hermano Francisco José. No me siento en condiciones de precisar si S. M. el emperador realmente abriga tales esperanzas, pero desde que llegaron las noticias sobre las manifestaciones que tuvieron lugar en Viena contra el emperador Francisco José y las exigencias del pueblo y del ejército austriacos para que abdicara, como consecuencia de las brillantes victorias de nuestro insuperable ejército, he oído hablar a personas cercanas a S. M. sobre la posibilidad de que sea llamado a ocupar el trono austriaco, por lo que podría pensarse que él mismo esté cultivando tales ilusiones. Como se sabe, las relaciones entre ambos hermanos no son nada fraternales. En los últimos tiempos la tensión se ha agravado por la suspensión del envío de nuevos voluntarios austriacos para México debido a las amenazas norteamericanas. Maximiliano acusa abiertamente al gobierno austriaco de haber infringido el acuerdo inicial. En tanto que el emperador celebró el cumpleaños de Napoleón con un gran banquete en Chapultepec, pasó por alto el natalicio del emperador Francisco José, y ni siquiera recibió con ese motivo al embajador imperial austriaco.

El emperador observa una actitud estrictamente imparcial frente a las actuales hostilidades entre nuestro augusto gobierno y Austria. En tanto que emperador de México, mantiene una posición completamente neutral. Los pocos prusianos que hay en el entorno del emperador elogian su actitud objetiva y correcta ante las aspiraciones de Prusia. Antes de que estallara la guerra le dijo a una prusiano: "Alemania, hasta ahora llamada Prusia", y cuando recibió la noticia de la batalla de Sadowa exclamó "Éstas son las consecuencias del nefasto sistema existente en Austria, donde príncipes y condes son convertidos en generales por el solo hecho de ser príncipes y condes". Teniendo en cuenta este estado de ánimo, y el carácter algo imprevisible de Maximiliano, no se puede excluir la posibilidad de que tenga el deseo, o que incluso persiga el proyecto de erigirse en soberano austriaco.

Los discursos del 16 del mes, mencionados en el informe policiaco adjunto, según se me ha aclarado, habrían sido pronunciados ante asociaciones de republicanos con motivo del día de la independencia.

México, 28 de septiembre de 1866 (informe 30)

Mi último informe político núm. 28 del 9 del mes trataba sobre los progresos de las negociaciones de un concordato entre el gobierno mexicano y la Santa Sede. Desde entonces una fuente fidedigna me ha asegurado que el padre Fischer le habría traído de Roma al emperador un borrador del concordato ya aprobado por la Santa Sede. Según lo convenido en Roma, el borrador será sometido al examen del gobierno imperial y al peritaje de los obispos mexicanos. El 10 de octubre se reunirán seis obispos en la capital, entre los que figurarán el arzobispo de México y los obispos de Guadalajara, San Luis Potosí y Puebla, que poseen la mayor influencia. Según el padre Fischer, el papa se habría mostrado dispuesto a aceptar de antemano el borrador del concordato con las modificaciones que los obispos mexicanos sugirieran. El gobierno imperial alberga la esperanza de poder llegar a un arreglo con la prevista conferencia de obispos, tanto más que el gobierno asegura coincidir con los principales puntos del borrador.

Las opiniones divergentes del emperador se relacionan especialmente con el derecho de intervención que el monarca exige para el nombramiento de ciertas categorías del bajo clero. La dotación al

clero probablemente traerá dificultades adicionales. El gobierno se propone restituir al clero en propiedad irrestricta los bienes secularizados que aún no hayan sido vendidos a particulares, con la condición de que estos bienes de ahora en adelante no gocen de ninguna exención de impuestos. Como el gobierno está convencido de poder llegar pronto a un acuerdo respecto a todos los puntos del concordato, considera que la firma definitiva del mismo es segura. Según informaciones confidenciales, el señor Del Castillo no fue enviado a Roma para negociar con la Santa Sede, sino para firmar el concordato como apoderado del gobierno imperial cuando llegue el borrador con las modificaciones del caso.

México, 28 de septiembre de 1866 (informe 31)

El 16 del mes se celebró el grito de independencia como en años anteriores. Los temores sobre posibles manifestaciones republicanas carecieron de fundamento. Todo lo contrario, en la víspera de la celebración centenares de personas de todos los estratos sociales, convocados por el consejo municipal, visitaron el castillo que se encuentra en Chapultepec para ofrecer a S. M. el emperador una prueba de su lealtad y su confianza. El día de la celebración el emperador asistió a un tedeum en la catedral de la capital, y luego recibió a los dignatarios del Estado, del clero, del ejército, etc. En su alocución, el emperador cumplió con su intención de expresar su firme designio de llevar a feliz término la obra iniciada para la regeneración de México. Alzando la voz, exclamó que "un verdadero Habsburgo no abandona su puesto a la hora del peligro".

Entre tanto, hace ocho días se produjo otro nuevo cambio de ministros de grandes implicaciones. Debido a los conflictos de competencias entre los departamentos de Guerra y de Hacienda por la doble función de sus ministros como generales franceses y ministros mexicanos, el mariscal Bazaine declaró que era inadmisible que siguieran desempeñando ambos cargos. Por lo tanto, puso al general Osmont y al intendente Friant ante la alternativa de renunciar al servicio francés, o a sus cargos en el consejo de ministros. Como ni la intervención del emperador bastó para hacer cambiar de opinión al mariscal, Osmont y Friant dimitieron a sus respectivos ministerios. El emperador se comunicó con París a fin de conseguir un permiso para que pudieran volver a ejercer sus funciones en los ministerios de Hacienda y Guerra. En atención a que en la corte se espera una

decisión favorable de París, ambos departamentos solamente han sido cubiertos por ministros interinos, a saber don Joaquín Torres Larráinzar para el Ministerio de Hacienda, y el general Tabera para el Ministerio de Guerra. El nombramiento de ambos es puramente nominal, ya que Osmont y Friant siguen administrando los ministerios previamente a su cargo.

El ministro de Justicia, Lares, fue nombrado presidente del Ministerio de Estado, Teófilo Marín remplaza a Salazar Ilarregui como ministro del Interior, Manuel García Aguirre es el nuevo ministro de Instrucción Pública y Cultos y Joaquín Mier y Terán fue nombrado ministro de Obras Públicas. Finalmente el nuevo gabinete pertenece al partido más conservador [...] Hace pocos días el Ministerio de Relaciones Exteriores fue encomendado a título interino al señor Pereda, quien fue nombrado subsecretario de Estado; en años anteriores fue embajador de la república en América Central, y durante un corto periodo en Bruselas. Arroyo, quien había administrado esta cartera anteriormente, fue ascendido a ministro de la Casa Imperial, honor que antes correspondía al general Almonte.

Por ser radicalmente conservador y clerical, el nuevo gabinete inevitablemente recibirá severas críticas por parte del campo liberal. Sin embargo, el emperador por fin se vio obligado a buscar el apoyo del partido conservador estrechamente ligado al destino del imperio. Sin duda el anterior gobierno mexicano, liberal y hostil a la intervención francesa, contribuyó más que las notas diplomáticas de Washington a la reacción adversa del gobierno francés y, por ende, a su decisión de retirarse de México prematuramente. Hace pocos meses M. Drouyn de Lyouys [*sic*] le dijo a un confidente del emperador Maximiliano: "Comment voulez-vous que je traite avec M. Ramirez ou avec M. Lacunza? L'un est le paravent de l'autre. Tous les deux ne travaillent qu'à faire verser au Mexique le sang des soldats français et à faire dépenser l'argent français. Les ministres libéraux au Mexique sont des officiers dont les soldats combattent dans les rangs des dissidents."[54] Seguramente se trata de un acto político del emperador que, como finalmente ha llegado a la conclusión de que la consolidación del trono no era posible sin la ayuda francesa, aho-

[54] "¿Cómo quiere que yo trate con el señor Ramírez o el señor Lacunza? Uno le sirve de pantalla al otro. Ambos sólo trabajan para que en México se vierta más sangre de los soldados franceses y se gaste más el dinero francés. Los ministros liberales en México son oficiales cuyos soldados combaten en las filas disidentes."

ra se ha comprometido totalmente con el partido conservador que solicitó la intervención francesa y lo entronizó. Además, este partido, que constituye un bloque homogéneo y organizado, y cuenta en sus filas con los mayores latifundistas, ciertamente está en condiciones de prestarle apoyo material al gobierno imperial.

S. M. la emperatriz parece haber logrado, por lo menos, algunos resultados positivos en París. El vapor *Sonora*, que anteayer atracó de nuevo en Veracruz, trajo un telegrama anunciando la llegada del general Castelnau, ayudante del emperador Napoleón, para deliberar con Maximiliano y Bazaine acerca de la situación del país y de la política a seguir. Al mismo tiempo llegaron órdenes desde París de suspender por el momento el embarco de las tropas francesas y para pasar de una actitud militar pasiva a una actitud ofensiva. En consecuencia, todas las tropas que se desplazaban hacia Veracruz para ser embarcadas recibieron una contraorden. El regimiento de infantería núm. 81, que en parte ya se había embarcado, fue enviado de regreso a Orizaba. Mazatlán no será abandonada, al contrario, será liberada de las tropas disidentes que están cercando al puerto desde tierra firme. El mariscal Bazaine ordenó una expedición militar contra Tulancingo, donde se han venido reuniendo grandes destacamentos de disidentes. San Luis Potosí, cuya evacuación ya se había decidido, será defendida. Además, el mariscal le está enviando considerables refuerzos al general Méndez, el comandante de Michoacán. Finalmente, también se prepara una expedición contra Tampico para reconquistar este importante puerto. El anuncio de tales actividades por parte del ejército francés ha producido una excelente impresión. Ya era hora, porque los disidentes y los bandidos de toda índole se están aventurando casi hasta las puertas de la capital. Hace pocos días la diligencia de Puebla fue asaltada a escasos quinientos metros de la ciudad, y a los pasajeros les robaron hasta lo que llevaban puesto.

Lo que la emperatriz principalmente iba a solicitar en París, a saber, la revocación inmediata del mariscal Bazaine, hasta el momento no se ha logrado. Al contrario, el mariscal recibió órdenes expresas de permanecer en México hasta que la última columna haya abandonado el país. El emperador muestra gran delicadeza ante esta decisión que le debe disgustar. Durante los últimos días tuvo lugar una conversación muy franca entre S. M. y el mariscal que, según me cuenta una persona cercana al emperador, produjo una completa reconciliación, aunque no puedo creer en la sinceridad de esta reconciliación ni de una parte ni de la otra. Los conflictos entre ambos han sido tan graves que serán difíciles de borrar. Si ahora el emperador se ha convencido de que sólo puede salvar su trono mediante una estrecha y abierta cooperación con los órganos de la potencia protectora, resulta, sin embargo, aún más urgente remplazar al mariscal Bazaine por otra persona en el alto mando de las tropas, ello si es que verdaderamente Francia quiere prolongar su apoyo militar al imperio más allá del plazo establecido en un principio. En la corte existe la esperanza de que la política francesa dé el giro mencionado en favor de México, porque según las últimas noticias recibidas la guerra en Europa ha terminado definitivamente, en tanto que el grave conflicto que ha surgido en Estados Unidos entre los partidos políticos amenaza la paz interior de la Unión. También se celebra la noticia sobre las divisiones que han surgido entre los caudillos republicanos, y la alianza entre Santa Anna y Ortega para combatir abiertamente al ex presidente Juárez. El órgano oficial de Juárez en Chihuahua ha hecho pública la correspondencia entre Santa Anna y el agente juarista en Washington, la cual ilustra los conflictos internos entre los adversarios del imperio, y particularmente el carácter del tristemente célebre Santa Anna. Me permito enviarle un recorte de periódico que contiene la correspondencia que aquí fue publicada por todos los diarios franceses.

Se han recibido noticias de que S. M. la emperatriz tiene la intención de embarcarse el 16 de octubre en St. Nazaire para regresar a México.

México, 9 de octubre de 1866 (informe 31) (confidencial)

En mi informe núm. 30 del 28 del mes me había referido a los temores del gobierno imperial de que la fiesta de independencia del 16 de septiembre pudiera dar lugar a manifestaciones republicanas. Antes del grito de independencia había escuchado insinuaciones acerca de supuestas intrigas de Bazaine contra el emperador, pero me abstuve de informar a V. E. sobre ello en tanto corroboraba si eran ciertas. Sin embargo, una persona muy bien enterada y cercana al emperador me contó, bajo estricta confidencialidad, lo siguiente sobre dichas maquinaciones.

El mariscal habría tenido la intención de provocar la abdicación del emperador mediante una manifestación republicana frente al castillo de Chapultepec. Si hubiera logrado su propósito, habría decla-

rado mediante una proclama que Francia no se oponía a la voluntad de la nación mexicana, para posteriormente escoltar a Maximiliano hasta Veracruz, embarcarlo rumbo a Europa, y erigirse en dictador de México. Según mis informaciones, el mariscal había acordado este procedimiento en las reuniones secretas que sostuvo con los cabecillas de la conspiración. De acuerdo con otra fuente, el mariscal propuso a los conspiradores que se nombrara presidente a su hijo de pocos meses de edad que nació en México de madre mexicana, para ejercer la regencia en su nombre. Según mi informante, el complot no llegó a ejecutarse porque el gobierno fue advertido a tiempo y en secreto detuvo a los cabecillas días antes de la fiesta de independencia. En efecto, y como me lo dijo personalmente uno de los funcionarios que llevaron a cabo los arrestos, entre las personas detenidas se encuentran varios familiares de la esposa del mariscal Bazaine.

La fracasada conspiración confirma plenamente la sospecha que abrigaba la corte, que fue mencionada en mi informe núm. 16 del 8 de abril del año en curso, respecto a que el mariscal pretendía quitarle al emperador los deseos de seguir gobernando y obligarlo a abdicar. Algunos oficiales franceses que tuvieron la oportunidad de observar las actividades del mariscal en su reciente expedición a las provincias norteñas, me dijeron que el verdadero motivo de su viaje fue llegar a un acuerdo con varios parientes y amigos de la familia de su esposa que residen en esa región para que, al caer la monarquía, apoyaran la dictadura del mariscal Bazaine. Me consta que el emperador no está seguro de si las actividades hostiles del mariscal se deben a las últimas instrucciones recibidas desde París o si está actuando en contra de las intenciones de Napoleón. Por ello parecen confirmarse mis dudas sobre la sinceridad de la reconciliación entre el emperador y el mariscal a la que me referí en mi último mensaje. Bazaine había prometido a Maximiliano tomar medidas más enérgicas contra los disidentes que cada vez avanzan más, con mayor atrevimiento. Sin embargo, hasta el momento no se ha emprendido ninguna de las expediciones anunciadas. Al contrario, el mariscal esperó pasivamente que disidentes destruyeran por entero una estación de ferrocarril cerca de Puebla, que iba a ser inaugurada para comunicar la línea que se está construyendo hacia el golfo de México.

Hace una semana el mariscal se trasladó a Puebla a la cabeza de una columna militar. En la corte se cree que allí quiere recibir al general Castelnau, cuyo arribo a Veracruz se espera en estas horas, para

darle su versión sobre el estado de cosas que prevalece antes de que llegue a la capital. Sin embargo, varios altos oficiales franceses, que no simpatizan con la política del mariscal, consideran que el viaje a Puebla sólo obedece a razones estratégicas, porque se ha convertido en una imperiosa necesidad proteger la línea de retirada desde la capital que pasa por Puebla, Córdoba y Orizaba y llega hasta Veracruz. Debido al repliegue de las tropas francesas, los disidentes, como ya le había informado anteriormente, han hecho progresos en todas partes, e incluso han atacado la carretera entre México y el mar, primero con pequeños destacamentos, y en los últimos días con fuerzas considerables [...]

Es de suponer que el general Castelnau hará saber si las tropas francesas se quedarán o no en México. Aquí todos los oficiales creen firmemente que la decisión sobre el regreso de las tropas es irrevocable, y afirman que únicamente se suspendió el embarque de una parte de las tropas porque se llegó a la conclusión de que sería peligroso debilitar más al cuerpo expedicionario, que de por sí ya es poco numeroso. Predomina la opinión de que sólo se ha cambiado la forma de evacuarlo, pero que en pocos meses todo el ejército francés abandonará México. Aún no se conocen con certeza los resultados de la misión de su S. M. la emperatriz en París, pero el emperador recibió la noticia de que su augusta esposa se embarcó en un buque de guerra francés. Parece ser que en vista de la misión del general Castelnau la emperatriz decidió regresar de inmediato, aceptando, para no llegar mucho más tarde que Castelnau, el buque de guerra que se le ofreció. En Veracruz ya se inician los preparativos para recibir a S. M. la emperatriz, que llegaría a finales del mes. El emperador tiene la intención de viajar hasta Veracruz para recibirla. Acabo de oír de una fuente bien informada que el mariscal Bazaine recibió vía Nueva Orleáns un telegrama con la orden de regresar sin demora a Francia. Sin embargo, no me ha sido posible verificar esta noticia.

Entre tanto, la situación del país es cada vez más preocupante. En Matamoros, Monterrey y Tampico, donde los disidentes habían procedido con moderación y clemencia después de ocupar esas ciudades, recientemente han hostigado a la población con extorsiones, y sobre todo en Matamoros con persecuciones y hechos sangrientos. Además, esta infeliz ciudad sufre las luchas internas entre los diferentes jefes rebeldes. La mayoría de los comerciantes han abandonado Matamoros y se han establecido en la orilla texana del río

Bravo del Norte. Hermosillo, mancillada hace pocos meses por la masacre de los franceses que residían en la ciudad, por segunda vez ha sido escenario de atrocidades similares. Hay pronunciamientos republicanos más o menos exitosos en todas las regiones del imperio; los soldados mexicanos del emperador desertan masivamente e ingresan a las filas de los disidentes, a cuyo servicio roban, asaltan y matan impunemente.

Recientemente el cuerpo de voluntarios belga, sobre cuyo futuro —como el del cuerpo austriaco— aún no se ha tomado una decisión definitiva, sufrió una grave derrota en Ixmiquilpan, cerca de Tula. Su comandante, el coronel barón van der Smissen, había partido de Tula en una expedición para limpiar los alrededores de rebeldes, pero en Ixmiquilpan el pequeño contingente fue atacado por tropas enemigas muy superiores en un terreno desfavorable y tuvo que abrirse paso con las armas a través de los disidentes. Gracias al mando enérgico y audaz del coronel barón van der Smissen, tras un feroz combate los belgas lograron romper las líneas enemigas. Lamentablemente el combate dejó un saldo de 11 oficiales y 35 soldados muertos o heridos, una pérdida relativamente grande en vista del escaso número de los contingentes empleados en México. Aunque el mariscal Bazaine había ordenado a Van der Smissen no abandonar Tula con sus tropas, se afirma que el coronel recibió la orden después de la escaramuza.

El 18 de octubre, cerca de La Carbonera, se registró una lucha entre combatientes de Porfirio Díaz y parte del cuerpo austromexicano. Debido a su superioridad numérica —contaban con tres mil efectivos—, los liberales vencieron y capturaron a cerca de cuatrocientos austriacos, húngaros y polacos. Gracias a esta victoria, el 20 de octubre Porfirio Díaz pudo cercar la ciudad de Oaxaca, que había sido ocupada por las tropas imperiales, las que se rindieron el 31 de octubre.

Si Maximiliano todavía contemplaba el porvenir con optimismo, ello se debía a que confiaba en el buen resultado del viaje de Carlota. El 27 de julio se inauguró el cable transatlántico, y desde entonces las noticias de Europa sólo tardan tres días en llegar a Nueva Orleáns, desde donde son llevadas en barco a Veracruz para ser transmitidas por telégrafo a la capital. Lleno de esperanzas, el domingo 16 de septiembre de 1866 Maximiliano celebró, por última vez en su corta vida, la fiesta nacional, y desde el "Palacio de México" declaró en su último discurso del aniversario del grito de Dolores: "Firme estoy aún en el lugar que los votos de la nación me han hecho ocupar, no obstante todas las dificultades, sin vacilar en mis deberes, pues no es en momentos arduos cuando un verdadero Habsburgo abandona su puesto.[55] Este altivo discurso se hizo legendario en México, y pasó a la historia como una famosa cita de un iluso.

Sin embargo, ya para el 18 de octubre Maximiliano recibió dos telegramas que le hicieron titubear en su intento por permanecer en el poder. Uno procedía de Roma y fue enviado por el ministro de Negocios Extranjeros Martín Del Castillo, en el que le informaba sobre la grave enfermedad mental de Carlota. El otro, que provino de Miramar y fue enviado por Bombelles, refirió que la ilustre enferma había llegado allí en compañía de sus médicos, y que todavía existían esperanzas de que mejorara. Uno de esos médicos era un tal doctor Riedel; por Basch, que no conocía el triste mensaje del telegrama, el emperador se enteró de que Riedel era el director del manicomio de Viena. Ese mismo día el soberano, aterrado, en secreto decidió abdicar y regresar a Europa. Al principio los preparativos se ocultaron, pero pronto ya fueron un secreto a voces. Al gran público sólo se le dijo que el emperador, por razones de salud y a fin de estar más cerca de Veracruz, iba a Orizaba para estar más próximo al lugar adonde llegaban las noticias de Carlota.

México, 28 de octubre de 1866 (por correo inglés)

El destino del imperio mexicano parece acercarse rápidamente a un punto decisivo. La decisión fatal del emperador de abandonar la capital y trasladarse a Orizaba bajo las circunstancias críticas que imperan pone en entredicho la existencia misma del trono. El 18 del mes el emperador recibió, vía Nueva Orleáns, el telegrama del 12 del mes en curso con la desgarradora noticia de la enfermedad mental de S. M. la emperatriz.

Este golpe del destino fue totalmente inesperado para él. El emperador había creído, tal como lo indiqué en mi informe núm. 31 del 9 del mes, que su augusta esposa ya se encontraba de regreso, pues a través del ministro de la Casa Imperial se me había enviado la invitación para acompañar al emperador a recibir a su esposa en Veracruz. El 20 del mes el emperador partió hacia Orizaba, y como el primer ministro Lares, quien a toda prisa se presentó en Chapultepec para convencer al emperador de quedarse, no fue admitido a su presen-

[55] *El Pájaro Verde*, México, 19 de septiembre de 1866, t. IV, núm. 223.

cia, todo el gabinete dimitió. No fue sino hasta que el emperador aseguró por escrito que pronto regresaría a la capital, y argumentó que su viaje únicamente se debía a razones de salud y al deseo de estar más cerca de la costa para recibir más rápido noticias sobre el estado de salud de la emperatriz, que los ministros decidieron permanecer en sus funciones.

En la noche del 20 al 21 del mes el emperador salió de Chapultepec y viajó a Orizaba con una escolta de tres escuadrones de húsares austriacos; llegó ayer. Durante el viaje no hizo escala en ninguna ciudad, y encontró albergue nocturno en las grandes haciendas. Su precipitada partida provocó una confusión generalizada, puesto que todo el mundo la considera como un claro indicio de que quiere abdicar y volver a Europa. El desasosiego se incrementó hasta el extremo de que, al día siguiente, se publicó un artículo en el boletín oficial del mariscal Bazaine donde se afirma que, según informaciones recibidas por el periodista, el emperador, en su ausencia, habría confiado la dirección suprema del gobierno a Bazaine, de manera que el mariscal gobernaría como lugarteniente del monarca. Este imprudente artículo, que según fuentes fidedignas fue publicado a instancias del cuartel general, reveló las ambiciones del mariscal. Sin embargo, la preocupación e indignación generalizadas con las que la población recibió la perspectiva de ser gobernada directamente por el mariscal Bazaine deberían demostrar al general en jefe de las tropas francesas que se había equivocado al creer que contaba con las simpatías de los mexicanos, o de una parte de la población.

El gabinete presentó una reconvención contra el boletín de *L'Estafette* por su peligroso artículo, hecho que normalmente hubiera conducido a la suspensión del periódico. No obstante, al día siguiente la suspensión fue anulada a instancias del embajador francés, Dano, quien alegó que *L'Estafette* tenía la función de publicar los comunicados oficiales del cuartel general, y que, por lo tanto, no podía ser suspendido. Simultáneamente el gobierno desmintió mediante su boletín oficial la versión de *L'Estafette* de que la dirección del gobierno había sido puesta en manos del mariscal, añadiendo que el emperador seguía gobernando desde Orizaba, tal como solía hacerlo durante sus excursiones a Cuernavaca.

La noticia de la enfermedad de S. M. la emperatriz, llamada oficialmente encefalitis en los diarios locales, ha despertado mucha compasión en todos los estratos sociales. Durante tres días se organizaron

ceremonias religiosas en la catedral con procesiones callejeras para orar por la pronta recuperación de S. M. El 24 del mes se celebró una magnífica y solemne misa a la cual asistieron los miembros del cuerpo diplomático, los ministros, los notables de la corte, todo el cuerpo de oficiales francés, y un público tan numeroso que apenas cabía en la espaciosa iglesia. El mariscal Bazaine asistió acompañado del general Castelnau, quien llegó a México el día después de la partida del emperador. Llamó la atención que el mariscal solamente portara la gran banda de la Legión de Honor, pero ninguna condecoración mexicana. El esplendor de la misa solemne fue incrementado por la presencia del arzobispo de México y de los cinco obispos que se encuentran en la capital para deliberar sobre el concordato.

Las razones que motivaron al emperador a emprender su lamentable viaje a Orizaba se debieron principalmente a su aflicción y profunda desazón por la situación política del imperio. A esa circunstancia se añadió el siguiente suceso: cuando el emperador regresó por última vez de Cuernavaca se descubrió un plan para atentar contra su vida, que sólo fracasó porque, a raíz de una denuncia que originalmente pareció poco concreta, los húsares austriacos ocuparon el camino por donde pasaría el emperador. Personas bien informadas afirman que el verdadero cabecilla de la conspiración fue el general imperial O'Horan, comandante de Tlalpan, que se encuentra a pocas leguas de aquí, quien cuando supo que el atentado había fracasado mandó ejecutar a sus conjurados para su propia seguridad. Lo cierto es que, por órdenes del general, su propio secretario fue el primero en ser fusilado por haber participado en el complot. Más de veinte personas detenidas por O'Horan en la ciudad de México, muchas de ellas de las clases ilustradas, compartieron esa suerte. Desde entonces la corte del emperador se encuentra muy preocupada por un posible nuevo atentado. Se ha renunciado por completo a las excursiones a Cuernavaca, y la residencia imperial fue disuelta, puesto que desde hace algunas semanas esta región, como casi todos los distritos del imperio, es acosada por cuadrillas enemigas. Un día antes de la partida del emperador fueron detenidos cuatro sospechosos cerca del acueducto, en el camino de la ciudad hacia Chapultepec, y de inmediato se esparció el rumor de que lo iban a emboscar para asesinarlo. Uno de ellos fue fusilado al día siguiente.

El castillo de Chapultepec se levanta sobre una roca que domina el paisaje. Antes estaba fuertemente fortificado y todavía hoy cuenta

con algunos parapetos equipados con cañones. En la noche de su partida el consejero de Estado von Herzfeld, sobre cuya influyente posición ya había tenido yo el honor de informar a S. E. en mi informe núm. 24 del 9 de agosto, bajó al patio del castillo a las 11 y advirtió al cuerpo de guardia sobre un posible asalto. Mandó traer un destacamento de ingenieros austriacos acuartelados a un extremo del parque para cargar los cañones. El oficial llegó con cuarenta ingenieros que cargaron los cañones. La escolta de húsares, estacionados en Tacubaya y prontos para marchar, patrulló todos los rincones del parque imperial sin descubrir nada sospechoso. Una hora más tarde el señor von Herzfeld apareció de nuevo en el patio del castillo exclamando ante los consternados oficiales y soldados que el peligro era inminente, y que el emperador tenía que partir inmediatamente para salvar su vida. En efecto, poco después S. M. partió. Personas encargadas de la seguridad policiaca afirman que la vida o la seguridad del emperador en ningún momento estuvieron amenazadas esa noche.

En cuanto a la presunta enfermedad del emperador, su propio médico de cabecera la considera un producto de su estado de agitación e indecisión, desde luego incrementado por la noticia de la triste condición de la emperatriz . El doctor Semeleder[56] se lo dijo con toda franqueza: "Si Su Majestad tomara una decisión, su salud se compondría." El doctor perdió el favor de S. M. por este comentario, pero parece que su apreciación sobre el estado de ánimo de su amo imperial es correcta.

El emperador se siente ofendido por el retraso de la llegada del general Castelnau, quien arribó a Veracruz el 13 y apenas llegó aquí un día después de la partida del emperador. Se trata de entrar en negociaciones de la máxima trascendencia con el general. El emperador no sabía mucho sobre el motivo de la misión de Castelnau, y lo poco que sabía no era agradable. El embajador mexicano en París, general Almonte, no ha suministrado informaciones claras acerca de

[56] Friederich (Federico) Semeleder (1832-1901), austriaco de nacimiento, fue un otorrinolaringólogo establecido en México. Hasta 1866 fue el primer médico ordinario de Maximiliano. (Véase Magdalena Martínez Guzmán, 2004.) En 1870 mandó a la biblioteca de la corte real e imperial de Viena la obra de Juan de Dios Arias, *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de ejército del norte durante la intervención francesa: Sitio de Querétaro, y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México, 1866, que contiene en anexo las actas completas del consejo de guerra contra Maximiliano celebrado en 1867 en el teatro Iturbide de Querétaro.

la misión de Castelnau. En ocasión de la partida de la emperatriz informé a V. E. sobre la intención del gobierno de retirar a Almonte de su puesto en París, decisión que, como supe después, se dejó al criterio de S. M. la emperatriz. El hecho de que ninguno de los pasos que se dieron en París arrojara resultados vino a confirmar la sospecha, surgida hace mucho, de que el señor Almonte no emplea su influencia en favor del emperador Maximiliano sino del mariscal Bazaine. En vano el emperador ha solicitado la revocación del mariscal y esperado la aprobación del nombramiento del general Osmont y del intendente Friant; la resolución de Napoleón publicada en el *Moniteur Universal* demuestra que en París se impuso la opinión de Bazaine, quien había considerado los nombramientos de Osmont y Friant incompatibles con sus servicios en el ejército francés. Maximiliano considera que sería una grave ofensa a su dignidad que el general Castelnau tuviera la misión de comunicarle el deseo de Napoleón de que abdicara, o que ejerciera una especie de arbitraje entre el emperador y el mariscal.

Todo ello debe de haber contribuido a la decisión de Su Majestad de abandonar la capital, y desafortunadamente las personas más cercanas a Maximiliano lo han apoyado en su forma de pensar. El consejero de Estado von Herzfeld, el padre Fischer y el coronel von Kodolitsch, comandante de los húsares austriacos, han gozado en los últimos tiempos de una influencia casi exclusiva sobre el emperador. Los tres también lo han acompañado a Orizaba. El séquito de S. M. se compone, además, de Arroyo, que es un ministro de la Casa Imperial sin experiencia política, y de algunos funcionarios subalternos de la corte. De los tres personajes mencionados, el señor de Herzfeld es sin duda el más capaz. Los tres consideran que el imperio está perdido sin salvación, y tengo razones para creer que, por sus intereses particulares y preocupados por su seguridad, sienten deseos de volver a Europa.

El trayecto de Castelnau se cruzó con el del emperador en Ayotla, un lugar situado entre la capital y Río Frío. El general se hizo anunciar a S. M., pero el emperador se disculpó con su enfermedad y no lo recibió.

La salida del emperador ha modificado notablemente el ánimo de la población. De un momento a otro se ha visto al borde de un abismo recordando la anarquía de la época de los caudillos republicanos enfrascados en una lucha interna, y teme el regreso del caos. La gen-

te considera que la política francesa ha arruinado sistemáticamente al imperio, y el odio general hacia los franceses, y en particular hacia el mariscal Bazaine, se incrementa ante la desastrosa situación del país. Con una guarnición de varios miles de soldados de infantería y unos qunientos de caballería, Bazaine no mueve un dedo para evitar que Fragoso, el más sangriento y peligroso de los guerrilleros, que el año pasado cometió más de cincuenta asesinatos, hostigue las cercanías de México, y ya avanza hasta Guadalupe, a una distancia de apenas una legua de aquí. Bajo este estado de ánimo y bajo la influencia de su simpatía por la popular emperatriz, que es admirada por su dedicación heroica al bienestar de México, la población se acerca de nuevo al imperio. Sin embargo, el emperador parece decidido a abandonar el país. Hasta el momento los ruegos y objeciones de sus fieles seguidores que insisten en el pronto regreso de S. M. han sido en vano. Desde el 17 del mes el emperador no ha firmado documento alguno, aunque a diario se le envía la correspondencia para que la firme. Hay razones para suponer que las personas cercanas a S. M. no le permiten que lea las cartas que exigen su regreso. Además, aquí recibimos la noticia de que un vapor adquirido en Nueva Orleáns por cuenta del emperador había llegado al puerto de Veracruz. Según una persona de confianza de S. M. que reside en la capital, el emperador tiene la intención de embarcarse dentro de pocos días, el 4 de noviembre. Se teme que, con el fin de convencer a S. M. de abandonar México en definitiva, los austriacos cercanos a él alimenten la vana ilusión de que el monarca podría asumir el gobierno austriaco si apareciese personalmente en Europa.

Según otra fuente, el emperador no tiene la intención de trasladarse inmediatamente a Europa sino, primero, de realizar un viaje de varios meses por Sudamérica. Esta versión suena harto improbable, pero me veo obligado a darla a conocer a V. E. dado el carácter imprevisible del emperador, quien frecuentemente se inclina por decisiones extravagantes con sabor a aventura.

Si el emperador en verdad abandona su imperio, como desafortunadamente todo parece indicar, este paso lo lamentaría tanto el país como el propio monarca. Como escribí en mi informe núm. 30 del 28 del mes, el emperador solemnemente declaró el 16 de septiembre que "un verdadero Habsburgo no abandona su puesto a la hora del peligro". Sin embargo, apenas un mes después salió clandestinamente de su capital aunque bajo la promesa de volver, pero sin haber tomado las medidas para garantizar la seguridad de los miles de mexicanos que han comprometido sus vidas y bienes con su lealtad al imperio, y sin haber dispuesto lo necesario para el futuro de lo que queda de los cuerpos austriaco y belga. Esta forma de abandonar la corona y el imperio asestaría un golpe más fuerte a los intereses monárquicos que todas las sublevaciones republicanas en el país, y también afectaría la reputación personal del emperador Max, tan dotado pero tan gravemente afligido, en ambos hemisferios, lo cual mermaría asimismo sus aspiraciones austriacas, ello si en realidad las alberga y si fueran realizables.

México, 28 de octubre de 1866 (informe 32)

Con el último vapor francés llegó el texto de un convenio publicado en París, acordado en México el 30 de julio de este año. Según los términos de este convenio [concluido entre Arroyo y Dano], el gobierno imperial mexicano cedió a Francia la mitad de todos los ingresos aduanales de los puertos marítimos a partir del 1 de noviembre del año en curso, con el fin de cubrir los intereses de los dos empréstitos contraídos en Francia, así como los intereses de la deuda francesa reconocida en el Convenio de Miramar, y las cantidades que el tesoro francés había adelantado hasta el presente al gobierno mexicano. En el caso de las aduanas de Veracruz y de Tampico, la parte de los ingresos que se ha cedido a Francia será recaudada bajo la protección de la bandera francesa por funcionarios especialmente asignados.

La negociación de dicho convenio se trató con gran discreción, puesto que de todos los ingresos de los puertos marítimos el 49% ya se destina al pago de la deuda con Inglaterra y España. ¡Si llega a entrar en vigor la cesión del 50% de dichos ingresos a Francia, al gobierno mexicano sólo le quedará el 1% de los ingresos aduaneros marítimos! Ya con anterioridad he tenido el honor de informar a V. E. que este gobierno cuenta casi únicamente con los ingresos de los puertos marítimos para su sostenimiento. Acabo de oír que, por esa razón, el emperador se había negado tercamente a aceptar la exigencia francesa de poner en vigor el convenio. Cuando finalmente S. M. cedió a la insistencia del embajador francés, lo hizo confiando en que la emperatriz pudiera convencer a Napoleón de que, en estos momentos en los que el tesoro nacional se encuentra agotado, es imposible poner en vigor esta estipulación. Sin embargo, los argu-

mentos de la emperatriz tampoco encontraron eco en este rubro, y todo parece indicar que este nuevo desengaño contribuyó a la determinación del emperador de abandonar México. Como ya lo he mencionado en ocasiones anteriores, el gobierno mexicano sólo recibió para sus apremiantes necesidades 40 millones de francos de los dos empréstitos que se contrataron en París, siendo que, como en el último año y medio las tropas francesas no han hecho nada para pacificar el país y han permitido por doquier el avance de los disidentes, el gobierno imperial ha perdido los ingresos fiscales internos, excepción hecha de algunas grandes ciudades. Ahora, además, al gobierno tampoco le quedará más que el 1% de los ingresos de las aduanas marítimas.

Bajo estas condiciones es comprensible que el emperador esté dispuesto a abdicar. Los reproches que hasta el momento se habían dirigido contra su gobierno ahora se están volcando contra Francia, tendencia que aumentó por la forma en la que S. M. abandonó la capital, que fue descrita en mi informe correspondiente.

Los representantes de los intereses franceses se encuentran en un gran apuro ante la probable abdicación del emperador. Tan pronto como partió S. M., el mariscal Bazaine trató de obtener el control del palacio imperial, pero el actual ministro de la Casa Imperial, un mexicano, rechazó la pretensión del mariscal, argumentando que en el palacio no podía aceptarse ninguna otra autoridad más que la del emperador. Además, se afirma que el mariscal ha entrado en negociaciones con varios jefes republicanos con la intención, posiblemente, de entregarles el gobierno del país. Sin embargo, ninguno de ellos quiso responsabilizarse de la seguridad de los franceses residentes en México, y mucho menos reconocer las reclamaciones francesas. Anteayer el mariscal finalmente habría propuesto como presidente provisional al anterior ministro juarista Ruiz,[57] quien se separó de Juárez en medio de un gran escándalo. El señor Ruiz es pariente de la esposa del mariscal, y tal vez como él no puede gobernar el país en forma directa, espera poder hacerlo de manera indirecta, a través de Ruiz.

La dificultad esencial reside en el hecho de que el profundo odio existente contra los franceses hace imposible cualquier tipo de arreglo con los republicanos después de la caída del imperio. Además, cada caudillo solamente manda en su provincia, por lo que deben respetar la autoridad de los otros caudillos en sus respectivos distritos. De cualquier forma, hombres como Ruiz no disponen de poder alguno, y su eventual gobierno no duraría una semana después de la retirada de las tropas francesas. Éste es el resultado de los cuatro años de la intervención francesa. La población se ha visto cruelmente afectada por la guerra, y el comercio está paralizado por completo. El imperio está en ruinas, tanto por culpa del propio monarca como por la falta de apoyo financiero y militar a su gobierno, y también por el hecho de que el mariscal deliberadamente impidió la organización de un ejército nacional, siendo ahora imposible sustituir al gobierno imperial por otro que prometa alguna posibilidad de estabilidad. Los oficiales y soldados del cuerpo expedicionario francés se encuentran desalentados por tantas fatigas sin gloria, y descontentos con el mando supremo. Cualquiera que sea el nuevo gobierno, Francia, después de que retire sus tropas, no estará en condiciones de proteger la vida y las propiedades de sus súbditos, ni de hacer valer sus reclamaciones, ello aunque siga ocupando los puertos de Veracruz y Tampico.

[57] Manuel Ruiz (1822-1871), político liberal, ministro de Justicia en el gobierno de Juárez en Veracruz. Redactó dos de las Leyes de Reforma, y en el conflicto entre Benito Juárez y González Ortega apoyó a este último.

La confianza en la futura protección del gobierno francés es tan poca que todos los franceses que disponen de los medios necesarios se disponen a regresar a Europa con las últimas tropas francesas. Aún mayor será el número de mexicanos leales al imperio que, en caso de una abdicación, sacrificarán sus propiedades para salvar su vida y la de sus seres queridos marchándose a Europa. Nadie puede engañarse en cuanto al régimen de terror que, tras la caída del imperio y la retirada de las tropas francesas, se desatará contra los mexicanos comprometidos con la causa imperial y los franceses; quizás en el primer delirio del triunfo también se desatará contra todos los extranjeros sin distinción de nacionalidades.

No he podido averiguar hasta qué punto el general Castelnau está autorizado para lograr un cambio decisivo en este momento crítico de la política francesa hacia México. La embajada francesa me asegura que la misión del general se limita a analizar el estado de cosas que prevalece, y sobre todo el comportamiento del mariscal Bazaine. No obstante, según otra fuente bien enterada, el general Castelnau tiene amplios poderes que incluyen ordenar el regreso de Bazaine a Europa, si hubiere lugar a ello.

Desde ayer circulan algunas noticias sobre un posible convenio

entre Francia y Estados Unidos acerca del futuro de México. Informaciones recibidas de Washington indican que Santa Anna podría volver a desempeñar un papel en la política mexicana. En los próximos días probablemente se conocerá alguna decisión importante del emperador Maximiliano. Aún no se sabe si el emperador abdicará formalmente al embarcarse, o si se reservará los derechos al trono mexicano.

V. E. puede tener por seguro que, bajo las difíciles condiciones políticas que nos esperan, haré siempre todo cuanto sea necesario para defender la dignidad y la reputación de nuestro supremo gobierno, y velaré en lo posible por la seguridad de la vida y los bienes de los alemanes que se encuentran bajo la protección de la embajada real. Sin embargo, me atrevo a solicitar a V. E. que, cuanto antes, se sirva proporcionarme instrucciones para mi futuro modo de actuar frente a la probable caída del imperio.

Finalmente, tengo el honor de enviarle a V. E. un resumen de la situación militar del imperio que fue redactado en el gabinete imperial, y al que, bajo discreción, he tenido acceso a través de fuentes oficiales. Para completar este panorama me permito añadir que Porfirio Díaz, el general más capaz de los republicanos, después de haber derrotado a la columna austriaca que fue enviada para socorrer a Oaxaca, se dirige con sus tropas de aproximadamente 5 000 hombres hacia Veracruz, en la costa del golfo. Si logra mantenerse en la tierra caliente, sin duda hostigará a las tropas francesas en su prevista retirada hacia el mar. Parece que Jalapa también ya ha caído en manos de los disidentes. Al menos hoy se recibió la noticia de una victoria obtenida en Michoacán, donde el general imperial Méndez aniquiló a una banda de 800 disidentes, y fusiló a 100 de ellos al día siguiente de su triunfo.

En noviembre de 1866, por orden de Bazaine, se embarcó desde Mazatlán en dirección al sur un importante contingente de tropas francesas. El 12 de este mismo mes el general republicano Corona ocupó dicho puerto. Desde mediados del año este jefe republicano, por encargo de Juárez, estaba organizando un potente ejército de occidente, que integraba fuerzas de los generales Régules y Riva Palacio.

Maximiliano, que en Orizaba se alojaba en la casa de Bernabé Bringas, seguía decidido a abdicar, como lo demuestran las cartas de despedida que envió al principio del mes a los ministros Pedro Escudero y Fernando Ramírez, así como al arzobispo Labastida y Dávalos.

México, 10 de noviembre de 1866 (informe)

La situación política no parece haber cambiado desde mi último informe núm. 33 del 28 de octubre. El emperador aún permanece en Orizaba, y la población, impaciente, sigue a la expectativa de su decisión definitiva. Los indicios, sin embargo, presagian que el emperador no volverá a la capital, sino que abandonará su imperio. Las negociaciones conducidas con el general Castelnau por el ministro de la Casa Imperial, Arroyo, por orden de S. M., no han dado resultados. Se me asegura que las condiciones dictadas por Castelnau son inaceptables para S. M.

Personas cercanas al cuartel general francés afirman que Napoleón parece estar firmemente dispuesto a retirar todas sus tropas de México en marzo de 1867. Para no exponerse al reproche de haber abandonado al trono imperial que se constituyó bajo protección francesa, se trata de obligar a Maximiliano a abdicar antes de esa fecha. De acuerdo con la misma fuente de información, Francia y Estados Unidos habrían llegado a un acuerdo según el cual, después de la abdicación del emperador, se celebraría un plebiscito general del pueblo mexicano[58] para instaurar un nuevo gobierno. Este gobierno gozaría de la garantía y en caso necesario también de la protección conjunta de Francia y Estados Unidos.

La convención concluida el 30 de julio del año entre México y Francia, según la cual a partir del 1 de noviembre del año se habría cedido la mitad de todos los ingresos aduaneros marítimos a Francia, y aduaneros franceses se encargarían de los puertos de Veracruz y Tampico, no fue ratificada por el emperador Maximiliano.

[58] En aquella época en México, según sabía Bazaine, no eran factibles los plebiscitos por la falta de listas electorales. La Constitución de 1857 no reconocía la figura legal del plebiscito. Los gobiernos se elegían por congresos convocados según criterios partidistas. Sin embargo, como lo ha señalado Wenceslao Vargas Márquez en *Política* del 24 de agosto de 2001, el dictador Antonio López de Santa Anna "lanzó un plebiscito *particular*" el 1 de diciembre de 1854. Había dos preguntas: 1] si el presidente actual debía continuar con las mismas facultades, o no; 2] a quién debía entregar el poder. La consulta se hizo a través de juntas en todo el territorio nacional, votándose en libretas o papeletas públicas. Naturalmente ganó el gobierno, y los que votaron "no" fueron perseguidos.

En los círculos cercanos al gobierno se afirma que el emperador sólo accedió a concluir esta convención cuando el embajador francés le aseguró que este acto únicamente tenía la finalidad de aplacar a la opinión pública en Francia adversa a la expedición mexicana, pero que el gobierno francés no iba a insistir en que realmente se cumpliera. No me consta si esto es verdadero o no. Lo cierto es que los franceses, al ver que el gobierno mexicano no se disponía a hacer efectiva la convención, el 1 de noviembre ocuparon la aduana de Veracruz, que era el último puerto bajo el control del gobierno. Como se sabe, Tampico y Matamoros ya cayeron en manos de los disidentes, mientras que los puertos de la costa occidental están ocupados por los liberales o sitiados por sus tropas, y por lo tanto incomunicados por tierra. Con la ocupación de la aduana de Veracruz el gobierno mexicano ha perdido su última fuente de ingresos y fundamento de su existencia.

Es verdad que el ministro de Hacienda le prometió al emperador conseguir dos millones de pesos apenas regresara a la capital. Sin embargo, aunque el Partido Conservador reuniera esta suma para apoyar al amenazado trono, después de haberse gastado dicha cantidad la penuria sería exactamente la misma de antes, puesto que todas las fuentes de ingreso del Estado están bloqueadas. Varias personas han aconsejado al emperador sostenerse y aprovechar el odio nacional contra los franceses para reunir a todos los partidos bajo su bandera y proceder contra el ejército de intervención. Sin embargo, aparte de los graves peligros de una empresa de tan dudoso éxito, no es probable que el emperador tome una decisión tan arriesgada, y menos en su actual bajo estado de ánimo. Sus aflicciones morales del último año, dolorosamente agravadas por la enfermedad de S. M. la emperatriz, parecen haberlo sumido en un estado de desaliento sin consuelo. La corte en Orizaba teme que el emperador podría compartir la terrible suerte de S. M., la noble emperatriz. Bajo estas circunstancias es probable que el emperador se embarque este mismo mes. Todas las medidas tomadas en los últimos días confirman esta suposición. Los bienes muebles del emperador del castillo de la ciudad y del de Chapultepec están empacados, y parte de ellos ya se enviaron a Veracruz. Los empleados de la corte ya fueron despedidos de su servicio. Además, el coronel Kodolitsch llegó de Orizaba para negociar en nombre del emperador con el mariscal Bazaine sobre el regreso a Europa del cuerpo austriaco y belga.

El emperador ha enviado al consejero de Estado Herzfeld de Orizaba a Europa. En este momento S. M. únicamente está acompañado por un joven médico[59] venido hace pocos meses de Viena y por el padre Fischer. Este último parece administrar los asuntos políticos y personales del emperador. Los decretos de despido recibidos por los empleados de la corte llevan la firma del padre Fischer, y por la falta de consideración en su forma y contenido tienden a alejar al emperador hasta de sus súbditos más fieles.

Cada vez es mayor el avance de las tropas republicanas y la inseguridad en las carreteras. El embajador inglés, Mr. Scarlett, salió hace ocho días de México con su hija para despedirse en Orizaba del emperador antes de iniciar un viaje de vacaciones a Europa y pasar por Estados Unidos. En San Agustín del Palmar, situado entre Puebla y Orizaba, fue detenido por el comandante Rodríguez a la cabeza de cuatrocientos jinetes. Sin embargo, Rodríguez respetó la función diplomática del señor Scarlett, y pudo continuar su viaje sin ser molestado.

A principios de noviembre empezaron a llegar a Orizaba listas con firmas de importantes personajes pidiendo al emperador que no abdicara. El general Castelnau, que se encontraba en la ciudad de México, rogó al capitán francés Pierron trasladarse a Orizaba para sondear las intenciones del soberano. El oficial regresó convencido de que Maximiliano abdicaría. El 16 de diciembre Pierron informó a Bazaine que Maximiliano le encarecía el reembarque seguro de los voluntarios austriacos y belgas, y que asimismo tomara las medidas necesarias para asegurar su futuro económico. Además, dio importancia al cumplimiento de los compromisos financieros en que había incurrido con la familia de Iturbide. En esos días el emperador continuaba firme en su decisión de abdicar, pero quería hacerlo "con honor". En efecto, el emperador obtuvo una declaración en este sentido firmada por Bazaine, Dano y Castelnau, pero fue tomada muy a la ligera, puesto que nunca fue cumplida. Maximiliano dio las gracias a Bazaine y lo invitó a visitarlo en Orizaba, pero como el ma-

[59] Samuel Basch fue uno de los veinte doctores que conformaron el servicio médico del cuerpo de voluntarios austriacos. En 1866 fue encargado de la dirección del hospital militar de Puebla, y desde el 18 de septiembre de 1866 fue "médico ordinario", es decir médico de la corte de Maximiliano. Su antecesor, el doctor austriaco Federico Semeleder, dejó el servicio imperial y permaneció en México dedicado a su profesión de otorrinolaringólogo. (Véase Magdalena Martínez Guzmán, 2004.)

Este borrador, encontrado entre los papeles de Fischer, hace suponer que el sacerdote tenía el encargo de enviarlo después de que Maximiliano se embarcara. Sin embargo el emperador, que también había redactado ya los borradores de sus cartas de despedida a los ministros de los países extranjeros acreditados ante su corte, de repente cambió de opinión y se animó. El motivo exacto de tal decisión no se conoce. La legendaria carta de la archiduquesa Sofía en la que, según Ollivier (op. cit, IX, *p. 104), le decía que sería preferible "morir en los escombros", de acuerdo con Corti nunca existió (p. 539). Más bien parece ser que el astuto padre Fischer intervino cuando Bazaine mencionó en una carta a Maximiliano que los franceses tratarían de establecer un "nuevo gobierno" de acuerdo con los deseos del emperador. Fischer debe de haberse interpuesto tocando un aspecto muy sensible de Maximiliano, el de su amor propio. Sin embargo, y como la junta de Orizaba había recomendado con un solo voto de mayoría que Maximiliano permaneciera en el trono, Fischer más tarde pudo justificarse ante el canciller de Austria, Beust, diciendo: "Yo no fui el único que detuvo a Su Majestad para que no llevara a cabo la proyectada huida".*[62]

En todo caso Maximiliano, enterado pero no satisfecho con las recomendaciones de sus consejeros, opinó que no le habían proporcionado motivos suficientes para abandonar el país con honor. Mientras esperaba otra mejor ocasión, concibió nuevas ideas: en una carta dirigida a Lares[63] *propuso al ministerio y al consejo de Estado promulgar algunas leyes y tomar diversas medidas que serían una condición* sine qua non *para que permaneciera en el trono. Dicha carta recoge las siguientes condiciones contenidas en una nota del 28 de noviembre:*

"Condiciones para que me quede:

"1] Arreglo para quitarme de encima las trampas de los franceses.

"2] Arreglo con Estados Unidos.

"3] Obtención de dinero.

"4] Organización del ejército.

"5] Poner término al derramamiento de sangre.

"6] Revocación de la ley del 3 de octubre.

"7] Cortes marciales sólo para ladrones, no para disidentes políticos."[64]

En esta nota aún no menciona su idea principal, la de convocar a un congreso nacional en concordancia con Benito Juárez que decidiría el futuro

[62] Archivo del Estado, Fondo Maximiliano, caja 185, cuaderno 1, legajo C, ff. 52v-53.

[63] Maximiliano a Lares, Orizaba, 28-11-1866, citado en Corti, p. 539.

[64] Facsímil en Hamann, p. 229.

de México. Sin embargo, la carta que dirigió más tarde al oaxaqueño sí contenía esa idea.

El 28 de noviembre los dos consejos se reunieron apresuradamente otra vez, porque Maximiliano deseaba una respuesta inmediata, y decidieron darle largas al asunto: "Dígase a S. M. que los consejeros juzgan que deben tomarse en consideración, según su oportunidad y preferencia, todos los puntos que contiene la carta imperial."

México, 28 de noviembre de 1866

Aún estamos en espera de la decisión de si el emperador se queda o abdica la corona. S. M. ha convocado al consejo de Estado y a su presidente, el primer ministro Lares, en Orizaba. También asisten a las reuniones presididas por el emperador el administrador interino del Ministerio de Hacienda y el ministro de Gobierno Marín, quienes se habían trasladado a toda prisa a Orizaba para convencer al emperador de que regresara a la capital. Además, en Orizaba también se encuentran los generales mexicanos Márquez y Miramón, que retornaron de Europa hace dos semanas, y los seguidores del imperio que aún albergan la esperanza de que, particularmente Márquez, pueda persuadir al emperador de permanecer en su puesto.

De hecho, hemos recibido noticias de Orizaba según las cuales se podría creer que el emperador permanecerá en el país. La gendarmería imperial recibió órdenes de mantenerse a disposición para escoltar al emperador a la capital. No obstante, en vista de la indecisión del emperador, es difícil predecir el resultado final de las deliberaciones que se llevan a cabo en Orizaba. Si el emperador realmente se decide a defender el trono, de todos modos es improbable que su empresa se vea coronada con el éxito. Sin ejército ni medios financieros, no podría resistirse a la intención francesa, cada vez más abierta, de separarlo del poder. Mas aún, en caso de poder sostenerse, por el momento, después de la partida francesa, inevitablemente sucumbirá ante los republicanos apoyados por Estados Unidos. La penuria ha llegado a tales extremos que, por ejemplo, se le deben más de mil pesos a una vendedora del mercado por la mantequilla y la leche que proporcionó a la corte, y hace pocos días el gran chambelán, debido al total agotamiento del tesoro, no estuvo en condiciones de pagar una cuenta de diez pesos que recibió a nombre de la corte. Entre tanto, el gobierno de Estados Unidos ya parece estar interviniendo abiertamente en los asuntos mexicanos. V. E. debe de haber recibi-

do informaciones directas y precisas acerca de las intenciones del gobierno de Washington. Aquí aún no se sabe nada cierto, porque debido al mal estado de los medios de comunicación las noticias llegan tarde e incompletas.

Al final de mi informe núm. 34 del 10 del mes tuve el honor de referirme a un supuesto convenio concluido entre Estados Unidos y Francia, según el cual Francia le habría cedido dos provincias mexicanas a Estados Unidos. Posteriormente se oyó el rumor de que la cesión de las provincias norteñas no habría sido obra de Francia, sino de Juárez. Sin embargo, y aun cuando desde Nueva York se desmintió la existencia de tal transacción entre el ex presidente y Estados Unidos, se recibieron noticias sobre la proclama del general Sheridan, comandante en Nueva Orleáns, que usted seguramente ya conoce, según la cual el general dio instrucciones a las tropas de Estados Unidos en el río Bravo del Norte de apoyar al gobierno del presidente Juárez como el legítimo y reconocido por Estados Unidos. Los diarios asimismo publicaron la protesta contra dicha proclama del general González Ortega quien, como es sabido, reclama la presidencia para sí, aduciendo las disposiciones de la anterior Constitución republicana. Finalmente también informaron que Ortega fue detenido por orden de Sheridan en Brazos cuando intentó trasladarse de Nueva Orleáns a México. Según un telegrama recibido ayer, las acciones del general Sheridan fueron desautorizadas por Washington.

Otro hecho de mayor envergadura es el de la misión del señor Campbell, quien desde hace un año es embajador de Estados Unidos ante Juárez, y del general Sherman. Ambos llegaron a La Habana a bordo del buque de guerra norteamericano *Susquehannah*, y según los informes recibidos su intención es viajar a Veracruz en el mismo buque. Hasta el momento solamente hay rumores inciertos acerca de los objetivos de la misión de ambos agentes. En general se cree que por el momento Campbell permanecerá en el *Susquehannah* en la rada de Veracruz, en tanto que el general Sherman tiene la encomienda de negociar con el general Castelnau, el mariscal Bazaine y el embajador francés la organización política de México después de la retirada de los franceses, ya que hasta ahora no se ha podido llegar a un entendimiento entre Francia y Estados Unidos acerca del asunto mexicano.

El retiro del marqués de Montholon de Washington es un indicio de que el gobierno francés no ha logrado alcanzar sus metas en

Washington. En caso de que la supuesta misión del general Sherman sea cierta, respecto a lo cual no puedo dar fe, la permanencia del emperador confrontaría un nuevo y poderoso impedimento. El hecho de que al mismo tiempo haya llegado Mr. Campbell, embajador acreditado ante Juárez, indica sin lugar a dudas que Estados Unidos insistirá decididamente que en México se restablezca la constitución republicana. Tales negociaciones entre un agente de Estados Unidos y los órganos locales del gobierno francés, cuando S. M. aún lleva, por lo menos en teoría, las riendas del gobierno mexicano, sería una grave afrenta contra la dignidad del emperador. Por otra parte, no es probable que el general Sherman sea portador de algún mensaje para el emperador, puesto que ha llegado con el embajador acreditado ante la República. En medio de toda esta expectativa, en la reciente edición del *Diario del Imperio* se anuncia que el señor Murphy, quien actualmente se encuentra en la capital y antes estuvo acreditado ante nuestra augusta corte, ha sido designado embajador imperial en Madrid y Lisboa, medida que permite deducir que el emperador aún no tiene la intención de abdicar al trono.

La prolongada indecisión y el temor generalizado de que después de la retirada de los franceses la anarquía de antaño volverá con mayor fuerza han tenido un impacto devastador sobre todas las áreas de la economía nacional. El comercio se encuentra paralizado; cada correo trae noticias de quiebras con consecuencias gravísimas para los importadores europeos, en particular para las casas comerciales de los alemanes.

Jalapa cayó en poder de los disidentes. La guarnición de Oaxaca tuvo que capitular ante los republicanos. Matamoros fue invadida por seiscientos soldados estadunidenses, supuestamente llamados por los propios habitantes de la ciudad. Parece que los norteamericanos al menos restablecieron el orden en la ciudad. Según las últimas noticias, el comandante estadunidense mandó ahorcar a treinta combatientes republicanos. En Tampico las extorsiones y las atrocidades de los disidentes han alcanzado tales dimensiones que se dice que la población también solicitará la protección de las tropas norteamericanas. No sorprendería una ocupación militar de Tampico por parte de Estados Unidos, máxime que ya llegaron dos de sus buques de guerra al puerto.

Acabo de saber que la embajada francesa recibió un telegrama de Nueva Orleáns informando sobre la revocación del marqués de

Montholon de su puesto en Washington, según el cual Francia sí le habría cedido dos provincias mexicanas a Estados Unidos.

El Diario del Imperio *del 29 de noviembre resumió en los siguientes términos los resultados de la junta de Orizaba:*

Deseoso S. M. de facilitar la solución de la crisis actual, ha convocado en la ciudad de Orizaba, como es sabido, al consejo de Estado, y llamado a la mayoría de sus ministros, con objeto de consultarles si el medio de lograr aquel fin sería el de devolver el poder público a la nación, de quien lo recibió, presentando al examen de los consejeros reunidos, como causa para fundar aquella resolución, el estado de la guerra civil, la posibilidad de una intervención franco-americana, para hacerla cesar, cambiando las actuales instituciones y aun los quebrantos de la interesante salud de SS. MM. el emperador y la emperatriz. Los consejeros no han creído que esas causas deban decidir al emperador a abandonar el poder en las actuales circunstancias que guarda el país, y antes bien le han suplicado que continúe al frente de la nación, sosteniendo los intereses sociales, amagados de muerte por la revolución, y preparando para todo evento la defensa de la independencia y nacionalidad, confiadas a su guarda. Tan caros intereses invocados por los altos cuerpos del Estado no pueden ser indiferentes a S. M., que se gloria de ser el primero de los mexicanos; y resuelto a toda clase de sacrificios en bien de la patria, para asegurarse de que no serán estériles, esperaba sólo, para ceder a los deseos de sus consejos de ministros y de Estado, saber su juicio sobre si pueden tener solución varias cuestiones prácticas de organización y administración relativas a convocar un congreso nacional, bajo la base más amplia y universal, hacer arreglos de hacienda y ejército, entablar importantes negociaciones diplomáticas. Los consejos han juzgado que todas esas cuestiones deben irse tomando en consideración según su oportunidad y preferencia; y en estos momentos se ocupa S. M. el emperador de la cuestión de los consejos.[65]

De lo anterior se deduce que, por el momento, Maximiliano, no abdicaría, y de ello informó a sus ministros en una carta del 30 de noviembre. Sin embargo, esto también significaba eludir el problema, porque dentro de poco se volvería a plantear. Había muchas razones que se oponían a su permanencia en el poder, pues era impensable que pudiera sostenerse sin el apoyo de los franceses.

[65] *El Diario del Imperio*, 29 de noviembre de 1866, citado en *El Pájaro Verde*, 30 de noviembre de 1866, t. IV, núm. 286.

El 1 de diciembre un "Manifiesto a los Mexicanos" estuvo listo para ser publicado:

Mexicanos

Circunstancias de gran magnitud, con relación al bienestar de nuestra patria, las cuales tomaron mayor fuerza por desgracias domésticas, produjeron en nuestro ánimo la convicción de que debíamos devolveros el poder que Nos habíais confiado.

Nuestros consejos de ministros y de Estado, por Nos convocados, opinaron que el bien de México exige aún Nuestra permanencia en el poder, y hemos creído Nuestro deber acceder a sus instancias, anunciándole, a la vez, Nuestra intención de reunir un congreso nacional, bajo las bases más amplias y liberales, en el cual tendrán participación todos los partidos, y éste determinará si el imperio aún debe continuar en lo futuro, y en caso afirmativo ayudar a la formación de leyes vitales para la consolidación de las instituciones públicas del país.

Con este fin, nuestros consejos se ocupan actualmente en proponernos las medidas oportunas, y se darán a la vez los pasos convenientes para que todos los partidos se presten a un arreglo bajo esa base.

En el entretanto, MEXICANOS, contando con vosotros todos, sin exclusión de ningún color político, Nos esforzaremos en seguir con valor y constancia la obra de regeneración que habéis confiado a vuestro compatriota.

Maximiliano

Orizaba, diciembre 1 de 1866[66]

Maximiliano se vio a sí mismo como una figura central de una futura negociación con la república de Benito Juárez. Sin embargo, para poder negociar desde una posición de fuerza, el 3 de diciembre decretó la organización de un ejército nacional de 8 000 hombres, que constaba de tres cuerpos bajo el mando de Miramón, Márquez y Mejía, respectivamente. El 8 de diciembre Bazaine, Dano y Castelnau previnieron al presidente del consejo, Lares, que, "Una revisión exacta de la situación muestra que no será capaz de mantenerse por sus propias fuerzas."

México, 9 de diciembre de 1866

El boletín oficial del 29 de noviembre publicó un artículo sobre las deliberaciones realizadas en Orizaba, según el cual el emperador pidió la opinión del consejo de ministros y del consejo de Estado respecto a si consideraban su abdicación como un camino viable, ello a

[66] *El Pájaro Verde*, 7 de diciembre de 1866, t. IV, núm. 292, p. 2.

pesar de que esas instituciones habían rogado a S. M. que permaneciera al frente de la nación. Según reza el artículo, el emperador argumentó como razón principal para abandonar el trono el estado de guerra civil y la posibilidad de una intervención franco-estadunidense, ello con el fin de reformar las instituciones políticas existentes y poner fin al conflicto interior. Como resultado, los diarios del 2 de diciembre publicaron un comunicado del boletín del mariscal Bazaine en *L'Estafette*, bajo el título "Légation de France", pero al día siguiente la primera página de los periódicos contenía una declaración diciendo que aquel comunicado había sido firmado conjuntamente por el mariscal Bazaine, el embajador de Francia y el general Castelnau. El comunicado rechaza la posibilidad de la intervención francesa mencionada por el emperador ante los cuerpos políticos, y asegura que Francia no tiene intención alguna de inmiscuirse en la decisión de la nación mexicana sobre la forma de su futuro gobierno, y luego repite, una vez más, la retórica del sacrificado altruismo que demostró Francia al dar su apoyo a México y al gobierno imperial. Rechazando toda responsabilidad por la actual crisis, el comunicado subraya que las autoridades francesas autorizaron todas las concesiones adicionales solicitadas por el emperador.

El tono del escrito, como el poco delicado comentario de que las deliberaciones en Orizaba sólo fueron posibles gracias a las bayonetas francesas, muestra que la redacción del mismo no fue únicamente obra de diplomáticos. Al final del comunicado cae la máscara. La actitud del gobierno imperial, dice el texto, hace más fácil el papel de Francia. Las autoridades francesas no desean participar en intrigas egoístas que necesariamente provocarían más odio y una guerra civil que Francia quisiera sofocar. Por lo tanto, los autores declaran que, de ahora en adelante, sólo se atendrán estrictamente a sus instrucciones de evitar cualquier responsabilidad para su propio gobierno, velando únicamente por los intereses del mismo al efectuar, en el plazo más corto posible, la retirada del cuerpo expedicionario. Volveré más adelante al contenido de dicho comunicado.

Entre tanto, el 2 de diciembre se notificó públicamente que el emperador, a instancias del consejo de Estado, tomó la decisión de no abandonar el poder ejecutivo. Al conocerse la noticia repicaron las campanas en todas las iglesias, se dispararon salvas de regocijo y coros musicales recorrieron la ciudad. Similares muestras de alegría se

produjeron en Orizaba, Puebla y otras ciudades. A los pocos días se publicó un mensaje imperial fechado el 1 del mes. El mensaje, dirigido a los mexicanos, expresa la decisión del emperador de sostenerse por ahora en el poder ejecutivo, pero también su deseo de convocar una asamblea nacional en la que estuvieran representados todos los partidos; la asamblea decidiría si habría de continuar subsistiendo el imperio. Al final del documento el emperador se despide como "vuestro compatriota".

Esta decisión, esperada con tanta impaciencia, realmente no satisface a nadie. La larga fase de irresolución del emperador que afectó los intereses de todos provocó que rápidamente se enfriaran las simpatías que despertó su repentina partida a Orizaba. S. M. no supo aprovechar aquel momento propicio. Ahora finalmente el emperador decide permanecer en el trono, pero somete la subsistencia del imperio a la decisión de convocar una asamblea. De nuevo, no hay solución definitiva. ¿Cómo se podrá reunir a los integrantes de la proyectada asamblea si todo el país está en manos de los disidentes? ¿Por qué los disidentes habrían de aceptar la convocatoria de una asamblea y reconocer al imperio que han combatido en el momento en el que el triunfo de la causa republicana parece inminente? Hace algún tiempo el emperador ha examinado, en caso de que sea necesario, la idea de cambiar su título imperial por el de presidente de la república. Sin embargo, es muy poco probable que una asamblea de orientación republicana considerara la elección de S. M.

Los partidarios del emperador habían esperado una acción enérgica, sobre todo su pronto regreso a la capital. Pero por ahora el emperador sigue en Orizaba y gasta un tiempo precioso con deliberaciones y la preparación de futuras deliberaciones. Hasta sus seguidores más fieles están perdiendo la confianza en el monarca. Además, S. M. se ha ganado nuevos adversarios por las personas a quienes parece haber entregado su suerte. Los generales Márquez y Miramón, que lograron convencer a Maximiliano de quedarse, tienen una pésima reputación por su anterior despotismo, su crueldad y su falta de consideración al esquilmar al pueblo con impuestos. Aún no se ha olvidado que a la fuerza confiscaron dinero guardado en el consulado de Gran Bretaña. Además, ambos son conocidos como fanáticos defensores de los intereses del clero. La parte ilustrada de la nación no comprende por qué el emperador busca apoyarse en el actual ministerio ultramontano mientras albergaba la esperanza de

comprometer nuevamente a Francia, mediante este paso, con el destino de México. En cambio, si S. M. se identifica aún en este momento con este sector, existe el peligro de que el emperador aparezca como jefe de un partido que, como lo expone acertadamente el comunicado arriba mencionado de las autoridades francesas, provocará odios políticos y reavivará el conflicto civil, en lugar de suprimirlo.

Las concesiones hechas a solicitud del emperador por los órganos franceses se refieren a la seguridad del cuerpo austriaco-belga. Para hacer la abdicación más viable, el mariscal Bazaine había asumido, en nombre de Francia, el transporte del cuerpo completo a Europa, el pago de las pensiones a los inválidos, etc. Pero apenas se conoció la decisión del emperador de permanecer en el país, el mariscal Bazaine retiró su oferta, ya que la había hecho bajo el supuesto de su partida. Además, amenazó con no seguir pagando los sueldos del cuerpo austriaco-belga que desde hace tiempo está financiando el tesoro francés. Por otra parte, el emperador había solicitado al mariscal recurrir a fondos franceses para saldar las deudas de su lista civil, de aproximadamente 120 000 pesos, lo cual había aceptado. Pero según me asegura una fuente confiable, al día siguiente el mariscal envió una carta al emperador recordándole que le había dado como regalo de bodas a su esposa el palacete donde residían, con la promesa de pagarle 100 000 pesos por el edificio en caso de que el mariscal tuviera que regresar a Francia. Como ese regreso se aproxima, le pidió al emperador permitirle deducir los 100 000 pesos prometidos de la suma solicitada para cubrir las deudas de la lista civil. Obviamente, después de la caída del imperio y de la retirada de las tropas francesas el mariscal no estaría en condiciones de evitar la confiscación de la casa que le deparó la generosidad del emperador. Me he permitido informar a usted sobre este delicado asunto como un botón de muestra de que aquí en los comportamientos frecuentemente se mezclan los intereses políticos con los particulares.

Acabo de saber, según un telegrama recibido de Orizaba, que S. M. definitivamente partirá el 11 del mes para volver a la capital. El programa del viaje incluye una estadía en Atlisco. Entre tanto la fragata de guerra *Susquehannah* de Estados Unidos atracó el 29 de noviembre en el puerto de Veracruz llevando a bordo al general Sherman y al señor Campbell, embajador ante Juárez. Por conducto del cónsul norteamericano en México, Otterburg, Bazaine invitó a Sherman a venir a la capital, pero como los embajadores se dieron

cuenta de que el emperador aún estaba en el país y había decidido quedarse, no desembarcaron y volvieron a Tampico. El cónsul Otterburg, nacido en Alemania, hace apenas dos semanas regresó de sus vacaciones en Washington, y confidencialmente me contó que Sherman y Campbell, al partir de Nueva York, estaban convencidos que ya no encontrarían al emperador en suelo mexicano. El general Sherman tiene amplios poderes, puede disponer de todo el ejército en el río Bravo del Norte. Estados Unidos reconoce únicamente a Juárez como presidente legítimo de la república de México, y no vacilaría en impedir que cualquier otro presidente, particularmente González Ortega o Santa Anna, intervengan en los asuntos mexicanos. La misión de Sherman se debe a la preocupación de que después de que abdique el emperador y se retiren las tropas francesas México sea sacudido por violentos disturbios, y para evitarlos Sherman tiene la tarea de llegar a un acuerdo con los franceses. El cónsul Otterburg me dio a entender que al retirarse los franceses Sherman probablemente entraría con 5 000 soldados hasta la ciudad de México, ello a instancias de Juárez, a quien Estados Unidos no le podrá negar una solicitud de protección militar para recuperar el poder. Otterburg desmiente la existencia de un acuerdo con Juárez para cederle a Estados Unidos las provincias norteñas. No obstante, insinúa que el gobierno de Estados Unidos podría verse obligado a anexarse esas provincias y a ejercer en México una especie de protectorado militar.

Por ahora la permanencia del emperador ha aplazado la misión del general Sherman, pero no cabe duda de que Estados Unidos no les ahorrará a los franceses la pena de que, tras su partida, el propio Juárez, al que derrocaron y contra cuyo gobierno se dirigió la expedición, recupere el palacio de la capital. Por ello, últimamente el mariscal ha estado trabajando para que González Ortega sea presidente de la república, pues hace poco envió al vizconde de Noue, un oficial de su estado mayor, a Estados Unidos, para sondear si la candidatura de Ortega es viable. No me atrevo a especular sobre los acontecimientos que nos esperan, tanto menos porque la experiencia diaria nos enseña que, en este país, casi siempre ocurre todo lo contrario de lo que debería ocurrir de acuerdo con las reglas de la razón y la lógica.

De cualquier forma, parece imposible que el régimen imperial pueda subsistir. El mariscal Bazaine notificó oficialmente al emperador que el 15 de febrero todas las tropas francesas habrán abandonado la capital. Se han tomado las medidas necesarias para em-

barcar a todo el cuerpo expedicionario durante febrero. En el caso de que el emperador decidiera abdicar al trono, probablemente la ciudad de México no contará con una guarnición francesa más allá del 15 de enero.

La reunión entre Maximiliano y el enviado personal de Napoleón III, el conde de Castelnau, apenas tuvo lugar el sábado 22 de diciembre en Puebla. El padre Fischer, o bien participó en la misma, o fungió como consejero del emperador. Cuando Castelanau trató de convencer al monarca sobre lo desesperado de su situación, le mostró una nota colectiva, fechada el 8 de diciembre, de todos los diplomáticos extranjeros que se encontraban en la capital, en la que aconsejaban la abdicación. Como Castelnau también le mostró un telegrama de Bazaine, posiblemente falsificado, en el que ése recomendaba que el soberano se quedara, el enviado de Napoleón se encontraba sumamente confundido, lo que obviamente era la intención del plan de Fischer. Esta misma tarde Fischer fue promovido a secretario de gabinete del emperador, por lo que en adelante todos los contactos entre los ministros y Maximiliano tenían que realizarse a través de él.

México, 28 de diciembre de 1866 (confidencial)

El emperador partió de Orizaba el 12 del mes y se desplazó a Puebla. En general, se opina que el emperador fue recibido por la población con un sincero entusiasmo, y que no fue un acto organizado por las autoridades.[67] Aunque se habla de su inminente regreso a la capital, en realidad nadie puede prever si eso ocurrirá, y cuándo. Hace poco el embajador francés, acompañado del general Castelnau, viajó a Puebla para convencer al emperador de que abdicara al trono. Antes de dar ese importante paso, ambos se reunieron con el mariscal Bazaine, quien mediante un análisis escrito consideró que la abdicación inmediata era una condición imprescindible para en-

[67] Maximiliano, no queriendo mostrarse públicamente en Puebla, desde el 14 de diciembre hasta el 1 de enero vivió en la residencia campestre del obispo Vázquez en Xonaca, cerca de esa ciudad. Solamente durante los días navideños, del 22 hasta el 25 de diciembre, permaneció en el palacio episcopal de Puebla, desde donde escribió a la ausente Carlota: "habíamos pasado horas tan alegres y agradables". En efecto, Carlota había celebrado dos veces su cumpleaños con Maximiliano en Puebla, el 7 de junio de 1864 y de 1865; durante este último año Maximiliano pasó varios días visitando las guarniciones de los voluntarios austriacos que se encontraban en Puebla.

contrar una solución satisfactoria a la complicada situación política. Sin embargo, el propio mariscal, quien al dar esta opinión escrita a los señores Dano y Castelnau compartió la responsabilidad de las gestiones que ésos iban a realizar ante Maximiliano, dirigió una carta a S. M. en la cual, reiterándole su simpatía y lealtad, le pidió continuar en el trono, puesto que tenía instrucciones de París de seguir apoyándolo. Cuando Dano y Castelnau se presentaron en Puebla[68] ante Maximiliano y trataron de convencerlo de que era imposible que se sostuviera en el trono, el emperador les mostró la antes mencionada carta del mariscal que acababa de recibir. El monarca declinó la sugerencia de los señores franceses de manera muy cortés e irónica, diciéndoles que ante todo deseaba esperar la decisión de la asamblea que pensaba convocar para que deliberara sobre el futuro del imperio. Los señores Dano y Castelnau regresaron de Puebla sin haber conseguido nada.

Según me ha informado una fuente bien enterada, el ambiguo comportamiento del mariscal originó violentos altercados entre los tres caballeros, puesto que Dano y Castelnau reprocharon al mariscal haber sido quien principalmente trató de disuadir al emperador de abdicar, tanto ahora como cuando se encontraba en Orizaba. La embajada francesa desmiente categóricamente que el mariscal pueda tener instrucciones secretas que le permitan prometer que Francia continuará dando apoyo al emperador, tal como lo ha hecho anteriormente y ha vuelto a hacerlo en los últimos tiempos. Si estoy bien informado, Dano y Castelnau suponen que el motivo del ambiguo comportamiento del mariscal se debe a su deseo de prolongar lo más posible su estancia en el país, puesto que jamás podrá obtener otra posición tan influyente y bien remunerada como la que actualmente tiene. Pero, sobre todo, el motivo principal es el de convencer al emperador que se quede para cobrar los 100 000 pesos por la casa que Maximiliano le regaló, un asunto no muy decente sobre el que he informado a V. E. en mi relación núm. 39 del 9 del mes. Hay que añadir que la joven esposa del mariscal está encinta por segunda vez, de manera que Bazaine quisiera alargar su estancia en México hasta el otoño de 1867, también por razones de su salud. Sin embargo, hasta en el cuartel general se afirma que, a más tardar, en marzo se habrá embarcado todo el cuerpo expedicionario con el mariscal.

[68] La entrevista se celebró en la casa del obispo Vázquez en Xonaca.

Como ejemplo de la forma en la que Bazaine ha sabido aumentar sus ingresos, me permito citar el siguiente caso que ya había circulado como un rumor, pero que ahora resulta cierto, según me asegura una fuente bien informada. El palacete que el emperador le regaló a la esposa del mariscal con motivo de sus nupcias anteriormente ya había sido la residencia de Bazaine, y la ciudad de México asumía el considerable alquiler de 8 000 o 12 000 pesos por año. Sin embargo, desde que el mariscal se casó, la ciudad ha continuado pagándole esa suma a su señora como compensación, puesto que el comandante supremo francés está residiendo en una casa que le pertenece a ella.

El ambiguo comportamiento del mariscal en asuntos militares también ya es proverbial. Desde hace tiempo los comandantes de las columnas francesas tienen estricta orden de no atacar a los disidentes. Es sabido que un oficial francés del estado mayor informó al mariscal que "se había encontrado con una banda de disidentes que fácilmente hubiera podido aniquilar en vista de su bajo número y su posición desfavorable, pero que siguiendo sus instrucciones ordenó el alto y que se preparara café, así que le correspondió el honor de tomar una taza de café frente a un enemigo inferior". Recientemente se conoció un ejemplo aún más grave de la actitud del mariscal. Los disidentes avanzan a diario, sus hordas inundan el valle de México hasta las cercanías de la capital; Chalco ya está en su poder. La estratégica ciudad de Toluca estaba seriamente amenazada por un destacamento republicano cuando el general Castelnau le insistió a Bazaine que socorriese a la ciudad asediada. Pero se negó, bajo el pretexto de tener que mantener a sus tropas en buen estado a fin de disponer de una fuerza respetable en caso de llegar a negociar con los republicanos. Como Castelnau siguió insistiendo, el mariscal, en presencia del general, finalmente dio la orden de enviar esta misma noche una columna para acabar con el sitio de Toluca. Apenas Castelnau salió de la habitación, Bazaine llamó a un pariente de su esposa, un individuo de mala reputación y relacionado con los disidentes, le explicó que se veía forzado a enviar la columna a Toluca, y le dio instrucciones de adelantarse para advertir a los disidentes a fin de que tuvieran la oportunidad de retirarse. He recibido esta información bajo discreción de una fuente francesa bien enterada, y se me asegura que el general Castelnau tiene todas las pruebas de la veracidad de estos hechos. Lo cierto es que el propio comandante de la columna, un oficial francés muy respetado, me contó que ya no encontró enemigos en los alrededores de Toluca, porque los disidentes estaban al tanto del avance francés y se habían retirado. No pudo perseguirlos porque tenía instrucciones de no avanzar más allá de cierto punto.

Cada día hay nuevas noticias de mayores progresos de los disidentes en todas las regiones del imperio. Después del embarque de las tropas francesas toda la costa occidental ya estará en sus manos. Allí los franceses aprendieron que para nada les sirvió su coqueteo con los disidentes y la sistemática indulgencia hacia sus tropas. Cuando la guarnición de Mazatlán se aprestaba a embarcarse, fue hostigada por los disidentes de Corona. El comandante francés solicitó a Corona un cese de hostilidades puesto que los franceses estaban prontos a dejar el país, pero le respondió que nadie los había llamado a México, que ellos llegaron como enemigos y que, por ende, solamente podía tratarlos como tales. En los sangrientos combates que tuvieron lugar los franceses sufrieron pérdidas considerables hasta que toda la guarnición pudo ser embarcada.

Según noticias recibidas ayer, Guadalajara, la ciudad más próspera e importante después de la capital, fue también conquistada por los liberales. Se teme que San Luis Potosí, defendida hasta el momento por el general Mejía, también ya haya sido tomada por el enemigo. En vista de la total carencia de dinero y de la imposibilidad de pagar los sueldos de las tropas imperiales, el incontenible avance de los liberales no es sorprendente. En las ciudades arriba mencionadas las autoridades imperiales se vieron obligadas a imponer impuestos extraordinarios (préstamos) para pagar las tropas. Como los extranjeros no fueron eximidos de dichos préstamos, el general Mejía mandó encarcelar a los extranjeros de San Luis que se negaron a pagar. Parece que ningún alemán fue afectado por este acto arbitrario. El gobierno imperial, al escuchar las quejas de los representantes de los países extranjeros por la tributación de sus ciudadanos, inmediatamente mandó devolver los préstamos que ilegalmente fueron recaudados de esta manera.

Hasta ahora no se han cumplido las expectativas del ministro de Hacienda para poder reunir, aunque sea, los medios mínimamente necesarios. Poco a poco el gobierno imperial recurre a las medidas coercitivas que la intervención francesa había abolido. En la última semana se han llevado a cabo reclutamientos forzosos. Varios miles de hombres fueron apresados directamente en la calle y en las tiendas de la capital para ser enrolados. Sin embargo, no hay uniformes ni

armas para ellos, y es de temerse que ni siquiera haya medios para su sustento. No obstante, el general Miramón logró equipar unos mil combatientes y acaba de salir a la cabeza de ellos, según dicen, para recuperar Guadalajara.

Nadie cree que el poder imperial pueda ser consolidado, y tampoco en la posibilidad de convocar la proyectada asamblea. Personas bien enteradas cercanas al emperador están convencidas de que S. M., bajo la presión de las dificultades que van en aumento en todos los campos, pronto se verá obligado a deponer el gobierno. Los jefes republicanos generalmente proceden con moderación, pero la experiencia nos ha enseñado que les es materialmente imposible frenar a sus hordas salvajes. Por lo tanto, las autoridades francesas desean que el emperador abandone el país antes que las tropas francesas, porque piensan que solamente de esta manera podrán llegar a un acuerdo con Estados Unidos para proteger los bienes muebles e inmuebles de los franceses residentes en México. De hecho, la situación de éstos es desesperada. Con cada convoy del interior llega multitud de familias francesas en un estado de absoluta miseria, pues han tenido que dejar atrás todos sus bienes, apenas pudiendo salvar la vida de la ira y sed de venganza de los republicanos. Se me asegura que Francia considera seriamente la repatriación de todos los franceses residentes en México, a expensas del Estado.

Me permito citar, a modo de ejemplo, un comentario que ilustra lo que piensan los oficiales y soldados del cuerpo expedicionario de los resultados de la ocupación francesa: en una conversación de la que fui testigo se habló de la situación que se iba a producir después de la retirada de los franceses. Un joven oficial de nombre Albert Bazaine, sobrino y ayudante del mariscal, consideró que todo iba a transcurrir tranquilamente, que los peligros se habían exagerado muchísimo, etc. A esto le contestó un general francés cuyo nombre quisiera dejar en secreto con estas palabras textuales:

> Mon cher Albert, si vous aviez vu hier comme moi le convoi militaire venant du Nord, avec nos malheureux compatriotes dans la plus profonde misère, qui ont abandonné tout pour sauver leur vie et la vie de leurs femmes et enfants, vous ne parleriez pas ainsi. Il faut bien le dire, nous avons joué ici un triste rôle, notre drapeau est bien souillé![69]

[69] "Mi querido Albert, si hubieras visto ayer como yo la llegada del convoy del norte con nuestros pobres compatriotas en la miseria absoluta, que lo han abandonado todo por salvar su vida y la vida de sus esposas y sus hijos, no hablarías de esta forma. Hay que decirlo: ¡aquí hemos desempeñado un triste papel, nuestra bandera está muy manchada!"

El 7 de enero, Bazaine, con su proverbial brutal franqueza, le dijo a Maximiliano que después de la retirada de los franceses y de la legión extranjera el soberano no tenía ya probabilidades de defenderse militarmente. Según él, su única salvación era abdicar.

México, 10 de enero de 1867

Al fin el emperador volvió después de dos meses de ausencia. Llegó el 5 del mes de Puebla y se trasladó, sin pasar por la capital, a la hacienda de La Teja, alquilada como residencia imperial, que está situada entre México y el castillo de Chapultepec. Por anuncio público el emperador prohibió todos los festejos de recepción, pero para saludarlo se reunió en la carretera una multitud, sobre todo de las clases populares, entre las que figuraron algunas corporaciones, como la de los cargadores y los transportadores de agua. El castillo de la ciudad y la residencia de verano, Chapultepec, están casi inhabitables porque gran parte de los muebles ya fueron enviados a Veracruz para ser embarcados a Europa, y otros fueron malbaratados e incluso robados. La hacienda de La Teja, que se encuentra a poca altura, en un paisaje pantanoso, es una residencia imperial poco idónea también por sus modestos edificios en mal estado de conservación. Pero como S. M. quería habitar en una residencia particular tenía que conformarse con La Teja, ya que no fue posible encontrar una vivienda mejor adaptada para el emperador. Los propietarios de las haciendas cercanas más grandes declinaron el honor de hospedar al emperador bajo varios pretextos, puesto que temen comprometerse ante los republicanos en vista de la inminente derrota del imperio.

La indecisión del emperador también se refleja en esta residencia provisional, e incrementa las dudas de la gente sobre la seriedad de su intención de sostenerse en el poder. En efecto, apenas anteayer el emperador le dijo a un funcionario de su confianza que aún no había resuelto si quedarse en México o abandonarlo. El sector que desea mantener al emperador en México llama su atención al cambio de actitud de Estados Unidos, ya que la mayoría del Congreso

en Washington parece estar en desacuerdo con la política mexicana del presidente. Los diarios publicaron la noticia de que el coronel Campbell, el nuevo embajador ante el gobierno de Juárez, en lugar de trasladarse adonde se encuentra Juárez, hizo caso omiso de sus instrucciones y regresó a Nueva Orleáns y probablemente de allí a Nueva York. También es un hecho la fuga o liberación intencional de González Ortega de su cárcel norteamericana. El partido imperial saluda su regreso al territorio mexicano, ya que cuenta con que sus aspiraciones a la presidencia provocarán una división del partido republicano y un debilitamiento de sus fuerzas.

El emperador ha enviado al ministro de la Casa Imperial, don Luis Arroyo, a Estados Unidos, en una misión confidencial, y supongo que dependiendo de los resultados de esta misión decidirá definitivamente si seguirá en el trono o no. Hasta el momento no he podido averiguar el verdadero motivo de este viaje, pero según se me ha insinuado, el señor Arroyo tendrá la tarea de aprovechar las tendencias hostiles del congreso hacia el presidente Johnson para que se suspenda el apoyo material al ex presidente Juárez, y quizá también para encontrar la fórmula que le permita a Estados Unidos no oponerse más a la permanencia de Maximiliano en el poder. De todos modos el éxito de esta misión es poco probable debido a las grandes dificultades objetivas, además de que Arroyo, fuera de su rectitud y gran lealtad al emperador, carece de las cualidades requeridas para una tarea tan delicada. Aunque el gobierno de Estados Unidos estuviera dispuesto a adoptar una actitud estrictamente neutral, parece imposible que el emperador pueda sostenerse después de la retirada de las tropas francesas. Esta retirada se está llevando a cabo con suma urgencia. También serán enviados de regreso a Europa el regimiento de la legión extranjera francesa, inicialmente destinado a permanecer en México a disposición del emperador Maximiliano, así como los soldados franceses incorporados durante el año pasado a los nuevos regimientos de cazadores mexicanos. Asimismo ya se ha dado la orden para embarcar al cuerpo austriaco-belga, y las tropas ya se han puesto en marcha rumbo a Veracruz.

Como he tenido el honor de referirle a V. E., desde abril de este año el cuerpo austriaco-belga recibe su sueldo del tesoro francés, por el agotamiento total del fisco mexicano. Esta medida implica una mayor dependencia de las órdenes del mariscal Bazaine. Ambas medidas han sido acogidas muy desfavorablemente, ya que el sueldo

pagado por el erario mexicano era superior al que les corresponde a las tropas francesas, pero a partir de esa fecha los austriacos y los belgas se han tenido que contentar con esos estipendios. Sobre todo la subordinación bajo el mando francés es muy mal vista por los oficiales del cuerpo austriaco. Lamentablemente, desde un principio se ha gastado energía en conflictos irracionales, en lugar de proceder de la manera unida tan necesaria para obtener buenos resultados. Los comandantes del cuerpo austriaco, en su vana presunción, creían poder prescindir de la presencia de las tropas francesas. El mismo emperador agravó el conflicto con el mariscal al insistir en la independencia del cuerpo austriaco, impartiéndole instrucciones que afectaban sus propios intereses y que eran totalmente incompatibles con las disposiciones estratégicas del mariscal. Cito como ejemplo la campaña que, a pesar de las enérgicas objeciones del mariscal, fue iniciada poco después de la llegada del cuerpo austriaco a fin de someter a la autoridad imperial la sierra al este de Puebla hacia la costa del golfo, pero que fue larga, inútil y muy costosa.[70]

La composición del cuerpo austriaco no fue la más afortunada: entre los soldados hay una gran parte de veteranos, muchos beodos y gentuza sin disciplina. Los oficiales en su mayoría son antiguos oficiales austriacos cuya posición en Europa se había tornado insostenible, y el mando es ejercido por personas que no están a la altura de su tarea. Bajo tales circunstancias, y a pesar de que en el cuerpo austriaco también hay elementos honestos y eficaces, han sucedido cosas difí-

[70] Por órdenes de Bazaine los voluntarios austriacos principalmente se dedicaban a la "pacificación" de la sierra del norte, donde operaban numerosos guerrilleros. En febrero de 1865 y al mando de Alphons Kodolich se apoderaron de Teziutlán, instalando allí una administración civil que colaboraba con los austriacos. Partiendo de esa ciudad, el 17 de febrero se ocupó Zacapoaxtla sin lucha, salvo algunos pocos ataques de los guerrilleros. El general Thun también quiso "pacificar" la región de los cuatecomacos tomado su capital Xochiapulco tras un breve combate. A principios de agosto, Tlapacoyan, ciudad fortificada en el río Bobo que permitía el acceso a la tierra caliente en la región de los cuatecomacos en la sierra del norte, fue atacada por los austriacos varias veces sin poder ser conquistada. La ciudad fue defendida con éxito por el general republicano Ignacio Alatorre. A fines de octubre de 1865 el general Thun negoció una larga tregua con el cabecilla de los cuatecomacos, Juan Francisco Lucas, con quien tuvo relaciones de respeto mutuo. La tregua duró hasta el 25 de septiembre de 1866, fecha en la que el general Thun, confrontado con Bazaine, regresó a Austria. Sobre las operaciones del cuerpo de voluntarios austriacos sólo hay dos monografías completas en alemán: Daniek, 1964, y Gamillschegg, 1964; Khevenhüller, editado por Hamann, (versión en español, 1989) más bien contiene recuerdos personales.

ciles de creer. La administración es tan negligente y muchas veces tan fraudulenta que, por dar un ejemplo, no ha sido posible presentar comprobantes de los gastos de 250 000 pesos que se le han pagado a dicho cuerpo de voluntarios. Un oficial, que era el comandante de una tropa auxiliar de indios, recibió los sueldos para pagar a 1 200 hombres, siendo que en realidad no pasaban de alrededor de 250. De esta forma se hizo de una fortuna de más de 40 000 pesos. A pesar de que los oficiales del cuerpo insistieron en que se realizara una investigación del desfalco, hace pocos meses el oficial fue despedido con todos los honores, puesto que el comando del cuerpo temía que la investigación desatara un escándalo público, y principalmente el malestar del emperador. Este ejemplar oficial regresó a Europa con el dinero fraudulento y galardonado con la Orden de Guadalupe.

Según cuentan algunos oficiales que han regresado del interior, a últimas fechas la infantería del cuerpo austriaco ya no está en condiciones para resistir al enemigo. La derrota de la columna austriaca [en la batalla de La Carbonera] que hace dos meses partió para acabar con el sitio de Oaxaca, se debió a que los soldados de la infantería, al ver que los disidentes avanzaban, botaron sus fusiles sin haber disparado un solo tiro y emprendieron la huida. Probablemente con algo de razón, los austriacos acusan al mariscal de que, a partir del otoño, los envió a posiciones peligrosas para deshacerse de ellos. Durante cuatro meses la guarnición austriaca estuvo asediada en Jalapa por los disidentes, pero el mariscal, cuyas columnas se encontraban a no más de una jornada de dicha ciudad, entretuvo a los austriacos con la promesa de socorrerlos hasta que el hambre los obligó a capitular y entregar la ciudad a Alatorre.

Ya he tenido el honor de informar anteriormente a usted que cuando el emperador parecía estar dispuesto a abdicar el mariscal Bazaine prometió embarcar el cuerpo austriaco-belga y pensionar a los inválidos a expensas de Francia. Sin embargo, cuando el emperador tomó una decisión distinta, el mariscal se retractó de su promesa. Acto seguido el emperador, seguramente para evitar las obligaciones contractuales, desde Puebla declaró la disolución del cuerpo austriaco-belga y dejó a la discreción de la tropa y de los oficiales incorporarse al ejército nacional mexicano o bien regresar a Europa a expensas del gobierno imperial. Algunos pocos aceptaron incorporarse a las filas mexicanas, pero como el tesoro público no alcanza para cubrir los gastos para la repatriación del resto del cuerpo, se tuvo que aceptar, después de muchas negociaciones, la oferta del mariscal de embarcarlos en buques franceses. Hasta el momento el gobierno francés se niega a conceder a estas tropas desmovilizadas una indemnización cuando lleguen a Europa, pago que, según el contrato existente, le correspondería a México.

Cuando los franceses hayan abandonado el país, al emperador Maximiliano no le quedarán ya tropas europeas, y únicamente dependerá del ejército mexicano, que no está organizado en lo más mínimo. Es cierto que dos oficiales austriacos, el conde Khevenhüller y el conde Wickenburg, se están abocando a la tarea de formar regimientos de caballería con los soldados del cuerpo que ya fue disuelto, pero en el mejor de los casos esta medida no será de gran ayuda.

Desde hace dos días corre el rumor de que los franceses han recibido instrucciones de no abandonar México, y que órdenes más detalladas vendrán con el vapor del correo francés que debe llegar a Veracruz en cualquier momento. De hecho, el general Castelnau recibió un telegrama sobre la retirada de las tropas, pero parece que solamente se refiere a algunos detalles, y que el embarque de todo el ejército será llevado a cabo como estaba previsto.

Me he permitido informar a V. E. sobre la intención de las autoridades francesas de transportar a Europa a todos los franceses residentes en México a expensas del Estado. Los periódicos de ayer publicaron un aviso de la embajada francesa, según el cual Napoleón ha dado órdenes de que, junto con el cuerpo expedicionario, también se embarquen los franceses que decidan acogerse a la oferta. El que se haya considerado necesaria esta medida refleja en toda su magnitud la gravedad de la situación, pero también es una seria acusación contra el gobierno francés que, tras de cuatro años de intervención, ahora debe transportar por el océano a sus nacionales junto con las tropas para salvarlos de la ira y la venganza de los mexicanos. Sin embargo, y aunque en menor grado que a los franceses, la intervención ha comprometido a todos los europeos, por lo que V. E. podrá hacerse una idea de la situación que espera a los extranjeros después de la retirada de las tropas francesas y la inevitable victoria de los republicanos. Ayer recibimos la noticia de la muerte de un fiel seguidor del emperador, el coronel La Madrid, quien cayó en una escaramuza sin importancia cerca de Cuernavaca: los iracundos enemigos dieron rienda suelta a su sed de venganza sacándole los ojos al cadáver.

El emperador convocó a una "junta confidencial" de 35 notables para el 14 de enero a fin de que decidiera sobre su permanencia en el trono, y rogó a Bazaine participar en la misma, indicándole que abdicaría si la mayoría se pronunciaba en ese sentido. Antes de la reunión pidió al ministro Lares sondear la opinión del representante diplomático de Austria, barón Lago, que, dando su parecer como "persona particular", puso en duda los datos oficiales sobre el número de las tropas —supuestamente 25 000 hombres— y los recursos financieros disponibles. Lago agregó que después de la retirada de los franceses el emperador sólo podría subsistir si contara con fuertes guarniciones en Puebla, Orizaba y Veracruz que garantizaran su posterior salida del país, y que sólo podría evitarse el caos si el soberano saliera del país antes del embarque de los franceses, para que éstos pudieran negociar con los republicanos una transición pacífica. Era obvio que ni Lago ni Magnus tenían ilusión alguna sobre las posibilidades de supervivencia del imperio.

La "junta confidencial" se reunió en el Palacio Nacional, y en ella participó, además de los ministros, los miembros del consejo de Estado y algunos notables, el mariscal Bazaine, quien se manifestó por la abdicación del emperador. Sin embargo, por 26 contra 7 votos (y la abstención de los dos representantes de la Iglesia) se votó en contra de la abdicación.[71] *Por consiguiente, Maximiliano debería permanecer en el país para "ordenar los asuntos del Estado", terminar su misión "pacificadora" y posteriormente regresar a Europa.*

México, 29 de enero de 1867

Desde mi 34 informe del 10 del mes se ha dado un nuevo paso que demuestra la indecisión del emperador Maximiliano. El 14 del mes, a solicitud del monarca, la junta se reunió nuevamente para deliberar sobre la continuación del imperio. Tal como ocurrió en Orizaba, la junta se integró por los ministros y los consejeros del Estado, y además participaron el mariscal Bazaine, el obispo de la ciudad de México y el obispo de San Luis Potosí, actualmente presente en la ciudad. El emperador no asistió, y en su lugar el presidente del consejo de ministros, Lares, presidió la reunión. De las 35 personas invitadas solamente asistieron 32. Después que los ministros hicieron una presentación sobre la situación financiera y militar, el señor Lares,

[71] Acta en Archivo de Casa, Corte y Estado, Fondo Maximiliano. Véase también el informe en *La Nueva Era,* citado en Rivera, p. 273 y ss., en el que Magnus debe haberse basado para escribir su informe.

siguiendo instrucciones de Maximiliano, formuló la pregunta de, si en vista de las circunstancias descritas, el emperador debía abdicar a la corona o continuar la lucha. De los 32 presentes, 25 votaron por la permanencia del emperador y por la enérgica continuación de la lucha; los demás miembros, o bien se abstuvieron, o votaron por la abdicación. Entre estos últimos principalmente se encontró el mariscal Bazaine, quien opinó que el sistema republicano estaba tan profundamente arraigado en las costumbres y los deseos de la población que no era posible consolidar la monarquía, pues incluso ni él mismo con 40 000 soldados franceses, con 20 000 mexicanos y con todos los medios a su disposición, lo había logrado, y tratar de mantener el imperio sólo iba a traer más guerra pero no la paz. Un miembro del consejo de Estado, el señor Arango y Escandón, contradijo al mariscal diciéndole que "solamente podía recordarle a V. E. las palabras que, en una situación similar, el papa Pablo IV había pronunciado al despedirse del generalísimo francés, el duque de Guisa". Cuando otro de los asistentes le pidió repetir las palabras del papa, el señor Arango y Escandón se levantó de nuevo y dijo "Cuando el duque de Guisa, que había protegido al papa con un ejército francés, le comunicó a Su Santidad que había recibido órdenes de París de regresar a Francia, Pablo IV despidió al duque con las siguientes palabras: 'Vous avez peu fait pour votre Roi, rien pour l'Eglise, et encore moins pour votre honneur'".[72] Testigos que presenciaron la escena me contaron que al oír estas palabras el mariscal se puso de mil colores, pero permaneció tranquilamente hasta el final de la reunión.

Al día siguiente recibí una invitación del ministro Lares para una reunión sobre asuntos importantes. Todos los representantes extranjeros recibimos la misma invitación. Yo sabía que Lares tenía instrucciones del emperador de pedirle a cada uno de los miembros del cuerpo diplomático, por separado, su opinión acerca de la viabilidad del imperio. Lares me dijo que el emperador no solicitaba mi posición oficial, sino mi opinión como particular. Expuso que, según afirmaba el ministro de Hacienda, el gobierno imperial disponía por el momento de once millones de pesos, de los cuales ocho millones se podían destinar a la guerra, porque tres se requerían para otras necesidades del Estado. El ejército nacional se compondría, según

[72] "Habéis hecho muy poco por vuestro rey, nada por la Iglesia, y aún menos por vuestro honor."

estimaciones del Ministerio de Guerra, de 25 000 hombres de caballería, todos bien armados y montados. El señor Lares me preguntó si, en mi opinión, el emperador, apoyado con estos medios financieros y militares, debía rehusarse a abdicar.

No me consideré autorizado para dar semejante opinión, y menos en vista de las tensiones entre el gobierno francés y el joven imperio. Tampoco me pareció muy útil una discusión más profunda, ya que tengo fundadas razones para dudar de las informaciones en las cuales debería basar mi opinión, pues todo indica que es totalmente impensable que el ministro de Hacienda tuviera once millones. Por lo tanto, me permití señalarle que en un asunto tan importante yo no podía separar mi opinión privada de mi función oficial, puesto que mi gobierno vería la consolidación del imperio con viva satisfacción, ya que así se lograría la pacificación de México de la que dependen importantes intereses económicos de mi país. Sin embargo, para emitir un juicio sobre una pregunta tan esencial, necesitaba tener un conocimiento más profundo del país y de sus recursos, lo que no me había sido posible adquirir desde la capital. Sobre todo, no disponía de ninguna información sobre los medios financieros y militares de la República. Por ello únicamente me permití externar al señor Lares, en el interés de la seguridad personal del emperador, mi esperanza de que en caso de que S. M. permaneciera en el país pero de que más adelante se viera obligado a abandonarlo después que las tropas francesas se hubieran marchado, se hubieran tomado todas las medidas militares para asegurar que S. M. abandonara el imperio de forma digna.

Los encargados de negocios de Inglaterra e Italia se expresaron en términos similares ante el ministro Lares, y el embajador francés, señor Dano, naturalmente abogó por la abdicación del emperador. El embajador español, el marqués de Ribera, un profundo conocedor de México, con muchos años de experiencia, le dijo abiertamente al señor Lares que consideraba inevitable la caída del imperio.

Como resultado de la junta del 14 de enero, el emperador dio a conocer el 17 del mes su decisión de continuar en el gobierno, y como gesto simbólico para subrayar su resolución, S. M. abandonó la hacienda de La Teja y de nuevo está residiendo en el castillo de la ciudad.

Considero pertinente enviar a V. E. la copia de una carta en inglés que el emperador dirigió el 16 del mes desde La Teja al padre Fischer,[73] ahora jefe del gabinete imperial. En esta carta Su Majestad confirma su intención de permanecer en el trono, pero solamente hasta tener la resolución definitiva del congreso que ya había pensado convocar desde su estancia en Orizaba.

La carta dice (traducción):

Teja, 16 de enero de 1867
Querido Fischer:
Anoche recibí los recortes de la prensa norteamericana con las anotaciones que usted hizo acerca de las opiniones cultivadas en América.

Está en lo cierto si las llama completamente equivocadas, pero la falta de un criterio correcto y fundado en esta cuestión, en todo el mundo (porque lo mismo ocurre en Europa), no debe influir en el comportamiento y la política cuya continuación es mi deber. No vacilaré en perseguir el rumbo que me tracé en Orizaba. No entregaré México a los franceses como ellos pretenden, pero tampoco quiero ser un impedimento para la pacificación de México, si mi partida fuese el camino para lograrla. Por ello debemos aferrarnos a la idea de un congreso que deberá reunirse la próxima primavera, basado en los principios más liberales, y con entera libertad de actuar según las preferencias de la mayoría.

Estoy muy consciente de que para algunos esta idea puede parecer inútil y otros pensarán que jamás la llevaré a cabo, pero no debemos hacer caso ni a unos ni a otros, sino seguir nuestro rumbo con firmeza y, ante todo, con el sentido apropiado del deber ante Dios y ante nuestro país. No al-

[73] Magnus debe de haber recibido esta carta autógrafa de Maximiliano de manos de Fischer, quien trataba de congraciarse con él con este abuso de confianza. Sin embargo, después de la caída del imperio las relaciones entre los dos alemanes se volvieron muy conflictivas, pues Fischer representó a su antiguo protector, el ex ministro de la Casa Imperial, Sánchez Navarro, que vivía exilado en París, en un proceso en Alemania en el que éste demandó sin éxito a Magnus por 10 000 pesos. Sánchez Navarro obtuvo esa cantidad vendiendo los objetos de plata de Maximiliano a la Casa de Moneda y se la dio a Magnus para que se la entregara al emperador que estaba en prisión. El diplomático cambió los 10 000 pesos por pagarés, pero no se los entregó al preso por considerarlo demasiado riesgoso ni tampoco se los devolvió a Sánchez Navarro, sino que se los dio al almirante Tegetthoff, quien los envió al erario de Austria como propiedad de Maximiliano. Sánchez Navarro argumentó posteriormente que esa suma era de su propiedad, pero como no pudo probarlo, el tribunal de Berlín falló en favor de Magnus. (La correspondencia entre Fischer y Sánchez Navarro se encuentra en el CEHM Condumex, Guía, pp. 219-221.)

bergo otra ambición; si el Congreso desea que continúe lo haré, y si elige cualquier otra forma de gobierno, me someteré con el mayor de los gustos a esta decisión.

Haga el favor de enviarme los papeles que se refieren a la reunión del consejo celebrada ayer, y le espero esta tarde para tratar algunos asuntos pendientes.

Entretanto reciba mis saludos afectuosos
Maximiliano

[...] Desafortunadamente esta posición para nadie es satisfactoria. Los partidarios del imperio desean que, de una vez por todas, ponga fin a las eternas dudas sobre su propio futuro, en tanto que ningún medio pacífico convencerá a los republicanos para reconocer al imperio. El emperador, sin embargo, dedica tiempo y energías a un plan que resultará poco práctico.

Finalmente, por medio de una carta anónima el emperador se enteró de las escandalosas deudas de la lista civil, mandó publicarla y dio instrucciones para que se fundiera toda su platería y se vendieran todos los objetos prescindibles para poder pagar a los acreedores. Puede preverse que ninguno de los abusos cometidos en la administración de la casa imperial será investigado.

El emperador incrementó su gabinete al nombrar al anterior embajador imperial en Berlín, don Tomás Murphy, como ministro interino de Asuntos Exteriores, y al gran chambelán, señor Sánchez Navarro, como ministro de la Casa Imperial.

Al conflicto existente entre el gobierno imperial y las autoridades francesas respecto a la aduana de Veracruz, ahora se ha añadido una nueva complicación. El 15 del mes en curso el general Márquez mandó apresar en la capital a un tal Pedro Garay, conocido como agente político de Juárez. Pero de inmediato el comandante de la ciudad, general De Maussion, llamó al director de la policía, general Ugarte, para exigirle que liberara a Garay, puesto que éste disponía de un salvoconducto del mariscal. Cuando Ugarte se declaró incompetente para hacerlo porque no había ordenado la detención, M. de Maussion hizo que se detuviera al propio Ugarte. A pesar de la enérgica protesta que el ministro de Gobierno dirigió al mariscal por esa detención tan arbitraria, el general Ugarte sólo fue liberado cuando Garay también recuperó la libertad, pues el mariscal se comprometió a que este último se presentaría ante una corte marcial. Me he enterado de que entre los papeles de Garay no se encontró nada que comprometiese al mariscal, pero en cualquier forma el empeño que S. E. puso en lograr la liberación de Garay no deja duda alguna respecto a las relaciones políticas existentes entre el juarista y el cuartel general francés. Como el diario conservador *La Patria* tuvo el atrevimiento de comentar la verdad sobre el asunto Garay-Ugarte, el mariscal ordenó el arresto del redactor de *La Patria* y la suspensión del diario. Después de varios días se logró la liberación del redactor, pero el diario sigue sin aparecer hasta el día de hoy.

El gobierno imperial invitó al triunvirato francés a una reunión para suavizar estas diferencias, pero como solamente apareció el señor Dano, el 25 del mes el ministro Lares envió una nota al representante francés. Acabo de enterarme de que ayer el mariscal Bazaine envió un mensaje al emperador para quejarse del ministro Lares, ello en términos tan ofensivos que el emperador, por conducto del padre Fischer, devolvió el escrito al mariscal haciéndole saber que, en caso de repetirse los insultos contra sus ministros, se vería obligado a suspender cualquier correspondencia con el mariscal, pudiéndose deducir que se está buscando una ruptura total.

El gobierno cree saber que el comandante republicano Porfirio Díaz se está aproximando a la capital desde Oaxaca, y que el mariscal tiene la intención de entregarle la ciudad. Sea como fuere, el mariscal hace todo lo posible para impedir la organización de un ejército mexicano. Cuando se marchen los franceses y después de la caída de Texcoco, habrá que prepararse para una batalla decisiva en el valle de México, quizás hasta en las propias calles de la capital. Sin embargo, hoy se afirmó que 12 000 franceses recibieron instrucciones de quedarse por ahora en el país, en Orizaba y Veracruz. Me consta que recientemente Orizaba ha sido fortificado fuertemente, pero aunque fuera cierto que algunas fuerzas francesas permanecieran en el país, la medida sin duda no sería para apoyar al imperio.

Como acabo de recibir una copia de la carta del mariscal al emperador antes mencionada, así como de la respuesta del padre Fischer, comedidamente me permito enviar a Su Excelencia ambos escritos, el último traducido al francés.

El 5 de febrero de 1867 los franceses finalmente abandonaron la ciudad de México, y aunque Maximiliano se sintió "liberado" de la presión extranjera, pronto se dio cuenta de que estaba totalmente desamparado. En una carta que envió al ministro Lares el 9 de febrero abiertamente le confió su desesperación al dibujarle un panorama sumamente pesimista sobre la situación del imperio y juzgar en forma en extremo negativa a sus mejores generales. La carta fue tan comprometedora que más tarde se vio obligado a negar su existencia.

Lares convocó al consejo de ministros, y como resultado de las deliberaciones el 10 de febrero redactó un documento que contenía la lista de los reclamos de los conservadores contra Juárez, en la que el papel de Maximiliano era secundario y se externaba el principio del "todo o nada". Según Lares, en la capital debían evitarse las calamidades de un sitio, y la solución final debía intentarse en otro lugar como Querétaro, donde, como había muchos adeptos al imperio, se concentraría al mayor número posible de fuerzas que comandaría el propio Maximiliano. Desde esa posición de fuerza se intentaría conducir negociaciones directas con Benito Juárez, pero en ningún caso se recurriría al voto popular, lo que Maximiliano quería porque Juárez era fanático de la legalidad.

Aunque Maximiliano aceptó de buena gana el consejo de trasladarse a Querétaro, de cualquier forma envió a Juárez una propuesta escrita para que ambas partes convocaran un congreso nacional.[74]

Mariano Escobedo abandonó Zacatecas el 31 de enero, y temiendo que Miramón atacara San Luis Potosí, lo interceptó y derrotó en San Jacinto. El 3 de febrero, y de acuerdo con la ley del 25 de enero de 1862, Escobedo mandó fusilar al hermano de Miramón, Joaquín, así como a 139 franceses, acto que fue muy criticado en la prensa norteamericana y europea por ser contrario al derecho de gentes para prisioneros de guerra.

El 4 de febrero el general imperial Severo del Castillo venció a los republicanos cerca de La Quemada (San Luis Potosí), y Miramón, junto con Castillo, se retiró a Querétaro.

El 5 de febrero de 1867 las últimas unidades francesas, encabezadas por el propio mariscal Aquiles Bazaine, abandonaron la capital mexicana. En el mismo mes de febrero 3 600 ex miembros del cuerpo de voluntarios austriacos partieron hacia Veracruz para embarcarse: el 27 de febrero (el barón Lago informó a Beust que "S. M. se sentía ofendido de que tantos austriacos hubieran decidido utilizar su alto permiso para volver a casa transportados por los

[74] Carta de Maximiliano a Juárez sin fecha, pero probablemente de febrero de 1867. Archivo de Casa, Corte y Estado, Viena, Fondo Maximiliano, caja 78. Dicha carta fue transmitida a Juárez por el licenciado García.

franceses") sólo 800 se enlistaron en el ejército nacional mexicano: otros mil estaban presos y el resto había muerto en combate. El ejército imperial quedó conformado con 13 000 efectivos, pero merced a la leva que se realizó en la capital y en Querétaro, el número de las tropas se elevó a 20 000.

México, 10 de febrero de 1867

La retirada de las tropas francesas de la capital ya es un hecho consumado; el día 5 el mariscal Bazaine abandonó la ciudad de México con la última columna. El mariscal se despidió de la capital mediante una proclama dirigida a los mexicanos que fue colocada en diversos carteles el día 3 de este mes, en la que, de acuerdo con su política hostil hacia el imperio, afirma que Francia nunca tuvo la intención de imponer a los mexicanos una forma de gobierno contraria a sus preferencias. En otra proclama también ofreció a los mexicanos que estuvieran preocupados por su seguridad después de la retirada de los franceses la posibilidad de que se trasladasen a Veracruz bajo la protección de su columna. Dejo a vuestro criterio considerar si esta invitación realmente busca ofrecer a los mexicanos comprometidos huir bajo la protección de las bayonetas francesas, con lo cual admite los tristes resultados de la intervención, o si el mariscal solamente desea aumentar el temor que en todos los partidos está produciendo la retirada francesa. En cualquier caso esta invitación está siendo aprovechada por muchos miles de franceses residentes en territorio mexicano, y también un gran número de distinguidas familias mexicanas se han unido a los convoyes y transportes militares que salen hacia Veracruz. Entre ellos se encuentra la mayoría de los antiguos ministros del emperador Maximiliano y muchos altos funcionarios del Estado. El arzobispo de México y el obispo de Tulancingo acompañan a la columna del mariscal; la decisión de estos dos prelados de salvar su vida en Europa causó una desagradable impresión en el emperador y en el partido clerical. Para no tener que enfrentar las explicables objeciones, ambos salieron sigilosamente de la ciudad poco después de la partida del mariscal y se unieron a la columna francesa en el primer alojamiento de la marcha. El general Castelnau también partió con el mariscal, y tiene la intención de embarcarse el 13 de este mes en el vapor del correo que sale de Veracruz. El embajador Dano, quien se casó hace pocos días con una mexicana no muy joven pero muy acomodada, permanece en su puesto junto con el personal de la embajada. Según las instrucciones que recibió, deberá

quedarse en México incluso después de una posible abdicación del emperador.

La columna de Bazaine estuvo acantonada durante algunos días cerca de la capital, probablemente temiendo que la partida de las tropas francesas desencadenara disturbios por parte de los republicanos. Sin embargo, hasta hoy la tranquilidad en la ciudad no ha sufrido ninguna alteración. El día de la partida del mariscal se emitió una proclama pública del general Márquez con el correspondiente decreto, informando que asumió el mando supremo de la capital y que está decidido a velar por su seguridad. El decreto esencialmente equivale a una declaración sobre el estado de sitio en la capital, aunque se haya evitado emplear este término.

Las disposiciones que de inmediato fueron tomadas por el general Márquez han contribuido a mantener la tranquilidad y el orden. Todas las entradas de la ciudad han sido fortificadas, o se han mejorado las fortificaciones ya existentes. La guarnición mexicana fue incrementada rápidamente, trasladándose a varios miles de soldados de las tropas estacionadas en la cercanía. El temor a la leva, es decir al reclutamiento forzoso en gran escala que sigue siendo realizado sin miramientos, posiblemente evitará que el hampa de los barrios pobres se muestre más de lo necesario en las calles, sobre todo de noche. De cualquier forma la ciudad se encuentra tan tranquila y animada como durante la presencia de las tropas francesas.

Llama la atención que en la proclama del general Márquez no se mencione a la persona del emperador, ni a los poderes concedidos por Su Majestad al general. Se dice que esa mención fue omitida por expresa orden del emperador, quien no desea que su nombre se asocie con las medidas severas que se están aplicando. Desde ahora el gobierno imperial únicamente se apoya en su propia fuerza y en sus propios recursos. Sin embargo, hasta los seguidores más fieles del emperador dudan que el gobierno sea capaz de consolidarse y de pacificar el país. Es cierto que hace algunos días un destacamento de tropas imperiales bajo el mando del general Tabera tuvo una victoria cerca de Toluca contra el comandante disidente Riva Palacio, cuyas tropas fueron dispersadas. El precio de la victoria fue alto en términos mexicanos, puesto que hubo más de cien muertos y heridos, y el general Tabera regresó a la capital. Todo el valle, hasta las cercanías inmediatas de la ciudad, ha sido abandonado, y por el momento el dominio imperial se reduce estrictamente a la capital.

Con un pequeño destacamento, el general Miramón emprendió una temeraria ofensiva contra el ex presidente Juárez, que acababa de establecer la sede de su supuesto gobierno en Zacatecas. Miramón tomó la ciudad de Aguascalientes por sorpresa, y avanzó con gran ímpetu contra Zacatecas. Al enterarse de su avance, Juárez abandonó la ciudad, pero cuando Miramón lo alcanzó sus tropas huyeron en desbandada. Desafortunadamente las esperanzas que renacieron por este triunfo se convirtieron en consternación cuando ayer recibimos la noticia de que Miramón fue totalmente derrotado en Zacatecas y Aguascalientes. Aún no hay informes oficiales sobre este suceso, pero parece que Miramón, eufórico por la primera victoria, se enfrentó a tropas republicanas muy superiores y fue derrotado. Según informaciones no oficiales, el general imperial Castillo, que salió de San Luis Potosí para socorrer a Miramón, llegó después de la batalla y ya tan sólo pudo retirarse a San Luis Potosí con Miramón y algunos pocos combatientes de este último. Este golpe ha afectado fuertemente al gobierno imperial, tanto por el aspecto material del mismo como por la desmoralización que implica.

Ya había tenido el honor de informar a V. E. sobre el regreso de González Ortega al territorio mexicano. El gobierno imperial había puesto grandes esperanzas en el retorno de este pretendiente a la presidencia republicana. Ortega, cuyas pretensiones presidenciales son más legítimas que las de Juárez, encontró muchos seguidores entre los republicanos, lo que podía producir una peligrosa división en el Partido Liberal y debilitar su poder. Además, el gobierno imperial tenía la esperanza de poder obtener de Ortega, quien es presumido, inconstante e influenciable, apoyo para la causa imperial, algo que es impensable en el caso de Juárez, que es sumamente leal a la causa republicana. Todas estas esperanzas se esfumaron cuando Ortega fue tomado preso por Juárez. Su detención, que inicialmente fue puesta en duda, también afecta en forma muy negativa los intereses imperiales.

Como consecuencia de la derrota de Miramón el gobierno imperial probablemente perderá gran parte de los pocos lugares al norte de la capital que aún controla, pero quizá sea aún más grave el peligro que amenaza a la carretera hacia Veracruz. Porfirio Díaz, que tiene la reputación de ser el más honesto de todos los jefes republicanos, salió de Oaxaca en dirección a Puebla. Al gobierno imperial no le preocupa tanto la fuerza de sus tropas, sino el comprensible temor

de que el mariscal Bazaine, cuyas tropas aún ocupan Puebla, pueda estar dispuesto a entregar esta importante ciudad a Porfirio Díaz. Se sabe que pocos días antes de partir de la capital el mariscal estuvo negociando con Porfirio Díaz, quien, como alguna vez fue capturado por el mariscal, desde entonces tiene una deuda de gratitud con él. Un francés llamado Thiele, que según dicen es un desertor, es el secretario de Porfirio Díaz, y hace pocos días estuvo en la capital negociando con el mariscal.[75]

De acuerdo con informaciones estrictamente confidenciales, el gobierno imperial también se ha comunicado, por conducto de otro negociador, con Díaz. Pero las ilusiones del emperador de poder convencer a Porfirio Díaz para que se una a la causa imperial se han visto frustradas por la derrota de Miramón. Sin embargo, algunos comandantes republicanos, principalmente el renombrado Alatorre, que ahora ostenta el mando en Jalapa, habrían dejado ver que se habían alzado en armas más contra la intervención francesa que contra el propio imperio. Pero solamente en caso de que el gobierno imperial tuviera éxitos decisivos podría albergar la esperanza de atraer a tales hombres a la causa del emperador.

Si Puebla cae en manos de los disidentes la capital quedaría totalmente aislada del mar. De todos modos el gobierno no puede contar con Veracruz y Orizaba, ya que según todas las noticias que se han recibido, una parte del ejército francés aún permanece en esas dos ciudades. Aquí se cree que esta medida persigue el propósito de que los franceses conserven el control de la aduana de Veracruz. Por otra parte, se sospecha que Bazaine tenga la intención de entregar el puerto de Veracruz a los republicanos, razón por la cual el general Márquez ha solicitado que todas las tropas imperiales de Yucatán se trasladen inmediatamente a Veracruz.

Como se depende exclusivamente de los recursos de la capital, la escasez monetaria es la principal dificultad. Ya se ha hecho evidente que es falsa la afirmación del ministro de Hacienda en el sentido de que dispone de los once millones de pesos que mencioné en un informe anterior, puesto que el emperador se ha visto obligado a vender su platería y otros enseres para pagar las deudas de la corte imperial, tal como también tuve el honor de informar anteriormente a V. E. A pesar de la estricta prohibición del gobierno imperial de que sus generales obliguen a los extranjeros a hacer empréstitos forzosos, continuamente se reciben quejas sobre tales extorsiones ilegales. El ministro de Hacienda ha hecho infructuosos intentos para remediar la escasez de fondos mediante un empréstito forzoso en la capital, pues a su iniciativa se promulgó una ley fechada el 1 del mes en curso que sólo fue publicada hasta el día 5, que impone una contribución extraordinaria del 1% al capital sin excepción alguna, disposición que es sumamente gravosa para el sector comercial.

[75] Antes de abandonar el país Bazaine entró en negociaciones secretas con los republicanos para intercambiar prisioneros, y también ofreció a Porfirio Díaz material de guerra francés a precios rebajados. Porfirio Díaz rechazó la compra por considerar que dicho material de todos modos caería en sus manos, puesto que los franceses carecían de medios para transportarlo.

Posteriormente proporcionaré a V. E. mayores detalles sobre esta medida financiera, pero ahora deseo señalar que anoche todos los representantes extranjeros aquí acreditados se vieron obligados, ante las quejas de sus respectivos compatriotas, a dirigir una nota colectiva de protesta al ministro imperial de Asuntos Exteriores, ya que el informe del ministro de Hacienda sobre las razones para aplicar esta medida demuestran que la llamada contribución extraordinaria no es otra cosa que un empréstito forzoso, y que el término fue empleado precisamente para afectar a los extranjeros, ya que con los mexicanos el empréstito forzoso había fracasado.

El emperador ya parece haberse dado cuenta de que, de hecho, se ha rebajado a no ser más que la cabeza de un grupo que lo utiliza para sus propios fines, puesto que el partido ultrarreaccionario y sus dos jefes militares, Márquez y Miramón, deben continuar la lucha porque una victoria republicana significaría el fin de su existencia. Por ello el emperador piensa cambiar, o por lo menos reformar, su actual gabinete. Sobre todo se habla de nombrar como ministro de Guerra al general Vidaurri, antes gobernador de Monterrey, y reputado como hombre eficaz. Lamentablemente, para conducir las negociaciones tendientes a reorganizar al gabinete S. M. se sirve, como se me ha informado bajo discreción, de un aventurero político, aquel general Zerman de mala fama hasta en sus relaciones privadas sobre cuyas maquinaciones ya había notificado a V. E. en mi informe núm. 24 del 9 de agosto del año en curso. No es nada probable que alguien como el general Márquez coopere por mucho tiempo con el general Vidaurri, quien por lo menos en épocas anteriores había pertenecido al Partido Liberal. Por lo tanto, se teme que el emperador, en caso de una reorganización del gabinete, también pierda a Márquez,

quien, después de la derrota de Miramón, es el general más eficaz del imperio.

El 12 de febrero, en vísperas de su partida, Maximiliano dictó una carta al padre Fischer, secretario de su gabinete privado, pidiéndole que diariamente lo mantuviera informado sobre todos los acontecimientos en la capital. Fischer debía participar en los consejos de ministros y transmitir al emperador una copia del acta de cada reunión. También debía acordar, conjuntamente con el presidente del consejo de ministros, Lares, los generales Tabera y O'Horan, las medidas necesarias para la defensa de la capital. En síntesis, sería el representante del emperador en la capital, lo que, sin embargo, los ministros nunca aceptaron.

Maximiliano, decidido a quedarse en México, el 10 de febrero rechazó la última oferta de Bazaine para trasladarse con él a Europa. En cambio, le gustó la propuesta de Lares de ir a Querétaro, esperando tener así manos libres en la conducción del gobierno y asumiendo el mando militar como generalísimo del ejército. Redactó una misiva a Juárez en la que le proponía convocar un congreso nacional de todos los partidos para que el mismo decidiera sobre la futura forma del gobierno mexicano.

El 14 de febrero, supuestamente por órdenes de Maximiliano, el francés E. Burnouf, miembro del gabinete civil, viajó a Acatlán, cuartel general de Porfirio Díaz, para ofrecerle el mando supremo de las tropas imperiales estacionadas en Puebla y en la ciudad de México. Díaz rechazó la oferta e informó sobre este sorprendente ofrecimiento de Maximiliano a todos los gobiernos estatales de la zona dominada por los republicanos.

El 19 de febrero Maximiliano llegó a Querétaro, donde las tropas allí estacionadas de los generales Mejía, Miramón y Méndez estaban bien entrenadas y disponían de una potente artillería. Sin embargo, un grave inconveniente de tipo estratégico era que la ciudad estaba rodeada de montañas, las que en caso de que ésta fuera sitiada ofrecían excelentes posiciones para que la artillería enemiga pudiera bombardear a la ciudad.

México, 26 de febrero de 1867 (informe 7)

Tengo el honor de informar a S. E. que S. M. el emperador abandonó la capital el 13 del presente mes al frente de una columna bajo el mando del general Márquez, la cual participará en las operaciones bélicas en el interior del país. Un telegrama circular que el ministro

de Relaciones Exteriores dirigió al cuerpo diplomático, cuya traducción al alemán incluyo, se limita a dar a conocer el hecho sin mayor comentario. También adjunto el recorte de un periódico en francés que menciona el decreto imperial citado en dicho telegrama. S. E. podrá observar que el emperador designó al presidente del consejo de ministros, Lares, para despachar en su ausencia los asuntos del gobierno.

La salida de las tropas de la columna imperial fue hostilizada a poca distancia de la capital por las fuerzas de Fragoso, un jefe disidente tristemente célebre. Sin embargo, Márquez atacó a los republicanos propinándoles una fulminante derrota y dispersando completamente a la banda de Fragoso. El 19 del mes S. M. llegó sin mayores sucesos bélicos sano y salvo a Querétaro, cuyos habitantes, según informes fidedignos, le brindaron una entusiasta recepción.

En Querétaro se concentrarán las tropas imperiales bajo el mando de los generales Márquez, Miramón, Méndez, Mejía y Castillo, cuyo número total se elevará a 12 000 o 16 000 soldados. Con este ejército y la presencia del emperador se emprenderá la lucha decisiva contra las fuerzas republicanas. Miramón parece haberse recuperado de la reciente derrota sufrida. La columna que acompañó al emperador a Querétaro se compone de 1 500 hombres, que únicamente son soldados mexicanos. Haciendo caso omiso del consejo del general Márquez, dos destacamentos de húsares y cazadores que se formaron del cuerpo austriaco ya disuelto y que estaban destinados a ser una especie de guardia personal del emperador, se quedaron en la capital. El emperador quiso que en esta campaña sólo lo acompañaran soldados mexicanos, de suerte que únicamente tres oficiales europeos en posiciones subordinadas, entre ellos el anterior oficial real [es decir prusiano] y ahora coronel imperial mexicano, príncipe Felix zu Salm-Salm,[76] acompañaron la columna del emperador hasta Querétaro.

[76] Felix, príncipe de Salm-Salm (1828-1870), era oriundo de Westfalia (entonces perteneciente a Prusia) y sirvió en el ejército prusiano y luego en el austriaco. A causa de sus grandes deudas emigró a Estados Unidos, y en la guerra de secesión fue general de los norteños. En 1866 llegó a México, sirviendo primero en el estado mayor del general Vidaurri, y más tarde acompañó a Maximiliano a Querétaro, donde fue su hombre de confianza. Durante la prisión de Maximiliano planeó, junto con su esposa estadunidense Inés, dos ilusorios proyectos de fuga que fracasaron. Tras el fusilamiento de Maximiliano regresó a Prusia, donde escribió sus memorias de México, que fueron un éxito editorial. En 1870 murió en la guerra franco-alemana en la batalla de Gravelotte-St. Privat.

Además del general Márquez, también el general Vidaurri forma parte del círculo cercano de S. M., puesto que finalmente el proyecto que mencioné anteriormente de que Vidaurri formara parte del gabinete no se hizo realidad. El general sólo hubiera aceptado encabezar el gobierno bajo la condición de que el gabinete fuera completamente reformado y de tendencia más liberal. Consecuentemente el emperador nombró como ministro de Guerra al general Portillo, conocido como hombre eficaz y honesto, ya que este ministerio, tan esencial bajo las condiciones actuales, hasta ahora había sido dirigido por un subsecretario del Estado. El general Vidaurri fue nombrado ayudante general del emperador.

Mediante un anuncio del 17 del mes S. M. afirmó que se había puesto a la cabeza y al mando de su ejército, y criticando abiertamente la política francesa, dio a conocer su decisión de luchar, ya libre de cualquier influencia extranjera, por la independencia y la paz interior del país. Denunciando a los hombres que amenazan la independencia del país y cuyas intenciones egoístas ni siquiera respetan la integridad del territorio nacional, S. M. señaló a Juárez y a la cesión de algunas provincias norteñas a Estados Unidos, supuestamente hecha o proyectada por aquél de común acuerdo con Francia. La actitud beligerante que el emperador está adoptando, y el contenido de la proclama antes mencionada, contradicen las declaraciones de Orizaba, según las cuales S. M. iba a someter la decisión sobre el futuro del trono a un congreso pacífico. Sin embargo, desde el principio yo había considerado la idea del congreso como impracticable e imposible de realizar. Ahora que el emperador se encuentra ya libre de la restrictiva influencia francesa y desea cambiar su política, sería más útil que declarara que fracasaron sus esfuerzos para convocar una asamblea nacional, y que en vista de ello tiene que tomar las armas. Sin embargo, hay indicios de que el emperador aún no ha abandonado totalmente la idea de llegar a un entendimiento con los republicanos. Como el general Vidaurri es conocido y respetado en el norte, también puede ser útil a la causa imperial en materia militar. Gracias a su tendencia liberal, podría servir de intermediario entre el emperador y los republicanos, ello en caso de que llegue a surgir una oportunidad.

Ya he tenido el honor de referir a V. E. que el emperador ha mantenido negociaciones secretas con el general republicano Porfirio Díaz, que han fracasado rotundamente. En este caso desafortunadamente también escogió al agente equivocado. Hace dos semanas un francés de apellido Bourno[f], un empleado del gabinete imperial que se sospecha utilizó su posición en beneficio de Bazaine, fue escogido para entrevistarse con Porfirio Díaz. Parece ser que se desempeñó de manera tan poco hábil en esta delicada misión que Díaz, para evitar interpretaciones equivocadas, se vio obligado a enviar un mensaje a los prefectos republicanos mencionando las ofertas hechas por Bournof y dejando constancia de su rechazo de las mismas [...] Como anexo me permito enviar a V. E. ese escrito del 14 del mes en traducción francesa, respecto al cual uno podría considerar como una mera invención el párrafo de su mensaje que dice textualmente "que según afirma Bournof, el señor Lares y compañía serían revocados dentro de poco, y que el emperador dimitiría próximamente del gobierno para cederlo a los republicanos", destinado a agravar la desconfianza existente entre el monarca y sus ministros, así como con el partido imperial en general. Sin embargo y como la idea expresada es muy similar a las intenciones del emperador, no cabe duda de que Bournof estaba autorizado para hacer este tipo de ofrecimientos. Tanto más que al partir de la capital el emperador hizo planes detallados para regresar a Europa. Según informaciones confidenciales, S. M. desearía embarcarse dentro de dos o tres meses y visitar algunas islas antillanas; su arribo a Miramar tendría lugar hasta finales del verano. Personas cercanas al emperador temen que aún no se haya decidido en definitiva si se queda o no. Es posible suponer que el partido gobernante, que necesita al emperador como su estandarte, lo haya convencido de ponerse a la cabeza del ejército para comprometerlo y cortarle cualquier escape. Perder la capital constituiría un peligro muy serio para el emperador.

El sitio de Puebla por parte de Porfirio Díaz, que yo había anunciado como una posibilidad, ya es un hecho. Poco después de la partida de las últimas tropas francesas se proclamó el estado de sitio, pues las tropas republicanas han llegado de todas partes para concentrarse alrededor de Puebla. La carretera al mar está completamente ocupada por los liberales, los que detienen el correo y a los mensajeros a su arbitrio y se quedan con la correspondencia. Ya no existe comunicación telegráfica con la capital. Puebla podría defenderse fácilmente por mucho tiempo, pero en caso de que el ejército imperial sufra una derrota en el norte el impacto de la mala noticia probablemente

ocasionará que ya no se ofrezca mayor resistencia, ello si no es que, antes, el oro abra las puertas de la ciudad a los sitiadores.

La capital se encuentra en una situación parecida. Desde la partida del emperador, el general Tabera, un hombre valiente y honesto, remplaza a Márquez en el mando de la guarnición. El emperador nombró como prefecto al general O'Horan, cuya sangrienta energía es conocida y temida, aunque su carácter, sin embargo, no es totalmente ajeno a los argumentos contantes y sonantes. La capital cuenta con entre 5 000 y 6 000 soldados, y Tabera afirma que con esta fuerza podrá defender la ciudad. Hasta el momento la tranquilidad no ha sufrido interrupciones, aunque hace algunas noches se oyeron unos tiros. Riva Palacio se acercó a las inmediaciones de la ciudad con tropas de cierta consideración, pero el sólo ver una columna que fue enviada desde la ciudad contra sus hombres fue suficiente para hacerlos huir en desbandada. Desde entonces parece mantener a sus tropas a una mayor distancia de la capital.

Los mexicanos, después de tantos cambios en sus gobiernos republicanos, se han acostumbrado a considerar como gobernante legítimo a quien esté dominando la capital, y sobre todo el Palacio Nacional, que desde siempre ha sido la sede del gobierno. En caso de que durante la ausencia del emperador la capital cayera en manos de los republicanos, gran parte de la nación vería a S. M. como un caudillo más, al estilo de Porfirio Díaz y tantos otros.

Al caer la ciudad, el cuerpo diplomático se encontraría en una situación muy crítica. Lamentablemente el emperador nunca supo atraer al cuerpo diplomático hacia su persona, o por lo menos comprometerlo con su causa. S. M. nunca invitó a los representantes extranjeros a acompañarlo en sus campañas.[77] Si México es conquistado por los liberales, el cuerpo diplomático, en vista de la inseguridad de las carreteras, no estaría en condiciones de trasladarse a donde esté el emperador. Además, el embajador francés probablemente brindaría su apoyo moral a cualquier gobierno republicano que se establezca en la capital, complicando aún más la posición de los demás representantes. Por otra parte, con urgencia se ha recomendado al cuerpo diplomático conservar cierta unión, ya que debido al desastroso resultado de la intervención francesa el odio contra todos los extranjeros, sin distinción de nacionalidades, es cada vez más

[77] Ni siquiera se despidió de ellos cuando salió de la capital hacia Querétaro.

evidente entre los mexicanos de todos los partidos. Como informé recientemente, cuando Miramón fue derrotado, el general republicano Escobedo tomó muchos prisioneros, entre ellos 97 franceses, tres austriacos y un belga, y ordenó que fueran fusilados todos esos 101 desdichados. En su orden de fusilamiento del 3 del mes justificó su decisión con base en las atrocidades que, lamentablemente, Miramón cometió cuando se apoderó de Zacatecas. No obstante, el argumento principal es que después del fin de la intervención francesa aquellas tropas extranjeras que se quedaron por su propia voluntad a pesar de haber sido exhortadas a abandonar el país ya han perdido la condición de soldados. Este acto de barbarie fue aborrecido hasta en el campo republicano, afirmándose que la orden fue dada por el propio Juárez, a raíz de lo cual se habría producido un serio conflicto en su cuartel general.

Naturalmente los republicanos pueden reprochar a muchos oficiales imperiales haberse vengado de la misma forma con los disidentes que fueron hechos prisioneros, aunque éstos pueden argumentar, con frecuencia con toda razón, que no fusilaron a soldados, sino a bandidos. De cualquier manera, el crimen de Escobedo no es más que el prólogo de una guerra civil que se conducirá con odio sangriento y sed de venganza. El odio a los extranjeros se siente hasta en el propio gobierno imperial, pues como ya no existe el temor a una intervención europea, se opina que por los pecados de los franceses pagarán todos los europeos [...]

Ya se inició el embarque de las tropas belgas, austriacas y francesas en Veracruz. En los últimos días se recibió con gran satisfacción generalizada el rumor de que al mariscal Bazaine le robaron 22 000 onzas de oro en el camino a Orizaba. Sin embargo, me consta por una fuente muy fidedigna que no sufrió pérdida alguna. De hecho, lleva consigo una suma considerable del dinero que ganó en México. Como esta información se había filtrado, el mismo Bazaine prudentemente difundió la historia de que le habían robado todas sus pertenencias. Esto es, al menos, lo que cuentan algunos miembros de la embajada francesa. El odio de los propios soldados franceses contra Bazaine se dirigió contra su joven esposa durante su viaje a la costa. Un soldado de la escolta que acompañaba su carruaje profirió insultos contra ella y el mariscal, y cuando el oficial que comandaba el convoy le pegó con un bastón, el soldado lo tiró al suelo, por lo que fue entregado a la justicia militar. Varios cientos de soldados

franceses desertaron y se quedaron en el país. Hasta un cañón francés pasó a ser propiedad de los imperiales cuando lo encontraron abandonado en la carretera con su yunta por quienes los transportaban. En cambio, el señor mariscal, antes de marcharse, ordenó que se destruyera y se hiciera inservible todo el material bélico. Grandes provisiones de pólvora fueron a dar al agua, los cañones fueron encontrados llenos de piedras y desperdicios, y las cazoletas tapadas. Pocos días después de la partida de los franceses, alguien reveló al gobierno el lugar donde el mariscal había enterrado 5 000 granadas de mano y dos pequeños cañones: el escondite se encuentra fuera de las fortificaciones, en una posición obviamente pensada para que los republicanos pudieran utilizarlos en su ofensiva contra la ciudad. También se han encontrado cientos de fusiles pertenecientes al gobierno que el mariscal pidió a varias personas que escondieran.

Finalmente me permito informar que, según un ofrecimiento del señor Dano, el 1 de marzo los franceses devolverán la aduana de Veracruz al gobierno imperial. El convenio de la aduana del 30 de julio del año en curso fue modificado para que México sólo tenga que pagar a Francia 50 000 pesos mensuales por los ingresos de la aduana. Aquí se supone que esa devolución únicamente se debe a que los franceses se avergüenzan de tener que entregar Veracruz directamente a los liberales. En Veracruz se están tomando medidas enérgicas para su defensa, y se espera poder conservar este importante puerto que es la única fuente de ingresos para el gobierno imperial que tanto los necesita.

México, 9 de marzo de 1867

Desde mi último informe núm. 7 del 26 de febrero no se ha registrado un cambio fundamental de la situación política del país. Según las últimas noticias recibidas, el emperador se encuentra todavía en Querétaro, donde la concentración de las fuerzas imperiales casi ha concluido. El ejército se compone de las tropas que acompañaron al emperador desde aquí a Querétaro, además de los cuerpos militares de los generales Méndez, Mejía y Miramón, mientras que el general Vidaurri aún debe formar su propio cuerpo en las provincias del norte. La mayor confianza se deposita en los generales Mejía y Méndez, ambos indios, cuyas tropas tienen una excelente reputación entre oficiales entendidos en la materia. En cambio, se teme que el nombramiento del general Márquez como jefe del estado mayor de

todo el ejército imperial no haya sido el más afortunado. Aunque el general goza de buena reputación como un brillante administrador militar, según informaciones confidenciales ha pecado en contra de las reglas más simples de la táctica de guerra en algunas escaramuzas insignificantes.

Ya que se cortaron las comunicaciones postales con la capital, y como solamente es posible enviar cartas en forma de cigarrillos o en formatos muy pequeños para no llamar la atención, las que son transportadas por mensajeros indios que corren el peligro de ser ahorcados como espías por prestar este servicio, hemos recibido muy pocas noticias del cuartel general imperial. El gobierno aguarda novedades de Querétaro con gran impaciencia, máxime que en estos días se espera un combate decisivo.[78] Aunque no disponemos de noticias confiables sobre los movimientos de las tropas republicanas, parece que ya se están formando para dar la batalla. Juárez se encuentra de nuevo en Zacatecas, y según las últimas noticias el general republicano Escobedo avanza desde esa ciudad hacia Querétaro, para lo cual ha unido a sus tropas las de Corona, y probablemente Treviño también ya se encuentra con ellos. Algunos exploradores afirman que Riva Palacio, quien ocupaba Toluca, en el valle de México, ya ha partido también con gran parte de sus tropas rumbo a Querétaro. Además, según las informaciones que hemos recibido, Porfirio Díaz llegó a Tlaxcala, situada entre Puebla y México, a un lado de la sierra que se extiende hasta el golfo, a sólo 20 leguas de la capital. Este movimiento indicaría que Díaz, por el momento, habría desistido de la intención de lanzar una operación seria contra Puebla, y que se dirigiría a Querétaro, o amenazaría la capital. Esta suposición sería más probable a la luz de algunas comunicaciones secretas, según las cuales dentro de pocos días se llevará a cabo una gran ofensiva contra la capital, contando supuestamente para ello con la traición de parte de las tropas imperiales, conforme a un acuerdo que ya se habría obtenido. Es muy factible que exista la intención de atacar simultáneamente a los ejércitos del emperador en Querétaro y en la capital. Lo más seguro es que una considerable parte de las fuerzas liberales ocupará posiciones entre Querétaro y México para cortarle al emperador toda posibilidad de retirarse hacia la capital.

[78] El 14 de marzo de 1897 se emprendió el primer ataque masivo de los republicanos a Querétaro.

No se puede predecir de ninguna manera cuál podrá ser el resultado de lo que será a todas luces una contienda decisiva. Ambos bandos, pero sobre todo los liberales, carecen de generales enseñados a operar con grandes unidades.[79] Los comandantes liberales en su mayoría son antiguos abogados, acostumbrados a la guerra de guerrillas donde se manejan efectivos reducidos, pero sin ninguna formación militar y táctica.

Las tropas francesas se están embarcando con inesperada velocidad y con gran orden. El propio mariscal Bazaine llegó el 1 del mes a Veracruz, y según afirma el señor Dano, se han tomado todas las medidas necesarias para que el 6 del mes el embarque de los últimos contingentes franceses sea completado. Debido a la acelerada retirada de los franceses, las ciudades de Orizaba y Córdoba, ambas en la carretera a Veracruz, ya cayeron en poder de los disidentes. Las débiles guarniciones imperiales no estaban en condiciones de defender esas ciudades, y se retiraron a Veracruz para reforzar la guarnición de este valioso puerto. La eventual intención, señalada en un mensaje anterior, de dejar por un tiempo una guarnición en Orizaba, no se ha llevado a cabo, puesto que la aduana de Veracruz, a cuya protección habría estado destinada, ya fue devuelta al gobierno imperial mexicano. Las fortificaciones construidas por los franceses alrededor de Orizaba ahora serán aprovechadas por los republicanos. La pérdida de Orizaba y Córdoba ha sido un duro golpe para el imperio. Con estas dos ciudades los liberales ya controlan el camino hacia la costa, y la capital está más aislada del mar que nunca. Al amenazado imperio apenas le quedan cuatro ciudades: México, Puebla, Querétaro y Veracruz. Las primeras dos están fuertemente sitiadas, y a partir del momento en que se embarquen los últimos franceses Veracruz sufrirá una situación similar. Con la llegada de las guarniciones de Orizaba y de Córdoba, Veracruz ya cuenta con un contingente de mil hombres, y se espera el arribo de otros mil soldados procedentes de Yucatán. El gobierno imperial espera que estas fuerzas sean suficientes para defender Veracruz.

Al igual que en Querétaro y México, el dinero también es el problema principal de Veracruz. Es cierto que la aduana de Veracruz, en virtud del acuerdo mencionado en mi informe núm. 7 del 26 del

[79] Márquez, Miramón, Severo del Castillo y Monterde eran egresados del Colegio Militar; Miramón y Monterde habían sido profesores en dicho colegio.

mes, a partir del 1 de marzo ya se encuentra bajo el control del gobierno imperial, pero por el momento no se pueden esperar ingresos significativos provenientes de los derechos marítimos. Cuando en noviembre pasado los franceses se apropiaron de la aduana de Veracruz cobraron para el tesoro francés todos los derechos atrasados por productos que habían sido importados antes de esa fecha, y al restituir la aduana también cobraron los derechos pagaderos en los dos meses siguientes mediante la venta de todas las letras de cambio existentes en la aduana. Como había tenido el honor de informar anteriormente, la mitad de los derechos marítimos deben ser desembolsados en efectivo, y la otra mitad en letras de cambio pagaderas en los siguientes 60 días. Como adicionalmente durante los meses de invierno no hay buques que zarpen desde los puertos europeos, en las próximas semanas no se podrá contar con ingresos provenientes de la aduana de Veracruz.

La escasez de fondos tampoco se resuelve mediante las extorsiones que los generales imperiales siguen implementando a pesar de la rotunda prohibición del Ministerio de Guerra, ni a través de la contribución extraordinaria del 1% al capital impuesta a todo el mundo, mexicanos y extranjeros. Como era previsible, el gobierno imperial no tomó en cuenta la protesta colectiva del cuerpo diplomático contra la extorsión a los extranjeros. Aunque esta medida hostil provocó una tormenta de reclamaciones y reproches, se suponía que el ministro de Hacienda al menos obtendría considerables ingresos, pero ya que la recaudación de este impuesto fue realizada de manera tan poco efectiva, lo obtenido ha sido relativamente bajo. Como el funcionario encargado de cobrar el impuesto se mostró tan flexible y en cada caso concedió rebajas arbitrarias, muy pocos han pagado el impuesto fijado por la ley, no obteniéndose ni la mitad de la suma prevista. El descontento con el ministro de Hacienda, Campos, se incrementó de tal manera que hace pocos días se vio forzado a dimitir. En tanto la hacienda será administrada por el subsecretario de Estado Villalba, considerado un hombre de honestidad impecable.

Una ley decretada por el ministro Lares, encargado interino del gobierno, impone una contribución a todas las personas que no estén prestando un servicio militar activo equivalente a esta obligación. No obstante, como este impuesto solamente puede ser recaudado en las cuatro ciudades que aún le pertenecen al imperio, no cabe esperar un ingreso significante con esta medida. El apremio por la esca-

sez financiera obligará al emperador a librar una batalla más, porque ya no hay con qué pagar a las tropas, y Querétaro, a largo plazo, no podrá alimentar un ejército.

Sin embargo, sus adversarios casi se encuentran en la misma situación. En vista de la escasa población, una mayor concentración de tropas en cierto lugar nunca puede prolongarse por mucho tiempo. Tanto imperiales como republicanos tendrán que buscar la batalla definitiva, o dividir sus ejércitos de nuevo en cuerpos más pequeños.

En fecha reciente la causa imperial se ha visto favorecida por los lamentables actos de venganza ciega e irracional que han cometido los republicanos. Ya había tenido el honor de informar a su excelencia en mi última relación acerca de la matanza que perpetró Escobedo contra 101 prisioneros de guerra. El hermano del general Miramón, Joaquín, también fue hecho prisionero, y a pesar de estar herido fue fusilado por orden expresa de Juárez. La misma suerte corrieron el general Chacón y dos oficiales imperiales, uno de ellos un ciudadano francés. Chacón, después de haber defendido la ciudad de Colima por un largo tiempo, tuvo que entregar la plaza a los republicanos por capitulación. Debido al acuerdo de capitulación que les garantizaba la vida a él y a sus oficiales, se encontraba prisionero en Guadalajara con sus compañeros de infortunio. En este caso Juárez también se dejó arrastrar por el deseo de venganza y violó la palabra empeñada en nombre de la República. Por su orden expresa se fusiló al general Chacón y a los dos oficiales imperiales, a pesar de su capitulación. Estos sangrientos hechos provocaron una muy comprensible ira en el cuartel general imperial, y el general Miramón exigió una acción de represalia. Sin embargo, el emperador indicó que en su ejército no toleraría la más mínima desviación respecto al tratamiento de los enemigos que fueran hechos prisioneros.

El comportamiento de Juárez, antaño considerado generoso y humano, resulta más incomprensible ante el hecho de que cientos de extranjeros, norteamericanos, desertores franceses, austriacos y alemanes del regimiento de la legión extranjera francesa, están sirviendo en el ejército republicano. Mientras que Juárez acepta los servicios de los extranjeros en su lucha contra el imperio, considera un crimen mortal que estén combatiendo bajo las banderas imperiales contra la República. Los informes recibidos coinciden en que los generales republicanos han cometido en casi todas partes peores extorsiones que los comandantes imperiales. Las persecuciones y las confiscaciones

han sido frecuentes contra las personas de simpatías imperiales, además de que según los decretos de las autoridades republicanas estas prácticas de ahora en adelante se ejercerán de manera más generalizada. En muchas ciudades las autoridades republicanas han exigido el pago de todos los impuestos que ya habían sido cubiertos en los últimos tres o cuatro años a los franceses o al gobierno imperial, puesto que consideran que solamente el gobierno republicano tiene derecho a recaudar impuestos. Este comportamiento, por una parte, está fortaleciendo el compromiso de los partidarios del emperador con su causa, puesto que temen sufrir la venganza de Juárez, incluso hasta en el caso de que se pasen a su bando, porque ni siquiera respeta la promesa sobre la integridad personal. Pero también el pueblo, masa flexible que siempre celebra al triunfador del momento, se ha vuelto más escéptico, ya que teme por sus posesiones y seguridad personal en el caso de una victoria de la República. Por la otra, Juárez está corriendo un gran riesgo al golpear nuevamente al clero decretando que, en el futuro, los sacerdotes no podrán tener parte alguna en la enseñanza pública. Esta medida ha provocado gran descontento entre los mexicanos que son fanáticos en los asuntos religiosos, e incluso la desaprobación de los círculos liberales.

En cualquier forma las perspectivas son desalentadoras. Independientemente de que el imperio se derrumbe ahora o más tarde, el odio partidista se encargará de perpetuar una guerra civil encarnizada. Además, durante los últimos cuatro años los mejores comandantes republicanos se han acostumbrado a tanta autonomía que, aunque cooperen para vencer al imperio, no es probable que vuelvan a someterse a un poder central de forma duradera. Más bien parece que a México le espera un proceso de fragmentación y disolución interna, que finalmente permitirá al vecino del norte llegar hasta el corazón del país.

Me reservo el análisis de la posición del emperador para otra ocasión, porque me veo obligado a enviar este informe con un mensajero que lo llevará en un vapor francés. Hace poco Santa Anna, desde Nueva York y a través de un tercero, se dirigió al emperador para nuevamente ofrecer sus servicios. Sin embargo, y como el emperador no podía aceptar sus condiciones, parece que el ex dictador está equipando una expedición para, por su propia cuenta, intervenir en las convulsiones políticas del país. La capital se encuentra en una situación bastante extraña. Cada día el cerco se estrecha aún más, ya se

han registrado grandes aumentos de los precios de los víveres, y hay escasez de algunos productos. Todas las noches se libran escaramuzas en las fortificaciones exteriores. A pesar de todo, en la ciudad se vive con tanta calma y seguridad como si alrededor reinara plena paz. Los últimos días del carnaval estuvieron particularmente animados, en todos los teatros se celebraron bailes de máscaras que contaron con buena afluencia, y el paseo diario en coche por el "Paseo" en el martes de carnaval se convirtió en una auténtica fiesta popular, tan brillante como no se había visto desde hacia un año.

México, 17 de marzo de 1867

Desde el 14 del mes el gobierno no tiene noticias del cuartel general imperial. Según los rumores propagados por algunos viajeros y a través de las cartas personales, el ejército imperial habría obtenido una victoria decisiva el 9 del mes contra las tropas de Escobedo y Corona.[80] Cuentan que el caballo del emperador fue herido en la batalla, y que los generales imperiales Miramón y Castillo sufrieron lesiones de poca consideración. La preocupante falta de noticias sin duda se debe a que varios mensajeros han sido interceptados por las tropas liberales. Los desplazamientos de las fuerzas liberales en el valle de México parecen indicar que ya se ha producido una batalla en Querétaro. Hace ya varios días que los liberales se han retirado totalmente de los alrededores de la capital, de manera que no quedan más que algunas bandas de salteadores que aprovechan la bandera de la República como pretexto para satisfacer su rapacidad. También Riva Palacio, con la mayor parte de sus tropas, abandonó la ciudad de Toluca que anteriormente había ocupado. Sin embargo, y de acuerdo con informaciones procedentes de aquella plaza, no se dirigió a Querétaro, sino a Morelia. Debido a nuestro total aislamiento no nos queda claro el origen y el significado de estos movimientos. Si hubiera malas noticias del ejército imperial, sin duda los liberales marcharían rumbo a la capital, pero probablemente con toda intención están reteniendo este tipo de mensajes porque las comunicaciones de contenido no militar han continuado llegándonos desde Querétaro sin dificultad. En particular, se han recibido letras de pago del Tesoro público por un valor total de 90 000 pesos, suma muy considerable si se tiene en cuenta el número de habitantes, que la ciudad de Querétaro ha tenido que reunir para cubrir las necesidades del ejército imperial. Las letras están firmadas por el general Vidaurri por orden de S. M., pero, como de costumbre, no han sido pagadas por el Tesoro.

[80] El 9 de marzo sólo hubo combates entre puestos avanzados, y no fue sino hasta el 14 de marzo cuando Escobedo lanzó el primer gran asalto a la ciudad, el cual fue rechazado por los imperiales.

Sin embargo, y aunque según lo arriba expuesto parecería que las operaciones militares en Querétaro no han sido favorables para los republicanos, también parece exagerada la noticia de una victoria decisiva por parte del ejército imperial, ya que las consecuencias de que se hubiera ganado una batalla mayor en seguida se harían notar. Es muy probable que la supuesta victoria del 9 del mes no haya sido más que una exitosa escaramuza o avanzadas de caballería. Por parte de los liberales se afirma que la táctica es la de evitar una batalla abierta y completar el cerco del ejército imperial en Querétaro. Para este fin las tropas del valle de México habrían recibido la orden de marchar hacia Querétaro para estrechar el cerco, esperándose poder aislar a Querétaro de todo abastecimiento y forzar al ejército imperial a capitular. No me permito emitir un juicio acerca de la viabilidad de este plan, pero en todo caso la situación del emperador es extremamente peligrosa. Como ya había tenido el honor de comentarle en un informe anterior, el desplazamiento a Querétaro sólo se explica por la secreta intención de S. M. de entrar en negociaciones, posiblemente con el propio Juárez, a fin de lograr una solución pacífica mediante la idea del emperador de convocar un congreso nacional. Si las recientes sangrientas pruebas del odio implacable de Juárez no convencen al emperador de la inviabilidad de una reconciliación pacífica, Márquez, Miramón y otros insistirán en continuar la lucha. Efectivamente, la única salvación del emperador parece ser una batalla victoriosa. En cambio, una derrota llevaría casi inevitablemente a la pérdida de Puebla y de la capital, dejando al emperador sin tierra ni posesiones, y probablemente lo privaría de la posibilidad de abandonar su imperio de manera digna, y quizás hasta de la oportunidad de evitar que sea capturado cuando huya hacia la costa. Ciertamente no podrá seguir contando con la lealtad de las tropas mexicanas después de una derrota, y en cualquier caso tan sólo mientras éstas reciban un sueldo. ¿Pero de dónde sacar los fondos? El Tesoro imperial está horriblemente agotado, y aunque hubiera fondos sería imposible hacerlos llegar al emperador a través de las líneas republicanas. Después de haber contribuido los 90 000 pesos

que ya mencioné, Querétaro debe de haberse quedado sin dinero. Si los republicanos logran evitar una batalla y prolongan la situación actual, es de temerse que ya no será posible seguir pagando al ejército imperial, y que las tropas desertarán masivamente, engrosando las filas republicanas.

Puebla está totalmente cercada. Un suburbio que se encuentra fuera de las fortificaciones cayó en poder de los republicanos. Porfirio Díaz ha hecho saber que está decidido a cortar todo tráfico entre la capital y el mar. Ya no podrá entrar ni salir la correspondencia que hasta el momento todavía ha sido transportada por correos extraordinarios hasta los vapores europeos; tampoco podrá pasar mercancía. La situación se ha tornado tan seria que ni siquiera los habitantes más ancianos de la ciudad recuerdan haber vivido una situación parecida. El tráfico comercial está paralizado desde hace más de seis meses. Un sinfín de bancarrotas ha resultado en gravísimas pérdidas para el comercio de la capital, y particularmente para las grandes casas de importación alemanas. Es una clara muestra de la solidaridad entre los comerciantes alemanes el que, a pesar de la apremiante situación, hasta el día de hoy ninguna casa alemana ha tenido que suspender sus pagos.

Desde Veracruz recibimos la noticia de que el embarque del cuerpo expedicionario francés se ha completado. Solamente permanece en Veracruz el general Osmond [Osmont] con un insignificante destacamento que tiene la intención de embarcarse con las últimas tropas en un vapor de correo francés el 13 del mes, que partirá hacia St. Nazaire. Al parecer, el descontento generalizado que reina en el cuerpo expedicionario francés contra el mariscal Bazaine se ha manifestado de una manera bastante embarazosa en Veracruz. Durante una revista militar por parte del mariscal un destacamento de zuavos le habría gritado expresiones de inconformidad e indignación. Desconozco los detalles del suceso y no puedo garantizar su veracidad.

Un viajero alemán que llegó hace pocos días desde Texas y que pasó por Matamoros, San Luis Potosí y Querétaro, contó que viajó desde Brownsville hasta San Luis Potosí con el general norteamericano Steele, a quien Escobedo le asignó una escolta. El general Steele y sus dos ayudantes llevaban puestos sus uniformes estadunidenses. El general iba a entrevistarse con Juárez en San Luis (y no en Zacatecas, como equivocadamente había yo señalado en mi último informe) en una misión oficial del gobierno de Washington. Mi informante afirmó haberse enterado durante su viaje del objetivo de la misión del general Steele, que al parecer no es muy favorable para la causa republicana, puesto que tiene instrucciones de informar a Juárez que, en el futuro, no se proporcionarán mayores suministros de material bélico sin un pago en efectivo. El mencionado viajero cuenta que la situación financiera de los republicanos no es menos grave que la del gobierno imperial. Naturalmente no he estado en condiciones de conseguir informaciones más detalladas sobre la misión del general Steele.

El 22 de marzo de 1867 Maximiliano dio una orden verbal a Márquez para que emprendiera una "misión confidencial", por lo que el general regresó a la capital con 1 200 jinetes en calidad de lugarteniente del imperio: en caso de que el emperador falleciera, Márquez debería asumir la regencia. Maximiliano esperaba en vano su pronto regreso con tropas de socorro y dinero, pero Márquez, al tiempo que utilizó sus "poderes omnímodos" para instaurar en la capital un régimen de dictadura personal y de violencia, sufrió una severa derrota en la campaña que, a iniciativa propia, emprendió para socorrer a la ciudad de Puebla, que estaba sitiada por Porfirio Díaz.

México, 26 de marzo de 1867

En mis últimos informes he tenido el honor de referirle la situación política imperante, pero me temo que mis informes, al menos parte de ellos, han sido interceptados. En virtud de que las tropas republicanas han ocupado la carretera hacia la costa, han cortado completamente la comunicación postal de la capital con el mar. En Orizaba y en el cuartel general de Porfirio Díaz en Puebla hay gran cantidad de correspondencia que ha sido interceptada. Recientemente algunos pasajeros han podido viajar de nuevo a Veracruz, pero bajo la condición de no llevar consigo ninguna correspondencia. Los republicanos justifican la interrupción del tráfico postal como un medio para privar al gobierno imperial de recibir letras de cambio enviadas de Veracruz y los ingresos de la aduana del puerto que le fue restituida por los franceses el 1 del mes. El hecho es que tampoco dejan pasar la correspondencia diplomática destinada a Europa; un suceso inaudito fue que, en dos ocasiones, al correo de la real embajada de Gran Bretaña le quitaron a la fuerza el paquete

de correspondencia destinado a un vapor inglés, lo que no es sino una muestra más de la desconfianza y del menosprecio que espera a todos los representantes europeos que, como resultado de la intervención francesa, afectará a los intereses europeos en caso de que se restaure un gobierno republicano. Entre los mexicanos la indignación hacia Europa se refleja en odio y sed de venganza, o en una sensación de amargo desengaño. Ese sentimiento se encuentra tan generalizado que incluso el propio gobierno imperial, como en repetidas veces he tenido el honor de informarle, ya ni siquiera atiende en lo más mínimo las reclamaciones en favor de intereses europeos.

Para enviar este informe estoy recurriendo a los servicios de un correo que hoy el cónsul norteamericano está remitiendo a Veracruz. Según un mensaje escrito que me acaba de mandar el cónsul Otterburg, únicamente tengo permiso para enviar con su correo cartas particulares dirigidas a mi familia en Europa, ya que de acuerdo con las condiciones que le imponen los republicanos, sólo puede enviar correspondencia a las autoridades de Estados Unidos. Por lo anterior, le suplico perdone la forma desacostumbrada de remitirle mi informe, ya que debo esconderlo en una carta particular que estoy enviado a Berlín. Por estas circunstancias debo detener el envío de algunos informes hasta una mejor oportunidad, puesto que incluyen diversos anexos. Por desconocer cuáles de mis informes han llegado a las manos de S. E., de nueva cuenta me permito describir la situación política imperante durante las últimas seis semanas. El 13 de febrero el emperador se dirigió con una columna bajo el mando del general Márquez a Querétaro, a fin de participar personalmente en las operaciones militares en el interior del país. Después de su llegada, el 19 de febrero, asumió el mando de todo el ejército que se encuentra concentrado en aquel sitio, consistente en los cuerpos de los generales Márquez, Miramón, Mejía, Méndez y Castillo, que en total se componen de entre 12 000 y 16 000 hombres. S. M. también está acompañada por el general Vidaurri, que antes era gobernador de Monterrey y cuyas opiniones más liberales le han permitido ganarse la confianza del emperador. Antes de salir de la capital quería nombrarlo ministro de Guerra para introducir un elemento liberal en el actual gabinete, el que, como es completamente clerical, provoca que a su S. M. se lo vea como jefe de una fracción política. Sin embargo, las negociaciones fracasaron porque el general Vidaurri

exigió la dimisión de todos los ministros para formar un nuevo gabinete bajo su presidencia.

En una declaración que hizo en Orizaba, el emperador anunció que dejaría la decisión de que se instaurara un gobierno imperial o republicano al criterio de una asamblea nacional que se reuniera pacíficamente, lo que reiteró aún después de haberlo abandonado, tal como lo informé anteriormente a S. E. La evidente contradicción que existe entre esa propuesta pacífica y la súbita campaña militar que el emperador ha iniciado, probablemente se debe a su secreta intención de entrar en negociaciones directas con Juárez, quien ha establecido su supuesto gobierno en San Luis Potosí. Por su tendencia liberal el general Vidaurri parece ser la persona indicada para entablar esas negociaciones, y de hecho ya habría intentado llevarlas a cabo desde Querétaro. Aunque no se conocieron mayores detalles al respecto, en cualquier forma, y como podría esperarse, el intento fracasó totalmente.

El implacable odio que en las últimas semanas Juárez ha mostrado en forma sumamente sangrienta debería finalmente convencer al emperador de que es imposible llegar a un entendimiento pacífico con los republicanos, quienes después de cuatro años de lucha armada y de la retirada de los franceses creen que próximamente obtendrán una victoria definitiva. Por lo tanto, a S. M. solamente le quedan las opciones, o bien de emprender el regreso a Europa, idea que sin duda aún conserva en su mente, o de tomar las armas para defender la reputación del trono, lo que probablemente será un intento que estará condenado al fracaso y que solamente desencadenará una guerra civil encarnecida y cruel.

La fatal partida del emperador a Querétaro limita el dominio territorial del imperio a las cuatro ciudades de Veracruz, Puebla, México y Querétaro. Las primeras tres están sitiadas y totalmente aisladas por los liberales, sobre todo desde que Orizaba y Córdova, tras el retiro de los franceses, han caído en manos de los republicanos. Si el emperador hubiera tomado las armas con la firme voluntad de defender su trono en lugar de negociar, principalmente debería de haberse dirigido hacia el golfo para asegurar el dominio sobre Puebla, Orizaba y Córdoba, por donde pasan las carreteras a Veracruz, única fuente de ingresos para el tesoro público que se encuentra completamente agotado. Al parecer, el emperador ahora se verá obligado a luchar contra aquellos que quería reunir en una asamblea pacífica, pero

desde Querétaro, donde está totalmente aislado y en una posición más que desfavorable.

No habíamos recibido noticias confiables del cuartel imperial desde el 1 de marzo, pero finalmente el 23 de este mes llegaron cuatro correos que habían sido demorados por las tropas enemigas que ocupan todo el camino entre la capital y Querétaro. Ellos confirman que el ejército republicano, numéricamente muy superior al imperial, se ha concentrado alrededor de Querétaro y cortado el suministro de agua y víveres con la intención de forzar al emperador y a sus tropas a capitular, o al menos a evitar que se retire a la capital. No obstante, el ejército imperial ha salido victorioso de todas las escaramuzas, y logró rechazar brillantemente un ataque de consideración el 14 del mes. Según noticias de algunas personas, las armas imperiales incluso habrían logrado un triunfo definitivo el día 19, al derrotar completamente al ejército republicano bajo el mando de Escobedo y Corona.[81] Sin embargo, aún no ha sido confirmado oficialmente, y en los círculos del gobierno se duda de la exactitud de la información. En cualquier caso, los movimientos de las tropas liberales en el valle de México indican que, hasta el momento, la suerte ha sido propicia para la bandera imperial. La mayor parte de las tropas republicanas estacionadas en los alrededores de México se han dirigido hacia Querétaro; Riva Palacio, comandante de Toluca, siguió el mismo rumbo con 3 000 soldados en vez de dirigirse a Morelia, como antes se había pensado, y finalmente Porfirio Díaz decidió atender los urgentes llamados y se está dirigiendo al mismo destino. Aunque ello fue un gran alivio para Puebla, que estaba siendo gravemente afectada por sus embates, también se han recibido informes, que el gobierno considera auténticos, según los cuales en los últimos días Porfirio Díaz habría sufrido graves pérdidas como consecuencia de que un edificio, que se había fortificado para defender la ciudad, fue derribado a cañonazos, pereciendo enterrados bajo sus escombros los 800 soldados que lo ocupaban. No se sabe si Porfirio Díaz y Riva Palacio irán directamente a Querétaro, o si, como aquí se cree, buscarán cortarle la retirada al emperador cuando intente regresar a México. El emperador habría dado a entender que tenía la intención de librar una gran batalla para, posteriormente, regresar con parte de su ejército a la capital. Como el enemigo mantiene ocupada y en parte

[81] El 19 de marzo prácticamente no hubo combates, y el 24 se intentó el segundo asalto a la ciudad, que también fue rechazado.

fortificada la carretera, se supone que el regreso del emperador podría realizarse por vía de Toluca.

Estoy en condiciones de enviar a S. E. las copias de cuatro cartas que el médico del emperador, el doctor Basch, envió al jefe del gabinete imperial, el padre Fischer, quien permanece en la capital. La importancia de estas cartas no sólo radica en la información que contienen sobre los sucesos bélicos, sino sobre todo en que fueron inspiradas y literalmente dictadas por el emperador. Reflejan la irritación del emperador contra sus ministros y sus simpatías para el general Vidaurri. Las palabras poco elegantes con las que describe a Campos, anterior ministro de Hacienda, sin duda son bien merecidas, pero no se justifican sus reproches por no haberse enviado la columna que pidió y por la ineficacia del gobierno, ya que ocho días después de su partida las tropas carecían hasta de la pólvora más necesaria, y no sería posible darle la más mínima protección a la capital si se enviaban tropas a Querétaro. Los fondos que se obtuvieron con grandes esfuerzos ni siquiera alcanzan para pagar el sueldo de los 5 000 hombres de la guarnición local. La acusación de que los ministros solamente estarían interesados en asegurar su retirada a Veracruz no puede ser tomada en serio. Yo creo que S. M. no tiene intención alguna de quemar sus barcos como en su momento lo hizo Hernán Cortés, pero aunque tuviese esa idea sería imperiosa la inmediata reconquista de la carretera a Veracruz, no tanto para asegurar la retirada, sino sólo para poder enviarle los fondos que tan urgentemente necesita Querétaro.

Tal como están las cosas, sólo una victoria decisiva podría consolidar, al menos por algún tiempo, la sobrevivencia del imperio. En caso de una derrota, la pérdida de Puebla y de la capital serían inevitables, y posiblemente sería imposible la salvación del emperador, puesto que la retirada a la costa no está protegida, y después de la derrota no podría contar con la lealtad de las mal pagadas tropas mexicanas. El futuro del pobre país, en caso de que el imperio sucumba, ha sido pronosticado acertadamente por el viejo general Mejía, pues según relata el doctor Basch, cuando al frente de una diputación le pidió al emperador no exponerse a las balas enemigas, le señaló que si llegara a morir cada uno de los generales imperiales querría ser presidente.

En vista de la inseguridad que impera en las carreteras, le propongo a S. E. que envíe los mensajes oficiales para la embajada real a nuestro consulado en Veracruz, el que se encargará de reenviarlos aprovechando cualquier ocasión que se presente.

México, 3 de mayo de 1867 (?)

[Carta del barón Anton von Magnus a su padre (1786-1869)]

Ya han pasado dos meses sin tener noticias tuyas ni de mi hijita. Sólo Dios sabe cómo me pesa esta situación. Aquí las cosas han tomado un giro grave y bastante nefasto. Sin embargo, mediante la ayuda de Dios en la que confío con fe inquebrantable, espero salir sano y salvo de estos trances.

Desde el 19 de febrero el emperador se encuentra en la ciudad de Querétaro, que está fuertemente sitiada por el ejército republicano bajo el mando de Escobedo, Régules, Corona y otros. La comunicación con Querétaro es tan imposible como con Veracruz. S. M. responsabilizó a la ineficiencia de sus ministros el no haber recibido de la capital fondos ni municiones. En los últimos días de marzo repentinamente llegó desde el campamento imperial una columna de mil caballos encabezada por los generales Márquez y Vidaurri, quienes trajeron consigo el cese de Lares como jefe del gabinete. Márquez fue nombrado lugarteniente del emperador e investido de amplios poderes, y Vidaurri ascendió a primer ministro y ministro de Hacienda.

Tal como el emperador lo anunció en una carta, comenzó el gobierno de la fuerza y de la energía. Dos días después de la llegada del general Márquez el ministro del Exterior citó por separado a cada uno de los diplomáticos para decirles, en forma confidencial, que los sucesos bélicos podrían exigir el traslado de la capital, y que de ser ése el caso, el emperador habría escogido la ciudad de León como sede de su gobierno, por lo que deberíamos estar preparados para dirigirnos a este lugar a la primera indicación del emperador.

Cuando recibí esta noticia, el gobierno de la fuerza ya había dado los primero pasos. Después de despedirme del ministro me informaron que el cónsul Benecke había sido detenido. Junto con un gran número de extranjeros y mexicanos adinerados fue citado por el prefecto imperial, el cual les hizo saber que cada uno debía pagar una suma arbitrariamente fijada de 10 000 pesos. Cuando los caballeros se negaron a efectuar el pago, fueron arrestados. Aunque fácilmente logré liberar a nuestro buen B., es obvio que el monstruoso comportamiento que se ha observado desde aquel día contra extranjeros y nacionales no tiene nada que envidiarle al gobierno del Negus Teodoro de Abisinia. Los soldados que fueron enviados a las casas les negaron toda comida o bebida a sus familias hasta que no pagaran la suma exigida. A una madre se le prohibió amamantar a su niño.

Un español fue amarrado con una soga a un banco en la prefectura. Increíble pero cierto. El cuerpo diplomático expresó su repudio en una nota colectiva, pero fue en vano.

El gobierno de la fuerza llegó con la intención de abandonar la capital una vez que la extorsionara lo más posible, para luego regresar a Querétaro con el botín. Como entre tanto estos señores se dieron cuenta de que era necesario liberar a la sitiada Puebla, Márquez se dirigió hacia ella con 4 000 soldados, pero en vez de acercarse por el camino más corto avanzó dando rodeos, de modo que el 6 de marzo, a 18 leguas de la ciudad, se dio cuenta de que el 2 de abril había sido conquistada por Porfirio Díaz, por traición, como después se supo. Indeciso, el gran Márquez esperó otros dos días e inició la retirada perseguido por las huestes enemigas. Después de algunos combates exitosos, el 11 de abril por la mañana fue atacado y una vez derrotado emprendió la fuga, regresando hasta en la noche acompañado de pocos oficiales y una escolta de caballería. Mientras tanto, las tropas europeas, que era lo que quedaba del cuerpo austriaco, cubrieron la retirada en desbandada de los mexicanos, así que el día siguiente todavía pudieron regresar algunos 3 000 soldados. Sin embargo, se perdieron los cañones y el equipaje. Pisándoles los talones, Porfirio Díaz los persiguió, y desde ese día nos tiene sitiados.

En estos días el desaliento del gobierno imperial "de la fuerza" y la desmoralización de las tropas son indescriptibles. Sin embargo, y como nuestros sitiadores liberales se han mostrado muy tímidos, las tropas han venido recuperando algo de su valor. Ahora tenemos que soportar bombardeos diarios: las balas de los cañones vuelan alegremente por la ciudad, aunque no producen daños en el centro, donde yo vivo. Los alimentos y el forraje no sólo son excesivamente caros, sino que pronto ya no se podrán conseguir. La situación se torna crítica. En los próximos días se espera un asalto, pero creo que la ciudad sólo será tomada mediante una traición o porque sus hambrientos habitantes se amotinen. No tenemos noticia alguna del emperador, que se encuentra sitiado en Querétaro.

Domingo, 3 de mayo. Esta carta será enviada el día de hoy a Veracruz aprovechando una oportunidad que se presenta. Como ya nadie está dispuesto a llevar correspondencia oficial, te pido que les digas en el ministerio que no estoy en condiciones de enviarles cartas. Ya hace más de dos meses que no recibo correspondencia de Europa, ni tam-

poco noticias de vosotros, ni menos una palabra de mi niña.

Las pocas noticias que nos han llegado desde la costa se refieren a una guerra contra Francia. ¡Ojalá el cielo aparte ese flagelo de nuestra bella patria! Pero si llegara a ser inevitable, desearía participar en esa campaña. Por ello, querido padre, te pido que cuando veas que la guerra es inminente, le escribas al conde Bismarck para pedirle que me conceda vacaciones a fin de que pueda participar en la guerra. Aprovecharé la próxima oportunidad que se me presente para pedir un permiso, pero no quiero perder tiempo y he tenido que prometer no pasar informaciones al respecto a las autoridades.

No hay forma de poder obtener noticias del emperador que está sitiado en Querétaro. Ya tiene dos meses y medio encerrado en aquella ciudad. ¿Hasta cuándo alcanzarán los alimentos? ¡Qué tal que cayera preso! Teniendo en cuenta el odio existente entre los partidos, temo por su vida. Dios quiera que todo salga bien.

El 6 de abril, por instrucciones del emperador de Austria, Francisco José, que temía por la vida de Maximiliano en caso de que fuera capturado, el enviado austriaco en Washington, barón Wydenbruck, visitó al secretario de Estado William Seward para rogarle que interviniera ante Juárez. Aunque en un principio Seward se negó argumentando que Estados Unidos era neutral en el conflicto, obtuvo la aprobación del presidente Johnson para enviar un telegrama al señor Campbell, quien era el representante norteamericano ante la República y que residía en un hotel de Nueva Orleáns. Campbell recibió el encargo de: "to communicate to president Juárez promptly and by effective means, the desire of this Government that in case of capture the Prince and his supporters may receive the humane treatment accorded by civilized nations to prisoners of war". Una copia de este telegrama también fue entregada al representante diplomático de Juárez en Washington, Matías Romero. No obstante, Campbell no viajó a México pretextando estar enfermo, y envió a John White para que se entrevistara con Juárez en San Luis Potosí, lo que le tomó dos semanas.

El 15 de mayo, tras 72 días de sitio, Querétaro fue finalmente tomada por los republicanos sin mayor lucha, merced a la colaboración que el coronel imperial Miguel López prestó al general Mariano Escobedo. Por sus "servicios" López recibió una considerable suma de dinero[82] *y no fue tomado prisionero.*

[82] Zamacois (1876-1882), tomo 18, p. 1324, demuestra que los banqueros Carlos

Después de una larga polémica de más de 20 años entre los partidarios del imperio y de la República respecto a si López había actuado o no por orden de Maximiliano, al final de su vida el coronel confesó al médico alemán Ernst Below[83] *que había entrado en negociaciones directas con Escobedo sin el conocimiento o consentimiento de Maximiliano.*

Maximiliano se rindió en el cerro de las Campanas, confiando en que Escobedo lo trataría como prisionero de guerra. El general eludió este punto puesto que aún no sabía que el gobierno republicano se proponía someterlo a un consejo de guerra por "crímenes políticos", y que a todas las personas que habían colaborado con el imperio en posiciones de mando se les aplicaría la ley del 25 de enero de 1862.[84]

El 24 de mayo, en Querétaro, se inició el proceso contra Maximiliano ante un tribunal ordinario de guerra, siendo los cargos del fiscal los siguientes:

1] Era un instrumento de la Intervención francesa.
2] Usurpó el título de emperador.
3] Se arrogó los derechos de un pueblo soberano y libremente constituido.
4] Dispuso por las armas de intereses, derechos y vidas de todos los mexicanos.
5] Llevó a cabo una guerra injusta al lado de los franceses.
6] Mandó reclutar cuerpos de voluntarios extranjeros.
7] Promulgó el decreto del 3 de octubre de 1865, y mandó ejecutarlo.
8] Declaró en un manifiesto del 2 de octubre de 1865 que los republicanos habían salido del país, por lo que sus fuerzas serían consideradas como gavillas.
9] Condujo la guerra incluso después de la retirada de los franceses.
10] Agravó su crimen de usurpador al decretar que, en caso de ser tomado prisionero, abdicaría, pero que en caso de su muerte el poder pasaría a una regencia.
11] Reclamó frente al consejo de guerra que se le tratara como a un jefe de Estado vencido en una guerra justa.
12] Se negó a reconocer la ley del 25 de enero de 1862 y la competencia del consejo de guerra.
13] Despreció la autoridad del consejo de guerra al negarse a contestar las preguntas del fiscal.

Rubio, de Querétaro, y el oficial republicano José Rincón y Gallardo, banquero en la ciudad de México, prestaron su cooperación para que se realizara ese pago mediante letras de cambio.

[83] Below, 1899, p. 326 y ss.

[84] Hamnet, 1994, p. 176.

La mayoría de dichos cargos se sustentaban en el hecho de que el gobierno republicano consideraba a Maximiliano como "usurpador", criterio al que tenía que atenerse su fiscal Azpíroz. Como Maximiliano se negó a responder a los cargos por estimar que eran de tipo político, se lo consideró "confeso por negarse a declarar". El vicecónsul hanseático Bahnsen informó a Magnus que Maximiliano estaba siendo juzgado por un consejo de guerra "ordinario",[85] *usando ese calificativo en forma peyorativa, aunque en realidad mediante ese tipo de juicio se concedían al inculpado más derechos que en uno de carácter sumario.*

En tanto, en la capital Mariano Riva Palacio se enteró por una carta de su hijo, Vicente Riva Palacio, que un documento para la abdicación de Maximiliano se encontraba en poder de Lacunza, pero se negaba a publicarlo porque no creía que fuera verdadera la noticia sobre la captura del emperador.

El 28 de mayo Mariano Riva Palacio, que aún no sabía que Maximiliano lo había elegido como uno de sus defensores mediante el telegrama que envió a Magnus el 25 de ese mismo mes, visitó a su hijo Vicente en el cuartel general de Porfirio Díaz, quien le entregó el citado telegrama y le informó con todo detalle sobre la situación del prisionero.

El 29 de mayo el canciller de Prusia, Otto von Bismarck, encargó a su ministro en Washington, barón von Gerold, apoyar la gestión del ministro de Austria, Wydenbruck, en favor de Maximiliano, ante el gobierno republicano. Adicionalmente, el abogado norteamericano Frederic Hall llegó a Querétaro procedente de San Luis para asesorar a Maximiliano en su proceso. Su principal argumento era la pretendida "inconstitucionalidad" de la ley del 25 de febrero de 1862.

El 30 de mayo la princesa Inés de Salm-Salm regresó a Querétaro procedente de San Luis para informar a Maximiliano que, supuestamente a instancias suyas, Juárez había autorizado que se aplazara el juicio hasta que llegaran sus defensores.[86] *En esa virtud el defensor Vázquez se negó a recibir el proceso de manos del fiscal Manuel Azpíroz.*

[85] Se usa *gewöhnlich* (común, de bajo rango) en vez de *ordentlich* (usual).

[86] El 25 de mayo Maximiliano escribió una carta a Juárez solicitándole una prórroga para el inicio del juicio hasta que sus defensores llegaran a Querétaro. El contenido de esta carta se envió el mismo día 25 por telegrama a San Luis. La carta autógrafa fue llevada por Inés de Salm-Salm a dicha ciudad, a la que llegó el 28 de mayo. En su reunión con Juárez, éste —según ella— primero denegó la petición, pero ante sus súplicas decidió convocar un nuevo consejo de ministros, por lo que finalmente se concedió el aplazamiento. El telegrama de Magnus mediante el cual también solicitó la prórroga desde el cuartel general de Porfirio Díaz en Tacubaya no se despachó antes del 1 de junio, por lo que la gestión de Inés fue exitosa. A su regreso a Querétaro el 30 de mayo Inés concedió una entrevista al periodista norteamericano Clark, mediante la cual informó a Maximiliano sobre el éxito de su misión.

México, 31 de mayo 1867

[...] Desafortunadamente ya no hay duda de que el emperador Maximiliano fue hecho prisionero, pero el gobierno aún insiste en desmentir este lamentable suceso, sosteniendo que todos los días recibe noticias en el sentido de que el emperador está regresando a la capital a la cabeza de sus tropas.

Entre tanto, en los últimos días varios cuerpos republicanos que participaron en el sitio de Querétaro se han reunido en los alrededores de la ciudad de México con el ejército del general Porfirio Díaz, quien cada vez estrecha más el cerco a la misma. Estas tropas, bajo el mando de los comandantes republicanos Corona y Riva Palacio, sumarían alrededor de 6 000 combatientes. Riva Palacio padre salió de la ciudad el 28 del mes con un permiso del general Márquez para reunirse con su hijo, del cual había estado separado desde hace ya cuatro años. Ese mismo día me visitó a las once y media de la mañana para entregarme el telegrama que S. M. el emperador me dirigió para pedirme que, lo más pronto posible, me traslade a Querétaro con el abogado Mariano Riva Palacio, con Rafael Martínez de la Torre y otros abogados que yo escoja para la defensa de su causa. Don Mariano Riva Palacio me aseguró que el propio general Porfirio Díaz le entregó el telegrama en un sobre abierto para que me lo hiciera llegar. S. E. tendrá la bondad de observar que el telegrama está fechado en San Juan del Río el día 25 de mayo, y que fue recibido el mismo día a las 9:12 de la mañana en el cuartel general de Porfirio Díaz, que se encuentra a media hora de la capital. El emperador se encuentra en Querétaro, pero como debido al sitio la comunicación telegráfica está interrumpida, se tuvo que despachar desde San Juan del Río.

Con base en los testimonios que don Mariano Riva Palacio recogió en el campamento de Porfirio Díaz, pudo confirmar la versión sobre la captura del emperador que habíamos oído desde hace una semana. A las tres de la madrugada del 15 del mes en curso el general republicano Escobedo emprendió un exitoso ataque contra Querétaro y tomó por asalto el cuartel general del emperador,[87] que se encontraba en la entrada de la ciudad, en un antiguo monasterio fortificado lla-

[87] La entrada de los republicanos se realizó sin lucha gracias a la cooperación del coronel imperial Miguel López. Sin embargo, en un telegrama a Juárez fechado el 15 de mayo Escobedo presentó los hechos como un triunfo de armas logrado mediante un sorpresivo ataque.



Inés (Agnes) de Salm-Salm

mado cerro de la Cruz. S. M. se retiró combatiendo,[88] y bajo un terrible fuego de artillería[89] atravesó toda la ciudad hasta llegar al cerro de las Campanas, que es una colina fortificada al extremo opuesto de la ciudad. En esa posición los restos del ejército imperial resistieron durante siete horas los ataques del victorioso enemigo,[90] pero como las privaciones sufridas habían agotado las fuerzas de las tropas, a las 10 de la mañana el propio emperador enarboló una bandera blanca. El comandante republicano Aureliano Rivera, persona de pésima reputación, del cual se dice que anteriormente había sido cochero, se lanzó sobre el emperador, quien con lágrimas corriendo por sus mejillas le entregó la espada[91] en señal de rendición, y le pidió darles de comer a sus soldados, que ya llevaban 48 horas sin alimentarse. Según afirma Riva Palacio padre, su hijo el general republicano fue encargado de llevar al desdichado monarca al cerro de la Cruz, donde desde aquel día se encuentra prisionero.

Después de una defensa heroica de tres meses, la caída de Querétaro fue producto del hambre y, como se afirma, probablemente también de un acto de traición. Se dice que después de la victoria la mayoría de los comandantes republicanos pidieron que, sin mayor demora, se pasara por las armas al emperador. Escobedo, sin embargo, enérgicamente se opuso a semejante crimen, y solicitó a Juárez, que se encuentra en San Luis Potosí,[92] que se ordenara su arresto. ¡De acuerdo al contenido del telegrama que S. M. me envió, no cabe duda de que será juzgado!

[88] No hubo más que algunos tiroteos.

[89] El bombardeo ordenado por Escobedo no se inició sino hasta que Maximiliano, su séquito y algunos cientos de sus soldados habían alcanzado el cerro de las Campanas.

[90] Maximiliano y el pequeño resto de sus tropas, compuesto por jinetes del primer y del cuarto regimiento de caballería que se retiraron al cerro de las Campanas, no ofrecieron ninguna resistencia. En un proyecto austromexicano dirigido por Patricia Galeana y Konrad Ratz se analizaron la "traición de López", la marcha de Maximiliano y su escolta al cerro de las Campanas y su rendición a discreción. En la obra de Ratz, 2005, pp. 193-213, se relatan estos episodios según los testigos presenciales, que sólo discrepan en puntos menores.

[91] Por consideraciones de jerarquía, Maximiliano entregó su espada directamente al general Escobedo.

[92] En un telegrama fechado el 20 de mayo Escobedo informó a su gobierno que sus oficiales demandaban un rápido castigo para Maximiliano. En virtud de que él debería marcharse para auxiliar a Porfirio Díaz, astutamente solicitó que se trasladara a Maximiliano a San Luis. Por lo visto no quería cargar con la responsabilidad de un proceso, cuyo resultado final era predecible. Sin embargo, Benito Juárez decidió que Escobedo se encargara del juicio de Maximiliano.

Considero que es mi sagrado deber corresponder, lo más pronto posible, al llamado del monarca en estos momentos de máxima tribulación, y creo que S. R. M., nuestro benignísimo soberano, y S. E., aprobarán mi actitud. El hecho de que el emperador me haya escogido a mí ante todo puede deberse a que el embajador francés [Dano] y su homólogo español son mal vistos por el victorioso partido republicano, dada la participación de sus gobiernos en la intervención europea, en tanto que las demás embajadas actualmente están encabezadas por encargados de negocios interinos.

Los abogados elegidos por el emperador en el telegrama reiteradamente mencionado de inmediato se manifestaron dispuestos a partir a Querétaro para asumir su defensa. Ambos pertenecen al partido republicano, son excelentes abogados y gozan del respeto de todos los partidos por su honestidad, particularmente Riva Palacio. A instancias del padre Fischer, jefe del gabinete imperial,[93] y al que me dirigí para obtener los documentos que el emperador requirió en su telegrama, se agregó a los mencionados dos abogados un tercer defensor, que es el señor Eulalio Ortega, uno de los mejores juristas y oradores del país.

Por desgracia, nuestra partida ha sufrido un retraso por culpa de los ministros y del general Márquez. Con grandes trabajos había obtenido el permiso para que, en mi compañía, los tres defensores hoy emprendieran el viaje, pues en respuesta a mi solicitud escrita el general Porfirio Díaz solícitamente me envió los pasaportes necesarios para poder atravesar sus posiciones. No obstante, las autoridades militares de la ciudad primero retrasaron el permiso para abandonar la ciudad, y posteriormente notificaron su prohibición expresa para que los tres abogados emprendieran el viaje. Bajo las condiciones que están imperando en la ciudad como consecuencia de las penurias cada vez más desesperadas y los incontables rumores sobre la suerte del emperador, la noticia de la partida de los defensores y de mi persona cundió con la velocidad de un rayo y tuvo gran impacto en los círculos ilustrados. Además, antes de que yo recibiera

[93] Fischer firmó como "El secretario del Emperador". Su influencia sobre Maximiliano fue enorme. Sin embargo, y aunque desaconsejó la salida del emperador a Querétaro, Maximiliano emprendió la marcha. Bajo la dictadura del "lugarteniente del imperio" Leonardo Márquez, Fischer perdió su influencia, y tras la toma de la capital fue capturado por los republicanos, pero pudo liberarse entregando al nuevo gobierno parte del archivo imperial. Un amplio resumen de su biografía se publica en Ratz, 2008.

el telegrama, el encargado de negocios del imperio austriaco, barón Lago, también había iniciado gestiones para visitar al emperador en Querétaro. Los ministros y Márquez argumentan que el telegrama puede ser una falsificación; un despreciable ardid de guerra destinado a provocar agitación en la ciudad y, de ser posible, a inducir a las tropas europeas a deponer las armas. Después de haber impedido la partida del barón Lago y de mi persona con una serie de obstáculos, han llegado hasta el extremo de comunicar a las tropas que la noticia de la captura del emperador es falsa. Algunos diplomáticos estaban a punto de partir a Querétaro, pero al recibir como segura la noticia de que la derrota y la captura del emperador eran un mero invento, desistieron de hacer el viaje.

Después de haber usado al desdichado emperador como un mero instrumento para sus ambiciosos planes y de haber causado su perdición, los cabecillas de este deshonesto gobierno ahora hasta son capaces de quitarle los medios para su defensa. Por ello me hubiera sentido obligado a exigir hoy mismo mis pasaportes, pero me temo que en ese caso los abogados nunca recibirían el permiso de partir.

Por fin, y después de insistir continuamente y con la máxima urgencia, se expidieron los pasaportes de salida cuando ofrecí realizar la partida con todo sigilo. Nuestra partida ha sido fijada para mañana a temprana hora, pero no puedo estar seguro de si a la mera hora del viaje no surgirán nuevas complicaciones. El mensajero que hoy en la mañana me entregó el permiso del general Porfirio Díaz para atravesar sus puestos de avanzada también me dio una carta procedente de Querétaro, fechada el 27 del mayo. El escrito es una copia y su autor es el señor [Juan] Bahnsen, un conocido comerciante establecido en San Luis Potosí, donde ocupa el cargo de vicecónsul de Hamburgo.[94] De la carta se desprende que el emperador ha solicitado reiteradamente mi presencia y la de los encargados de negocios austriaco y belga, probablemente en calidad de representantes de las cortes de su familia, y eventualmente la de los encargados de negocios de Inglaterra e Italia. La carta no menciona al embajador de Francia (Alphonse

[94] Como Juan Bahnsen era un diplomático acreditado ante el gobierno republicano, pudo viajar sin problemas a Querétaro para asistir a Maximiliano, al que le recomendó al jurisconsulto Jesús María Vázquez como defensor. Éste era profesor en derecho procesal del Colegio Civil de Querétaro e hizo todo lo posible para demorar el proceso, esperando una intervención de las potencias extranjeras. Su alegato ha sido publicado en Fuentes Mares, 1963.

Dano) ni al de España (el marqués de la Ribera). Desafortunadamente, antes de recibir el telegrama, no había tenido noticia directa ni indirecta de ello. Al revelarles esta comunicación, el barón Lago y los encargados de negocios de Bélgica [Hoorikx] e Italia [Curtopassi] tomaron la decisión de viajar a Querétaro, pero hasta esta noche sus gestiones para obtener pasaportes de salida han sido infructuosas.

La carta de Bahnsen contiene la dolorosa noticia de que los triunfadores, movidos por el odio y la sed de venganza, quieren juzgar al monarca prisionero ante un consejo de guerra ordinario, compuesto por oficiales subalternos y presidido por un coronel.[95] Todas las personas bien intencionadas, incluyendo a la inmensa mayoría de los republicanos, esperan que, a pesar de la euforia del triunfo, no se vaya a cometer un horroroso crimen. A petición de S. M. [Francisco José] el emperador austriaco, el gobierno de Washington intercedió ante Juárez en favor de la vida del emperador. Sin embargo, ni el telegrama de Maximiliano ni la carta de Bahnsen presagian un desenlace feliz. Incluso hoy se esparció el siniestro rumor de que ya se habría pronunciado y ejecutado una sentencia feroz. Los defensores elegidos por el desgraciado emperador no creen en la veracidad de un acto tan atroz.

Hoy se supo cuál fue la causa del retraso posiblemente fatal de la llegada a mis manos del importantísimo telegrama del emperador. El padre Fischer también quería trasladarse a Querétaro con el fin de asistir al emperador en su doble función de jefe del gabinete y capellán. El cónsul norteamericano de esta ciudad intercedió ante Porfirio Díaz para que al padre se le concediera el permiso requerido. Sin embargo, el general republicano rechazó acceder a la solicitud por considerarse incompetente para tomar una decisión al respecto,

[95] Según la comunicación del Ministerio de Guerra que figura en el proceso, el artículo 28 de la citada ley señalaba "que las penas impuestas en ella se aplican a los reos cogidos in fraganti delito o en cualquier acción de guerra, con sólo la identificación de las personas". Es decir que, según dicha ley, un juicio formal no hubiera sido necesario. "Sin embargo, queriendo el gobierno usar de sus amplias facultades, con objeto de que haya la más plena justificación del procedimiento en este caso, ha resuelto que en él se proceda al juicio que dispone la misma ley en otros casos, para que de este modo se oigan en éste las defensas que quieren hacer los acusados y se pronuncie la sentencia que corresponda en justicia." Comparado con otros procesos tipo *show* que se celebraron en el siglo XX en la Unión Soviética y en otros países dictatoriales, el juicio de Querétaro fue un caso *sui generis,* porque, por una parte, Maximiliano pudo disponer de excelentes abogados, pero, por la otra, la sentencia de la pena capital estaba prácticamente programada de acuerdo con la legalidad republicana.

mencionando de paso en la respuesta que dio por escrito al cónsul Otterburg que no le había sido posible entregarme el telegrama que el emperador me envió sino hasta después de haber pedido y recibido el permiso del presidente Juárez. Excelencia, tenga la seguridad de que contribuiré, dentro de mis limitaciones pero con todas mis fuerzas, a impedir un crimen atroz.

La situación en la ciudad de México es desoladora. La miseria de los bajos estamentos no tiene límites. Aumentan los casos de hombres muertos de hambre. Desde hace dos días todas las panaderías están cerradas. Los depósitos de maíz, principal alimento de la población, están sitiados por cientos de mujeres hasta altas horas de la noche. La carestía de todos los víveres los vuelve totalmente inalcanzables. A pesar de la apatía del pueblo, parece imposible defender la ciudad por más tiempo. Es cierto que los sitiadores nunca conquistarían la plaza mediante una guerra abierta, pero el hambre pronto les abrirá las puertas.

Me acaba de comentar el padre Fischer que cuando el emperador partió hacia Querétaro, llevó consigo una abdicación que firmó en esa ciudad en el mes de marzo.[96] Según ese documento que el general Márquez trajo de Querétaro y entregó a finales de marzo a Lacunza, presidente del consejo de ministros, el emperador abdicaría en caso de caer prisionero, y ello debería se publicado de inmediato. Sin embargo, hasta el momento Lacunza se ha negado insistentemente a publicar el documento. Es probable que cientos de oficiales y soldados europeos, entre ellos muchos jóvenes valientes y nobles que se han quedado aquí por fidelidad a la persona del emperador, pierdan la vida debido a la negativa actitud de Lacunza, que inútilmente está prolongando la defensa de la ciudad, puesto que cuando por fin caiga sufrirán la implacable venganza de los vencedores.

Hoy circuló el rumor de que esta noche Márquez escaparía con algunas tropas de caballería, pero ello no me parece muy creíble.

El 1 de junio Magnus, los tres defensores (Riva Palacio, Martínez de la Torre, y Eulalio Ortega, el abogado contratado por Fischer), el encargado de negocios

[96] Los originales se perdieron, pero una copia fotográfica fue descubierta por M. Drewes en la Biblioteca Gómez Farías, en Mixcoac, México, D. F. El texto en español fue publicado por vez primera en Lubienski, 1988, anexo G.

de Bélgica Hoorikx, y el cónsul francés Forest, partieron de la capital hacia Querétaro. Únicamente el encargado de negocios de Austria, barón Lago, no logró superar las "dificultades para su salida".

El 2 de julio Lago, junto con su secretario Schmit von Tavera, finalmente logró salir de la capital en una lancha por el canal de La Viga en dirección a Tacubaya. Por la tarde llegó a San Luis Potosí un telegrama de Magnus pidiendo una prórroga del proceso hasta que llegaran los defensores a Querétaro, pero la prórroga ya había sido concedida en virtud de un telegrama que anteriormente Maximiliano envió al gobierno republicano, y de la intervención personal de Inés de Salm-Salm ante Juárez.

El 3 de junio Lago y Schmit von Tavera salieron hacia Querétaro vía Toluca y Celaya, y esa misma tarde se descubrió el primer plan de fuga de Maximiliano, Miramón y Mejía, por lo que Escobedo reforzó su vigilancia.

El 5 de junio llegaron a Querétaro Magnus y sus acompañantes, y éste realizó su primera visita a Maximiliano, a quien informó que su abdicación no había sido publicado en la capital. Por vía telegráfica los defensores solicitaron a Lerdo otra prórroga para preparar la defensa del emperador, y decidieron dividirse en dos grupos: el de los defensores políticos (Riva Palacio y Martínez de la Torre), que se trasladaría a San Luis Potosí, y el de los defensores en el proceso (Vázquez y Ortega), que permanecería en Querétaro.

El 6 de junio los diplomáticos austriacos Lago y Schmit von Tavera llegaron a Querétaro: Lago se entrevistó con Maximiliano, quien a través de Magnus ya se había enterado de las principales noticias de la capital.

En una junta de médicos encabezada por el doctor Basch, que se celebró el 7 de junio, se acordó solicitar condiciones más saludables e higiénicas para Maximiliano, recomendándose que se lo trasladara a la hacienda de San Juanico, ubicada en las afueras de la ciudad. Escobedo se negó a ello por considerar que el traslado aumentaría las posibilidades de fuga.

El 8 de junio Riva Palacio y Martínez de la Torre arribaron a San Luis Potosí, sede provisional del gobierno republicano. Lerdo y Juárez rechazaron su petición de prorrogar otros 30 días el juicio.

El consejo de ministros republicano, compuesto por Juárez, Lerdo, Iglesias y Mejía que se reunió el 9 de junio, confirmó la competencia del consejo ordinario de guerra que había sido impugnado por los defensores.

Querétaro, 9 de junio de 1867

[Carta de Magnus enviada desde San Luis Potosí en agosto de 1867 a través del señor Bahnsen]

En mi informe del 31 de mayo escrito en México tuve el honor de

mencionar que, desde su prisión, el emperador me pidió trasladarme a Querétaro. Pido a su Excelencia me disculpe por no haberlo firmado, pero me vi obligado a encargar al cónsul real Benecke que lo pasara en limpio y lo remitiera a S. E. El caso es que finalmente, después de interminables gestiones, obtuve de las autoridades militares de la capital el permiso para trasladarme a Querétaro con los abogados escogidos para la defensa. El 31 de mayo por la noche recibí una comunicación del comandante de las tropas, general Tavera, en el que se me indicaba que debíamos partir en la madrugada del 1 de junio. El secretario Scholler, quien me ha acompañado a Querétaro, sacó en limpio el mencionado informe para que pudiera ser enviado.

Sin embargo, la idea del general Márquez de fijar una hora tan temprana para evitar que se conociera nuestro viaje no tuvo éxito. Cuando nos acercamos a las fortificaciones nos encontramos con más de cien carruajes y con miles de peatones, hombres, mujeres y niños de los estratos bajos, que se habían congregado con la esperanza de poder abandonar la ciudad conmigo, y así escapar a las vicisitudes del estado de sitio. Tuvimos que esperar varias horas porque el enemigo inició un intenso bombardeo contra la multitud, el cual sólo cesó después de que enviamos a un parlamentario a dialogar con los sitiadores. Así, finalmente y con grandes trabajos y mayor pérdida de tiempo, pudimos atravesar la escarpada fortificación, por lo que apenas al mediodía llegamos a Tacubaya, donde se encuentra el cuartel general de Porfirio Díaz.

Como tuve el honor de informarle el 31 de mayo, además de los abogados escogidos por el emperador, Riva Palacio y Martínez de la Torre, y del señor Ortega, que fue incluido a petición del padre Fischer, se nos unieron el encargado de negocios del reino de Bélgica, señor Hoorikx, y el anterior cónsul francés en Mazatlán, M. Forest. Este último nos acompaña cumpliendo el deseo del embajador francés, Dano. El señor Hoorikx logró salir de la ciudad de incógnito en un carruaje, puesto que las autoridades le negaron el pasaporte para que pudiera abandonarla. Solamente unas pocas familias que llegaron en coche a la garita obtuvieron el permiso de salida. El encargado de negocios del imperio austriaco, barón Lago, quien el día anterior en vano había intentado atravesar las fortificaciones, fue retenido por el oficial en jefe a pesar de que disponía de un pasaporte válido de las autoridades militares, pues argumentó que no había recibido órdenes de dejarlo partir, y que, además, las tropas liberales no le permitirían

ingresar a Tacubaya sin antes haber obtenido el permiso del general Díaz. Los infelices peatones de las clases populares invariablemente son rechazados por los puestos de avanzada del ejército sitiador, porque, como supe más tarde, el general Díaz desea evitar una concentración masiva de indigentes en los alrededores de la capital, que ya se encuentran congestionados por sus tropas. Estos desdichados, demacrados y agotados por las privaciones, que son la viva imagen de la desolación, andaban errando entre las dos líneas enemigas, porque al ser rechazados por los republicanos no eran fácilmente admitidos de nuevo en la ciudad. A uno se le desgarraba el corazón al ver a los niños hambrientos, desmayados, que ya casi no daban señales de vida en los brazos de sus madres que apenas podían arrastrarse.

El general Díaz me recibió con toda cortesía, comunicándome que el 29 de mayo me había transmitido una orden telegráfica del presidente republicano Juárez, según la cual no se debería interponer obstáculo alguno para mi viaje y el de los abogados y encargados de negocios de Austria, Bélgica, Inglaterra e Italia a Querétaro. El general Díaz afirma haberle hecho llegar el escrito al general Tabera el 29 de mayo por conducto de un parlamentario, con la petición de entregármelo. No obstante, y a pesar de que estuve con el general Tabera el 30 y 31 de mayo para hablar sobre los particulares de mi viaje, no me entregó la carta. A petición mía, el general Díaz ordenó que se me diera un duplicado de su carta del 29 de mayo.

Es imperdonable que el partido imperial en la ciudad de México continúe poniendo tantas dificultades para la salida de mis colegas, en particular del barón Lago, porque aun cuando el gabinete del general Márquez no hubiera recibido informaciones fidedignas sobre la captura del emperador, a través del mensaje que el general Díaz me envió sabía que el desdichado monarca nos había mandado llamar. He aquí una nueva prueba del deplorable hecho de que a los jefes del partido clerical la suerte del emperador poco les importa, pues tan sólo han visto en el desafortunado príncipe una bandera para organizar su resistencia contra sus adversarios liberales. A petición mía, de inmediato el general Díaz despachó a un parlamentario con el permiso para la salida del barón Lago, pero cuando éste llegó a la ciudad el encargado de negocios austriaco ya se había retirado de la línea de las fortificaciones.[97]

[97] Lago y su ayudante, Schmit von Tavera, lograron salir de la capital el 2 de junio

Los oficiales republicanos en Tacubaya muestran una actitud sumamente hostil hacia al emperador, y el general Díaz consideró posible que, en vista del atraso de nuestra partida, el consejo de guerra contra el monarca ya se hubiera celebrado, y que la sentencia, que sin duda sería de muerte, ya se hubiera ejecutado antes de que llegáramos a Querétaro. Este temor me impulsó a enviar desde Tacubaya un telegrama a don Sebastián Lerdo de Tejada, ministro de Relaciones Exteriores de don Benito Juárez, para solicitar el aplazamiento del proceso hasta que lleguen los defensores. Me permito enviar a S. E. este telegrama del 1 de junio redactado en español y traducido al alemán, para que S. E. se percate de que he evitado todo lo que pudiera ser interpretado como un reconocimiento del gobierno republicano. El telegrama está dirigido al señor Lerdo sin mencionar su título de ministro, y al señor Juárez le doy el tratamiento de "Su Excelencia". Por otra parte, no quise provocar el malestar del gobierno republicano en San Luis Potosí llamando "emperador" al monarca, pero como tampoco podía tratar al emperador de México reconocido como tal por nuestro gobierno como "archiduque", decidí emplear la expresión "príncipe en desgracia".

En atención a que el servicio de coches de correo, interrumpido por el estado de guerra, aún no había sido restablecido, no nos fue posible continuar el viaje el mismo día. Partimos de Tacubaya apenas el 2 del mes y tuvimos que contentarnos con los animales de tiro traídos de la ciudad de México. Debido a las malas carreteras y a que los vehículos estaban en aún peores condiciones, nuestro viaje fue de lo más fatigante.

En el primer día nos encontramos en la carretera con el señor Daus, un alemán que viajaba a Tacubaya y que me entregó un mensaje de S. M. el emperador redactado en español y fechado el 30 de mayo. Tenga S. E. la bondad de desprender de esta carta [...] que el emperador nuevamente me pide partir, sin demora, con los mencionados abogados, y que hace la misma petición a los representantes de Austria y Bélgica. El original de esta carta firmada por S. M. se lo devolví al señor Daus después de haber sacado una copia en plena carretera, y le pedí hacerla llegar cuanto antes al barón Lago. Cuan-

por el canal de la Viga. Lago fue cortésmente recibido en Tacubaya por Porfirio Díaz, quien les permitió continuar el viaje, en un coche alquilado, a Querétaro, a través de Toluca, Maravatío, Acámbaro y Celaya. Llegó a Querétaro el 7 de junio, en tanto que Magnus y los abogados ya habían llegado el día 5.

do Daus regresó a Querétaro, me contó que el mensajero que envió de Tacubaya a la capital fue detenido y encarcelado, y que le quitaron la carta del emperador. Ese mismo día el general Márquez declaró que acababa de llegar un viajero con la noticia fidedigna de que el emperador regresaba a la capital a marchas forzadas con un ejército victorioso de 5 000 hombres para rescatarla.

Desde Tepeji del Río expedí el 2 de junio un telegrama para el general Escobedo, comandante en jefe del ejército republicano en Querétaro, para anunciarle nuestra llegada y pedirle que avisara al emperador, que ya estaría preocupado por nuestra tardanza. En este telegrama también me vi obligado a evitar el título que le corresponde a S. M., ya que como, según dicen, el general Escobedo es muy hostil al príncipe, decidí utilizar el término "el prisionero". Al día siguiente recibí la respuesta telegráfica del general Escobedo fechada el 3 de junio, según la cual informó al emperador sobre el contenido de mi mensaje. Con presunción republicana, e imitando los tiempos de terror de la primera revolución francesa, el general llama al emperador prisionero solamente "Fernando Maximiliano de Habsburgo".

El 4 de junio un mensajero a caballo me entregó en el camino otra comunicación del general Escobedo del mismo día, en la que me informó que el presidente Juárez, correspondiendo al telegrama que desde Tacubaya le envié al señor Lerdo, aprobó que el consejo de guerra contra el emperador se aplazara por otras 24 horas. A pesar de la fatiga de nuestros animales, continuamos el viaje a toda la velocidad hasta que el día 5 llegamos a Querétaro.

El 10 de junio Maximiliano dictó al encargado de negocios de Austria, Lago, un codicilo, que su secretario, Schmit von Tavera, tradujo al español,[98] *pero que el emperador ya no pudo firmar porque Lago fue expulsado de Querétaro. Magnus recibió telegramas de los defensores políticos Mariano Riva Palacio y Martínez de la Torre, que se encontraban en San Luis Potosí, en los que le rogaban trasladarse urgentemente a esa ciudad; aunque Maximiliano no esperaba que su intervención pudiera tener éxito alguno, dio su aprobación para que realizara el viaje.*

El 12 de junio el consejo de guerra fue convocado para el día siguiente. En previsión de una sentencia desfavorable, los defensores presentaron al gobierno republicano una petición de clemencia, pero la respuesta fue en el sentido de que no se tomaría ninguna decisión sobre la petición en tanto no se conociera la sentencia. Felix de Salm-Salm informó al monarca prisionero que se estaba organizando un segundo intento de fuga: su esposa Inés sobornaría a dos oficiales con sendos pagarés de 100 000 pesos. El médico en jefe republicano, Rivadeneyra, dictaminó por escrito que, debido a que Maximiliano se encontraba enfermo, no estaba en condiciones de asistir al juicio.

El 13 de junio, primer día del juicio en el gran teatro de Iturbide, Felix zu Salm-Salm, a través de su esposa Inés, hizo llegar a Maximiliano un plan escrito para su fuga. Como Maximiliano estaba enfermo de disentería, no fue obligado a comparecer, pero sí lo hicieron Miramón y Mejía. Sus defensores, Vega, Jáuregui y Moreno, presentaron sus alegatos, y posteriormente hablaron los defensores de Maximiliano, Vázquez y Ortega.[99] *En tanto, en San Luis Potosí, Riva Palacio y Martínez de la Torre solicitaron a Lerdo y a Juárez perdonarle la vida a Maximiliano en caso de que se le sentenciara a la pena capital.*

En el segundo día del juicio el fiscal Azpíroz exigió que los tres reos fueran pasados por las armas. Tras la réplica de los defensores la sesión pública se suspendió a las 12:30 horas, y a continuación la corte marcial deliberó a puertas cerradas hasta la medianoche, pronunciándose por la pena de muerte.

San Luis Potosí, 15 de junio 1867

En mi informe del 9 del mes en curso tuve el honor de informar a S. E. sobre mi viaje a Querétaro para visitar al emperador prisionero. Pocas horas después de mi llegada, y tras obtener del general Escobedo el permiso necesario, tuve el honor de ser recibido por S. M. el emperador en su prisión. Se encuentra en una celda en el piso superior de un antiguo convento de capuchinos, cuya puerta y única ventana sin cristales dan a una pequeña entrada que se prolonga en una galería abierta desde donde se ve el patio del edificio. Al lado de la celda del emperador hay otras dos que se abren a la galería: la celda contigua es la del general Miramón, y la siguiente la del general Mejía. Los muebles de la estrecha celda del emperador son una cama, un lavabo muy modesto, dos mesitas, un sillón y algunas sillas bastante ordinarias.

Encontré al emperador enfermo en su lecho. La cama del desafortunado monarca es de varas de bronce, y por lo menos es cómoda y

[98] Texto en Springer, 1982, p. 31 y ss.

[99] La cronología del primer día de la vista está documentada en Ratz, 2005, p. 364

muy aseada. Su médico particular habita en otro cuarto en el mismo corredor, y tiene el permiso de tratar libremente con S. M. El emperador es atendido por los cuatro sirvientes que lo acompañaron a Querétaro, pero no están detenidos y tienen libre acceso a su amo imperial.

S. M., a quien no había visto desde hace ya casi un año, me recibió con evidente alegría y me colmó de muestras de simpatía y confianza. Se encontraba muy tranquilo y sereno, y me confirmó lo que ya había escuchado: que la toma de la ciudad fue obra de una abominable traición. En un informe separado me permitiré relatar a su excelencia el triste episodio de la captura del emperador, pero ahora sólo deseo mencionar que el traidor que vendió al emperador por una recompensa de 7 000 pesos, Miguel López, era un favorito del monarca, coronel y comandante del regimiento de la emperatriz . S. M. lo había colmado de favores e incluso apadrinado a uno de sus hijos. El regalo imperial de bautizo que le dio fue una casa en la capital con valor de unos 25 000 pesos. Ya que en México el lazo espiritual entre un padrino y los padres del niño bautizado es considerado especialmente sagrado, López es despreciado por su infidelidad hasta por los republicanos más convencidos.

El emperador me preguntó por la situación en la capital. Cuando le informé abiertamente sobre las monstruosidades cometidas por el general Márquez en su calidad de gobernador imperial, S. M. me dijo que algunos de los acontecimientos en México ya eran de su conocimiento. Como Márquez había abusado gravemente de los poderes que le otorgó, protestaba solemnemente contra todos los actos de su gobierno. Me aseguró que tan sólo había enviado a Márquez a México para que regresara a Querétaro con las tropas acuarteladas en la capital, y con material bélico y recursos financieros. No obstante, Márquez desatendió sus instrucciones, emprendió la fatal campaña para socorrer a Puebla y permitió que se sitiara a la ciudad de México, en lugar de socorrer al emperador. Como durante el sitio las comunicaciones entre Querétaro y México quedaron totalmente interrumpidas, el emperador no recibió el dinero que esperaba de la capital. Después de su captura envió a Márquez una orden expresa para que entregara la capital, se ordenara a las tropas europeas deponer las armas y se les informara de su captura, ello con el propósito de evitar un mayor derramamiento de sangre. Sin embargo parece que Márquez interceptó estas órdenes, al igual que las cartas que S. M. me envió pidiéndome que viajara a Querétaro con sus aboga-

dos. Además, confirmó el hecho relatado en mi informe del 31 de mayo respecto a que Márquez llevó a México el acta de abdicación firmada por S. M. con la orden expresa de publicarla inmediatamente después de que fuera capturado. Fue tanta la indignación del emperador contra Márquez que en repetidas veces exclamó: "Si Juárez me pusiera ante la alternativa de fusilar a López, que me vendió, o a Márquez, diría: Márquez."

El emperador insistió en protestar por escrito contra todos los actos del gobierno de Márquez, porque "Aunque me fusilen, ante mis contemporáneos y ante la posterioridad, no puedo asumir la responsabilidad de los actos que Márquez cometió en mi nombre, sino en contra de mis expresas instrucciones y órdenes". El emperador tiene la intención de redactar esta protesta en forma de una nota circular dirigida al cuerpo diplomático, la cual sería refrendada por el ministro de Educación y Ciencia, Aguirre, que igualmente está detenido en Querétaro. Los defensores que fueron consultados para redactar este documento advirtieron a S. M. que como prisionero de guerra, y después de haber abdicado la corona, no se encuentra en condiciones de ejecutar un acto soberano sin aumentar la cólera de los triunfantes republicanos. Por otro lado, la dignidad de S. M. no permitiría fechar la protesta con anterioridad al día de su captura. Yo no compartí el primero de los reparos de los abogados, pues más bien pensé que, incluso desde la cárcel, está en su derecho de protestar contra los abusos que se cometieron en su nombre, pero en contra de su voluntad y sin que tuviera conocimiento de ello. Que yo sepa, la protesta no se realizó[100] debido a las objeciones de los abogados.

S. M. me comentó varias veces que, aun estando en la cárcel, todavía se considera emperador, puesto que el acta de abdicación no fue publicada en México. Sin embargo se da cabal cuenta de su peligrosa situación, puesto que en esta primera conversación me dijo, y más tarde lo volvió a repetir: "Yo sé que Juárez quiere ver mi sangre. Siempre creí que los republicanos estaban inspirados por un alto ideal. Tenía un buen concepto de ellos. Pero ahora reconozco que son sanguinarios y hasta peores que algunos de mis propios partidarios, lo que desafortunadamente no es poco decir." Y con serena dignidad agre-

[100] Maximiliano sí formuló una protesta por escrito, pero únicamente la entregó al encargado de negocios belga, Frederic Hoorikx. Ésta se encuentra en el archivo histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores de Bélgica, y se reprodujo en forma facsimilar en Ratz, 2005, p. 274 y ss.

gó: "Si de nuevo tuviera que decidir, actuaría de la misma manera. Prefiero mi actual suerte a la vergüenza de que haber sido obligado por los franceses a abandonar el país." El odio del emperador contra los franceses fue evidente. S. M. me preguntó si estallaría la guerra entre nuestro gobierno y Francia, y cuando le respondí que, según las incompletas noticias que había recibido en la capital, parecía que la paz con Francia se mantendría, el emperador agregó: "pero la guerra sólo se ha aplazado; si regreso con vida a Europa le pediré permiso a vuestro rey para participar en la guerra contra los franceses, bien sea en su cuartel general, o en el del príncipe heredero".

Retornando a su propia situación, el emperador siguió en voz baja:

> Lo que ahora es primordial es hallar los medios para mi salvación. No puedo esperar nada del vergonzoso consejo de guerra al que me someterán, ni tampoco de Juárez. Solamente me queda la fuga [...] todo está preparado. Si logramos llegar a la sierra donde el general Mejía gobierna con poder absoluto, estaremos a salvo. Luego nos dirigiremos a Tampico; unos buques austriacos de guerra se encuentran en Veracruz y se dirigirán a Tuxpan para recogerme. Posteriormente viajaría a Veracruz que aún se está defendiendo de los republicanos, y de manera digna entraría en negociaciones con Juárez para obtener garantías en favor de mis partidarios mexicanos y extranjeros.[101]

El emperador me sugirió consultar este asunto con el coronel príncipe Felix zu Salm-Salm, quien, como creo ya haber informado

[101] Se refiere al primer intento de fuga proyectado en los primeros días de junio. Escobedo se enteró de este plan ideado por el príncipe Salm-Salm, en el que también debían tomar parte Miramón y Mejía. Finalmente Maximiliano desistió porque en este momento cifraba sus esperanzas en la acción de sus defensores. No obstante, la guardia en el convento fue reforzada. Un segundo intento de fuga se realizó el 12 de junio mientras el consejo ordinario de guerra tenía lugar en el teatro Iturbide. El plan fue nuevamente organizado por Felix zu Salm-Salm y su esposa Inés, y se describe con todo detalle en Ratz, 2005, p. 296 y ss. Hay que dudar de la seriedad del proyecto, porque por la locuacidad de la "princesa", en Querétaro dicho plan era un secreto a voces, y los dos coroneles, Villanueva y Palacios, que fingían prestar su ayuda, en realidad eran agentes de Escobedo. La verdadera intención de la pareja Salm-Salm era obtener una recompensa por parte del emperador Francisco José por liberar a su hermano. Inés zu Salm-Salm, que ya en Estados Unidos cabildeaba a favor de su marido Felix, se ha hecho legendaria en México por su intercesión ante Benito Juárez en San Luis Potosí implorándole que perdonara a Maximiliano. Conte Corti estuvo fascinado con este personaje, mujer ciertamente valiente, bella y emancipada, pero también una verdadera experta en hacer pagar a otros por sus propias deudas y las de su marido.

a su excelencia, acompañó a S. M. a Querétaro. Hizo grandes elogios del príncipe Salm, tanto por su valor y habilidad militar como por la lealtad y devoción que constantemente ha demostrado por él. Como a petición del emperador el príncipe fue autorizado para que lo acompañara durante el día, se encontraba cerca de nosotros, pero apenas había yo intercambiado algunas cuantas palabras con él lo llamaron. Cuando a los pocos minutos regresó, trajo la noticia de que lo iban a separar del emperador y enviarlo a otra cárcel. Las gestiones que, en nombre del emperador, se hicieron ante el general Escobedo para suspender la orden no fueron tenidas en cuenta. No obstante, al médico imperial, doctor Basch, que había sido trasladado a otra prisión junto con el príncipe, después de algunas horas se le permitió regresar para que permaneciera junto al emperador. Ese mismo día las tropas encargadas de vigilarlo en el convento de Capuchinas (aquí se desconoce el sistema del cambio diario de la guardia) fueron sustituidas por otras, se duplicó el número de centinelas de la prisión, y especialmente se reforzó la vigilancia de la celda del emperador y la escalera que conduce a ella. La noche siguiente se ordenó tener encendida una luz todo el tiempo, y que un oficial permaneciera en la celda imperial durante la noche entera.

Estas estrictas medidas fueron tomadas por el general Escobedo después de que se enteró de la intención de fuga. Días antes de mi llegada a Querétaro la fuga ya estaba completamente preparada, y no cabe duda de que hubiera sido exitosa si el emperador la hubiera emprendido a tiempo, puesto que la vigilancia era sumamente flexible y varias personas tenían libre acceso al monarca hasta altas horas de la noche. La escalera y los corredores de la prisión estaban a oscuras y tenían pocos centinelas: como ningún soldado daba el quién vive cuando pasaban las personas que salían hasta muy tarde de la celda del emperador, hubiera sido fácil que pudiera salir a la calle disfrazado. Además, se había llegado a un acuerdo con algunos oficiales de la guarnición que estaban dispuestos a apoyar la fuga del emperador. La fuga ya se había planeado con tanto detalle que las monturas y los armamentos adquiridos estuvieron disponibles durante dos noches seguidas en un determinado lugar de la ciudad, pero en el momento decisivo el emperador aplazó su escape. Respecto a las causas de la desafortunada indecisión de S. M. he averiguado lo siguiente, pero S. E. me permitirá no mencionar en este momento a ciertas personas por su nombre y apellido, porque su seguridad



Felix zu Salm-Salm

podría verse comprometida si este informe cayese en manos de las autoridades republicanas. Según el plan original, el emperador sólo estaría acompañado por el general Mejía, que comparte su prisión, por el príncipe Salm, y por los oficiales de la guarnición involucrados en el plan de fuga.[102] Sin embargo, y en virtud de que se mostró reacio a dejar atrás al general Miramón, que ya casi se había recuperado del disparo que sufrió en la mejilla, fue necesario compartir el secreto con él. Mientras tanto, ocurrió lo siguiente.

La esposa de Miramón logró salir de la capital y se desplazó a Querétaro cuando recibió la noticia de la lesión que su marido había sufrido, e igualmente la esposa norteamericana del príncipe Salm abandonó la población de Tacubaya donde residía, para trasladarse a toda prisa a Querétaro. La princesa Salm llegó al país en abril con una licencia del general Díaz, y como de inmediato se dio cuenta de que la opinión pública en la capital ya daba por perdida la causa imperial, seguramente con las mejores intenciones tomó la arriesgada decisión de ir hasta Querétaro y San Luis Potosí para tratar de lograr un acuerdo entre el emperador y Juárez, mediante el cual el monarca abdicara a la corona a cambio de que se garantizaran tanto su vida e integridad física como la de sus partidarios, y pudieran abandonar el país con las tropas europeas de forma digna.

El general Díaz, a quien la princesa recurrió nuevamente, le dejó ver que aunque su plan ciertamente obedecía a nobles razones, era irrealizable. Aun así, y desatendiendo las advertencias de sus amigos en Tacubaya y en México, durante varios días la joven dama se movilizó entre las tropas de los dos bandos enemigos, dando pruebas de un gran coraje, inusual en una mujer. De hecho, cuando en dos ocasiones se acercó a la ciudad, fue recibida por la guarnición imperial de las fortificaciones con una lluvia de balas. Ello, sin embargo, no le impidió seguir avanzando y agitar un trapo blanco hasta que fue reconocida y, afortunadamente, admitida ilesa de nuevo en la ciudad. A pesar de todos los intentos por disuadirla, salió hacia Tacubaya y, con el permiso del comandante republicano, repartió entre los oficiales imperiales que se encontraban detenidos en el castillo de Chapultepec un dinero que había recolectado en México, lo que ocasionó que el general Díaz sospechara que, como era la esposa de un coronel imperial, también pudiera intentar sobornar a sus pro-

[102] Se trata de los coroneles Ricardo Villanueva y Miguel Palacios.

pios soldados. Consecuentemente le dijo que, si fuera hombre, de inmediato la haría fusilar, y la expulsó del país. En cualquier forma, y gracias a su insistencia, obtuvo el permiso para regresar a Estados Unidos vía San Luis Potosí y Matamoros, con lo que esta valiente mujer finalmente logró su objetivo de acercarse a Juárez. Sin embargo, en atención a que no habla bien español y fue considerada como sospechosa por los informes que envió el general Díaz, fue tratada por el gobierno republicano con desconfianza y retenida en San Luis Potosí hasta que cayó Querétaro. Aunque posteriormente le permitieron visitar a su esposo, de cualquier forma Juárez rechazó rotundamente todos sus intentos de actuar como mediadora entre él y el emperador, papel para el cual ella se consideró calificada por ser estadunidense y pariente lejana del presidente Johnson.

Mientras en Querétaro se preparaba la fuga del emperador, S. M. recibió una carta de San Luis Potosí, cuyo autor aún no ha sido identificado con certeza, en la que se le previno en contra de una persona que le había prestado importantes servicios y dado incontestables muestras de lealtad. Esta persona fue acusada en la carta de ser un instrumento de Juárez y tener la misión de inducirlo a emprender la fuga para que fuera ultimado por los centinelas que estaban al tanto de sus planes de escape. De esta manera Juárez esperaba deshacerse del emperador, para posteriormente poder afirmar ante el mundo que, de no haber sido por el intento de fuga, le hubiera perdonado la vida. Aunque Maximiliano no prestó oídos a las calumnias de la carta, Madame Miramón se opuso enérgicamente a que su marido se fugara porque tomó muy en serio la supuesta maquinación diabólica de Juárez narrada en dicha carta. Como S. M. no quiso abandonar al general Miramón, desafortunadamente la fuga fue aplazada, a pesar de que el príncipe Salm, según me lo contó, le rogó de rodillas que, sin demora, aprovechara la única oportunidad para su salvación.

No me consta si el general Escobedo, quien controla toda la correspondencia escrita y telegráfica, tuvo a la vista esta carta, o si los planes de fuga fueron revelados, como se dice, por algunas palabras imprudentes de Madame Miramón o de la princesa Salm. Todos los días la princesa es acompañada por un oficial del estado mayor de Escobedo,[103] y a pesar de las advertencias que recibió de varias fuentes, confía en él. Personas bien enteradas del pasado de ese oficial

[103] Se trata del coronel Ricardo Villanueva, ya antes mencionado.

afirman que actúa por orden del general Escobedo y que con sus atenciones se ganó la simpatía de la infeliz princesa, que se encuentra sumamente preocupada por la vida de su esposo, con el único fin de vigilarla.

Si la fuga se hubiera realizado, no hay duda de que habría sido exitosa. El emperador hubiera podido llegar a las montañas azules de la sierra que se extienden a pocas leguas de aquí en dirección nororiental hacia Tampico, donde habría estado a salvo, pues jamás un ejército liberal hubiera penetrado la inhóspita sierra. Mejía, ídolo de los habitantes de aquella región, la conoce como la palma de su mano, y habría conducido al emperador por senderos seguros hasta la costa para que se embarcara en un buque de guerra.

A partir de mi llegada cualquier tentativa de fuga ya fue imposible. En la escalera y en los corredores del antiguo convento no solamente están apostados muchos centinelas, sino que soldados sucios y harapientos, con mujeres e hijos, acampan allí de noche y de día, de manera que es necesario abrirse paso entre sus piernas estiradas a ambos costados del corredor. Nadie puede visitar al emperador sin estar acompañado por un ayudante del general Escobedo que esté presente en todas las conversaciones del monarca. A pesar de lo anterior, hay que contestarle a cada centinela el quién vive al entrar y al salir, y uno es admitido sólo después de recibir la autorización del oficial o suboficial de guardia. En la noche siempre hay varios oficiales presentes en la celda alumbrada del emperador, los que sin consideración alguna fuman sus cigarritos, escupen dentro de la habitación, y conversan en voz alta.

Con gran admiración he observado el estoicismo y la serena dignidad que el desdichado monarca mantiene frente a ese vergonzante tratamiento. Cuando no pude ocultar la emoción que me produjo su actitud resignada y verdaderamente noble S. M. me dijo con una sonrisa: "Cuando uno no puede oponer resistencia, hay que sufrirlo. No soy el primer soberano en prisión [...] Francisco I también fue prisionero. Además, tengo obligaciones frente a mis colegas. A los monarcas de Europa y de la historia les debo el tener que hacerme digno de ellos hasta el último momento."

Un día después de que llegamos a Querétaro el encargado de negocios del reino de Bélgica, señor Hoorikx y yo, se presentó el encargado de negocios del imperio austrohúngaro, barón Lago, y al día siguiente también el encargado de negocios del reino de Italia,

el señor Curtopassi. Finalmente, y venciendo un mar de dificultades, ambos lograron salir de la capital. El encargado de negocios inglés permaneció en México, puesto que sólo fue convocado por el emperador para el caso de que el barón Lago y el señor Hoorikx se vieran impedidos de realizar el viaje. Entre tanto, los defensores que vinieron conmigo desde México sostuvieron largas deliberaciones con el emperador el día mismo de nuestra llegada, y posteriormente enviaron un telegrama a Juárez pidiendo un nuevo aplazamiento del juicio para poder preparar más a fondo su defensa, y dejaron traslucir su intención de trasladarse a San Luis en caso de que su solicitud fuese correspondida. Aunque Juárez solamente les concedió un nuevo plazo de tres días, los señores Riva Palacio y Martínez de la Torre partieron la mañana siguiente a San Luis Potosí, en tanto que Ortega y el abogado Vázquez de Querétaro, quien desde el principio ha defendido incansablemente la causa del emperador y logrado un aplazamiento tras otro, emprendieron los trabajos necesarios para la defensa.

Los cuatro defensores estaban convencidos de que el consejo de guerra era ilegal y monstruoso, y que la decisión final sobre la vida del emperador únicamente dependía de Juárez. En especial tenían la esperanza de que la influencia personal de Riva Palacio, que es muy respetado en todo el país y por todos los partidos, haría que prevaleciera una actitud más humana en el gobierno republicano. Se trató de ganar tiempo hasta que se aplacaran las emociones de los oficiales del ejército en Querétaro y en México, que eran los primeros en exigir la muerte del emperador. Por ello, Riva Palacio y Martínez de la Torre se esforzarán en que Juárez delegue el asunto del emperador en el congreso nacional que deberá convocarse después de que caiga la capital, o al menos que se conceda un plazo de 30 días para preparar la profunda defensa de una causa tan trascendental.

Antes de que partieran estos caballeros discutimos largamente si convenía que yo también viajara a San Luis. Yo estuve de acuerdo si los abogados consideraban que este paso era absolutamente imprescindible, y si ellos se habían cerciorado de que no sufriría ninguna violación en mi posición oficial por parte del gobierno republicano. Al mismo tiempo insistí en que, dado el caso, y para abogar por la salvación de la vida del emperador, deberían acompañarme los encargados de negocios del reino de Bélgica y sobre todo del imperio austriaco, en su calidad de representantes de las cortes de las dos

familias del monarca. Riva Palacio y Martínez de la Torre compartieron mi opinión, pero existió el temor de que la presencia de varios diplomáticos acreditados ante el emperador pudiera empeorar la situación del prisionero. La intervención de Estados Unidos en favor del emperador produjo una impresión muy negativa, tanto en Juárez y en sus ministros como en el ejército republicano y el partido liberal en general, porque hirió a los mexicanos en su susceptibilidad patriótica.[104] Por ello se consideró que una intervención conjunta de los representantes de varios poderes europeos fácilmente podía ser interpretada como un intento para ejercer presión sobre las decisiones del gobierno de Juárez. Ambos abogados prometieron sondear meticulosamente el terreno en San Luis Potosí y, si se llegaba a considerar necesario, me convocarían a mí y a mis colegas antes mencionados por vía telegráfica. Este acuerdo de inmediato lo transmití a los encargados de negocios de Austria, Bélgica e Italia que estaban en Querétaro.

Los defensores del emperador y mis ya mencionados colegas opinaron que, en caso necesario, yo sería la persona idónea para interceder ante Juárez, puesto que, por una parte, nuestro soberano gobierno no estaba de ninguna manera implicado en la instauración del imperio y, por la otra, porque yo había sido la primera persona que el emperador convocó a Querétaro y a la cual encargó traer a los abogados de la capital. Finalmente también porque, gracias a la correspondencia telegráfica que se despachó a raíz de mi viaje, ya se había establecido una especie de comunicación oficial con el gobierno de Juárez.

Las noticias de Riva Palacio y Martínez de la Torre que sin cesar fueron llegando de San Luis Potosí eran en extremo desfavorables. Fracasaron completamente sus intentos de lograr que se delegara la causa del emperador en el futuro congreso nacional, o que se aplazara el comienzo del consejo de guerra. Finalmente, el 10 de junio recibí un telegrama de los dos abogados despachado el mismo día,

[104] El 6 de abril de 1867 el enviado estadunidense ante el gobierno republicano, Campbell, que residía en Nueva Orleáns, se entrevistó con Lerdo de Tejada por instrucciones del secretario de Estado William Seward, solicitando para Maximiliano un "humane treatment accorded by civilized nations to prisoners of war". El 21 de abril Lerdo de Tejada justificó los fusilamientos de diversos oficiales imperiales capturados "por crímenes de guerra", y subrayó que Maximiliano no podía ser tratado como un prisionero de guerra normal.

en el que se indicaba que había llegado el momento para que me trasladara a San Luis Potosí. El telegrama también informó que no se había obtenido resultado alguno. Pocas horas antes recibí un telegrama fechado el 9 del mes del vicecónsul de Hamburgo en San Luis Potosí, señor Bahnsen, en el que tanto me confirmaba el rotundo fracaso de los abogados como me urgía desplazarme a San Luis. Un correo que llegó el día 10 a altas horas de la noche me trajo una carta del señor Bahnsen del 9 del mes, y tanto de esta misiva como de las cartas que Bahnsen, Riva Palacio y Martínez de la Torre enviaron con el mismo mensajero a los abogados Ortega y Vázquez, y de otros telegramas que llegaron en el transcurso del día, se desprendía que, lamentablemente, Juárez había tomado la irrevocable decisión de celebrar un consejo de guerra. En atención a que la sentencia de dicho consejo sin duda sería la pena de muerte, no quedaba más que la esperanza de poder obtener un indulto para el infortunado emperador una vez que se hubiera pronunciado la sentencia. La carta del general Treviño que se acompañaba como anexo de la comunicación del señor Bahnsen de inmediato fue entregada al general Escobedo.

Después de enterarme de la completa esterilidad de los esfuerzos emprendidos por los dos expertos abogados que tenían relaciones personales con Juárez y con sus ministros, en particular Riva Palacio, que es un hombre muy influyente por su admirable carácter, ya no podía yo albergar esperanza alguna de lograr un resultado más favorable. Pero como a pesar de las objeciones que yo ya había formulado en nuestras conversaciones anteriores ambos defensores, que tienen un profundo conocimiento de las personas involucradas en el problema y sobre el actual estado de cosas, categóricamente solicitaron mi presencia en San Luis, no podía ignorar su llamado para que mi persona contribuyera a evitar un crimen tan horrendo, e hiciera todo lo posible que fuera compatible con la dignidad de mi puesto.

En vista de lo desesperado de la situación, los abogados Ortega y Vázquez, que permanecían en Querétaro, consideraron que yo debía partir urgentemente. En la reunión que de inmediato se celebró con los encargados de negocios de Austria, Bélgica e Italia, también se llegó a la conclusión unánime de que debía corresponder a la solicitud. En el telegrama de Riva Palacio y de Martínez de la Torre no se mencionaba a mis colegas, y en las cartas que llegaron por mensajero igualmente sólo se expresaba el concepto de que mi presencia en San Luis sería muy conveniente. No obstante los deseos

que expresaron de realizar el viaje conmigo, sobre todo el barón Lago, después del acuerdo al que se llegó con los abogados sobre una posible apelación, los tres encargados de negocios no consideraron oportuno acompañarme, por lo que se limitaron a pedirme que también intercediera en su nombre ante Juárez en favor de la vida del emperador.

Esta misma noche me dirigí a la prisión del emperador y le informé sobre la solicitud que había recibido para viajar a San Luis. El emperador, que aún albergaba la esperanza de poder fugarse, me respondió que lamentaba mi partida porque posiblemente le podía ser más útil en Querétaro, ya que en San Luis no iba a conseguir nada, porque estaba convencido de que Juárez quería su sangre. No oculté a S. M. que también yo dudaba del éxito de mi misión, pero le indiqué que si no cumplía con el deseo de los dos abogados, que eran hombres expertos que gozaban de la confianza del emperador, en el caso de un desenlace terrible yo me lo iba a reprochar eternamente, y le pedí que tomara la decisión de si debía quedarme o partir. El emperador me dio la mano diciendo:

> Usted tiene razón, y aunque yo no espero nada de ello, tiene que ir a San Luis. En su ausencia aprovecharé el tiempo para ordenar mis asuntos familiares y patrimoniales con Lago y Hoorikx. Lamento tener que prescindir de usted. De todos modos, en caso de que mi muerte ya haya sido decidida en forma definitiva, debe prometerme que regresará antes de mi fin porque quisiera hacerle algunos encargos para mi familia.[105]

Después de prometerle que regresaría a su lado a tiempo antes de que ocurriera lo peor, S. M. me despidió. Esa misma noche salí de Querétaro y llegué el 12 de junio por la noche a San Luis Potosí.

El 15 de junio los defensores de Maximiliano en Querétaro informaron telegráficamente a Riva Palacio y a Martínez de la Torre sobre la decisión de la corte de ejecutar a Maximiliano. El gobierno republicano decidió que sólo resolvería sobre la ejecución después de que recibiera la confirmación de la sen-

[105] Al deseo expreso de Maximiliano se debió que su fusilamiento fuera aplazado del 16 al 19 de junio, que fue el tiempo necesario para que Magnus regresara de San Luis Potosí a Querétaro.

tencia por parte de Escobedo. En Washington se celebró una entrevista entre el secretario de Estado, Seward, y el enviado de la República, Matías Romero, en la que a título privado y confidencial el diplomático estadunidense insinuó a Romero que la liberación de Maximiliano tendría un efecto favorable para la reputación internacional de México.

El 16 de junio Escobedo confirmó la sentencia de muerte. Azpíroz, quien previamente así lo había anunciado, renunció a su cargo de fiscal para no tener que anunciar personalmente dicha sentencia. Su sucesor, el general Refugio González, comunicó al Habsburgo que a las 3 de la tarde sería ejecutado. En San Luis Potosí los abogados y Magnus, que fueron informados telegráficamente sobre la decisión, entregaron a Lerdo una solicitud de clemencia, y se resolvió aplazar la ejecución hasta el 19 de junio. En la tarde se rechazó la petición de clemencia "en el interés de la paz de la nación", y al caer la noche Magnus y el médico alemán Zänger, que se encargaría del embalsamamiento, partieron hacia Querétaro.

Llegaron el 18 de junio a dicha ciudad y Magnus, después de platicar con Maximiliano, solicitó a Escobedo que le entregara el cadáver; el general insistió en que Maximiliano le entregara una petición autógrafa. Al recibirla consultó telegráficamente a Juárez. Maximiliano dirigió una última carta al presidente, en que hizo un llamado a la reconciliación de los espíritus.

El 19 de junio en la madrugada Maximiliano, Miramón y Mejía fueron pasados por las armas en el cerro de las Campanas. Hubo varios testigos de la ejecución, pero el único diplomático presente fue Magnus, en cuyo reloj de bolsillo observó que la hora exacta de las descargas fue 6:40.[106]

El 20 de junio Magnus regresó a San Luis Potosí para, de acuerdo con la ultima voluntad de Maximiliano, pedir al gobierno republicano que le entregara el cadáver.[107] *Poco después, y probablemente debido a la tensión nerviosa y emocional de las últimas semanas, cayó gravemente enfermo. Para recuperar la salud tuvo que permanecer en San Luis hasta mediados de agosto, por lo que tardó en reanudar su correspondencia con Bismarck. Posiblemente durante su convalecencia se hospedó en la casa de J. Bahnsen, quien tuvo que trasladarse a la ciudad de México para, junto con el canciller Scholler, hacerse cargo de la legación de Prusia y proporcionar protección a los ciudadanos alemanes en esos difíciles momentos. La decisión de que Bahnsen se ocupara de dicha legación mientras Magnus estaba convaleciente se debió al hecho de que*

[106] Otros testigos presenciales se citan en Ratz, 2005, pp. 330-331.

[107] Su carta del 29 de junio de 1867, dirigida al ministro de Relaciones, Lerdo de Tejada, con el ruego de conseguir para ello la aprobación del presidente Juárez, se encuentra en facsímil en Ratz, 2005, p. 356.

estaba acreditado como vicecónsul hanseático ante el gobierno republicano. En virtud de que se rompieron las relaciones diplomáticas con las potencias europeas que reconocieron al gobierno de Maximiliano, los vínculos oficiales entre el reino de Prusia y la República mexicana no se restablecieron sino hasta el 4 de mayo de 1869, cuando Berlín envió como ministro residente a Kurd von Schlözer. En la siguiente carta, y de acuerdo con los datos que Scholler le proporcionó, Bahnsen informó sobre las actividades que realizó Magnus.

Carta de Juan F. Bahnsen a Viktor von Magnus[108]

México, 27 de junio de 1867

Información confidencial al banquero Viktor von Magnus del 31 de julio de 1867

El señor ministro partió el 1 del mes en curso, y después de un fatigoso viaje llegó sano y salvo a Querétaro el día 4, de donde partió a San Luis, sede del gobierno liberal, después de haber deliberado extensamente con el emperador. El principal objetivo de este viaje fue pedir a Juárez que al emperador se lo juzgara ante una corte acorde con su dignidad, y no en una corte marcial común.

A pesar de que contó con el apoyo de dos de nuestros mejores abogados, parece ser que la solicitud fue rotundamente rechazada, como también lo fue la de un recurso de gracia.

Su hermano regresó el 18 del mes a Querétaro, justo a tiempo para acompañar al emperador en las últimas tristes horas antes de su ejecución, brindándole su consuelo.

El señor ministro fue el único diplomático que compartió las últimas horas del emperador, puesto que los demás fueron expulsados de Querétaro cuando él se encontraba ausente de la ciudad. Lo anterior me lo informó el secretario Scholler, quien después de haber acompañado al ministro a Querétaro no pudo trasladarse a San Luis por haber caído enfermo y ser expulsado de Querétaro con los otros caballeros, regresando a esta ciudad. La última noticia indirecta que tuve del señor ministro fue la de una carta que envió el 19 de junio desde Querétaro al encargado de negocios de Italia, señor Curtopassi, pocas horas después de la ejecución del monarca, y que el señor Curtopassi me permitió leer. Naturalmente cada línea refleja una profunda tristeza, y el terrible suceso le debe de haber causado una profunda impresión a su hermano. Sin embar-

[108] Hermano de Anton von Magnus.

go, parece ser que se encontraba en buen estado físico, ya que en esa carta señaló que aún le quedaba el triste deber de solicitar a Juárez la entrega del cadáver del emperador. Parece que como esta petición no le fue negada, el señor ministro había pensado trasladarse al día siguiente, 20 del mes en curso, por segunda vez a San Luis. Después de esta carta ninguno de los amigos que su hermano tiene aquí ha tenido noticias de él, pero todos esperan su pronto regreso.

El siguiente informe, redactado por Magnus después de la larga enfermedad que padeció en San Luis Potosí, describe la conversación que sostuvo con Lerdo de Tejada en torno a la situación legal y política creada por el proceso de Querétaro, y también la ocasionada por la sentencia de muerte contra Maximiliano. A pesar de que Lerdo sabía cuál sería el resultado del proceso, y que Juárez negaría la clemencia solicitada a favor de Maximiliano, escuchó y consideró todos los argumentos esgrimidos por Magnus, por lo que la polémica resultante se asemejó al encuentro entre dos hábiles espadachines. De haberse realizado ese diálogo por escrito, quizás hubiera equivalido a un intercambio de notas diplomáticas, pero ello era imposible porque Magnus no estaba acreditado ante la República, y tampoco estaba autorizado por el reino de Prusia a formular las declaraciones que hizo. Sin embargo, sus argumentos fueron aprobados a posteriori *por Bismarck, quien expresamente reconoció el valor humano de Magnus.* Grosso modo *también se describen los argumentos que ambos emplearon en las memorias de Mariano Riva Palacio y de Rafael Martínez de la Torre, aunque cabe señalar que, como Magnus principalmente utilizó razonamientos de índole política, asumió con ello mayores riesgos de tipo personal.*

San Luis Potosí, 15 de agosto de 1867

Lamento mucho que apenas hasta ahora pueda informar a S. E. sobre el final del emperador y mis últimas intervenciones que, desgraciadamente, resultaron infructuosas para salvarle la vida, pero una larga enfermedad, sobre la cual el vicecónsul de Hamburgo, señor Bahnsen, tuvo el honor de informar a S. E., me obligó a guardar cama en San Luis Potosí.

Según mi informe del 15 de junio del año en curso, a instancias de los defensores del emperador, Riva Palacio y Martínez de la Torre, que ya se habían trasladado a San Luis, yo también me dirigí a esa

ciudad, a la que llegué el 12 de junio por la noche. El señor Bahnsen me confirmó que los incansables esfuerzos de los abogados tuvieron un efecto moderador en Juárez y en sus ministros. Ellos habían llegado a la triste conclusión de que el gobierno republicano estaba firmemente decidido a acusar al emperador ante un consejo de guerra que lo condenaría a muerte. Cifraban su última y débil esperanza en que Juárez no ejecutaría la sentencia. Como me aseguraron que todas las personas competentes que habían contactado me recibirían con toda cortesía, me instaron a que, sin demora, interviniese en favor de la salvación del emperador.

Aunque bajo las condiciones existentes no se podían esperar resultados positivos, pensé que, en vista de la trascendencia de la causa, debía hacer el intento, tal como me lo había propuesto. Tenga V. E. la seguridad de que en mis intervenciones ante Juárez y sus consejeros evité todo lo que pudiese ser interpretado como un reconocimiento del gobierno republicano. En mis contactos oficiales nunca, ni verbalmente ni por escrito, llamé presidente a Juárez, ni ministros a sus ministros. También evité referirme al emperador prisionero con el título imperial que le correspondía, tal como ya lo había hecho en los telegramas anteriores que envié al señor Lerdo y al general Escobedo.

En la mañana del 13 de junio realicé mi primera visita al ministro de Relaciones Exteriores de Juárez, Lerdo de Tejada. El señor Bahnsen me presentó al señor Lerdo, quien me recibió cordialmente. Iglesias, el ministro de Gobernación, también estuvo presente en la conversación. Después de agradecer a Lerdo, tal como ya lo había hecho por telégrafo desde Tacubaya, la actitud deferente de Juárez que nos permitió a los diplomáticos y a los defensores viajar a Querétaro, le di la siguiente explicación.

En primer lugar subrayé que no había venido con una misión oficial de mi gobierno, sino como un simple particular, para abogar por la salvación de la vida del príncipe que estaba preso en Querétaro. No obstante, mi esperanza de ser escuchado en un asunto de tanta trascendencia no únicamente se basó en mi carácter de particular, sino principalmente en el hecho de haber sido el encargado de la real representación diplomática de Prusia en México, puesto que mi gobierno siempre mantuvo relaciones amistosas con este país desde su independencia. Prusia no albergaba intereses políticos con respecto a México, sino únicamente el sincero deseo de que se alcanzara la paz interior para que prosperaran las relaciones comerciales para

bien de ambas naciones, y que de esta manera los lazos de amistad entre ambos países fueran cada vez más estrechos.

Le recordé que hace muchos años el rey Federico Guillermo III, de gloriosa y feliz memoria, había sido elegido como árbitro para mediar entre México y Estados Unidos, y zanjó las diferencias entre los dos países a entera satisfacción de ambas partes. Pedí explícitamente que mis gestiones fueran consideradas como confidenciales y carentes de carácter oficial.

En vista de la actitud benévola que mi gobierno siempre había demostrado hacia México, consideraba que era mi deber rogar encarecidamente que se le perdonara la vida al noble prisionero, ya que además del enorme interés en que se salvara aquella preciosa vida, que era compartido por el gobierno de Washington, y que sin duda también compartían grandes sectores de la nación mexicana y todos los monarcas y pueblos de Europa, mi opinión era que de la decisión final de Juárez dependía la paz interior, y por ende la felicidad de sus habitantes y el futuro mismo del país, que son los bienes más sagrados para México. La historia estaba llena de tristes ejemplos que mostraban que la sangre derramada, lejos de consolidar la paz de los pueblos, solamente atizaba las pasiones y el odio entre los partidos. Con la toma de Querétaro la caída del imperio era ya un hecho, e inevitablemente en breve también caerían la capital y el puerto de Veracruz. En estos momentos las miradas del mundo estaban puestas en Juárez y en sus consejeros, con la esperanza de que emplearían su poder con sabia moderación y generosidad hacia los vencidos, lo que permitiría reconciliar los antagonismos que por más de medio siglo habían dividido a la nación y poner punto final a las dolorosas guerras civiles.

Ambos ministros escucharon atentamente. El señor Lerdo respondió que con toda precisión informaría al presidente Juárez sobre lo que yo ya había dicho, o que lo diría posteriormente en defensa del archiduque Maximiliano. Que yo podía estar seguro de que el gobierno republicano apreciaba los motivos que me habían impulsado a intervenir en favor de la vida del prisionero. Que Juárez y sus ministros atribuían gran valor a la actitud amistosa que el gobierno del reino de Prusia siempre había demostrado hacia México, y que por consiguiente mis argumentos en un asunto tan grave y de tanto peso serían ponderados a fondo de la manera más escrupulosa. Añadió que aún no se había tomado una decisión sobre la suerte del archidu-

que, y que para tomarla el gobierno consideraría todos los argumentos a favor para perdonarle la vida. No obstante, precisó que también le incumbiría el deber de considerar si el perdón sería compatible con el bienestar y la paz de la nación, y que deseaba indicar que el gobierno republicano tenía algunas preocupaciones: era evidente que si no se fusilaba al archiduque ninguna otra pena de muerte podría ser ejecutada, siendo un hecho que los jefes del partido clerical en los que el archiduque se había apoyado últimamente eran incorregibles. En ocasiones anteriores el gobierno republicano había tenido en su poder a todos ellos, a Márquez, a Mejía, a Miramón y a muchos otros, y siempre les había concedido perdón e impunidad. A pesar de ello, se habían adherido a la invasión francesa, colaborado con la instauración del imperio, y conducido al país a una nueva y sangrienta guerra civil. Precisó que hacía pocas horas se habían recibido noticias de que Santa Anna había desembarcado en Veracruz, lo que sin duda tenía el propósito de propiciar un nuevo levantamiento en su propio provecho.[109]

Le respondí que no compartía las preocupaciones que acababa de mencionar. El príncipe europeo que estaba prisionero había venido a México convencido de que la mayoría de la nación lo llamó a ocupar el trono, y por ello su posición sería distinta de la de sus partidarios mexicanos. Agregué que yo no me permitiría emitir una opinión respecto al tratamiento que el victorioso partido republicano consideraba adecuado dar a los principales prisioneros mexicanos que desde hace años son considerados como adversarios políticos. No obstante, y ya que se los había mencionado, deseaba reiterar mi convicción de que una pacificación duradera del país sólo se alcanzaría con moderación y generosidad, ello no tanto por motivos humanitarios sino principalmente porque sería en el propio interés de la nación mexicana que después del triunfo se derramara tan poca sangre como fuera posible. Si de hecho existía el temor de que algunos partidarios del príncipe prisionero, o de que incluso él mismo, en el

[109] El 2 de junio de 1867, a bordo del *Virginia*, procedente de Estados Unidos, donde no consiguió nada, Santa Anna llegó a Veracruz y lanzó una proclama ofreciéndose como mediador entre los republicanos radicales y los moderados. Por la protesta del cónsul norteamericano fue obligado a continuar el viaje a Sisal, donde lo aprehendieron las autoridades republicanas enviándolo a Veracruz, donde en agosto de 1867 se le formó un consejo de guerra que lo condenó a ocho años de destierro. Tras seis meses de cautiverio en San Juan de Ulúa se le permitió regresar a La Habana. *Diccionario Porrúa*, 1995, p. 3179.

futuro pudiesen enarbolar de nuevo la bandera del imperio, en mi opinión el señor Juárez podría fácilmente obtener garantías de que ninguna de estas personas volvería a intervenir en los asuntos internos de México, ni regresar al país si fueran desterradas. Insinué que podría ser útil solicitar al gobierno de Estados Unidos las garantías que se considerasen convenientes, puesto que había abogado expresa y oficialmente por la vida del príncipe.

A continuación expliqué a Lerdo que los encargados de negocios de Austria, Bélgica e Italia que se encontraban en Querétaro también deseaban viajar a San Luis para interceder en favor del augusto prisionero, y que no me habían acompañado porque temían que nuestra petición conjunta pudiera ser interpretada de una manera que afectara nuestro objetivo común. Lerdo respondió que el gobierno republicano también tomaría en cuenta la intervención de los tres encargados de negocios en favor del Archiduque, y que los miembros del gobierno no interpretarían de manera incorrecta la muy comprensible solicitud de los mencionados tres representantes. Lerdo no abordó el tema de las garantías que podrían pedirse a Estados Unidos, que yo mencioné, y se limitó a reiterarme que cualquier decisión final sería tomada tras una madura reflexión. Por último, y en respuesta a una pregunta que le hice, me dijo que el presidente gustosamente me recibiría, con lo que concluyó nuestra primera conversación. Me prometió que me comunicaría la hora para mi entrevista con Juárez. Durante la conversación yo hablé en francés y en español, y Lerdo sólo en español.

La razón por la que me entrevisté primero con Lerdo fue porque sabía que goza de gran influencia sobre Juárez, quien tiene fama de ser muy taciturno. Además, también porque Lerdo es uno de los que más insisten en el fusilamiento del emperador. Por lo menos pude deducir de las palabras de Lerdo que Juárez se reservaba la decisión final sobre la vida del emperador, aunque la ley según la cual el infeliz monarca fue ejecutado, y que aún será tratada aquí, reserva la confirmación y ejecución de la pena de muerte al general en jefe y declara improcedente cualquier apelación y hasta el indulto del condenado.

Luego de haber sido notificado por Lerdo, esa misma tarde acudí a mi cita con Juárez, quién también me recibió con suma amabilidad y cortesía. Me dijo que a través de Lerdo ya estaba completamente al tanto del objetivo de mi presencia y del contenido de mi conversación con el ministro, y que todos mis argumentos iban a ser estudiados en detalle. Para mantener futuros diálogos me remitió al propio Lerdo, lo cual, aunado a la actitud que mantuvo Juárez, me demostró que Lerdo es el alma verdadera y la fuerza determinante del gobierno republicano. El gabinete de Juárez comprende, además de Lerdo e Iglesias, solamente al ministro de Guerra, el general Ignacio Mejía, con quien me encontré en el edificio de gobierno después de visitar a Juárez. Me presenté ante él y le comuniqué que, justo en ese momento, tenía la intención de visitarlo. El general habló amablemente sobre mi intercesión en favor del emperador prisionero sobre la cual ya estaba al tanto, y llevó la cortesía al extremo de haber sido el primero en visitarme después de nuestro encuentro inicial, incluso antes de que yo hubiera tenido tiempo de visitarlo en su casa.

Entre tanto llegó un telegrama de Querétaro de los abogados Ortega y Vázquez diciendo que ya se habían iniciado el 13 de junio las deliberaciones del consejo de guerra para procesar al emperador y a sus dos generales, Mejía y Miramón. Por ello, el día 14 nuevamente visité al señor Lerdo, y en presencia del ministro Iglesias agradecí a ambos la favorable acogida que el día anterior Juárez y sus consejeros habían brindado a mis palabras. En vista de que la sentencia del consejo de guerra se pronunciaría en cualquier momento, les solicité poder seguir reuniéndome con ellos para hablarles confidencialmente y sin reservas. Les dije que el día anterior no había objetado el proceso del consejo de guerra al que, ahora, el noble prisionero ya estaba siendo sometido. Los preparativos del mismo se habían iniciado antes de mi llegada y durante mi ausencia de Querétaro, y como no tenía un conocimiento profundo de las leyes decretadas por el señor Juárez, había tenido a bien dejar que fueran los expertos defensores los que protestaran enérgicamente contra la competencia del consejo de guerra. No obstante y hablando con toda confidencialidad, no podía ocultar mi convicción de que, ante el mundo, el consejo de guerra aparecería como una monstruosidad. El alto rango del prisionero, quien de hecho había gobernado la mayor parte del imperio mexicano y había sido reconocido como soberano por todos los poderes europeos, debería de haberlo salvado de un tratamiento tan humillante.

Proseguí diciendo que los caballeros presentes seguramente se daban cabal cuenta de que el príncipe había regresado de Orizaba y tomado la decisión de permanecer en México, no con la intención

de consolidar su trono, sino únicamente movido por la esperanza de poder reconciliar a los partidos políticos, cuando ya se encontraba libre de las restricciones externas después de que las tropas francesas se habían retirado, con el fin de devolver al país la paz interior anhelada por tantos años. Prueba de ello era la frustrada idea de convocar un congreso nacional que decidiría sobre la futura forma de gobierno del país. Al respecto me permití mencionar el suceso que me fue relatado por el embajador francés pocos días antes de que saliera de México, que ilustraba claramente las verdaderas intenciones del príncipe que ahora se encontraba prisionero.

Cuando el señor Dano viajó con el general Castelnau a Puebla para, en vano, convencer al emperador, que había regresado de Orizaba, de abandonar el país, éste respondió a Dano que iba a tratar de lograr que se convocara un congreso nacional, y mientras tanto no tomaría residencia en el palacio de la ciudad ni en Chapultepec, donde ya no quedaban más muebles, sino en una casa en Tacubaya o en la hacienda de La Torre. Todo el mundo creyó que esa decisión se tomaba por razones de salud, pero la verdadera razón fue la siguiente: como sin duda el congreso nacional restablecería la República y elegiría al señor Juárez como presidente, al emperador no le parecía muy conveniente abandonar el palacio en un extremo de la capital, mientras Juárez hacía su entrada por el otro.

Finalmente agregué que nadie podía dudar que el príncipe prisionero en realidad no emprendió la marcha a Querétaro con la intención de combatir a las tropas republicanas, sino con el propósito de establecer, después del fracaso de su idea del congreso, un contacto directo con Juárez para llegar a un acuerdo amigable acerca del futuro gobierno mexicano y la pacificación del país. Como Querétaro fue sitiado, se vio obligado a defenderse, y así se desarrolló ese infortunado combate cuyo desenlace condujo a la terrible actual situación del príncipe.

Lerdo me contestó que reconocía la posibilidad de que el archiduque hubiera regresado de Orizaba a México impulsado por las ideas que describí, pero que en cualquier forma su intención de convocar un congreso nacional hubiera sido del todo impracticable e imposible de realizar, con lo que únicamente demostraba su total desconocimiento de los sentimientos de la nación. Que el gobierno republicano había resistido durante más de cuatro años la invasión francesa, y aunque se había replegado hacia el extremo norte, nunca

había abandonado el país ni renunciado a sus deberes y obligaciones, y que no podía más que considerar al archiduque como un usurpador entronizado por el poder de las bayonetas francesas. Agregó que, de hecho, desde Querétaro el príncipe había enviado a un agente confidencial con un mensaje verbal[110] para que el presidente de la república entrara en negociaciones directas y confidenciales con el archiduque. Sin embargo, el presidente rechazó tajantemente la propuesta, puesto que nunca había dejado de ser el único titular de la máxima autoridad gubernamental en México, por lo que cualquier negociación con un pretendiente ilegal era improcedente.

Adicionalmente, Lerdo puso en duda las intenciones pacifistas del archiduque cuando se marchó a Querétaro, pues tenía en su poder el borrador de una carta suya que fue encontrada cuando se tomó la ciudad, en la que le manifestaba al entonces primer ministro Lares, en México, su clara intención de aniquilar al gobierno republicano y su poder militar para consolidar la reputación imperial.[111] El ministro me mostró dicho documento y me leyó el párrafo correspondiente. Naturalmente no puedo decir nada sobre la autenticidad del escrito, y si de verdad se trata del borrador de la carta que le fue enviada al señor Lares.

Respondí que posiblemente la carta era el producto de su irritación ante el rechazo de sus propuestas de negociaciones por parte de Juárez, a lo que Lerdo contestó que, aunque eso fuera cierto, el contenido de la carta, y en general el comportamiento del archiduque, hacían ver que tenía una actitud ambigua y vacilante y que carecía de

[110] En realidad se trataba de una carta escrita, cuyo borrador se encuentra en el Archivo de Casa, Corte y Estado, Fondo Maximiliano, caja K 42, 5, legajo Kv, ff. 14, 14v, 15, 15v.

[111] En el Archivo de Casa, Corte y Estado de Viena se encuentran varios borradores de las cartas que Maximiliano dirigió a Lares desde Querétaro, que básicamente se refieren a urgencias de dinero. En cambio, los republicanos tenían copia de la carta de Maximiliano a Lares del 9 de febrero en la que señaló que no quería más derramamiento de sangre, así como de la respuesta de éste del 12 de febrero de 1867 en la que se manifestó por aniquilar al adversario (texto en Septién y Llata, 1907, p. 299 y ss.) Quizá Lerdo se haya referido a esta correspondencia, pero tergiversó su sentido. Según Kahlig, 1879, p. 76 y ss., durante el sitio de Querétaro, en la batalla del Cimatario (3 de mayo), se encontraron algunos periódicos republicanos en los que dichas cartas fueron publicadas. Como en su misiva a Lares Maximiliano había criticado a Miramón y Márquez, se ordenó que en el *Boletín de Noticias* núm. 12, del 4 de mayo, editado en Querétaro, se declararan apócrifas. Véase *Boletín de Noticias*, núm. 12, del 4 de mayo de 1867, en *Testimonio de un imperio, Documentos facsimilares*, 1998.

un carácter firme. Para su desgracia, se había entregado al partido clerical, cuyos jefes se habían servido de él como instrumento para alcanzar sus nefastos fines.

Yo seguí afirmando que el emperador, en primer lugar, había perseguido la idea de reconciliar a los partidos y de encontrar, sin tener en cuenta sus intereses personales, los medios para devolverle la paz al país que amaba con sinceridad. Que al juzgar Su comportamiento habría que considerar principalmente esas nobles intenciones, y que como de cualquier forma no veía por qué era necesario acelerar la decisión sobre su suerte, rogaba con insistencia que se aplazara la fatal decisión sobre un asunto de tanta envergadura. Que el día de hoy las pasiones estaban desenfrenadas y gran parte del ejército y del partido republicano exigían la sangre del príncipe prisionero, pero que nadie se hiciera ilusiones, pues si por desgracia fuera fusilado, la opinión pública iría en contra de aquellos que ordenaran su muerte. Su sangre, en lugar de derramarse como sacrificio expiatorio, exacerbaría gravemente el odio y el deseo de venganza de sus partidarios, perpetuándose la triste guerra civil, para desgracia de México. Por ello me sentía impulsado a repetir que una decisión fatídica sobre la suerte del infortunado príncipe me parecía en extremo peligrosa, precisamente por comprometer los máximos intereses mexicanos.

Las impresiones que percibieron los señores Riva Palacio y Martínez de la Torre en la conversación que sostuvieron con Lerdo ese mismo día, sumadas a la sensación que me produjeron los comentarios del ministro, y en especial sus veladas insinuaciones, confirmaron el grave temor de que Juárez estaba decidido a sacrificar la vida del emperador. Por ello me empeñé en hallar el medio para ganar tiempo hasta que llegaran interlocutores de más peso de Estados Unidos o de Europa. Con esta intención proseguí mis esfuerzos: el día anterior había introducido la cuestión de las garantías que Juárez podría exigir a Estados Unidos, pero para mi gran pesar la intercesión del gobierno de Washington no era bien recibida por el partido republicano. De cualquier forma era obvio que mediante su intervención los vecinos del norte consideraban la muerte del príncipe como un lamentable suceso que iría en contra de los verdaderos intereses de México.[112] En virtud de que Estados Unidos había

[112] Tras la ejecución de Maximiliano, la prensa norteamericana, antes favorable al gobierno liberal de Juárez, publicó graves reproches contra México. Así, el *New York Times* del 2 de julio de 1867, en un artículo titulado "El asesinato de Maximiliano", señaló que: "No hay ser humano con un mínimo sentido de honorabilidad, que pudiera leer esta noticia sin estar conmovido, sin sentir piedad por este joven príncipe de tan altas miras y valentía [...] Su comportamiento fue irreprochable [...] No vino sin que se lo solicitaran, vino invitado por mexicanos [...] Buscó la regeneración del país [...] Desde nuestro punto de vista su victoria hubiera sido una desgracia [...] porque hubiera asestado un golpe devastador a la causa del republicanismo en nuestro continente. Pero no se podía esperar que él viera las cosas bajo este aspecto. El asesinato de Maximiliano no traerá buena suerte al gobierno republicano de México." Y el 4 de julio el mismo diario escribió sobre el "perro bravo" Escobedo. "Así se retrata al jefe militar de un gobierno al que nosotros tan generosos prestamos nuestra ayuda y apoyo, aunque por la simple no injerencia nos hubiéramos liberado de la plaga de su existencia."

apoyado a Juárez como fiel amigo durante la ocupación francesa y hasta este momento, su bien intencionado consejo merecía ser tomado en cuenta, lo que quedaba al criterio de Juárez y de sus consejeros. Sin embargo, si Juárez se lo pidiese al gobierno del presidente Johnson e invocara su intermediación, Washington seguramente estaría dispuesto a ofrecer, bien fuera por sí solo o conjuntamente con los poderes europeos interesados en la conservación de la vida del augusto prisionero, todas las garantías deseables para que ni el prisionero ni otra persona en su nombre, pretendieran nuevamente ocupar el trono mexicano.

Lerdo me respondió que el gobierno republicano estaba decidido, en caso de que la sentencia fuese de muerte, a indultar al archiduque en seguida o, si el bienestar y la seguridad del país lo hacían absolutamente indispensable, a ejecutar el fallo. Conceder un aplazamiento sería inconveniente porque equivaldría a un indulto. En cuanto a mi sugerencia de recurrir a la mediación de Estados Unidos para obtener suficientes garantías, me indicó que consideraba que el gobierno de ese país no aceptaría tal propuesta, además de que comprometerse conjuntamente con otros poderes europeos frente a un Estado americano iría totalmente en contra de la política que Washington siempre había observado.

Aduje que, considerando la enorme importancia del asunto en cuestión, no veía inconveniente en que se hiciera tal solicitud a Estados Unidos, tanto más que los norteamericanos podrían ver el caso como ventajoso para su tradicional política americanista, puesto que les permitiría unirse a los principales poderes europeos y colocarse, por decirlo así, al frente de ellos.

Como Lerdo no parecía dispuesto a acoger favorablemente estas

sugerencias, traté de convencerlo de otra manera sobre la necesidad de perdonarle la vida al emperador.

Le dije que el partido republicano, indignado por la intervención francesa, a menudo iba hasta el extremo de ver a todos los extranjeros residentes en México, especialmente a los europeos, con desconfianza, e incluso profesando sentimientos hostiles hacia ellos. Frecuentemente había percibido la opinión de que México no necesitaba a los extranjeros, y que sería deseable romper todas las relaciones con Europa. Una actitud semejante iría en contra de todos esfuerzos de nuestra época encaminados a multiplicar y acelerar los medios de comunicación, en particular a fortalecer la unión de todas las naciones del planeta mediante las relaciones comerciales. Hoy en día era ya impensable que una nación se cerrara al mundo erigiendo una especie de muralla china. Considerando pues que también México precisaba relaciones amigables con el exterior, este momento ofrecía una excelente oportunidad para consolidar dichas relaciones. Después de la victoria republicana y de la caída de México y Veracruz todo el país estaría bajo el poder de Juárez. Si éste se abstuviese de manchar de sangre su poder reconquistado, que se podía considerar sin precedentes en el México de esta generación, todos los mexicanos de bien y todos los amigos del país desearían y apoyarían necesariamente la consolidación del gobierno del señor Juárez. Si le perdonara la vida al príncipe prisionero, Juárez inmediatamente obtendría el reconocimiento de todos los poderes europeos, que le estarían muy agradecidos por su moderación, y además en ello verían una garantía de que, bajo su gobierno ilustrado y generoso, se lograría finalmente la pacificación del país. Por esta doble razón los poderes europeos seguramente estarían muy dispuestos a prestar su pleno apoyo moral a Juárez. Pero si desgraciadamente no se le perdonase la vida al augusto prisionero, sin duda su muerte provocaría la ruptura de todas las relaciones políticas con los estados europeos, y por lo tanto el aislamiento completo de México de aquel continente. En este caso, de hecho, en el partido republicano triunfaría el concepto de que la relación con Europa es inútil y dañina, y cuando se reconociese el error cometido al sentir el peso del aislamiento provocado por culpa propia, la irritación agravaría más y más el odio hacia los extranjeros. En consecuencia, podrían llegar a tomarse medidas intolerables contra ellos, lo que posiblemente involucraría a México en nuevos y peligrosos conflictos.

Lerdo replicó que el gobierno estaba lejos de subestimar el valor de las buenas relaciones con Europa, o de albergar sentimientos hostiles hacia los extranjeros residentes en México. No obstante, el gobierno estaba decidido a tratar, de ahora en adelante, los derechos de los extranjeros de acuerdo con el principio de plena igualación con los de los mexicanos. El presidente Juárez nunca se había apartado de su clemencia y humanismo. Cuando el ejército francés conquistó Puebla y desde ella amenazaba a la capital donde residía el gobierno republicano, el pueblo de inmediato exigió la muerte de todos los franceses que vivían en la ciudad de México, pero el presidente se opuso enérgicamente a esta exigencia, y solamente gracias a él se pudo evitar una terrible masacre. Por lo tanto, me aseveró que podía estar seguro de que aunque el consejo de guerra condenara al archiduque a la pena capital, la sentencia únicamente sería ejecutada si el bienestar y la seguridad de la nación hicieran imprescindible tal sacrificio.

Le recordé al señor Lerdo que precisamente en estos días el gobierno de Estados Unidos había dado un ejemplo de sabia clemencia frente a un adversario vencido, cuando dejó en libertad a Jefferson Davis.[113] Sin embargo, la posición de aquél era distinta y menos favorable que la del príncipe prisionero. Jefferson Davis, norteamericano de nacimiento, había organizado una gran rebelión y acaudillado por cuatro años una sangrienta guerra civil con el objetivo expreso de dividir a Estados Unidos, por lo que a juicio del gobierno de Washington debía ser considerado como rebelde y cabecilla de la revolución que había tenido lugar. Pero a pesar de ello, se abstuvo de derramar su sangre, y acababa de ponerlo en libertad. Por el contrario, el príncipe prisionero no era mexicano y, como ya lo había yo manifestado, vino a México con las mejores intenciones y firmemente convencido de que una mayoría de la nación lo llamó a ocupar el trono. Mencioné, además, al señor González Ortega, encarcelado en Monterrey, subrayando que éste, siendo mexicano, y a pesar de haber regresado de Estados Unidos con la intención de tomar el poder, por orden de Juárez solamente se encontraba detenido sin que hasta el momento se le hubiera enjuiciado. Basándome en estos dos ejemplos, de nuevo me esforcé en abogar encarecidamente por la vida del emperador.

[113] Presidente de los estados sureños que conformaron la Confederación y que se separaron de la Unión Americana tras la elección de Abraham Lincoln.

Luego mencioné, como ya lo había hecho el día anterior, el deseo de los encargados de negocios de Austria, Bélgica e Italia de también interceder por la amenazada vida del emperador, y rogué al señor Lerdo que me dijera confidencialmente y con absoluta franqueza si la gestión de ellos sería del agrado del señor Juárez. Lerdo me contestó que la administración del servicio de diligencias le acababa de informar por telegrama que todos los diplomáticos que se encontraban en Querétaro ya habían emprendido el viaje a San Luis.[114]

En las dos conversaciones que sostuve con los ministros de Juárez consideré conveniente no hacer acusaciones (fácilmente sustentables) contra el gobierno francés y los órganos responsables de la intervención, puesto que, en mi opinión, un debate al respecto podía avivar la ira y el deseo de venganza de los actuales gobernantes, pudiendo ello resultar más dañino que provechoso para la causa del emperador. Además, mis esfuerzos principalmente estaban encaminados a tratar de convencer a los ministros de que, para alcanzar la reconciliación, era necesario tratar a los vencidos con clemencia, y que no incluyeran a todos los extranjeros en su comprensible irritación hacia la intervención francesa.

El día anterior ya había comunicado a Lerdo que, en caso de una sentencia desfavorable, el emperador deseaba que yo regresara a Querétaro para encargarme de algunos asuntos relativos a su familia. Aunque el ministro me había prometido que se me concedería el tiempo necesario para regresar a Querétaro, y aunque también el ministro Iglesias expresamente me había renovado esa promesa durante la segunda conversación que sostuve con ambos, yo albergaba el temor de que Juárez y el general Escobedo hicieran que la sentencia se ejecutara sin pedir nuevas instrucciones.

El 14 de junio dirigí al señor Lerdo una carta en español en la que, refiriéndome a nuestra conversación del día anterior, volví a interceder en nombre de nuestro altísimo gobierno en favor de la vida del emperador.[115] En su respuesta del 15 de junio de nueva cuenta Lerdo

[114] Lo mencionado no corresponde a los hechos, puesto que ningún diplomático extranjero, salvo Magnus, viajó a San Luis. El 14 de junio, después que fue descubierto el segundo intento de fuga, los diplomáticos fueron expulsados de Querétaro por orden de Escobedo, y se trasladaron a Tacubaya, donde se encontraba el cuartel general de Porfirio Díaz.

[115] Con ello corrió un grave riesgo personal, ya que carecía de la autorización del gobierno de Prusia. Sin embargo, Bismarck generosamente reconoció y justificó este paso de Magnus.

me aseguró que los actuales gobernantes atribuían gran importancia a las relaciones amistosas que nuestro gobierno mantenía con México, que los miembros del gobierno republicano apreciaban los sentimientos que me habían movido a interceder por el emperador, me aseguró nuevamente que mis palabras serían tomadas en cuenta, y que al tomarse una decisión sobre la suerte del emperador se ponderarían tanto las razones que recomendaban clemencia y perdón como el deber de la justicia y la necesidad de asegurar la paz de la nación.

El 15 de junio dedujimos de las informaciones proporcionadas por los abogados Ortega y Vázquez, que se encontraban en Querétaro, que las sesiones del consejo de guerra habían durado todo el 13 y que no habían concluido sino hasta el 14 a las 2 de la tarde, así como que los jueces, después de nueve horas de deliberaciones secretas, pronunciaron la sentencia de muerte contra el emperador y sus generales Mejía y Miramón. Esperábamos recibir en cualquier momento la confirmación de la sentencia por parte del general Escobedo.

Entre tanto, y ante la inminencia de ese peligro, en los últimos días muchos notables enérgicamente intercedieron en favor del emperador ante Juárez y sus ministros. Sin cesar, Riva Palacio y Martínez de la Torre se empeñaron en obtener el perdón para el emperador a través de diversas peticiones orales y escritas. Como la mayoría de los habitantes de Querétaro y de San Luis pertenecen al partido imperial y clerical, las damas de esta ciudad hicieron circular una petición de gracia para el emperador y sus dos generales, que fue firmada por muchas personas. El gobernador republicano del estado de San Luis prohibió que circulara tal petición, pero como el ministro Lerdo dio la orden de levantar la prohibición, cuando las damas recibieron la noticia de la sentencia de muerte, el día 15 me entregaron la petición con las firmas dirigida a Juárez.

A las 11 de la mañana del siguiente domingo, 16 de junio, los defensores del emperador me trajeron un telegrama que acababan de recibir de Querétaro en el que el general Escobedo confirmaba la sentencia de muerte y fijaba la ejecución para las 3 de la tarde. Inmediatamente me dirigí al señor Lerdo en compañía de los señores Riva Palacio y Martínez de la Torre, pero cuando le mostré el telegrama afirmó que el gobierno no tenía conocimiento de la confirmación de la sentencia. Le recordé su promesa de que, aun cuando el fallo fuese negativo, Juárez consideraría seriamente perdonarle la vida al empe-

rador, por lo que le implorábamos encarecidamente que así fuera. Tantos pasos que se habían emprendido por diferentes sectores para salvar esta preciosa vida deberían convencer a los nobles estadistas a los que correspondía la decisión definitiva de que, a pesar de la actual enardecida atmósfera, una gran parte de la nación mexicana coincidía con nosotros en el deseo de evitar el derramamiento de sangre y respetar la vida del príncipe. Apoyado por los dos defensores, supliqué al señor Lerdo no pasar por alto estas voces de advertencia a la hora de tomar una decisión. Finalmente apelé al ministro para que, en el peor de los casos, me concediera el plazo prometido para que yo pudiese llegar a tiempo a Querétaro.

Lerdo se separó de nosotros para mostrarle a Juárez el telegrama que yo le había entregado y para transmitirle nuestra solicitud de apelación. Después de largo tiempo regresó y nos leyó un telegrama que ya se había enviado al general Escobedo ordenándole que aplazara el fusilamiento del emperador para el miércoles 19 de junio a las 10 de la mañana. Nos explicó que este plazo había sido concedido a fin de darme el tiempo necesario para trasladarme a Querétaro, y que el gobierno lamentaba no poder perdonarle la vida al archiduque. Respondiendo a nuestras enérgicas protestas, el ministro dijo que el fusilamiento de los generales Mejía y Miramón era inevitable, puesto que jamás podría esperarse que se subordinaran a la autoridad legítima del gobierno y en cambio propiciarían nuevos levantamientos armados y perturbaciones a la paz interior. Bajo esa circunstancia no sería posible fusilarlos, ni tampoco ejecutar cualquier otra pena de muerte, si el archiduque fuera perdonado.

Respondí a este argumento con la siguiente pregunta. ¿Creía él que si se respetaba la vida del emperador ninguno de sus partidarios en todo el país, por ejemplo los personajes más sobresalientes en la capital, podrían ser fusilados después de la toma de la misma, o su argumento sólo se refería a los oficiales prisioneros en Querétaro, y particularmente a los generales Miramón y Mejía? Yo sabía muy bien que el odio de los gobernantes republicanos se dirigía sobre todo hacia el general Márquez, quien en caso de ser capturado no podía esperar indulto alguno.

Lerdo me contestó que, en su opinión, indultar al archiduque necesariamente implicaría perdonar a los dos generales que habían sido condenados con él. El caso de los partidarios del archiduque en la capital sería totalmente distinto, pues a su parecer no habría inconveniente en castigar a uno u otro de ellos con la muerte, aunque la vida del archiduque no fuese sacrificada. A esto respondí que, según la explicación que nos acababa de dar, me parecía que la muerte del príncipe había sido decidida, sobre todo, por la necesidad de tener que sacrificar las vidas de los generales Mejía y Miramón. Bajo estas circunstancias yo estaba seguro de que mi altísimo gobierno estaría dispuesto a asumir la garantía de que ni el augusto prisionero ni los dos generales regresarían jamás a México en caso de que fueran extraditados a Prusia. Por ello solicité suspender la ejecución y concederme el plazo necesario para poder obtener, lo más pronto posible, la autorización de mi altísimo gobierno.

Lerdo puso en duda la posibilidad de que el gobierno real de Prusia asumiera tal garantía. No obstante, si no existieran otras importantes razones políticas que hacían inevitable el fusilamiento del archiduque, el gobierno republicano seguramente aceptaría mi propuesta y me concedería el plazo requerido hasta recibir la decisión de Berlín. Sin embargo, el fusilamiento del archiduque ya era un hecho decidido, porque el bienestar y la pacificación del país exigían su muerte. Para ilustrar la razón de esta necesidad, Lerdo utilizó repetidas veces la expresión española "por la utilidad y la conveniencia pública". Contra estas palabras rimbombantes se estrellaron todos mis desesperados esfuerzos, así como los de los dos defensores que estaban presentes, para salvarle la vida al desgraciado monarca. La "utilidad" y la "conveniencia pública" no servían más que para enmascarar el odio profundamente arraigado y la sed de venganza de Juárez, y más aún de Lerdo, que había sufrido el exilio en El Paso del Norte. A la arrogancia republicana no le bastó con haber humillado al emperador y a la idea monárquica enjuiciando al soberano ante un indigno consejo de guerra. ¡Querían además derramar la sangre de un emperador que procedía de una de las dinastías más antiguas y nobles de Europa! A estas razones reales y sin duda decisivas, habría que añadir la debilidad patente de quienes eran los gobernantes nominales, puesto que Juárez debía respetar la voluntad del ejército que exigía la muerte del emperador porque, de lo contrario, correría el peligro de arriesgar su presidencia y su posición política. Si Escobedo, siempre vacilante y temeroso, hubiera tenido el valor de exigir enérgicamente la salvación del emperador, ni Juárez ni Lerdo se habrían atrevido a ejecutar la sentencia de muerte.

Debo añadir que Riva Palacio y Martínez de la Torre, que cono-

cían a fondo a las personas involucradas, respondieron a mis insistentes preguntas confidenciales, en el sentido de que resultaría contraproducente cualquier intento para tratar de lograr una actitud más moderada ofreciendo el pago de sumas más o menos considerables.

En caso de haber rebasado mis atribuciones, primero viajando a San Luis Potosí para interceder en favor de la vida del emperador, pero sobre todo ofreciendo la garantía de nuestro altísimo gobierno para salvar la vida del infortunado monarca, con toda humildad asumiré el castigo que S. M. el rey, nuestro señor, considere apropiado. En vista del inminente peligro y de la imposibilidad de recabar las instrucciones de S. E., consideré que era mi deber intervenir para salvar al emperador y evitar un crimen tan horrendo, tanto más que Prusia goza de una excelente reputación en el partido republicano que, de cierta manera, la considera como aliada natural de México y futura vengadora de la intervención francesa, en especial después de las gloriosas victorias del año pasado y ante la perspectiva de un futuro conflicto bélico entre Prusia y Francia.

Cuando Lerdo me anunció la firme decisión de Juárez de ejecutar al emperador, me permití ofrecer la garantía de nuestro altísimo gobierno como último recurso para lograr el aplazamiento de la ejecución. Aunque mi propuesta hubiese sido rechazada por la máxima autoridad, se habría ganado tiempo y seguramente se hubiera asegurado la vida del emperador, puesto que la afirmación de Lerdo en el sentido de que cualquier aplazamiento equivaldría al indulto era totalmente cierta.

Pocas horas después de haber concluido mi reunión con Lerdo la princesa Salm llegó el 16 de junio de Querétaro, narrándome que la habían expulsado en la mañana del 14 y ordenado que se desplazara a San Luis. Al mismo tiempo el general Escobedo expulsó de Querétaro a los encargados de negocios de Austria, Bélgica e Italia, al agregado de la embajada del imperio austriaco, caballero von Tavera, al cónsul francés Forest, y a Scholler, el funcionario de la Cancillería Real que me había acompañado a Querétaro y que permaneció en esa ciudad por haberse enfermado. Ellos fueron obligados a emprender inmediatamente el viaje de regreso a Tacubaya. Además, el general Escobedo encarceló al médico particular del emperador, doctor Basch, y a otros extranjeros presentes en Querétaro. Lo anterior quiere decir que la noticia del traslado a San Luis de los tres encargados de negocios que me comunicó Lerdo el día anterior carecía de base,

pero no puedo precisar si trató de engañarme conscientemente. La princesa habló con suma reserva sobre el motivo de su expulsión, de la de los diplomáticos antes mencionados, y de las detenciones realizadas en Querétaro. Solamente me reveló que se habían hecho intentos de soborno para lograr la fuga del emperador.

Según me dijo la princesa Salm, como en este momento los representantes diplomáticos, en particular el encargado de negocios del imperio austriaco, ya no se encontraban en Querétaro, yo tenía que asumir el triste deber de encargarme, en caso necesario, del cadáver del emperador. Debido al clima tropical, su embalsamiento debía realizarse de forma inmediata, pero como el médico particular del infeliz emperador estaba en prisión, no podría preparar todos los productos médicos necesarios para el embalsamiento. Por esta razón decidí llevar conmigo a Querétaro al médico alemán doctor Zenger, residente en San Luis y de excelentes habilidades profesionales, que vino a México con el cuerpo de voluntarios austriaco. A petición mía consiguió en la ciudad los ingredientes necesarios para el embalsamamiento, puesto que sería más difícil obtenerlos en Querétaro. A través de Riva Palacio y Martínez de la Torre solicité al ministro Lerdo que, en ausencia del encargado de negocios del imperio austriaco y de cualquier otra persona competente, se me entregara provisionalmente el cuerpo del emperador para poder embalsamarlo sin demora. Lerdo contestó, sin embargo, que le repugnaba demasiado tener que disponer del cadáver del archiduque cuando aún estaba con vida.

Para cumplir en estas desoladoras circunstancias con la palabra que le había dado al emperador, ya perdido sin salvación, abandoné San Luis en la noche del 16 de junio, y después de viajar día y noche sin interrupción, llegué a Querétaro en la mañana del 18. Además del doctor Zenger me acompañaron el vicecónsul de Hamburgo, señor Bahnsen, y el señor Stephan, un comerciante nacido en el antiguo electorado de Hessen, quienes ya habían estado antes en Querétaro para ofrecer sus servicios al monarca que se encontraba en una situación tan lamentable, y que deseaban tener el honor de demostrarle su simpatía y despedirse de él antes de su muerte.

San Luis Potosí, 17 de agosto de 1867

Una vez que llegué a Querétaro, según lo mencioné en mi informe del 18 de junio, de inmediato me dirigí al general Escobedo para

pedirle permiso de visitar al emperador en la cárcel. Sin que yo hubiera aludido a la expulsión de los representantes diplomáticos, el general me dijo que durante mi ausencia se había intentado sobornar a una parte de sus tropas para liberar al archiduque. La sospecha de estas intrigas recaería en los extranjeros que habían sido llamados a Querétaro por el prisionero, así como en la princesa Salm. Por ello se los había expulsado junto a su personal para no tener que tomar medidas más drásticas. Me limité a responderle que no podía creer que algunas de las personas que regresaron a Tacubaya hubieran estado comprometidas en los supuestos intentos de soborno que me estaba refiriendo.

El general ordenó que el coronel Palacios (no emparentado con el general Riva Palacio) me acompañara a ver al emperador. Desde el día de mi llegada a Querétaro el coronel estaba al mando de las tropas en el convento de las capuchinas que servía como prisión del monarca y a cargo de su vigilancia. Se sabía que su actitud hacia el emperador era muy hostil y que insistía enérgicamente en su fusilamiento. En el camino hacia la prisión el coronel Palacios me contó que la princesa Salm le había ofrecido un pagaré de 100 000 pesos firmado por el emperador, que sería la recompensa por ayudarla a salvar al emperador mediante su fuga. Él rechazó la oferta indignadísimo e informó al general Escobedo, cumpliendo su deber. Esta información me confirmó la sospecha que abrigué en San Luis en el sentido de que la princesa Salm, en su afán, ciertamente loable, de salvar al emperador, hubiera cometido una imprudencia, dando motivo con ello para que ella y los representantes extranjeros fueran expulsados. Ese mismo día supe que, de hecho, los dos pagarés de 100 000 pesos cada uno firmados por el emperador estaban en posesión de otro oficial republicano, quien seguramente los recibió de la princesa Salm. Uno de éstos era para el coronel Palacios y el otro para el mencionado oficial. Como la fuga no se realizó, el 18 de junio el oficial devolvió ambos pagarés al emperador, cuando éste se los pidió. Tengo razones para creer que dicho oficial nunca tuvo la intención de facilitar la huida del emperador, y que más bien el general Escobedo le encargó la tarea de estar al tanto de los eventuales intentos de fuga.

La petición que el general Treviño hizo al general Escobedo en su calidad de comandante en jefe para que, a su vez, solicitara a Juárez indultar al emperador, no fue correspondida por Escobedo, y tampoco autorizó que otra solicitud de indulto circulara entre los oficiales. De cualquier forma, y teniendo en cuenta la actitud hostil hacia el monarca de la mayoría de los oficiales, ninguno de ellos habría osado firmar semejante solicitud, a no ser que el propio general la hubiera firmado primero.

Encontré al emperador admirablemente tranquilo y muy sereno. Me recibió con la misma benevolencia con la que me había despedido, y con gran amabilidad me dio las gracias después que le informé con todo detalle sobre los esfuerzos que realicé en San Luis, que lamentablemente fueron inútiles. Agregó: "Yo lo sabía, le había advertido que Juárez quiere mi muerte, y que de él no puedo esperar piedad. Huir habría sido mi única salvación, pero sus colegas no quisieron intentarlo."

Según se lo comuniqué en mi informe del 15 de junio, el príncipe Salm fue separado del emperador el día que llegué a Querétaro, y posteriormente supe que el 12 de junio pudo visitar al emperador por última vez. S. M. se refirió en los términos más elogiosos a la inquebrantable lealtad del príncipe, a los infatigables esfuerzos que realizó la princesa para su salvación, y me dijo:

> Salm se ha convertido en un verdadero y fiel amigo. Si hubiera regresado a Europa nunca me hubiese separado de él, y también hubiera velado por su esposa. En el codicilo que redacté con el barón Lagos como complemento de mi testamento de 1864 pedí a mis herederos concederle una buena pensión a Salm, pero como lamentablemente Lago fue obligado a abandonar precipitadamente la ciudad, ya no pude firmarlo y no fijé una suma precisa.[116] Por ello, le ruego que cuando regrese a Europa procure, en mi nombre, que se le conceda a Salm una pensión adecuada, o a su viuda si él también llega a ser fusilado. No he vuelto a llamar a Salm porque despedirme de él me conmovería demasiado, pero así dígaselo después de mi muerte para que no vaya a pensar que mis sentimientos hacia él se tornaron menos benevolentes, y reitérele mi cordial amistad.

[116] En su codicilo Maximiliano sí destinó a Salm-Salm una parte del producto de la venta del yate, pero no les fijó ninguna pensión ni a él ni a su esposa. Lo más probable es que Felix Salm persuadiese a su compatriota Magnus para que hiciera una mención en este sentido en su informe a Bismarck. Salm fue recibido por el emperador Francisco José, pero ni obtuvo recompensa alguna, ni documentos para escribir la historia del imperio, como lo había deseado Maximiliano. En cambio, sus memorias fueron un éxito editorial. Salm cedió su parte en el producto de la subasta del yate a un holandés. E. Springer, 1982.

Cuando pregunté al emperador sobre los encargos y las instrucciones que anteriormente me había dicho que me daría, S. M. me contestó:

Se lo agradezco mucho, pero ya he arreglado todos mis asuntos. He aprovechado el tiempo en el que usted ha estado ausente para, mediante correspondencia, disponer todo lo que había pensado encargarle. Estoy en paz con el mundo. Solamente lamento que no nos hayan fusilado el domingo; después de las 11 de ese día se nos anunció que la sentencia de muerte había sido confirmada y que la ejecución tendría lugar a las 3 de la tarde. Nos confesamos, oímos misa, recibimos la sagrada comunión y estábamos totalmente preparados para la muerte. A las 3 de la tarde Mejía, Miramón y yo nos encontrábamos aquí reunidos esperando que en cualquier momento nos llevaran a la ejecución. Esperamos una hora y media hasta que, a las 4:30, se nos dijo que la ejecución había sido aplazada hasta el 19 a las 10 de la mañana. El aplazamiento fue sumamente duro para nosotros. El domingo hizo buen tiempo, el cielo estaba despejado y luminoso, y yo siempre he deseado morir en un día muy claro con buen tiempo.

Profundamente conmovido, tuve que confesarle a S. M. que yo había sido el responsable del aplazamiento, puesto que Juárez lo concedió para que yo pudiese regresar a tiempo a Querétaro a fin de que cumpliera con el deseo del emperador. Al igual que los abogados Riva Palacio y Martínez de la Torre, yo también había considerado que cada día de aplazamiento sería un gran logro, ya que teníamos la vana esperanza de que Washington intercediera más enérgicamente por la vida del emperador. Los dos defensores que infatigablemente exigían que se le perdonara la vida al monarca se habían quedado en San Luis empeñados en salvar a S. M., y me pidieron transmitir al emperador su respeto y comunicarle su profundo dolor por la inutilidad de sus esfuerzos.

El emperador, que permaneció amable y perfectamente sereno durante toda la conversación, trató de aplacar de la forma más benévola posible mi gran excitación, que no pude ocultar. Me dio la mano y me dijo:

Usted ha obrado con las mejores intenciones y se lo agradezco de todo corazón. Hay que resignarse ante lo irremediable, ya que mi destino es morir,

pero es muy duro tener que prepararme dos veces para la muerte. Es extraño que desde mi temprana adolescencia siempre tuve la convicción de que no moriría de muerte natural, y también hace mucho tiempo que he presentido que no abandonaría este país con vida. En los últimos días he recibido un gran consuelo. Acabo de enterarme de que la muerte puso fin al sufrimiento de mi pobre esposa, la emperatriz. La única preocupación que me quedaba en el mundo era tener que dejarla sola en el fatal estado de ánimo en que se encontraba, pero ya me precedió. Mañana me reuniré con ella, así que moriré con toda tranquilidad. Como obviamente la muerte de la emperatriz requiere que se hagan importantes modificaciones en mi codicilo que está en las manos de Lagos, he redactado un anexo y le pido que autentifique mi firma al pie del mismo.

La autentificación del anexo imperial al codicilo fue realizada ese mismo día por Bahnsen, vicecónsul de Hamburgo, y mi persona, después de lo cual el emperador entregó el documento al señor Bahnsen para enviarlo a Europa.

La noticia de la muerte de la emperatriz Carlota era totalmente nueva para mí y, por suerte, no estaba confirmada, de acuerdo con las informaciones que se habían recibido. No he podido averiguar quién le hizo llegar esa funesta noticia al emperador. Como no podía yo saber si en mi ausencia el emperador había recibido la noticia oficial del fallecimiento de la emperatriz, y como S. M. habló con total certeza de la defunción de su augusta esposa, encontrando un gran consuelo en ello, no me atreví a turbar las últimas horas del infortunado monarca expresando mis dudas sobre la exactitud de esta información.

La conversación fue interrumpida cuando entraron algunas personas. El emperador se levantó para hablar con ellas, y al intercambiar algunas palabras con su médico particular, el doctor Basch, que ya se encontraba nuevamente en libertad, caí en cuenta de que yo le había dado la espalda al emperador. A mis disculpas por ese involuntario hecho, el monarca respondió con suma amabilidad: "No le dé pena, no hace falta una disculpa. Desde el último domingo ya no pertenezco a este mundo, no soy más que un intruso aquí." Era imposible no sentir una profunda emoción al observar la tranquilidad casi serena que el emperador conservaba hasta el último momento. En vez de ser consolado y confortado por nosotros, el monarca era quien no dejaba de alentarnos.

Las damas de Querétaro se habían organizado para enviar a Juárez una solicitud de gracia en favor del emperador, que fue apoyada con incontables firmas. Cuando por la tarde volví a visitar al general Escobedo, estaba acompañado por un gran número de damas, que se me aseguró que eran más de cien: todas vestidas de luto le entregaron la solicitud al general para que la enviara por telegrama a Juárez. A pesar de que las damas asediaron al general durante varias horas, declinó interceder, aduciendo que, como comandante en jefe, no estaba autorizado para dar ese paso, y que como simple particular su intervención no tendría peso alguno. Solamente aceptó enviar su solicitud de gracia a San Luis. Esa misma noche llegó por telegrama la respuesta negativa de Lerdo.

La preocupación por el cadáver imperial me llevó a reunirme con Escobedo. Le hice ver que después del fusilamiento no estaría presente ninguna persona legitimada para recibir el cuerpo, por lo que le pedí que al día siguiente me entregara los restos mortales para que los doctores Basch y Zenger, quien me había acompañado de San Luis, según consta en mi informe del 15 del mes, sin demora procedieran al embalsamiento, para lo cual ya se habrían hecho todos los preparativos. El general me respondió que correspondería a todos los deseos del archiduque en cuanto a su cadáver, siempre y cuando fueran formulados por escrito. En vano argüí que en su testamento el emperador había dispuesto que sus despojos mortales fuesen embalsamados por el doctor Basch y enviados a Europa, y que era una exigencia monstruosa pedirle que hiciera una solicitud escrita respecto de su cadáver en vísperas de su ejecución. El general insistió que solamente podía corresponder a las instrucciones del emperador si existía una solicitud por escrito.

Los abogados Vázquez y Ortega insistieron en que después de la muerte del emperador era urgente recibir el cadáver, porque en la ciudad circulaba el rumor de que algunas personas tenían intenciones de hacerse de sus restos mortales para utilizarlos con ánimo de lucro. Por lo tanto me trasladé al convento de Capuchinas, informé al doctor Basch sobre mi entrevista con el general Escobedo y le consulté sobre cuáles serían las medidas a tomar. El emperador, que estaba cerca, escuchó parte de nuestra conversación y le exigió a Basch que, sin reservas, le dijera qué era lo que Escobedo pedía respecto a su cadáver. Tras escuchar el informe de Basch, de inmediato le escribió una carta al general, cuya traducción al alemán incluyo en este

informe, y que esa misma tarde entregué personalmente al general. Después de leer la carta del emperador y de haber hablado sobre su contenido con su secretario, Escobedo me dijo que no podía entregarme el cadáver sin haber consultado a Juárez. Consecuentemente obligó al pobre monarca a escribir esa terrible carta sin tener la intención de cumplir con el deseo que contenía.[117]

Todas las personas con las que desde mi llegada a Querétaro tuve la oportunidad de conversar expresaron su horror ante la crueldad de que el emperador y sus dos generales finalmente fueran fusilados al día siguiente, después de que el domingo 16 de junio ya habían sufrido el terror moral de su inminente muerte. A ese respecto recibí la siguiente información: después de que al emperador y a sus compañeros de infortunio se les notificó la sentencia de muerte y la hora del fusilamiento, en la tarde de ese mismo día el general Escobedo salió hacia una hacienda que se encuentra a una hora de Querétaro para no permanecer en la ciudad durante la ejecución. Entre tanto, en la prisión se levantó un altar, un sacerdote impartió misa para el emperador y los dos generales, y cada uno recibió la extremaunción para prepararse a enfrentar la muerte. Toda la guarnición se formó en el cerro de las Campanas donde se llevaría a cabo el fusilamiento, mientras que el emperador y los generales Miramón y Mejía, según me lo contó S. M., eran reconfortados por tres sacerdotes confesores en la prisión. Sin conocer la causa de la demora, durante hora y media esperaron ser conducidos al patíbulo hasta que se les informó sobre el aplazamiento de la ejecución ordenado desde San Luis. Como la orden llegó por telégrafo hacia las 3 de la tarde, fue necesario llevarla a la hacienda donde se encontraba el general Escobedo para que diera la orden formal del aplazamiento, lo que le produjo al emperador y a sus generales el inaudito suplicio de tener que pasar hora y media aguardando la muerte. Aunque todos en Querétaro pensa-

[117] Mediante un telegrama fechado en San Luis Potosí el 18 de julio, día anterior al fusilamiento de Maximiliano, el gobierno denegó entregar el cadáver a Magnus, dispuso que el embalsamamiento lo hicieran mexicanos, y que se lo depositara en una caja de cinc y madera. (El texto del telegrama en Ratz, 2005, p. 323.) No obstante, en el transcurso del verano el gobierno mexicano cambió de postura. El presidente Juárez, que estaba siendo muy criticado en Estados Unidos y Europa, decidió transar en la cuestión del traslado, "si se pide de un modo regular y conveniente", según palabras de Lerdo a Romero. O sea si se recibía una petición oficial de Austria, lo que podría considerarse al mismo tiempo como reconocimiento de la nueva situación política en México. (Véase Ratz, 2005, p. 258 y ss.)

ron que el aplazamiento anunciaba el indulto, posteriormente tuvieron que reconocer con horror que esa ilusión se había frustrado.

Cuando de noche me presenté en la prisión del emperador, S. M. se refirió repetidas veces a la crueldad de que había sido objeto el domingo y me pidió informar por telegrama al ministro Lerdo sobre este horrendo acontecimiento, aprovechando este suceso para nuevamente interceder por la vida del emperador. El emperador también me rogó que ofreciera a Lerdo la garantía de todos los soberanos europeos con los que estaba emparentado de que en caso de que fueran perdonados ni él ni los generales condenados regresarían jamás a México. El emperador nombró, uno por uno, a todos los soberanos europeos que yo debía mencionar, así como su grado de parentesco con ellos. Le recordé que en mis conversaciones con los gobernantes republicanos ya había expresado en vano mi convicción de que no solamente los gobiernos europeos, sino también Estados Unidos, asumirían de buena voluntad tal garantía. El emperador respondió que la noticia de la terrible tortura que había sufrido el domingo debería tener algún efecto en Juárez, pero que si ello no provocaba que su ánimo se tornara más generoso, no podía descartarse que aceptara la garantía de los poderes más renombrados de Europa que nuevamente se le estaba ofreciendo de forma más concreta. Por ello era necesario mencionar a cada uno de los soberanos con su respectivo grado de parentesco. Este elemento le pareció muy prometedor, puesto que Juárez, al tener en cuenta el parentesco del emperador con los monarcas de casi todos los estados europeos, debía dudar de su intención de ultrajar a todos ellos a través de su persona.

A pesar de que después de mis experiencias en San Luis lamentablemente no compartía las esperanzas del emperador, me sentí obligado a hacer este último intento para corresponder al deseo del infortunado monarca. Por lo tanto, me retiré haciéndole la promesa de que, antes de que enviara el telegrama a Lerdo, se lo presentaría a S. M. Cuando regresé a la prisión con el telegrama ya había caído la noche, y por lo avanzado de la hora el oficial de guardia no me permitió entrar sin autorización especial del general Escobedo. A fin de no perder más tiempo hice llegar el telegrama al emperador a través del abogado Ortega, quien en su calidad de defensor del monarca podía verlo a cualquier hora. En vista de que el emperador estuvo de acuerdo con su contenido, el telegrama fue enviado después de que

se contó con la autorización del general Escobedo, que se requería para todo telegrama.

S. E. tendrá a bien desprender de este telegrama del 18 de junio que describí al ministro Lerdo el terrible suplicio que el emperador y los dos generales sufrieron el último domingo, implorándole que a los condenados se les perdonara la vida puesto que en sus almas ya habían sufrido la muerte anticipadamente. Reiteré mi convicción de que S. M. y los soberanos europeos que se mencionaban con sus respectivos grados de parentesco ofrecerían al señor Juárez todas las garantías de que ninguno de los tres prisioneros volviese a pisar tierra mexicana. En el telegrama dirigido a Lerdo no mencioné al emperador Napoleón por tener en cuenta el sentimiento hostil contra Francia que comparten el emperador Maximiliano y Juárez. Los diarios locales reprodujeron mi telegrama con un error, ya que mencionaron al rey de Portugal. Al nombrar a todos los soberanos con los cuales está emparentado, el emperador mencionó al rey de Suecia como primo suyo, y también así lo indicó al abogado Ortega, quien me ayudó con la traducción, ya que el mensaje debía ser en español. Sin embargo, y como yo no estaba seguro sobre el parentesco que existía entre ambos monarcas, decidí omitir el nombre del rey de Suecia. No he podido saber la razón por la cual los diarios locales confundieron al rey de Suecia con el de Portugal, si fue el emperador quien exigió esta modificación cuando Ortega le presentó el telegrama, o si el secretario de Ortega confundió los nombres al sacar la copia en español. Por la noche llegó la respuesta del ministro Lerdo, en la que, en nombre del presidente Juárez, volvió a precisar que no era posible perdonarle la vida al emperador.

Esa misma noche regresé a la prisión imperial provisto de una autorización del general Escobedo. De nuevo se había levantado un altar, pero esta vez en la celda del general Miramón, donde a la mañana siguiente se oficiaría una misa para los tres condenados a muerte. El emperador me dijo que la misa se celebraría a las 7 de la mañana y que la ejecución, por instrucciones de Juárez, se había fijado para las 10 de la mañana. Sin embargo, Escobedo había dado ordenes de que la misa fuera a las 5. La conclusión del emperador fue que se quería acelerar la ejecución, pero que de cualquier forma deseaba saber con exactitud a qué hora se llevaría a cabo el fusilamiento. Después de que el emperador me despidió, varias personas solicitamos a Escobedo que nos diera a conocer la hora de la ejecución, pero fue

Gómez Tepexicuapan, Amparo, "El Paseo de la Reforma, 1864-1910" en *Historia del Paseo de la Reforma*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1994.

——, *Veinte fotógrafos del siglo XIX*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

——, "Carlota, emperatriz de México", en *México en el tiempo*, México, Editorial Jilguero/Instituto Nacional de Antropología e Historia, año III, núm. 18, mayo-junio de 1997.

——, "Los viajes de Maximiliano en México, 1864-1867", en Patricia Galeana (coord.), *Encuentro de liberalismos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

Grecia, Miguel de, *La emperatriz del adiós. El trágico destino del emperador Maximiliano y su mujer Carlota*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999.

Gutiérrez Hernández, Adriana, "Juárez, las relaciones diplomáticas en España y los españoles en México", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 34, julio-diciembre de 2007

Hall, Frederic, *Invasion of Mexico by the French and Reign of Maximilian I with a Sketch of Empress Carlotta*, Nueva York, James Miller, 1868.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Bogotá, Ediciones Nacionales, 1981.

Hamann, Brigitte, *Mit Kaiser Max in Mexiko. Aus dem Tagebuch des Fürsten Carl Khevenhüller 1864-1867*, Viena, Amalthea, 1983. [*Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.]

Hamnet, Brian, *Juárez*, Londres, 1994.

Hans, Albert, *Querétaro, Souvenir d'un officier de l'empereur Maximilien*, París, E. Dentu, 1869.

Haslip, Joan, *Maximilian, Kaiser von Mexiko*, Múnich, W. Heyne, 1972.

Hesse-Wartegg, Ernst von, *Mexiko Land und Leute. Reisen auf neuen Wegen durch das Aztekenland*, Viena/Olmütz, Hölzl, 1899.

Iglesias Calderón, Francisco, *La traición de Maximiliano y la capilla propiciatoria*, México, 1902.

Iturriaga de la Fuente, José N., *Escritos mexicanos de Charlotte de Bélgica*, México, 1992.

Junco, Alfonso, *La traición de Querétaro: ¿Maximiliano o López?*, México, Editorial Jus, 1956.

Kählig, Theodor, *Geschichte der Belagerung von Querétaro. Nach authentischen Quellen und eigenen Erlebnissen von Theodor Kaehlig*, Viena, L. W. Seidel, 1879.

Kerkvoorde, Mia, *Charlotte. La passion et la fatalité*, París, Duculot, 1990.

Knechtel, Wilhelm, *Handschriftliche Aufzeichnungen meiner persönlichen Eindrücke und Erlebnisse in Mexiko in den Jahren 1864-1867*, Praga, edición del autor, Bellmann, s. f. [*Apuntes manuscritos de mis impresiones y experiencias personales en México entre 1864 y 1867*, trad. de Susane Igler, manuscrito en posesión de los autores, por gentileza de la traductora.]

Kollonitz, Paula, *Un viaje a México en 1864*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Krause, Walter, "Maximilians Reisen und Reiseberichte", en *Maximilian von Mexiko, catálogo de la exposición*, Hardegg, Enzenhofer, 1974.

Kühn, Joachim, *Das Ende des maximilianischen Kaiserreiches in Mexiko. Berichte des königlich preußischen Ministerresidenten Anton Magnus an Bismarck, 1866-1867*, Gotinga, Messerschmidt, 1965.

Lara, María Eugenia de y Amparo Gómez Tepexicuapan, *Liberales mexicanos del siglo XX. Álbum fotográfico*, México, Secretaría de Gobernación, 2000.

Licea, Vicente, *El sitio de Querétaro*, México, Burueco Hnos., 1887.

Lida, Clara E. (comp.), *España y el imperio de Maximiliano*, México, El Colegio de México, 1999.

León Toral, Jesús de, *Historia militar. La intervención francesa en México*, México, publicaciones especiales del Primer Congreso de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1962.

Lombardo de Miramón, Concepción, *Memorias*, México, Porrúa, 1989.

Loyola, Bernabé, *El sitio de Querétaro en 1867. Memorias íntimas por el señor Bernabé Loyola*, Querétaro, Gobierno del Estado, 1967.

Lubienski, Johann, *Der Maximilianeische Staat: Mexiko 1861-1867. Verfassung, Verwaltung und Ideengeschichte*, Viena, Böhlau, 1988.

Luján, José M., *El libro secreto de Maximiliano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.

Márquez, Leonardo, *Manifiestos: El imperio y los imperiales*, México, s. e., 1904.

——, *Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arrellano*, Nueva York, s. e., 1869.

Martínez Guzmán, Magdalena, "Federico Semeleder, médico personal del emperador Maximiliano (1864-1866), y su aportación a la medicina mexicana", en Patricia Galeana (coord.), *Encuentro de liberalismos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004.

Maximiliano de Habsburgo, *Recuerdos de mi vida. Memorias de*, trad. de José Linares y Luis Méndez, México, F. Escalante, 1869.

Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica: *Mia cara adorata Charlotte.*

Lettere 1856-1859 del arciduca Massimiliano d'Asburgo alla moglie Carlotta del Belgio, Archivi del Humanities Research Centre/Universidad de Texas en Austin, Trieste, Marino Bolaffio, 1987.

Mayer, Brantz, *México, lo que fue y lo que es*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

Middendorf, Wolf, *Maximilian, Kaiser von Mexiko. Sein Leben und sein Prozess in historischer und psychologischer Sicht*, Colonia, publicaciones de la Gesellschaft Hamburger Juristen, cuaderno 13.

Moya Palencia, Mario, *El México de Egerton (1831-1842)*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1991.

Obregón Álvarez, A. E., Gabriel Rincón Frías y José Rodolfo Anaya Larios, *Historia de la Universidad Autónoma de Querétaro*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 1987.

Olivier, Émile, *L'empire liberal*, vols. V a VII, París, s. e., 1895-1915.

Pani, Erika, "El proyecto de Estado de Maximiliano a través de la vida cortesana y del ceremonial público", *Historia Mexicana*, XLV, octubre-diciembre de 1995: 423-460.

——, *Para nacionalizar el segundo imperio. El imaginario político de los imperialistas*, tesis doctoral El Colegio de México, 1998.

——, "¿'Verdaderas figuras de Cooper'? o ¿'pobres inditos infelices'? La política indigenista de Maximiliano", *Historia Mexicana*, XLVII, 3, enero-marzo de 1998: 571-604.

Paschen, Anna, *Damals in Mexiko, Briefe aus der Revolutionszeit*, edición de Elsa Ammer, Paschen, Knirsch Verlag, 1995.

Payno, Manuel, *Cuentas, gastos y acreedores del tiempo de la Intervención francesa y del imperio, 1861-1867*, Secretaría de Hacienda y de Crédito Publico, México, 1981.

Pawlowsky, Ede, *Miksa császar mexiká szereuts'tlen expeditiojának larása*, Budapest, Rudnánszky a Könivnyomdágából, 1882.

Peza, Ignacio de la y Agustín Pradillo, *Maximiliano y los últimos sucesos del imperio en Querétaro y México*, México, Ignacio Cumplido, 1870.

Pittner, Ernst von, *Im Dienst Kaiser Maximilians von Mexiko*, Viena, Böhlau, 1995.

——, *Maximilian's lieutenant. A personal history of the Mexican campaign 1864-1867*, Londres, L. B. Tauris, 1993.

Proceso de Fernando Maximiliano de Hapsburgo, Miguel Miramón, y Tomás Mejía, prólogo de José Fuentes Mares, México, Editorial Jus, 1966.

Quirarte, Martín, *Visión panorámica de la historia de México*, México, Porrúa, 1980.

——, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

Ramírez Álvarez, José Guadalupe, *Guía histórica del sitio de Querétaro y triunfo de la República en 1867*, Querétaro, 1967.

——, *Sitio de Querétaro y triunfo de la República*, Querétaro, 1972.

——, *En Querétaro triunfa la república federal*, Querétaro, 1981.

——, *Cerro de las Campanas*, Querétaro, Gobierno del Estado, 1981.

——, *Teatro de la República*, Querétaro, 1982.

Ramírez de Arellano, Manuel, *Últimas horas del imperio*, México, F. Vázquez, Editor, 1869.

Ramírez Cabaños, Joaquín, *Altamirano y el barón de Wagner: Un incidente diplomático en 1862*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1932.

Ramos, Luis (coord.), *Del archivo secreto vaticano. La Iglesia y el Estado mexicano en el siglo XIX*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

Ratz, Konrad, *Das Militärgerichtsverfahren gegen Maximilian von Mexiko*, Hardegg, s. e., 1985.

——, *Maximilian in Querétaro. Der Untergang des Zweiten Mexikanischen Kaiserreiches*, Graz, s. e., 1991.

——, *Maximilian und Juárez: Das Zweite Mexikanische Kaiserreich und die Republik; Hintergründe, Dokumente und Augenzeugenberichte*, 2 tomos, Graz, s. e., 1998.

——, "Nuevas investigaciones sobre la estancia de Maximiliano en Querétaro", ponencia presentada en el congreso del Archivo General de la Nación (México), sobre Definición del Estado Mexicano, México, agosto de 1998, en *Memoria*, México, Archivo General de la Nación, 1998, p. 531 y ss.

——, "Así se vieron a sí mismos. La correspondencia mutua de Maximiliano y Carlota", *Gaceta Legislativa*, año 2, núm. 16, Querétaro, 2000.

——, "El liberalismo de Maximiliano y sus golpes de Estado en México", en P. Galeana (coord.), *Encuentro de liberalismos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

——, *Querétaro. Fin del segundo imperio mexicano*, México, Conaculta, 2005.

——, *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, México, Siglo XXI, 2008.

——, *Real del Monte*, Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo, 1997.

Ratz, Konrad, edición de, *Correspondencia inédita Maximiliano y Carlota*, traducción de Elsa Cecilia Frost, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Reyes Cruz, Vivaldo, *La abolición del peonaje en el imperio de Maximiliano*, tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

Ridley, Jasper, *Maximiliano y Juárez*, Londres, Constable, 1993.

Riva Palacio, Mariano y Rafael Martínez de la Torre, *Memorándum sobre el proceso del archiduque Fernando Maximiliano de Austria*, México, s. e., 1867.

Rivera, Agustín, *Anales mexicanos. La Reforma y el segundo imperio*, México, Cámara de Diputados, 1972.

Roeder, Ralph, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

Rocha, Sóstenes, "Apuntes históricos sobre el sitio de Querétaro. Ejército del norte, general Escobedo, general Naranjo y otros jefes", *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, vol. XLIII, núm. 454, noviembre de 1988.

Roth, H. J., "Dominik Bilimek, Mönch und Naturforscher im Dienst Maximilians von Mexico", en Laura Ruaro Loseri (ed.), *Massimiliano, rilettura di un' existenza. Atti del Convengo*, Trieste, s. e., 1987.

Salm-Salm, Felix, *Blätter aus meinem Tagebuch in Mexiko. Nebst einem Auszug aus dem Tagebuch der Prinzessin Agnes zu Salm-Salm*, Stuttgart, s. e., 1868.

Sánchez Navarro y Peón, Carlos, *Miramón, el caudillo conservador*, México, s. e., 1945 (contiene el *Diario del general don Miguel Miramón*).

Schmit von Tavera, Ernst, *Geschichte der Regierung des Kaisers Maximilian I*, Viena, s. e., 1903.

——, *Die mexikanische Kaisertragödie. Die letzten sechs Monate meines Aufenthaltes in Mexiko im Jahre 1867*, Viena, s. e., 1903.

Secretaría de Relaciones Exteriores, *México y la Gran Bretaña durante la intervención y el segundo imperio mexicano*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974.

Séguin, Philippe, *Louis Napoléon le Grand*, París, Grasset, 1990.

Soto González, F., *Industrialización y clase obrera en Querétaro*, Querétaro, PACMYC, 2003.

Springer Elisabeth, "Maximilians Persönlichkeit", en Catálogo de la Exposición, Hardegg, Enzenhofer, 1974.

——, *Kaiser Maximilian von Mexiko – Zur Problematik seiner Testamente*, Hardegg, Enzenhofer, 1982.

Stein, Norbert, "Pater Augustin Fischer aus Ludwigburg — letzter Kabinettsekretär Kaiser Maximilians von Mexico", *Ludwigsburger Geschichtsblätter*, 34/1982.

Tschanett, Markus, *Industrialisierung Querétaros, Ungedr*, Viena, Diss. Institut f. Wirtschafts- und Sozialgeschichte, Wirtschaftsuniversität Wien, 1995.

Valadés, José C., *El pensamiento político de Benito Juárez*, México, Manuel Porrúa, 1955.

——, *Maximiliano y Carlota en México. Historia del segundo imperio*, México, Diana, 1976.

Verea de Bernal, Sofía (comp.), *Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar*, México, Editorial Porrúa, 1978,

Villalpando César, José Manuel, *El panteón de San Fernando*, México, Porrúa, 1981.

——, *Maximiliano frente a sus jueces*, México, Escuela Libre de Derecho, 1993.

——, *Maximiliano*, México, Clío, 1999.

Ward, Henry George, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

Wawra, Heinrich, *Botanische Ergebnisse der Reise Seiner Majestät des Kaisers von Mexiko, Maximilian I. nach Brasilien*, Viena, s. e., 1866.

Weckmann, Luis, *Carlota de Bélgica. Correspondencia y escritos sobre México en los archivos europeos (1861-1868)*, México, Porrúa, 1989.

Wendy Coss y León, B. *et al.*, *Historia del paseo de la Reforma*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1994.

Zamacois, Niceto, *Historia de México, desde sus primeros tiempos hasta nuestros días*, Barcelona, s. e., 1876-1882, 20 vols.

Zorrilla, José, *Drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano. Poesía en dos partes, con notas en prosa y comentarios de un loco*, Madrid, s. e., 1888.

——, *Recuerdos del tiempo viejo*, México, Porrúa, 1998.

FUENTES DOCUMENTALES

Lago, Grosse Rechtfertigungsschrift (Gran Apología), HHStA, Adm Reg. F 4/185, pp. 31-218.

Causa de Fernando Maximiliano de Hapsburgo y sus generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, Archivo General de la Nación, Fondo Reservado, vol. F.

ÍNDICE

El ocaso del imperio de Maximiliano visto por un diplomático prusiano | Los informes de Anton von Magnus a Otto von Bismarck, 1866-1867

Konrad Ratz *editor*

El presente libro, preparado por Konrad Ratz, nos permite examinar el segundo imperio mexicano a través de los informes políticos que un avezado y minucioso diplomático prusiano, como parte de su desempeño profesional en México, rindió a sus superiores en Berlín. Esta nueva publicación tiene grandes méritos, pues aporta el punto de vista de un privilegiado testigo presencial que no sólo observó y palpó directamente los enormes problemas que confrontó el gobierno de Maximiliano, sino que además se convirtió en un importante protagonista en los acontecimientos finales que condujeron al archiduque austriaco al paredón.

Como Magnus llegó a México sólo un año antes del fusilamiento de Maximiliano, lo que en realidad presenció fue el fin de su régimen, por lo cual el título que lleva el libro —*El ocaso del imperio*— no puede ser más acertado y elocuente. El diplomático prusiano narra detalladamente las graves carencias financieras que se enfrentaron, puesto que ya ni siquiera había dinero para seguir pagando a los soldados; la fatal decisión de París de retirar anticipadamente sus tropas, el fallido viaje de Carlota a Europa para tratar de hacer cambiar de opinión a Napoleón III; las presiones de Washington para que se pusiera punto final al proyecto napoleónico; las deserciones y la corrupción que plagaron los rangos imperiales, las propias vacilaciones del emperador, su indecisión sobre abdicar o no, la poco certera decisión que tomó de trasladarse a Querétaro, la resistencia final y la traición de muchos remataron el cuadro de un ilusorio proyecto monárquico que desde un principio estuvo condenado al fracaso.

La presente obra aporta un excelente retrato de lo que era la sociedad mexicana —en particular su clase dirigente— y nos permite establecer un estrecho vínculo entre el pasado y el presente, pues a pesar del tiempo transcurrido, muchas cosas no han cambiado del todo y seguimos confrontando los mismos problemas de siempre que han impedido que seamos capaces de construir un país más equitativo, democrático y justo. A fin de cuentas, la narración de la historia del segundo imperio, tal como nos la presenta esta nueva publicación, es básicamente el recuento de la eterna lucha entre las élites del poder en beneficio de sus propios intereses, y no de los intereses de las mayorías o de la nación en su conjunto.

Del P

siglo veintiuno editores

ISBN 978-607-03-0329-6

9 786070 303296

DISEÑO DE PORTADA: MARÍA LUISA MARTÍNEZ PASSARGE